

**CATEQUESIS
DEL
SANTO PADRE
JUAN PABLO II
Sobre los Salmos**

Salmo 5

Señor, escucha mis palabras, y a mi queja pon atención. Presta oído a mi clamor, ¡oh mi rey y mi Dios! Pues a ti te imploro, Señor. Desde la mañana oyes mi voz. Desde la mañana te hago promesas y me quedo a la espera. Tú no eres un Dios al que le gusta la maldad, ni el malvado tiene en ti acogida. Los insensatos no aguantan tu mirada, detestas a los que obran la maldad. A los que hablan mentiras los destruyes: Odia el Señor a violentos y embusteros. Pero yo por tu inmensa bondad puedo entrar en tu casa; frente a tu santo templo me prosterno con toda reverencia. Señor, tú que eres justo, guíame: Frente a los que me espían abre ante mí un camino llano. Pues nada de sincero hay en su boca y sólo crímenes hay en su interior. Para halagar tienen buena lengua, mas su garganta se abre para tragar. Castígalos, oh Dios, como culpables, haz que fracasen sus intrigas; échalos por sus crímenes sin cuento, ya que contra ti se han rebelado. Que se alegren cuantos a ti se acogen, que estén de fiesta los que tú proteges, y te celebren los que aman tu nombre. Pues tú, Señor, bendices al justo y como un escudo lo cubre tu favor.

La oración de la mañana para obtener la ayuda del Señor. "Por la mañana escucharás mi voz; por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando". Con estas palabras, el salmo 5 se presenta como una oración de la mañana y, por tanto, se sitúa muy bien en la liturgia de las Laudes, el canto de los fieles al inicio de la jornada. Sin embargo, el tono de fondo de esta súplica está marcado por la tensión y el ansia ante los peligros y las amarguras inminentes. Pero no pierde la confianza en Dios, que siempre está dispuesto a sostener a sus fieles para que no tropiecen en el camino de la vida. "Nadie, salvo la Iglesia, posee esa confianza". Y san Agustín, refiriéndose al título que se halla al inicio del salmo, un título que en su versión latina reza: "Para aquella que recibe la herencia", explica: "Se trata, por consiguiente, de la Iglesia, que recibe en herencia la vida eterna por medio de nuestro Señor Jesucristo, de modo que posee a Dios mismo, se adhiere a él, y encuentra en él su felicidad, de acuerdo con lo que está escrito: "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra". Como acontece a menudo en los salmos de súplica dirigidos al Señor para que libre a los fieles del mal, son tres los personajes que entran en escena en este salmo. El primero es Dios, el Tú por excelencia del salmo, al que el orante se dirige con confianza. Frente a las pesadillas de una jornada dura y tal vez peligrosa, destaca una certeza. El Señor es un Dios coherente, riguroso en lo que respecta a la injusticia y ajeno a cualquier componenda con el mal:

"Tú no eres un Dios que ame la maldad". Una larga lista de personas malas -el malvado, el arrogante, el malhechor, el mentiroso, el sanguinario y el traicionero- desfila ante la mirada del Señor. Él es el Dios santo y justo, y está siempre de parte de quienes siguen los caminos de la verdad y del amor, mientras que se opone a quienes escogen "los senderos que llevan al reino de las sombras". Por eso el fiel no se siente solo y abandonado al afrontar la ciudad, penetrando en la sociedad y en el torbellino de las vicisitudes diarias. En los versículos 8 y 9 de nuestra oración matutina, el segundo personaje, el orante, se presenta a sí mismo con un Yo, revelando que toda su persona está dedicada a Dios y a su "gran misericordia". Está seguro de que las puertas del templo, es decir, el lugar de la comunión y de la intimidad divina, cerradas para los impíos, están abiertas de par en par ante él. Él entra en el templo para gozar de la seguridad de la protección divina, mientras afuera el mal domina y celebra sus aparentes y efímeros triunfos. La oración matutina en el templo proporciona al fiel una fortaleza interior que le permite afrontar un mundo a menudo hostil. El Señor mismo lo tomará de la mano y lo guiará por las sendas de la ciudad, más aún, le "allanará el camino", como dice el salmista con una imagen sencilla pero sugestiva. En el original hebreo, esta serena confianza se funda en dos términos (hésed y sedaqáh): "misericordia o fidelidad", por una parte, y "justicia o salvación", por otra. Son las palabras típicas para celebrar la alianza que une al Señor con su pueblo y con cada uno de sus fieles. Por último, se perfila en el horizonte la oscura figura del tercer actor de este drama diario: son los enemigos, los malvados, que ya se habían insinuado en los versículos anteriores. Después del "Tú" de Dios y del "Yo" del orante, viene ahora un "Ellos" que alude a una masa hostil, símbolo del mal del mundo. Su fisonomía se presenta sobre la base de un elemento fundamental en la comunicación social: la palabra. Cuatro elementos -boca, corazón, garganta y lengua- expresan la radicalidad de la malicia que encierran sus opciones. En su boca no hay sinceridad, su corazón es siempre perverso, su garganta es un sepulcro abierto, que sólo quiere la muerte, y su lengua es seductora, pero "está llena de veneno mortífero". Después de este retrato crudo y realista del perverso que atenta contra el justo, el salmista invoca la condena divina en un versículo, que la liturgia cristiana omite, queriendo así conformarse a la revelación neotestamentaria del amor misericordioso, el cual ofrece incluso al malvado la posibilidad de conversión. La oración del salmista culmina en un final lleno de luz y de paz, después del oscuro perfil del pecador que acaba de dibujar. Una gran sere-

nidad y alegría embarga a quien es fiel al Señor. La jornada que se abre ahora ante el creyente, aun en medio de fatigas y ansias, resplandecerá siempre con el sol de la bendición divina. Al salmista, que conoce a fondo el corazón y el estilo de Dios, no le cabe la menor duda: "Tú, Señor, bendices al justo y como un escudo lo cubre tu favor".

Salmo 8

¡Oh Señor, nuestro Dios, qué grande es tu nombre en toda la tierra! Y tu gloria por encima de los cielos. Hasta bocas de niños y lactantes recuerdan tu poder a tus contrarios y confunden a enemigos y rebeldes. Al ver tu cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has fijado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él? ¿qué es el hijo de Adán para que cuides de él?. Un poco inferior a un dios lo hiciste, lo coronaste de gloria y esplendor. Le has hecho que domine las obras de tus manos, tú lo has puesto todo bajo sus pies: ovejas y bueyes por doquier, y también los animales silvestres, aves del cielo y peces del mar, y cuantos surcan las sendas del océano. ¡Oh Señor, Dios nuestro, qué grande es tu Nombre en toda la tierra!

El hombre. . . , en esta empresa, nos parece un gigante. Nos parece divino, no en sí mismo, sino en su principio y en su destino. Honor, por tanto, al hombre, honor a su dignidad, a su espíritu, a su vida. Con estas palabras, en julio de 1969, Pablo VI confiaba a los astronautas estadounidenses que partían para la luna el texto del Salmo 8, que acabamos de escuchar, para que penetrara en los espacios cósmicos. Este himno es, de hecho, una celebración del hombre, pequeña criatura comparada con la inmensidad del universo, una frágil caña, utilizando una famosa imagen del gran filósofo Blaise Pascal. Y, sin embargo, es una caña que piensa, que puede comprender la creación, por ser señor de lo creado, coronado por el mismo Dios. Como sucede con frecuencia en los himnos que exaltan al Creador, el Salmo 8 comienza y termina con una solemne antifona dirigida al Señor, cuya magnificencia es diseminada por el universo: Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra. El contenido del canto parece hacer referencia a una atmósfera nocturna, con la luna y las estrellas que se encienden en el cielo. La primera estrofa del himno está dominada por una confrontación entre Dios, el hombre y el cosmos. En la escena aparece ante todo el Señor, cuya gloria es cantada por los cielos, y por los labios de la humanidad. La alabanza que surge espontánea de los labios de los niños cancela y confunde los discursos presuntuosos de los que niegan a Dios. Éstos son definidos como adversarios, enemigos, rebeldes, pues

se engañan pensando que desafían y se oponen al Creador con su razón y con su acción. De este modo, inmediatamente después, se abre el sugerente escenario de una noche de estrellas. Ante este horizonte infinito surge la eterna pregunta: ¿Qué es el hombre?. La primera e inmediata respuesta habla de nulidad, ya sea en relación con la inmensidad de los cielos, ya sea sobre todo en relación con la majestad del Creador. El cielo dice el Salmista es tuyo, la luna y las estrellas son obra de tus dedos. Esta expresión, diferente a la más común obra de tus manos, es particularmente bella: Dios ha creado estas realidades colosales con la facilidad y la finura de un bordado o del cincel, con el ligero toque de quien acaricia las cuerdas del arpa con los dedos. La primera reacción es, por ello, de turbación: ¿cómo se puede acordar Dios y cuidar de esta criatura tan frágil y pequeña? Pero entonces surge la gran sorpresa: Dios ha dado al hombre, criatura débil, una dignidad estupenda: le ha hecho poco inferior a los ángeles, o como podría traducirse del original hebreo, poco inferior a un Dios. Entramos así en la segunda estrofa del Salmo. El hombre es visto como lugarteniente del mismo Creador. Dios, de hecho, le ha coronado como a un virrey, destinándolo a una soberanía universal: todo lo sometiste bajo sus pies y la palabra todo resuena mientras desfilan las diferentes criaturas. Este dominio, sin embargo, no es conquistado por la capacidad del hombre, realidad frágil y limitada, y tampoco es alcanzado con una victoria sobre Dios, como pretendía el mito griego de Prometeo. Es un dominio donado por Dios: confía a las manos frágiles y con frecuencia egoístas del hombre todo el horizonte de las criaturas, para que conserve su armonía y belleza, para que la use pero no abuse de ella, descubra sus secretos y desarrolle sus potencialidades. Como declara la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, el hombre ha sido creado "a imagen de Dios", capaz de conocer y amar a su propio Creador, y ha sido colocado por él por encima de todas las criaturas terrenas como señor de las mismas para gobernarlas y servir a la gloria de Dios. Por desgracia, el dominio del hombre, afirmado en el Salmo 8, puede ser mal entendido y deformado por el hombre egoísta, que con frecuencia se ha convertido más bien en un loco tirano y no en un gobernador sabio e inteligente. El Libro de la Sabiduría alerta ante desviaciones de este tipo, cuando precisa que Dios formó al hombre para que dominase sobre los seres creados, administrase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu. En un contexto diferente, también Job recurre a nuestro Salmo para recordar en particular la debilidad humana, que no merecería tanta atención por parte de Dios: ¿Qué es el hom-

bre para que tanto de él te ocupes, para que pongas en él tu corazón, para que le escrutes todas las mañanas y a cada instante le escudriñes?. La historia documenta el mal que la libertad humana disemina en el mundo con las devastaciones ambientales y con las tremendas injusticias sociales. A diferencia de los seres humanos, que humillan a sus semejantes y a la creación, Cristo se presenta como el hombre perfecto, coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios experimentó la muerte para bien de todos. Él reina sobre el universo con ese dominio de paz y de amor que prepara el nuevo mundo, los nuevos cielos, y la nueva tierra. Es más, ejerce su autoridad soberana -como sugiere el autor de la Carta a los Hebreos aplicándole el Salmo 8- a través de su entrega suprema en la muerte para bien de todos. Cristo no es un soberano que se hace servir, sino que sirve, y se entrega a los demás: el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos. De ese modo, recapitula en sí todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. Desde esta perspectiva cristológica, el Salmo 8 revela toda la fuerza de su mensaje y de su esperanza, invitándonos a ejercer nuestra soberanía sobre la creación no como dominadores sino con el amor.

Al meditar en el Salmo 8, admirable himno de alabanza, se concluye nuestro largo camino a través de los salmos y de los cánticos que constituyen el alma de la oración de la Liturgia de Laudes. Durante estas catequesis nuestra reflexión se ha detenido en 84 oraciones bíblicas, de las que hemos tratado de destacar en particular su intensidad espiritual, sin descuidar su belleza poética. La Biblia, de hecho, nos invita a comenzar el camino de nuestra jornada con un canto que no sólo proclame las maravillas realizadas por Dios y nuestra respuesta de fe, sino que además lo haga con arte, es decir, de una manera bella, luminosa, dulce y fuerte al mismo tiempo. Espléndido como ninguno es el Salmo 8, en el que el hombre, sumergido en la noche, cuando en la inmensidad del cielo se iluminan la luna y las estrellas, se siente como un granito de arena en la infinitud y en los espacios ilimitados que lo envuelven. En el corazón del Salmo 8, de hecho, emerge una doble experiencia. Por un lado, la persona humana se siente como aplastada por la grandiosidad de la creación, obra de tus dedos divinos. Esta curiosa expresión sustituye a las obras de tus manos, como queriendo indicar que el Creador ha trazado un designio o un bordado con los astros resplandecientes, arrojados en la inmensidad del cosmos. Por otro lado, sin embargo, Dios se inclina sobre el hombre y le corona como si fuera su virey: lo coronaste de gloria y dignidad. Es más, a esta criatura tan frágil

le confía todo el universo para que pueda conocerlo y sustentarse. El horizonte de la soberanía del hombre sobre las criaturas queda circunscrito, en una especie de evocación de la página de apertura del Génesis: rebaños, manadas, animales del campo, aves del cielo y peces del mar son entregados al hombre para que les dé un nombre, descubra su realidad profunda, la respete y la transforme a través del trabajo y se convierta en fuente de belleza y de vida. El Salmo nos hace conscientes de nuestra grandeza y de nuestra responsabilidad ante la creación. Releyendo el Salmo 8, el autor de la Carta a los Hebreos percibe una comprensión más profunda del designio de Dios para el hombre. La vocación del hombre no puede quedar limitada en el actual mundo terreno; al afirmar que Dios ha puesto todo bajo sus pies, el salmista quiere decir que le somete también el mundo venidero, un reino incommovible. En definitiva, la vocación del hombre es la vocación celestial. Dios quiere llevar a muchos hijos a la gloria. Para que se pudiera realizar este proyecto divino era necesario que la vocación del hombre encontrara su primer cumplimiento perfecto en un pionero. Este pionero es Cristo. El autor de la Carta a los Hebreos ha observado en este sentido que las expresiones del Salmo se aplican a Cristo de manera privilegiada, es decir, más precisa que para el resto de los hombres. De hecho, en el original el Salmista utiliza el verbo rebajar, diciendo a Dios: Lo rebajaste a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad. Para cualquier persona este verbo es impropio; los hombres no han sido rebajados a los ángeles, pues nunca han estado por encima de ellos. Sin embargo, en el caso de Cristo, este verbo es exacto, pues en cuanto Hijo de Dios, él se encontraba por encima de los ángeles y se hizo inferior al hacerse hombre, después fue coronado de gloria en su resurrección. De este modo, Cristo cumplió plenamente la vocación del hombre y la cumplió, precisa el autor, para bien de todos. Desde esta perspectiva, san Ambrosio comenta el Salmo y lo aplica a nosotros. Comienza con la frase en la que se describe la coronación del hombre: lo coronaste de gloria y dignidad. En esa gloria, él vislumbra el premio que el Señor nos reserva cuando hemos superado la prueba de la tentación. Estas son las palabras del gran padre de la Iglesia en su Tratado del Evangelio según San Lucas: El Señor ha coronado también de gloria y magnificencia a su amado. Ese Dios que desea distribuir las coronas, permite las tentaciones: por ello, cuando seas tentado, recuerda de que te está preparando la corona. Si descartas el combate de los mártires, descartarás también sus coronas; si descartas sus suplicios, descartarás también su dicha. Dios prepara para nosotros esa corona de justicia con la que recompensará

nuestra fidelidad que le demostramos incluso en los momentos de tempestad que sacuden nuestro corazón y nuestra mente. Pero en todo momento él está atento para ver qué es lo que le pasa a su criatura predilecta y quiere que en ella brille para siempre la imagen divina de modo que sea en el mundo signo de armonía, de luz y de paz.

Salmo 10

En el Señor he puesto mi refugio; ¿cómo dicen a mi alma: "Huye, cual un pájaro, hacia el monte, porque los impíos tensan su arco, y ajustan sus flechas a la cuerda para herir en la sombra a los de recto corazón. Si han cedido los cimientos, ¿qué puede hacer el justo?". El Señor está en su templo santo, el Señor tiene su trono en el cielo. Sus ojos están observando y fija su mirada en los hijos de Adán. El Señor explora al justo y al impío, y su alma odia a quien ama la violencia. Hará llover sobre los malvados carbones encendidos y azufre y un viento abrasador les tocará en suerte. Porque el Señor es justo y ama la justicia, los que son rectos contemplarán su rostro.

Continúa nuestra reflexión sobre los Salmos, que constituyen el texto esencial de la Liturgia de las Vísperas. Acaba de resonar en nuestros corazones el Salmo 10, una breve oración de confianza que, en el original hebreo, está salpicada por el nombre divino sagrado Adonai, el Señor. En la apertura se escucha el eco de este nombre, aparece en tres ocasiones en el centro del Salmo y vuelve a aparecer en el final. El tono espiritual de todo el canto está bien expresado por el versículo conclusivo: el Señor es justo y ama la justicia. Este es el motivo de toda confianza y el manantial de toda esperanza en el día de la oscuridad y de la prueba. Dios no es indiferente ante el bien y el mal, es un Dios bueno y no un hado oscuro, indescifrable y misterioso. El Salmo se desarrolla esencialmente en dos escenas. En la primera, se describe al impío en su triunfo aparente. Es descrito con imágenes de carácter bélico y de caza: es el perverso, que tensa su arco de guerra o de caza para disparar violentamente contra su víctima, es decir, el fiel. Este último, por este motivo, se siente tentado por la idea de evadirse y liberarse de un ataque tan implacable. Quisiera huir como un pájaro al monte (versículo 1), lejos del remolino del mal, del asedio de los malvados, de las flechas de las calumnias lanzadas a traición por los pecadores. Se da una especie de desaliento en el fiel que se siente sólo e impotente ante la irrupción del mal. Tiene la impresión de que se sacuden los fundamentos del orden social justo y que se minan las bases mismas de la convivencia humana. Viene entonces el gran cambio, descrito en la segunda

escena. El Señor, sentado en su trono celestial, abarca con su mirada penetrante todo el horizonte humano. Desde esa posición trascendental, signo de la omnisciencia y de la omnipotencia divina, Dios puede escrutar y valorar a cada persona, distinguiendo el bien del mal y condenando con vigor la injusticia. Es sumamente sugerente y consoladora la imagen del ojo divino, cuya pupila analiza fija y atentamente nuestras acciones. El Señor no es un soberano remoto, cerrado en su mundo dorado, sino una presencia vigilante que está de la parte del bien y de la justicia. Ve y provee, interviniendo con su palabra y su acción. El justo prevé que, como sucedió en Sodoma, el Señor hará llover sobre los malvados ascuas y azufre, símbolos del juicio de Dios que purifica la historia, condenando el mal. El impío, golpeado por esta lluvia ardiente, que prefigura su suerte futura, experimenta finalmente que hay un Dios que juzga en la tierra. El Salmo, sin embargo, no concluye con esta imagen trágica de castigo y condena. El último versículo abre el horizonte a la luz y a la paz destinadas para el justo, que contemplará a su Señor, juez y justo, pero sobre todo liberador misericordioso: los buenos verán su rostro. Es una experiencia de comunión gozosa y de serena confianza en el Dios que libera del mal. Una experiencia así la han hecho innumerables justos a través de la historia. Muchas narraciones describen la confianza de los mártires cristianos ante los tormentos, así como su firmeza, que no rehuía de la prueba. En las Actas de Euplo, diácono de Catania, asesinado en torno al año 304 bajo Diocleciano, el mártir pronuncia espontáneamente esta secuencia de oraciones: Gracias, Cristo: protégeme porque sufro por ti. . . Adoro al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Adoro a la Santa Trinidad. . . Gracias, Cristo. ¡Ayúdame, Cristo! Por ti sufro, Cristo. . . ¡Tu gloria es grande, Señor, en los siervos que te has dignado en llamar!. . . Te doy gracias, Señor Jesucristo, porque tu fuerza me ha consolado; no has permitido que mi alma pereciera con los impíos y me has concedido la gracia de tu nombre. Confirma ahora lo que has hecho en mí para que quede confundida la soberbia del Adversario.

Salmo 14

Señor, ¿quién entrará bajo tu tienda y habitará en tu montaña santa?. El que es irreprochable y actúa con justicia, el que dice la verdad de corazón y no forja calumnias; el que no daña a su hermano ni al prójimo molesta con agravios; el que menosprecia al criminal, pero honra a los que temen al Señor; y si bien al jurar se perjudicó, no se retracta de lo que ha dicho; el que no presta dinero a interés ni acepta sobornos para

perjudicar al inocente. Quien obra así jamás vacilará.

¿Quién es justo ante el Señor? Los estudiosos de la Biblia clasifican con frecuencia el salmo 14, objeto de nuestra reflexión de hoy, como parte de una "liturgia de ingreso". Como sucede en algunas otras composiciones del Salterio, se puede pensar en una especie de procesión de fieles, que llega a las puertas del templo de Sión para participar en el culto. En un diálogo ideal entre los fieles y los levitas, se delinean las condiciones indispensables para ser admitidos a la celebración litúrgica y, por consiguiente, a la intimidad divina. En efecto, por una parte, se plantea la pregunta: "Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?". Por otra, se enumeran las cualidades requeridas para cruzar el umbral que lleva a la "tienda", es decir, al templo situado en el "monte santo" de Sión. Las cualidades enumeradas son once y constituyen una síntesis ideal de los compromisos morales fundamentales recogidos en la ley bíblica. En las fachadas de los templos egipcios y babilónicos a veces se hallaban grabadas las condiciones requeridas para el ingreso en el recinto sagrado. Pero conviene notar una diferencia significativa con las que sugiere nuestro salmo. En muchas culturas religiosas, para ser admitidos en presencia de la divinidad, se requería sobre todo la pureza ritual exterior, que implicaba abluciones, gestos y vestiduras particulares. En cambio, el salmo 14 exige la purificación de la conciencia, para que sus opciones se inspiren en el amor a la justicia y al prójimo. Por ello, en estos versículos se siente vibrar el espíritu de los profetas, que con frecuencia invitan a conjugar fe y vida, oración y compromiso existencial, adoración y justicia social. Escuchemos, por ejemplo, la vehemente reprimenda del profeta Amós, que denuncia en nombre de Dios un culto alejado de la vida diaria: "Yo detesto, desprecio vuestras fiestas; no me gusta el olor de vuestras reuniones solemnes. Si me ofrecéis holocaustos, no me complazco en vuestras oblaciones, ni miro a vuestros sacrificios de comunión de novillos cebados. (. . .) ¡Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne!". Veamos ahora los once compromisos enumerados por el salmista, que podrán constituir la base de un examen de conciencia personal cuando nos preparemos para confesar nuestras culpas a fin de ser admitidos a la comunión con el Señor en la celebración litúrgica. Los tres primeros compromisos son de índole general y expresan una opción ética: seguir el camino de la integridad moral, de la práctica de la justicia y, por último, de la sinceridad perfecta al hablar. Siguen tres deberes que podríamos definir de relación con el prójimo: eliminar

la calumnia de nuestra lengua, evitar toda acción que pueda causar daño a nuestro hermano, no difamar a los que viven a nuestro lado cada día. Viene luego la exigencia de una clara toma de posición en el ámbito social: considerar despreciable al impío y honrar a los que temen al Señor. Por último, se enumeran los últimos tres preceptos para examinar la conciencia: ser fieles a la palabra dada, al juramento, incluso en el caso de que se sigan consecuencias negativas para nosotros; no prestar dinero con usura, delito que también en nuestros días es una infame realidad, capaz de estrangular la vida de muchas personas; y, por último, evitar cualquier tipo de corrupción en la vida pública, otro compromiso que es preciso practicar con rigor también en nuestro tiempo. Seguir este camino de decisiones morales auténticas significa estar preparados para el encuentro con el Señor. También Jesús, en el Sermón de la montaña, propondrá su propia "liturgia de ingreso" esencial: "Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda". Como concluye nuestra plegaria, quien actúa del modo que indica el salmista "nunca fallará". San Hilario de Poitiers, Padre y Doctor de la Iglesia del siglo 4, en su *Tractatus super Psalmos*, comenta así esta afirmación final del salmo, relacionándola con la imagen inicial de la tienda del templo de Sión. "Quien obra de acuerdo con estos preceptos, se hospeda en la tienda, habita en el monte. Por tanto, es preciso guardar los preceptos y cumplir los mandamientos. Debemos grabar este salmo en lo más íntimo de nuestro ser, escribirlo en el corazón, anotarlo en la memoria. Debemos confrontarnos de día y de noche con el tesoro de su rica brevedad. Y así, adquirida esta riqueza en el camino hacia la eternidad y habitando en la Iglesia, podremos finalmente descansar en la gloria del cuerpo de Cristo".

Salmo 15

Guárdame, oh Dios, pues me refugio en ti. Yo le he dicho: "Tú eres mi Señor, no hay dicha para mí fuera de ti. Los dioses del país son sólo mugre, ¡malditos sean los que los escogen y que corren tras ellos! Tan sólo penas cosecharán. No les ofreceré libaciones de sangre ni llevaré sus nombres a mis labios. El Señor es la herencia que me toca y mi buena suerte: ¡guárdame mi parte!. El cordel repartidor me dejó lo mejor, ¡magnífica yo encuentro mi parcela!. Yo bendigo al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye mi conciencia. Ante mí tengo siempre al Señor, porque está a mi derecha jamás vacilaré. Por eso es-

tá alegre mi corazón, mis sentidos rebosan de júbilo y aún mi carne descansa segura: pues tú no darás mi alma a la muerte, ni dejarás que se pudra tu amigo. Me enseñarás la senda de la vida, gozos y plenitud en tu presencia, delicias para siempre a tu derecha.

Tenemos la oportunidad de meditar, después de haberlo escuchado y convertido en oración, en un salmo de una fuerte tensión espiritual. A pesar de las dificultades del texto, que se aprecian en el original hebreo sobre todo en los primeros versículos, el Salmo 15 es un luminoso cántico místico, como sugiere la profesión de fe del inicio: yo digo al Señor: "Tú eres mi bien". Dios es visto como el único bien y, por este motivo, el que ora decide formar parte de la comunidad de todos aquellos que son fieles al Señor: los santos que hay en la tierra. Por este motivo, el salmista rechaza radicalmente la tentación de la idolatría con sus ritos sanguinarios y con sus invocaciones blasfemas. Es una opción clara y decisiva, que parece hacer eco a la del Salmo 72, otro canto de confianza en Dios, conquistada a través de una fuerte y difícil opción moral: ¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. . . Para mí, mi bien es estar junto a Dios; he puesto mi cobijo en el Señor. Nuestro salmo desarrolla dos temas que son expresados a través de tres símbolos. Ante todo, el símbolo de la heredad, término que cimienta los versículos 5 y 6: se habla de lote de mi heredad, mi copa; suerte. Se usaban estos términos para describir el don de la tierra prometida al pueblo de Israel. Nosotros sabemos ahora que la única tribu que no había recibido un lote de tierra era la de los levitas, pues el Señor mismo constituía su heredad. El salmista declara: El Señor es el lote de mi heredad y mi copa. . . me encanta mi heredad. Por tanto, da la impresión de ser un sacerdote que está proclamando la alegría de estar totalmente entregado al servicio de Dios. San Agustín comenta: El salmista no dice: "Dios, ¡dame una heredad! ¿Qué me darás como heredad?". Dice por el contrario: todo lo que me des fuera de ti no vale nada. Sé tu mismo mi heredad. Eres tú a quien yo amo. . . Buscar a Dios en Dios, ser colmado de Dios por Dios. Él te basta, fuera de él nada te puede bastar. El segundo tema es el de la comunión perfecta y continua con el Señor. El salmista expresa la firme esperanza de se preservado de la muerte para poder permanecer en la intimidad de Dios, pues ésta no es posible en la muerte. Sus expresiones no ponen, sin embargo, ningún límite a esta preservación; es más, pueden ser entendidas en la línea de una victoria sobre la muerte que asegura la intimidad eterna con Dios. El orante utiliza dos símbolos. Ante todo, evoca el cuerpo: los exegetas nos dicen que en el original hebreo se habla de riñones, sím-

bolo de las pasiones y de la interioridad más escondida; de derecha, signo de fuerza; de corazón, sede de la conciencia; incluso de hígado, que expresa emotividad; de carne, que indica la existencia frágil del hombre; y por último de aliento de vida. Se trata por tanto de la representación de todo el ser de la persona, que no es absorbido ni aniquilado en la corrupción del sepulcro, sino que es mantenido en una vida plena y feliz con Dios. Aparece, así, el segundo símbolo del Salmo 15, el del camino: Me enseñarás el sendero de la vida. Es el camino que conduce al gozo en tu presencia divina, a la alegría perpetua a tu derecha. Estas palabras se adaptan perfectamente a una interpretación que amplía la perspectiva a la esperanza de la comunión con Dios, más allá de la muerte, en la vida eterna. De este modo, es fácil comprender por qué el Salmo ha sido tomado por el Nuevo Testamento para hacer referencia a la resurrección de Cristo. San Pedro, en su discurso de Pentecostés, cita precisamente la segunda parte del himno con una luminosa aplicación pascual y cristológica: Dios le resucitó [a Cristo] librándole de los dolores de la muerte, pues no era posible que quedase bajo su dominio. San Pablo hace referencia al Salmo 15 en el anuncio de la Pascua de Cristo durante su discurso en la sinagoga de Antioquia de Pisidia. También nosotros lo proclamamos desde esta perspectiva: No permitirás que tu santo experimente la corrupción. Ahora bien, David, después de haber servido en sus días a los designios de Dios, murió, se reunió con sus padres y experimentó la corrupción. En cambio aquel a quien Dios resucitó [Jesucristo], no experimentó la corrupción.

Salmo 18

Los cielos cuentan la gloria del Señor, proclama el firmamento la obra de sus manos. Un día al siguiente le pasa el mensaje y una noche a la otra se lo hace saber. No hay discursos ni palabras ni voces que se escuchen, mas por todo el orbe se capta su ritmo, y el mensaje llega hasta el fin del mundo. Al sol le fijó una tienda en lontananza, de allí sale muy alegre, como un esposo que deja su alcoba, como atleta, a correr su carrera. Sale de un extremo de los cielos y en su vuelta, que alcanza al otro extremo, no hay nada que se escape a su calor. La ley del Señor es perfecta, es remedio para el alma, toda declaración del Señor es cierta y da al sencillo la sabiduría. Las ordenanzas del Señor son rectas y para el corazón son alegría. Los mandamientos del Señor son claros y son luz para los ojos. El temor del Señor es un diamante, que dura para siempre; los juicios del Señor son verdad, y todos por igual se verifican. Son más preciosos que el oro, valen más que montones de

oro fino; más que la miel es su dulzura, más que las gotas del panal. También son luz para tu siervo, guardarlos es para mí una riqueza. Pero, ¿quién repara en sus deslices? Límpiame de los que se me escapan. Guarda a tu siervo también de la soberbia, que nunca me domine. Así seré perfecto y limpio de pecados graves. ¡Ojalá te gusten las palabras de mi boca, esta meditación a solas ante ti, oh Señor, mi Roca y Redentor!

Himno a Dios creador. El sol, con su resplandor progresivo en el cielo, con el esplendor de su luz, con el calor benéfico de sus rayos, ha conquistado a la humanidad desde sus orígenes. De muchas maneras los seres humanos han manifestado su gratitud por esta fuente de vida y de bienestar con un entusiasmo que en ocasiones alcanza la cima de la auténtica poesía. El estupendo salmo 18, cuya primera parte se acaba de proclamar, no sólo es una plegaria, en forma de himno, de singular intensidad; también es un canto poético al sol y a su irradiación sobre la faz de la tierra. En él el salmista se suma a la larga serie de cantores del antiguo Oriente Próximo, que exaltaba al astro del día que brilla en los cielos y que en sus regiones permanece largo tiempo irradiando su calor ardiente. Basta pensar en el célebre himno a Atón, compuesto por el faraón Akenatón en el siglo 14 a. C. y dedicado al disco solar, considerado como una divinidad. Pero para el hombre de la Biblia hay una diferencia radical con respecto a estos himnos solares: el sol no es un dios, sino una criatura al servicio del único Dios y creador. Basta recordar las palabras del Génesis: "Dijo Dios: haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, y valgan de señales para solemnidades, días y años; (. . .) Hizo Dios los dos luceros mayores; el lucero grande para el dominio del día, y el lucero pequeño para el dominio de la noche (. . .) y vio Dios que estaba bien". Antes de repasar los versículos del salmo elegidos por la liturgia, echemos una mirada al conjunto. El salmo 18 es como un dístico. En la primera parte -la que se ha convertido ahora en nuestra oración- encontramos un himno al Creador, cuya misteriosa grandeza se manifiesta en el sol y en la luna. En cambio, en la segunda parte del Salmo hallamos un himno sapiencial a la Torah, es decir, a la Ley de Dios. Ambas partes están unidas por un hilo conductor común: Dios alumbra el universo con el fulgor del sol e ilumina a la humanidad con el esplendor de su Palabra, contenida en la Revelación bíblica. Se trata, en cierto sentido, de un sol doble: el primero es una epifanía cósmica del Creador; el segundo es una manifestación histórica y gratuita de Dios salvador. Por algo la Torah, la

Palabra divina, es descrita con rasgos "solares": "los mandatos del Señor son claros, dan luz a los ojos". Pero consideremos ahora la primera parte del Salmo. Comienza con una admirable personificación de los cielos, que el autor sagrado presenta como testigos elocuentes de la obra creadora de Dios. En efecto, "proclaman", "pregonan" las maravillas de la obra divina. También el día y la noche son representados como mensajeros que transmiten la gran noticia de la creación. Se trata de un testimonio silencioso, pero que se escucha con fuerza, como una voz que recorre todo el cosmos. Con la mirada interior del alma, con la intuición religiosa que no se pierde en la superficialidad, el hombre y la mujer pueden descubrir que el mundo no es mudo, sino que habla del Creador. Como dice el antiguo sabio, "de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor". También san Pablo recuerda a los Romanos que "desde la creación del mundo, lo invisible de Dios se deja ver a la inteligencia a través de sus obras". Luego el himno cede el paso al sol. El globo luminoso es descrito por el poeta inspirado como un héroe guerrero que sale del tálamo donde ha pasado la noche, es decir, sale del seno de las tinieblas y comienza su carrera incansable por el cielo. Se asemeja a un atleta que avanza incansable mientras todo nuestro planeta se encuentra envuelto por su calor irresistible. Así pues, el sol, comparado a un esposo, a un héroe, a un campeón que, por orden de Dios, cada día debe realizar un trabajo, una conquista y una carrera en los espacios siderales. Y ahora el salmista señala al sol resplandeciente en el cielo, mientras toda la tierra se halla envuelta por su calor, el aire está inmóvil, ningún rincón del horizonte puede escapar de su luz. La liturgia pascual cristiana recoge la imagen solar del Salmo para describir el éxodo triunfante de Cristo de las tinieblas del sepulcro y su ingreso en la plenitud de la vida nueva de la resurrección. La liturgia bizantina canta en los Maitines del Sábado santo: "Como el sol brilla, después de la noche, radiante en su luminosidad renovada, así también tú, oh Verbo, resplandecerás con un nuevo fulgor cuando, después de la muerte, dejarás tu tálamo". Una oda (la primera) de los Maitines de Pascua vincula la revelación cósmica al acontecimiento pascual de Cristo: "Alégrese el cielo y goce la tierra, porque el universo entero, tanto el visible como el invisible, participa en esta fiesta: ha resucitado Cristo, nuestro gozo perenne". Y en otra oda (la tercera) añade: "Hoy el universo entero -cielo, tierra y abismo- reboza de luz y la creación entera canta ya la resurrección de Cristo, nuestra fuerza y nuestra alegría". Por último, otra (la cuarta) concluye: "Cristo, nuestra Pascua, se ha alzado desde la tumba como un sol de justicia,

irradiando sobre todos nosotros el esplendor de su caridad". La liturgia romana no es tan explícita como la oriental al comparar a Cristo con el sol. Sin embargo, describe las repercusiones cósmicas de su resurrección, cuando comienza su canto de Laudes en la mañana de Pascua con el famoso himno: "Aurora lucis rutilat, caelum resultat laudibus, mundus exsultans iubilat, gemens infernus ululat": "La aurora resplandece de luz, el cielo exulta con cantos de alabanza, el mundo se llena de gozo, y el infierno gime con alaridos". En cualquier caso, la interpretación cristiana del Salmo no altera su mensaje básico, que es una invitación a descubrir la palabra divina presente en la creación. Ciertamente, como veremos en la segunda parte del Salmo, hay otra Palabra, más elevada, más preciosa que la luz misma: la de la Revelación bíblica. Con todo, para los que tienen oídos atentos y ojos abiertos, la creación constituye en cierto sentido una primera revelación, que tiene un lenguaje elocuente: es casi otro libro sagrado, cuyas letras son la multitud de las criaturas presentes en el universo. San Juan Crisóstomo afirma: "El silencio de los cielos es una voz más resonante que la de una trompeta: esta voz pregona a nuestros ojos, y no a nuestros oídos, la grandeza de Aquel que los ha creado". Y san Atanasio: "El firmamento, con su grandeza, su belleza y su orden, es un admirable predicador de su Artífice, cuya elocuencia llena el universo".

Salmo 23

Del Señor es la tierra y lo que contiene, el mundo y todos sus habitantes; pues él la edificó sobre los mares, y la puso más arriba que las aguas. ¿Quién subirá a la montaña del Señor? ¿quién estará de pie en su santo recinto?. El de manos limpias y de puro corazón, el que no pone su alma en cosas vanas ni jura con engaño. Ese obtendrá la bendición del Señor y la aprobación de Dios, su salvador. Así es la raza de los que Le buscan, de los que buscan tu rostro, ¡Dios de Jacob!. ¡Ea puertas, levanten sus dinteles, elévense, portones eternos, y que pase el Rey de la gloria!. Quién es ese Rey de la gloria? El Señor, el fuerte, el poderoso, el Señor, valiente en la batalla. ¡Puertas, levanten sus dinteles, elévense, portones eternos y que pase el Rey de la gloria!. ¿Quién es ese Rey de la gloria? Es Yahvé, Dios de los Ejércitos, él es el Rey de la Gloria.

El Señor entra en su templo. El antiguo canto del pueblo de Dios, que acabamos de escuchar, resonaba ante el templo de Jerusalén. Para poder descubrir con claridad el hilo conductor que atraviesa

este himno es necesario tener muy presentes tres presupuestos fundamentales. El primero atañe a la verdad de la creación: Dios creó el mundo y es su Señor. El segundo se refiere al juicio al que somete a sus criaturas: debemos comparecer ante su presencia y ser interrogados sobre nuestras obras. El tercero es el misterio de la venida de Dios: viene en el cosmos y en la historia, y desea tener libre acceso, para entablar con los hombres una relación de profunda comunión. Un comentarista moderno ha escrito: "Se trata de tres formas elementales de la experiencia de Dios y de la relación con Dios; vivimos por obra de Dios, en presencia de Dios y podemos vivir con Dios". A estos tres presupuestos corresponden las tres partes del salmo 23, que ahora trataremos de profundizar, considerándolas como tres paneles de un tríptico poético y orante. La primera es una breve aclamación al Creador, al cual pertenece la tierra, incluidos sus habitantes (vv. 1-2). Es una especie de profesión de fe en el Señor del cosmos y de la historia. En la antigua visión del mundo, la creación se concebía como una obra arquitectónica: Dios funda la tierra sobre los mares, símbolo de las aguas caóticas y destructoras, signo del límite de las criaturas, condicionadas por la nada y por el mal. La realidad creada está suspendida sobre este abismo, y es la obra creadora y providente de Dios la que la conserva en el ser y en la vida. Desde el horizonte cósmico la perspectiva del salmista se restringe al microcosmos de Sión, "el monte del Señor". Nos encontramos ahora en el segundo cuadro del salmo. Estamos ante el templo de Jerusalén. La procesión de los fieles dirige a los custodios de la puerta santa una pregunta de ingreso: "¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?". Los sacerdotes - como acontece también en algunos otros textos bíblicos llamados por los estudiosos "liturgias de ingreso"- responden enumerando las condiciones para poder acceder a la comunión con el Señor en el culto. No se trata de normas meramente rituales y exteriores, que es preciso observar, sino de compromisos morales y existenciales, que es necesario practicar. Es casi un examen de conciencia o un acto penitencial que precede la celebración litúrgica. Son tres las exigencias planteadas por los sacerdotes. Ante todo, es preciso tener "manos inocentes y corazón puro". "Manos" y "corazón" evocan la acción y la intención, es decir, todo el ser del hombre, que se ha de orientar radicalmente hacia Dios y su ley. La segunda exigencia es "no mentir", que en el lenguaje bíblico no sólo remite a la sinceridad, sino sobre todo a la lucha contra la idolatría, pues los ídolos son falsos dioses, es decir, "mentira". Así se reafirma el primer mandamiento del Decálogo, la pureza de la religión y del

culto. Por último, se presenta la tercera condición, que atañe a las relaciones con el prójimo: "No jurar contra el prójimo en falso". Como es sabido, en una civilización oral como la del antiguo Israel, la palabra no podía ser instrumento de engaño; por el contrario, era el símbolo de relaciones sociales inspiradas en la justicia y la rectitud. Así llegamos al tercer cuadro, que describe indirectamente el ingreso festivo de los fieles en el templo para encontrarse con el Señor. En un sugestivo juego de llamamientos, preguntas y respuestas, se presenta la revelación progresiva de Dios, marcada por tres títulos solemnes: "Rey de la gloria; Señor valeroso, héroe de la guerra; y Señor de los ejércitos". A las puertas del templo de Sión, personificadas, se las invita a alzar los dinteles para acoger al Señor que va a tomar posesión de su casa. El escenario triunfal, descrito por el salmo en este tercer cuadro poético, ha sido utilizado por la liturgia cristiana de Oriente y Occidente para recordar tanto el victorioso descenso de Cristo a los infiernos, del que habla la primera carta de san Pedro, como la gloriosa ascensión del Señor resucitado al cielo. El mismo salmo se sigue cantando, en coros que se alternan, en la liturgia bizantina la noche de Pascua, tal como lo utilizaba la liturgia romana al final de la procesión de Ramos, el segundo domingo de Pasión. La solemne liturgia de la apertura de la Puerta santa durante la inauguración del Año jubilar nos permitió revivir con intensa emoción interior los mismos sentimientos que experimentó el salmista al cruzar el umbral del antiguo templo de Sión. El último título: "Señor de los ejércitos", no tiene, como podría parecer a primera vista, un carácter marcial, aunque no excluye una referencia a los ejércitos de Israel. Por el contrario, entraña un valor cósmico: el Señor, que está a punto de encontrarse con la humanidad dentro del espacio restringido del santuario de Sión, es el Creador, que tiene como ejército todas las estrellas del cielo, es decir, todas las criaturas del universo que le obedecen. En el libro del profeta Baruc se lee: "Brillan las estrellas en su puesto de guardia, llenas de alegría; las llama él y dicen: "Aquí estamos". Y brillan alegres para su Hacedor". El Dios infinito, todopoderoso y eterno, se adapta a la criatura humana, se le acerca para encontrarse con ella, escucharla y entrar en comunión con ella. Y la liturgia es la expresión de este encuentro en la fe, en el diálogo y en el amor.

Salmo 26

A ti, Señor, elevo mi alma, a ti que eres mi Dios. En ti he confiado, que no quede avergonzado ni se rían de mí mis enemigos. Los que esperan en ti no serán confundidos, pero sí lo serán quienes te mienten.

Haz, Señor, que conozca tus caminos, muéstrame tus senderos. En tu verdad guía mis pasos, instrúyeme, tú que eres mi Dios y mi Salvador. Te estuve esperando todo el día, sé bueno conmigo y acuérdate de mí. Acuérdate que has sido compasivo y generoso desde toda la eternidad. No recuerdes las faltas ni los extravíos de mi juventud; pero acuérdate de mí según tu amor. El Señor es bueno y recto; por eso muestra el camino a los que han pecado. Dirige los pasos de los humildes, y muestra a los sencillos el camino. Amor y lealtad son todos sus caminos, para el que guarda su alianza y sus mandatos. ¡Rinde honor a tu nombre, Señor, y perdona mi deuda, que es muy grande!. En cuanto un hombre teme al Señor, él le enseña a escoger su camino. Su alma en la dicha morará, y sus hijos heredarán la tierra. El secreto del Señor es para quien lo teme, le da el conocimiento de su alianza. Mis ojos nunca se apartan del Señor, pues él saca mis pies de la trampa. Mirame y ten compasión de mí, que estoy solo y desvalido. Afloja lo que aprieta mi corazón y hazme salir de mis angustias. Contempla mi miseria y mi fatiga y quítame de encima todos mis pecados. Mira cuántos son mis enemigos y con qué odio violento me persiguen. Defiende mi vida, líbrame: no quede confundido de haber confiado en ti. Integridad y rectitud me guardarán, en ti, Señor, he puesto mi confianza. Oh Dios, redime a Israel de todas sus angustias.

Nuestro recorrido a través de las Vísperas se reanuda hoy con el Salmo 26, que la liturgia distribuye en dos pasajes. Reflexionaremos ahora en la primera parte de este dístico poético y espiritual que tiene como telón de fondo el templo de Sión, sede del culto de Israel. De hecho, el salmista habla explícitamente de la casa del Señor, del templo, de la morada. En el original hebreo, estos términos indican más precisamente el tabernáculo y la tienda, es decir, el corazón mismo del templo, en el que el Señor se revela con su presencia y palabra. Se evoca también la roca de Sión, lugar de seguridad y de refugio, y se alude a la celebración de los sacrificios de acción de gracias. Si la liturgia es la atmósfera espiritual en la que está sumergido el Salmo, el hilo conductor de la oración es la confianza en Dios, ya sea en el día del gozo, ya sea en momentos de miedo. La primera parte del Salmo, que ahora meditamos, está marcada por una gran serenidad, basada en la confianza en Dios en el día tenebroso del asalto de los malvados. Las imágenes utilizadas para describir a estos adversarios, que son el signo del mal que contamina la historia, son de dos clases. Por un lado, parece presentarse una imagen de caza feroz: los malvados son como fieras que avanzan para agarrar a su presa y desgarrar su carne, pero tropiezan y caen (versículo 2). Por otro lado, se presenta

el símbolo militar de un asalto de toda una armada: es una batalla que estalla con ímpetu sembrando terror y muerte (versículo 3). La vida del creyente es sometida con frecuencia a tensiones y contestaciones, en ocasiones también al rechazo e incluso a la persecución. El comportamiento del hombre justo fastidia, pues resuena como una admonición para los prepotentes y perversos. Lo reconocen sin ambigüedades los impíos descritos por el Libro de la Sabiduría: el justo es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son extraños. El fiel es consciente de que la coherencia crea aislamiento y provoca incluso desprecio y hostilidad en una sociedad que escoge con frecuencia como estandarte la ventaja personal, el éxito exterior, la riqueza, el goce desenfrenado. Sin embargo, él no está solo y su corazón mantiene una paz interior sorprendente, pues -como dice la espléndida antifona de apertura del Salmo -El Señor es mi luz y mi salvación. Repite continuamente: ¿a quién temeré?. . . ¿quién me hará temblar?. . . mi corazón no tiembla. . . me siento tranquilo. Parece ser un eco de las palabras de san Pablo que proclaman: Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?. Pero la tranquilidad interior, la fortaleza de espíritu y la paz son un don que se obtiene refugiándose en el templo, es decir, recurriendo a la oración personal y comunitaria. El orante, de hecho, se pone en las manos de Dios y su sueño queda expresado también por otro Salmo: habitaré en la casa del Señor por años sin término. Entonces podrá gozar de la dulzura del Señor, contemplar y admirar el misterio divino, participar en la liturgia del sacrificio y elevar sus alabanzas al Dios liberador. El Señor crea alrededor del fiel un horizonte de paz, que excluye el estruendo del mal. La comunión con Dios es manantial de serenidad, de alegría, de tranquilidad; es como entrar en un oasis de luz y de amor. Escuchemos como conclusión de nuestra reflexión las palabras del monje Isaías, de origen sirio, quien vivió en el desierto egipcio y murió en Gaza hacia el año 491. En su Asceticon, aplica nuestro Salmo a la oración en la tentación: Si vemos que los enemigos nos rodean con su astucia, es decir, con la acidia, debilitando nuestra alma en el placer, ya sea porque no contene-mos nuestra cólera contra el prójimo cuando actúa contra su deber, o si tientan nuestros ojos con la concupiscencia, o si quieren llevarnos a experimentar los placeres de gula, si hacen que para nosotros la palabra del prójimo sean como el veneno, si nos hacen devaluar la palabra de los demás, si nos inducen a diferenciar a los hermanos diciendo: "Este es bueno, este es malo", si nos rodean de este modo, no nos desalente-mos, más bien, gritemos como David con corazón firme diciendo: "El

Señor es la defensa de mi vida".

La Liturgia de las Vísperas ha dividido en dos partes el Salmo 26, siguiendo la estructura misma del texto que es parecida a la de un dístico. Acabamos de proclamar la segunda parte de este canto de confianza que se eleva al Señor en el día tenebroso del asalto del mal. Son los versículos 7 a 14 del Salmo: comienzan con un grito lanzado al Señor: ten piedad, respóndeme; después expresan una intensa búsqueda del Señor con el temor doloroso de sentirse abandonado por él; por último, presentan ante nuestros ojos un horizonte dramático en el que los mismos afectos familiares desfallecen, mientras aparecen enemigos, adversarios, testigos falsos. Pero también ahora, como en la primera parte del Salmo, el elemento decisivo es la confianza del que ora en el Señor que salva en la prueba y ofrece su apoyo en la tempestad. En este sentido, es bellísimo el llamamiento que se dirige a sí mismo al final el salmista: Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. También en otros Salmos estaba viva la certeza de que del Señor se obtiene fortaleza y esperanza: a los fieles protege el Señor. . . ¡Valor, que vuestro corazón se afirme, vosotros todos que esperáis en el Señor!. El profeta Oseas exhortaba así a Israel: espera en tu Dios siempre. Nos limitamos ahora a destacar tres símbolos de gran intensidad espiritual. El primero de carácter negativo es el de la pesadilla de los enemigos. Son descritos como una bestia que acecha a su presa y, después, de manera más directa, como testigos falsos que parecen resoplar violencia por la nariz, como las fieras ante sus víctimas. Por tanto, en el mundo hay un mal agresivo, que tiene por guía e inspirador a Satanás, como recuerda san Pedro: vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. La segunda imagen ilustra claramente la confianza serena del fiel, a pesar del abandono incluso por parte de los padres: Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá. También en la soledad y en la pérdida de los afectos más queridos, el orante nunca está totalmente solo porque sobre él se inclina Dios misericordioso. El pensamiento se dirige a un célebre pasaje del profeta Isaías que atribuye a Dios sentimientos de compasión y de ternura más que materna: ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. A todas las personas ancianas, enfermas, olvidadas de todos, a las que nadie dará nunca una caricia, recordemos estas palabras del salmista y del profeta para que sientan cómo la mano paterna y materna del Señor toca silenciosamente y con amor sus rostros sufrientes y quizá regados por las lágrimas. Llegamos

así al tercer y último símbolo, repetido en varias ocasiones por el Salmo: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. El rostro de Dios es, por tanto, la meta de la búsqueda espiritual del orante. Al final emerge una certeza indiscutible, la de poder gozar de la dicha del Señor (versículo 13). En el lenguaje de los salmos, buscar el rostro del Señor es con frecuencia sinónimo de la entrada en el templo para celebrar y experimentar la comunión con el Dios de Sión. Pero la expresión comprende también la exigencia mística de la intimidad divina a través de la oración. En la liturgia, por tanto, y en la oración personal, se nos concede la gracia de intuir ese rostro que nunca podremos ver directamente durante nuestra existencia terrena. Pero Cristo nos ha revelado, de maneja accesible, el rostro divino y ha prometido que en el encuentro definitivo de la eternidad -como nos recuerda san Juan- le veremos tal cual es. Y san Pablo añade: Entonces veremos cara a cara. Al comentar este Salmo, el gran escritor cristiano del siglo 3, Orígenes, escribe: Si un hombre busca el rostro del Señor, verá la gloria del Señor de manera desvelada y, al hacerse igual que los ángeles, verá siempre el rostro del Padre que está en los cielos. Y san Agustín, en su comentario a los Salmos, continúa de este modo la oración del salmista: No he buscado en ti algún premio que esté fuera de ti, sino tu rostro. "Tu rostro buscaré, Señor". Con perseverancia insistiré en esta búsqueda; no buscaré otra cosa insignificante, sino tu rostro, Señor, para amarte gratuitamente, ya que no encuentro nada más valioso. . . "No te alejes airado de tu siervo" para que buscándote no me encuentre con otra cosa. ¿Qué pena puede ser más dura que ésta para quien ama y busca la verdad de tu rostro?.

Salmo 28

¡Tributen a Yahvé, hijos de Dios, tributen a Yahvé gloria y poder!. Devuelvan al Señor la gloria de su Nombre, adoren al Señor en solemne liturgia. ¡Voz del Señor sobre las aguas! retumba el trueno del Dios de majestad: es el Señor, por encima del diluvio. Voz del Señor, llena de fuerza, voz del Señor, voz esplendorosa. Voz del Señor: ¡ha partido los cedros! El Señor derriba los cedros del Líbano. Hace saltar como un novillo al Líbano, y al monte Sarón como búfalo joven. Voz del Señor: ¡se ha tallado relámpagos!. Voz del Señor que sacude el desierto; estremece el Señor el desierto de Cadés. Voz del Señor: ¡ha doblegado encinas y ha arrancado la corteza de los bosques! En su templo resuena una sola voz: ¡Gloria!. El Señor dominaba el diluvio, el Señor se ha sentado como rey y por siempre. El Señor dará fuerza a su pueblo, dará a su

pueblo bendiciones de paz.

El Señor proclama solemnemente su palabra. Algunos estudiosos consideran el salmo 28, que acabamos de proclamar, como uno de los textos más antiguos del Salterio. Es fuerte la imagen que lo sostiene en su desarrollo poético y orante: en efecto, se trata de la descripción progresiva de una tempestad. Se indica en el original hebraico con un vocablo, qol, que significa simultáneamente "voz" y "trueno". Por eso algunos comentaristas titulan este texto: "el salmo de los siete truenos", a causa del número de veces que resuena en él ese vocablo. En efecto, se puede decir que el salmista concibe el trueno como un símbolo de la voz divina que, con su misterio trascendente e inalcanzable, irrumpe en la realidad creada hasta estremecerla y asustarla, pero que en su significado más íntimo es palabra de paz y armonía. El pensamiento va aquí al capítulo 12 del cuarto evangelio, donde la muchedumbre escucha como un trueno la voz que responde a Jesús desde el cielo. La Liturgia de las Horas, al proponer el salmo 28 para la plegaria de Laudes, nos invita a tomar una actitud de profunda y confiada adoración de la divina Majestad. Son dos los momentos y los lugares a los que el cantor bíblico nos lleva. Ocupa el centro la representación de la tempestad que se desencadena a partir de "las aguas torrenciales" del Mediterráneo. Las aguas marinas, a los ojos del hombre de la Biblia, encarnan el caos que atenta contra la belleza y el esplendor de la creación, hasta corroerla, destruirla y abatirla. Así, al observar la tempestad que arrecia, se descubre el inmenso poder de Dios. El orante ve que el huracán se desplaza hacia el norte y azota la tierra firme. Los altísimos cedros del monte Líbano y del monte Siryón, llamado a veces Hermón, son descuajados por los rayos y parecen saltar bajo los truenos como animales asustados. Los truenos se van acercando, atraviesan toda la Tierra Santa y bajan hacia el sur, hasta las estepas desérticas de Cadés. Después de este cuadro de fuerte movimiento y tensión se nos invita a contemplar, por contraste, otra escena que se representa al inicio y al final del salmo. Al temor y al miedo se contrapone ahora la glorificación adorante de Dios en el templo de Sión. Hay casi un canal de comunicación que une el santuario de Jerusalén y el santuario celestial: en estos dos ámbitos sagrados hay paz y se eleva la alabanza a la gloria divina. Al ruido ensordecedor de los truenos sigue la armonía del canto litúrgico; el terror da paso a la certeza de la protección divina. Ahora Dios "se sienta por encima del aguacero (. . .) como rey eterno", es decir, como el Señor y el Soberano supremo de toda la creación. Ante estos dos cuadros

antitéticos, el orante es invitado a hacer una doble experiencia. En primer lugar, debe descubrir que el hombre no puede comprender y dominar el misterio de Dios, expresado con el símbolo de la tempestad. Como canta el profeta Isaías, el Señor, a semejanza del rayo o la tempestad, irrumpe en la historia sembrando el pánico en los malvados y en los opresores. Bajo la intervención de su juicio, los adversarios soberbios son descuajados como árboles azotados por un huracán o como cedros destrozados por los rayos divinos. Desde esta perspectiva resulta evidente lo que un pensador moderno, Rudolph Otto, definió lo tremendum de Dios, es decir, su trascendencia inefable y su presencia de juez justo en la historia de la humanidad. Esta cree vanamente que puede oponerse a su poder soberano. También María exaltará en el Magnificat este aspecto de la acción de Dios: "Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos". Con todo, el salmo nos presenta otro aspecto del rostro de Dios: el que se descubre en la intimidad de la oración y en la celebración de la liturgia. Según el pensador citado, es lo fascinatum de Dios, es decir, la fascinación que emana de su gracia, el misterio del amor que se derrama sobre el fiel, la seguridad serena de la bendición reservada al justo. Incluso ante el caos del mal, ante las tempestades de la historia y ante la misma cólera de la justicia divina, el orante se siente en paz, envuelto en el manto de protección que la Providencia ofrece a quien alaba a Dios y sigue sus caminos. En la oración se conoce que el Señor desea verdaderamente dar la paz. En el templo se calma nuestra inquietud y desaparece nuestro terror; participamos en la liturgia celestial con todos "los hijos de Dios", ángeles y santos. Y por encima de la tempestad, semejante al diluvio destructor de la maldad humana, se alza el arco iris de la bendición divina, que recuerda "la alianza perpetua entre Dios y toda alma viviente, toda carne que existe sobre la tierra". Este es el principal mensaje que brota de la relectura "cristiana" del salmo. Si los siete "truenos" de nuestro salmo representan la voz de Dios en el cosmos, la expresión más alta de esta voz es aquella con la cual el Padre, en la teofanía del bautismo de Jesús, reveló su identidad más profunda de "Hijo amado". San Basilio escribe: "Tal vez, más místicamente, "la voz del Señor sobre las aguas" resonó cuando vino una voz de las alturas en el bautismo de Jesús y dijo: "Este es mi Hijo amado". En efecto, entonces el Señor aleteaba sobre muchas aguas, santificándolas con el bautismo. El Dios de la gloria tronó desde las alturas con la voz alta de su testimonio (. . .). Y también se puede entender por "trueno" el cambio que, después del bautismo, se realiza a través de la gran "voz" del Evangelio".

Salmo 29

Te alabaré, Señor, porque me has levantado y muy poco se han reído mis contrarios. Señor, Dios mío, clamé a ti y tu me sanaste. Señor, me has sacado de la tumba, me iba a la fosa y me has vuelto a la vida. Que sus fieles canten al Señor, y den gracias a su Nombre santo. Porque su enojo dura unos momentos, y su bondad toda una vida. Al caer la tarde nos visita el llanto, pero a la mañana es un grito de alegría. Cuando me iba bien, decía entre mí: "Nada jamás me perturbará". Por tu favor, Señor, yo me mantenía como plantado en montes poderosos; apenas escondiste tu rostro, vacilé. A ti clamé, Señor, a mi Dios supliqué.

"¿Qué ganas si me muero y me bajan al hoyo? ¿Podrá cantar el polvo tu alabanza o pregonar tu fidelidad?. ¡Escúchame, Señor, y ten piedad de mí; sé, Señor, mi socorro!. Tu has cambiado mi duelo en una danza, me quitaste el luto y me ceñiste de alegría. Así mi corazón te cantará sin callarse jamás ¡Señor, mi Dios, por siempre te alabaré!

Una intensa y suave acción de gracias se eleva a Dios desde el corazón de quien reza, después de desvanecerse en él la pesadilla de la muerte. Este es el sentimiento que emerge con fuerza en el Salmo 29, que acaba de resonar en nuestros oídos y, sin duda, también en nuestros corazones. Este himno de gratitud posee una gran fineza literaria y se basa en una serie de contrastes que expresan de manera simbólica la liberación obtenida gracias al Señor. De este modo, al descenso a la fosa se le opone la salida del abismo; a su cólera que dura un instante le sustituye su bondad de por vida; al lloro del atardecer le sigue el júbilo de la mañana; al luto le sigue la danza, al sayal luctuoso el vestido de fiesta. Pasada, por tanto, la noche de la muerte, surge la aurora del nuevo día. Por este motivo, la tradición cristiana ha visto este Salmo como un canto pascual. Lo atestigua la cita de apertura que la edición del texto litúrgico de las Vísperas toma de una gran escritor monástico del siglo IV, Juan Casiano: Cristo da gracias al padre por su resurrección gloriosa. El que ora se dirige en varias ocasiones al Señor -al menos ocho veces-, ya sea para anunciar que le alabaré, ya sea para recordar el grito que le ha dirigido en tiempos de prueba y su intervención liberadora, ya sea para invocar nuevamente su misericordia. En otro pasaje, el orante invita a los fieles a elevar himnos al Señor para darle gracias. Las sensaciones oscilan constantemente entre el recuerdo terrible de la pesadilla pasada y la alegría de la liberación. Ciertamente, el peligro que ha quedado atrás es grave y todavía provoca escalofríos; el recuerdo del sufrimiento pasado es todavía claro y vivo; hace muy poco tiem-

po que se ha enjugado el llanto de los ojos. Pero ya ha salido la aurora del nuevo día; a la muerte le ha seguido la perspectiva de la vida que continúa. El Salmo demuestra de este modo que no tenemos que rendirnos ante la oscuridad de la desesperación, cuando parece que todo está perdido. Pero tampoco hay que caer en la ilusión de salvarnos solos, por nuestras propias fuerzas. El salmista, de hecho, está tentado por la soberbia y la autosuficiencia: Yo pensaba muy seguro: "no vacilaré jamás". Los Padres de la Iglesia también reflexionaron sobre esta tentación que se presenta en tiempos de bienestar, y descubrieron en la prueba un llamamiento divino a la humildad. Es lo que dice, por ejemplo, Fulgencio, obispo de Ruspe, en su Carta 3, dirigida a la religiosa Proba, en la que comenta este pasaje del Salmo con estas palabras: El salmista confesaba que en ocasiones se enorgullecía de estar sano, como si fuera mérito suyo, y que así descubría el peligro de una enfermedad gravísima. De hecho, dice: ¡"Yo pensaba muy seguro: 'no vacilaré jamás'"! Y, dado que al decir esto, había sido abandonado del apoyo de la gracia divina, y turbado, cayó en su enfermedad, siguió diciendo: "Tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza; pero escondiste tu rostro, y quedé desconcertado". Para mostrar que la ayuda de la gracia divina, aunque ya se cuente con ella, tiene que ser de todos modos invocada humildemente sin interrupción, añade: "A ti, Señor, llamo, suplico a mi Dios". Nadie pide ayuda si no reconoce su necesidad, ni cree que puede conservar lo que posee confiando sólo en sus propias fuerzas. Después de haber confesado la tentación de soberbia experimentada en tiempos de prosperidad, el salmista recuerda la prueba que le siguió, diciendo al Señor: escondiste tu rostro, y quedé desconcertado. Quien ora recuerda entonces la manera en que imploró al Señor: gritó, pidió ayuda, suplicó que le preservara de la muerte, ofreciendo como argumento el hecho de que la muerte no ofrece ninguna ventaja a Dios, pues los muertos no son capaces de alabar a Dios, no tienen ya ningún motivo para proclamar la fidelidad de Dios, pues han sido abandonados por Él. Podemos encontrar este mismo argumento en el Salmo 87, en el que el orante, ante la muerte, le pregunta a Dios: ¿Se anuncia en el sepulcro tu misericordia, o tu fidelidad en el reino de la muerte?. Del mismo modo, el rey Ezequías, gravemente enfermo y después curado, decía a Dios: El Seol no te alaba ni la Muerte te glorifica. . . , El que vive, el que vive, ése te alaba. El Antiguo Testamento expresaba de este modo el intenso deseo humano de una victoria de Dios sobre la muerte y hacía referencia a los numerosos casos en los que fue alcanzada esta victoria: personas amenazadas de morir de hambre en el desierto, pri-

sioneros que escaparon a la pena de muerte, enfermos curados, marineros salvados de naufragio. Ahora bien, se trataba de victorias que no eran definitivas. Tarde o temprano, la muerte lograba imponerse. La aspiración a la victoria se ha mantenido siempre a pesar de todo y se convirtió al final en una esperanza de resurrección. Es la satisfacción de que esta aspiración poderosa ha sido plenamente asegurada con la resurrección de Cristo, por la que nunca daremos suficientemente gracias a Dios.

Salmo 31

Dichoso el que es absuelto de pecado y cuya culpa le ha sido borrada. Dichoso el hombre aquel a quien Dios no le nota culpa alguna y en cuyo espíritu no se halla engaño. Hasta que no lo confesaba, se consumían mis huesos, gimiendo todo el día. Tu mano día y noche pesaba sobre mí, mi corazón se transformó en rastrojo en pleno calor del verano. Te confesé mi pecado, no te escondí mi culpa. Yo dije: "Ante el Señor confesaré mi falta". Y tú, tu perdonaste mi pecado, condonaste mi deuda. Por eso el varón santo te suplica en la hora de la angustia. Aunque las grandes aguas se desborden, no lo podrán alcanzar. Tú eres un refugio para mí, me guardas en la prueba, y me envuelves con tu salvación. "Yo te voy a instruir, te enseñaré el camino, te cuidaré, seré tu consejero. No sean como el caballo o como el burro faltos de inteligencia, cuyo ímpetu dominas con la rienda y el freno." Muchos son los dolores del impío, pero al que confía en el Señor lo envolverá la gracia. Buenos, estén contentos en el Señor, y ríanse de gusto; todos los de recto corazón, canten alegres.

Dichoso el que está absuelto de su culpa. Esta bienaventuranza, con la que comienza el Salmo 31 que se acaba de proclamar, nos permite comprender inmediatamente el motivo por el que ha sido introducido por la tradición cristiana en la serie de los siete salmos penitenciales. Tras la doble bienaventuranza del inicio, no nos encontramos ante una reflexión genérica sobre el pecado y el perdón, sino ante el testimonio personal de un convertido. La composición del Salmo es más bien compleja: tras el testimonio personal, se presentan dos versículos que hablan de peligro, de oración y de salvación, después viene una promesa divina de consejo y una advertencia. Por último, se enuncia un dicho sapiencial antitético y una invitación a alegrarse en el Señor. En esta ocasión, retomaremos sólo algunos elementos de esta composición. Ante todo, el que ora describe la penosa situación de conciencia en que se encontraba cuando callaba: habiendo cometido graves culpas, no

tenía el valor de confesar a Dios sus pecados. Era un tormento interior terrible, descrito con imágenes impresionantes. Se le consumían los huesos bajo la fiebre desecante, el calor asfixiante atenazaba su vigor disolviéndolo, su gemido era constante. El pecador sentía sobre él el peso de la mano de Dios, consciente de que Dios no es indiferente ante el mal perpetrado por la criatura, pues él es el guardián de la justicia y de la verdad. Al no poder resistir más, el pecador decide confesar su culpa con una declaración valiente, que parece una anticipación de la del hijo pródigo en la parábola de Jesús. Dice con corazón sincero: confesaré al Señor mi culpa. Son pocas palabras, pero nacen de la conciencia; Dios responde inmediatamente con un perdón generoso. El profeta Jeremías dirigía este llamamiento de Dios: Vuelve, Israel apóstata, dice el Señor; no estará airado mi semblante contra vosotros, porque piadoso soy, no guardo rencor para siempre. Tan sólo reconoce tu culpa, pues contra el Señor tu Dios te rebelaste. Se abre de este modo ante todo fiel arrepentido y perdonado un horizonte de seguridad, de confianza, de paz, a pesar de las pruebas de la vida. Puede llegar todavía el momento de la angustia, pero el oleaje del miedo no prevalecerá, pues el Señor conducirá a su fiel hasta un lugar seguro: Tú eres mi refugio, me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación. En este momento, el Señor toma la palabra para prometer que guiará al pecador convertido. No es suficiente con purificarse; es necesario caminar por el camino recto. Por eso, al igual que en el libro de Isaías, el Señor promete: Te enseñaré el camino que has de seguir y hace una invitación a la docilidad. El llamamiento se hace apremiante y algo irónico con la llamativa comparación del mulo y del caballo, símbolos de la obstinación. La verdadera sabiduría, de hecho, lleva a la conversión, dejando a las espaldas el vicio y su oscuro poder de atracción. Pero sobre todo, lleva a gozar de esa paz que surge de ser liberados y perdonados. San Pablo, en la Carta a los Romanos, se refiere explícitamente al inicio de nuestro Salmo para celebrar la gracia liberadora de Cristo. Nosotros podríamos aplicarlo al sacramento de la Reconciliación. En él, a la luz del Salmo, se experimenta la conciencia del pecado, con frecuencia ofuscada en nuestros días, y al mismo tiempo la alegría del perdón. Al binomio delito-castigo, le sustituye el binomio delito-perdón, pues el Señor es un Dios que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado. 5. San Cirilo de Jerusalén (siglo IV) utilizará el Salmo 31 para mostrar a los catecúmenos la profunda renovación del Bautismo, purificación radical de todo pecado. También él exaltará con las palabras del salmista la misericordia divina. Concluimos nuestra catequesis con sus palabras: Dios

es misericordioso y no escatima su perdón. . . El cúmulo de tus pecados no será más grande que la misericordia de Dios, la gravedad de tus heridas no superará las capacidades del sumo Médico, con tal de que te abandones en él con confianza. Manifiesta al médico tu enfermedad, y dirígale las palabras que pronunció David: "Confesaré mi culpa al Señor, tengo siempre presente mi pecado". De este modo, lograrás que se haga realidad: "Has perdonado la maldad de mi corazón".

Salmo 32

Buenos, festejen al Señor, pues los justos le deben alabar. Denle gracias, tocando la guitarra, y al son del arpa entónenle canciones. Entonen para él un canto nuevo, acompañen la ovación con bella música. Pues recta es la palabra del Señor, y verdad toda obra de sus manos. El ama la justicia y el derecho, y la tierra está llena de su gracia. Por su palabra surgieron los cielos, y por su aliento todas las estrellas. Junta el agua del mar como en un frasco, y almacena las aguas del océano. Tema al Señor la tierra entera, y tiemblen ante él sus habitantes, pues él habló y todo fue creado, lo ordenó y las cosas existieron. Malogra los proyectos de los pueblos y deshace los planes de las naciones. Pero el proyecto del Señor subsiste siempre, sus planes prosiguen a lo largo de los siglos. Es feliz la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él escoge como herencia. Mira el Señor de lo alto de los cielos, y contempla a los hijos de los hombres. Del lugar en que vive está observando a todos los que habitan en la tierra; él, que solo formó sus corazones, él, que escudriña todas sus acciones. No salva al rey lo inmenso de sus tropas, ni su gran fuerza libra al que combate. No es verdad que un caballo sirva para triunfar, no salvará al jinete ni con todo su brío. Está el ojo del Señor sobre los que le temen, y sobre los que esperan en su amor, para arrancar sus vidas de la muerte y darles vida en momentos de hambruna. En el Señor nosotros esperamos, él es nuestra defensa y nuestro escudo; en él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre tenemos confianza. Venga, Señor, tu amor sobre nosotros, como en ti pusimos nuestra confianza.

Un himno a la providencia de Dios. El salmo 32, dividido en 22 versículos, tantos cuantas son las letras del alfabeto hebraico, es un canto de alabanza al Señor del universo y de la historia. Está impregnado de alegría desde sus primeras palabras: "Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico

nuevo, acompañando los vítores con bordones". Por tanto, esta aclamación (tern'ah) va acompañada de música y es expresión de una voz interior de fe y esperanza, de felicidad y confianza. El cántico es "nuevo", no sólo porque renueva la certeza en la presencia divina dentro de la creación y de las situaciones humanas, sino también porque anticipa la alabanza perfecta que se entonará el día de la salvación definitiva, cuando el reino de Dios llegue a su realización gloriosa. San Basilio, considerando precisamente el cumplimiento final en Cristo, explica así este pasaje: "Habitualmente se llama "nuevo" a lo insólito o a lo que acaba de nacer. Si piensas en el modo de la encarnación del Señor, admirable y superior a cualquier imaginación, cantas necesariamente un cántico nuevo e insólito. Y si repasas con la mente la regeneración y la renovación de toda la humanidad, envejecida por el pecado, y anuncias los misterios de la resurrección, también entonces cantas un cántico nuevo e insólito". En resumidas cuentas, según san Basilio, la invitación del salmista, que dice: "Cantad al Señor un cántico nuevo", para los creyentes en Cristo significa: "Honrad a Dios, no según la costumbre antigua de la "letra", sino según la novedad del "espíritu". En efecto, quien no valora la Ley exteriormente, sino que reconoce su "espíritu", canta un "cántico nuevo". El cuerpo central del himno está articulado en tres partes, que forman una trilogía de alabanza. En la primera se celebra la palabra creadora de Dios. La arquitectura admirable del universo, semejante a un templo cósmico, no surgió y ni se desarrolló a consecuencia de una lucha entre dioses, como sugerían ciertas cosmogonías del antiguo Oriente Próximo, sino sólo gracias a la eficacia de la palabra divina. Precisamente como enseña la primera página del Génesis: "Dijo Dios. . . Y así fue". En efecto, el salmista repite: "Porque él lo dijo, y existió; él lo mandó, y surgió". El orante atribuye una importancia particular al control de las aguas marinas, porque en la Biblia son el signo del caos y el mal. El mundo, a pesar de sus límites, es conservado en el ser por el Creador, que, como recuerda el libro de Job, ordena al mar detenerse en la playa: "¡Llegarás hasta aquí, no más allá; aquí se romperá el orgullo de tus olas!". El Señor es también el soberano de la historia humana, como se afirma en la segunda parte del salmo 32, en los versículos 10-15. Con vigorosa antítesis se oponen los proyectos de las potencias terrenas y el designio admirable que Dios está trazando en la historia. Los programas humanos, cuando quieren ser alternativos, introducen injusticia, mal y violencia, en contraposición con el proyecto divino de justicia y salvación. Y, a pesar de sus éxitos transitorios y aparentes, se reducen a simples maquinaciones, condenadas a la disolu-

ción y al fracaso. En el libro bíblico de los Proverbios se afirma sintéticamente: "Muchos proyectos hay en el corazón del hombre, pero sólo el plan de Dios se realiza". De modo semejante, el salmista nos recuerda que Dios, desde el cielo, su morada trascendente, sigue todos los itinerarios de la humanidad, incluso los insensatos y absurdos, e intuye todos los secretos del corazón humano. "Dondequiera que vayas, hagas lo que hagas, tanto en las tinieblas como a la luz del día, el ojo de Dios te mira", comenta san Basilio. Feliz será el pueblo que, acogiendo la revelación divina, siga sus indicaciones de vida, avanzando por sus senderos en el camino de la historia. Al final sólo queda una cosa: "El plan del Señor subsiste por siempre; los proyectos de su corazón, de edad en edad". La tercera y última parte del Salmo vuelve a tratar, desde dos perspectivas nuevas, el tema del señorío único de Dios sobre la historia humana. Por una parte, invita ante todo a los poderosos a no engañarse confiando en la fuerza militar de los ejércitos y la caballería; por otra, a los fieles, a menudo oprimidos, hambrientos y al borde de la muerte, los exhorta a esperar en el Señor, que no permitirá que caigan en el abismo de la destrucción. Así, se revela la función también "catequística" de este salmo. Se transforma en una llamada a la fe en un Dios que no es indiferente a la arrogancia de los poderosos y se compadece de la debilidad de la humanidad, elevándola y sosteniéndola si tiene confianza, si se fía de él, y si eleva a él su súplica y su alabanza. "La humildad de los que sirven a Dios -explica también san Basilio- muestra que esperan en su misericordia. En efecto, quien no confía en sus grandes empresas, ni espera ser justificado por sus obras, tiene como única esperanza de salvación la misericordia de Dios". El Salmo concluye con una antifona que es también el final del conocido himno Te Deum: "Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti". La gracia divina y la esperanza humana se encuentran y se abrazan. Más aún, la fidelidad amorosa de Dios (según el valor del vocablo hebraico original usado aquí, *hésed*), como un manto, nos envuelve, calienta y protege, ofreciéndonos serenidad y proporcionando un fundamento seguro a nuestra fe y a nuestra esperanza.

Salmo 35

Sólo el pecado habla al impío en el fondo de su corazón; ¡ningún temor de Dios ante sus ojos!. Se mira con tan buen concepto, que se niega a admitir su culpa. Sus palabras son fraude y maldad; renunció a ser sensato, a obrar el bien. Hasta en su lecho rumia sus maldades; se obstina en el camino que no es bueno, no renuncia al mal. Señor, tu amor

está sobre los cielos y tu fidelidad pasa las nubes. Como los altos montes es tu justicia, y tus decretos como los abismos; Señor, tú ayudas a hombres y animales: ¡qué valiosa es tu gracia! A ti acuden los hijos de Adán debajo de tus alas se refugian; se sacian con lo mejor de tu casa, y le quitas la sed en tu río de delicias. En ti se halla la fuente de la vida, y es por tu luz que vemos la luz. Conserva tu amor a los que te conocen, tus premios a los de recto corazón. Que no me aplaste el pie del orgulloso, ni me atrape la mano del impío. ¡Ahí están, cayeron los malhechores, fueron tumbados y no pueden levantarse!

Malicia del pecador, bondad del Señor. Cada persona, al iniciar una jornada de trabajo y de relaciones humanas, puede adoptar dos actitudes fundamentales: elegir el bien o ceder al mal. El salmo 35, que acabamos de escuchar, presenta precisamente estas dos posturas anti-téticas. Algunos, muy temprano, ya desde antes de levantarse, tramam proyectos inicuos; otros, por el contrario, buscan la luz de Dios, "fuente de la vida". Al abismo de la malicia del malvado se opone el abismo de la bondad de Dios, fuente viva que apaga la sed y luz que ilumina al fiel. Por eso, son dos los tipos de hombres descritos en la oración del salmo que acabamos de proclamar y que la Liturgia de las Horas nos propone para las Laudes del miércoles de la primera semana. El primer retrato que el salmista nos presenta es el del pecador. En su interior -como dice el original hebreo- se encuentra el "oráculo del pecado". La expresión es fuerte. Hace pensar en una palabra satánica, que, en contraste con la palabra divina, resuena en el corazón y en la lengua del malvado. En él el mal parece tan connatural a su realidad íntima, que aflora en palabras y obras. Pasa sus jornadas eligiendo "el mal camino", comenzando ya de madrugada, cuando aún está "acostado", hasta la noche, cuando está a punto de dormirse. Esta elección constante del pecador deriva de una opción que implica toda su existencia y engendra muerte. Pero al salmista le interesa sobre todo el otro retrato, en el que desea reflejarse: el del hombre que busca el rostro de Dios. Eleva un auténtico himno al amor divino, que concluye pidiendo ser liberado de la atracción oscura del mal y envuelto para siempre por la luz de la gracia. Este canto presenta una verdadera letanía de términos que celebran los rasgos del Dios de amor: gracia, fidelidad, justicia, juicio, salvación, sombra de tus alas, abundancia, delicias, vida y luz. Conviene subrayar, en particular, cuatro de estos rasgos divinos, expresados con términos hebreos que tienen un valor más intenso que los correspondientes en las traducciones de las lenguas modernas. Ante todo está el término *hésed*,

"gracia", que es a la vez fidelidad, amor, lealtad y ternura. Es uno de los términos fundamentales para exaltar la alianza entre el Señor y su pueblo. Y es significativo que se repita 127 veces en el Salterio, más de la mitad de todas las veces que esta palabra aparece en el resto del Antiguo Testamento. Luego viene el término 'emunáh, que deriva de la misma raíz de amén, la palabra de la fe, y significa estabilidad, seguridad y fidelidad inquebrantable. Sigue, a continuación, el término sedaqáh, la "justicia", que tiene un significado fundamentalmente salvífico: es la actitud santa y providente de Dios que, con su intervención en la historia, libra a sus fieles del mal y de la injusticia. Por último, encontramos el término mishpát, el "juicio", con el que Dios gobierna sus criaturas, inclinándose hacia los pobres y oprimidos, y doblegando a los arrogantes y prepotentes. Se trata de cuatro palabras teológicas, que el orante repite en su profesión de fe, mientras sale a los caminos del mundo, con la seguridad de que tiene a su lado al Dios amoroso, fiel, justo y salvador. Además de los diversos títulos con los que exalta a Dios, el salmista utiliza dos imágenes sugestivas. Por una parte, la abundancia de alimento, que hace pensar ante todo en el banquete sagrado que se celebraba en el templo de Sión con la carne de las víctimas de los sacrificios. También están la fuente y el torrente, cuyas aguas no sólo apagan la sed de la garganta seca, sino también la del alma. El Señor sacia y apaga la sed del orante, haciéndolo partícipe de su vida plena e inmortal. La otra imagen es la del símbolo de la luz: "tu luz nos hace ver la luz". Es una luminosidad que se irradia, casi "en cascada", y es un signo de la revelación de Dios a su fiel. Así aconteció a Moisés en el Sinaí y así sucede también al cristiano en la medida en que "con el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, se va transformando en esa misma imagen". En el lenguaje de los salmos "ver la luz del rostro de Dios" significa concretamente encontrar al Señor en el templo, donde se celebra la plegaria litúrgica y se escucha la palabra divina. También el cristiano hace esta experiencia cuando celebra las alabanzas del Señor al inicio de la jornada, antes de afrontar los caminos, no siempre rectos, de la vida diaria.

Salmo 41

Como anhela la cierva estar junto al arroyo, así mi alma desea, Señor, estar contigo. Sediento estoy de Dios, del Dios de vida; ¿cuándo iré a contemplar el rostro del Señor?. Lágrimas son mi pan de noche y día, cuando oigo que me dicen sin cesar: "¿Dónde quedó su Dios?". Es un desahogo para mi alma, acordarme de aquel tiempo, en que iba con los

nobles hasta la casa de Dios, entre vivas y cantos de la turba feliz. ¿Qué te abate, alma mía; ¿por qué gimes en mí? Pon tu confianza en Dios que aún le cantaré a mi Dios Salvador. Mi alma está deprimida, por eso te recuerdo desde el Jordán y el Hermón a ti, humilde colina. El eco de tus cascadas resuena en los abismos, tus torrentes y tus olas han pasado sobre mí. Quiera Dios dar su gracia de día, y de noche a solas le cantaré, oraré al Dios de mi vida. A Dios, mi Roca, le hablo: ¿Por qué me has olvidado? ¿Por qué debo andar triste, bajo la opresión del enemigo?. Mis adversarios me insultan y se me quiebran los huesos al oír que a cada rato me dicen: "¿Dónde quedó tu Dios?". ¿Qué te abate, alma mía; por qué gimes en mí? Pon tu confianza en Dios que aún le cantaré a mi Dios salvador.

Una cierva sedienta, con la garganta reseca, lanza su lamento ante el árido desierto, anhelando las aguas frescas de un riachuelo. Con esta célebre imagen comienza el Salmo 41, que acaba de ser entonado. En ella, podemos constatar una especie de símbolo de la profunda espiritualidad de esta composición, auténtica joya de fe y poesía. En realidad, según los expertos en el Salterio, nuestro Salmo debe ser relacionado íntimamente con el sucesivo, el 42, del que fue dividido cuando los Salmos fueron colocados en orden para formar el libro de oración del Pueblo de Dios. De hecho, ambos Salmos --además de estar unidos por el tema y el desarrollo-- están salpicados por la misma antifona: ¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios que volverás a alabarlo: "Salud de mi rostro, Dios mío". Este llamamiento, repetido dos veces en nuestro Salmo, y en una tercera ocasión en el sucesivo, es una invitación que se dirige a sí mismo el orante para superar la melancolía por medio de la confianza en Dios, que ciertamente se manifestará de nuevo como Salvador. Pero volvamos a la imagen de inicio del Salmo, que podría meditarse con agrado con el fondo musical del canto gregoriano o de esa obra maestra polifónica, el Sicut cervus de Pierluigi da Palestrina. La cierva sedienta es, de hecho, el símbolo de quien reza, que tiende con todo su ser, cuerpo y espíritu, hacia el Señor, experimentado como lejano y al mismo tiempo necesario: mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. En hebreo, una sola palabra, nefesh, indica al mismo tiempo el alma y la garganta. Por tanto, podemos decir que el alma y el cuerpo de quien reza quedan involucrados en el deseo primario, espontáneo, substancial de Dios. No es casualidad el que se haya dado una larga tradición que describe la oración como respiración: como algo originario, necesario, fundamental, aliento vital. Orígenes, gran autor cristiano del siglo III, explicaba que la búsqueda de Dios por

parte del hombre es una empresa que no termina nunca, pues en ella siempre son posibles y necesarios nuevos progresos. En una de sus Homilías sobre el libro de los Números, escribe: Quienes recorren el camino de la sabiduría de Dios no construyen casas estables, sino tiendas de campaña, pues viven de viajes continuos, progresando siempre hacia adelante, y cuanto más progresan, más camino se les abre ante sí, descubriendo un horizonte que se pierde en la inmensidad. Tratemos de intuir ahora la trama de esta súplica, como si estuviera dividida en tres actos, dos de los cuales forman parte de nuestro Salmo, mientras que el último se desarrollará en el Salmo siguiente, el 42, sobre el que meditaremos sucesivamente. La primera escena expresa la profunda nostalgia suscitada por el recuerdo de un pasado en el que se vivía la felicidad de las bellas celebraciones litúrgicas hoy inaccesibles: Recuerdo otros tiempos, y desahogo mi alma conmigo: cómo marchaba a la cabeza del grupo, hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta. La casa de Dios con su liturgia es ese templo de Jerusalén al que en el pasado iba el fiel, pero es también la sede de la intimidad con Dios manantial de agua viva, como canta Jeremías. Ahora, sólo mana de sus pupilas el agua de las lágrimas por la lejanía de la fuente de la vida. La oración festiva de entonces, elevada al Señor durante el culto en el templo, es sustituida ahora por el llanto, el lamento, la imploración. Por desgracia, un presente triste se opone a aquel pasado gozoso y sereno. El Salmista se encuentra ahora lejos de Sión: el horizonte que lo circunda es el de Galilea, la región septentrional de la Tierra Santa, como sugiere la mención a los manantiales del Jordán, de la cumbre del Hermón de la que mana este río, y de otra montaña para nosotros desconocida, el Monte Menor. Nos encontramos, por tanto, más o menos en el área en la que se encuentran las cataratas del Jordán, pequeñas cascadas con las que comienza el recorrido de este río que atraviesa toda la Tierra Prometida. Estas aguas, sin embargo, no quitan la sed como las de Sión. A los ojos del Salmista, son más bien como las aguas caóticas del diluvio, que lo destruyen todo. Siente como si se le echaran encima, como un torrente impetuoso que aniquila la vida: tus torrentes y tus olas me han arrollado. En la Biblia, de hecho, el caos y el mal e incluso el mismo juicio divino son representados como un diluvio que genera destrucción y muerte. Esta irrupción se explica después con su significado simbólico: el de los perversos, los adversarios del orante, los paganos quizá, que viven en esta región remota en la que el fiel es relegado. Desprecian al justo y se ríen de su fe preguntándole irónicamente: ¿Dónde está tu Dios?. Y lanza a

Dios su angustiosa pregunta: ¿por qué me olvidas?. Ese porqué dirigido al Señor, que parece ausentarse en el día de la prueba, es típico de las súplicas bíblicas. Ante estos labios secos que gritan, ante este alma atormentada, ante este rostro que está a punto de quedar sumergido por un mar de fango, ¿podrá quedar enmudecido Dios? ¡Claro que no! El orante se anima, por tanto, y recobra de nuevo la esperanza. El tercer acto, constituido por el Salmo sucesivo, el 42, será una invocación confiada dirigida a Dios y utilizará expresiones gozosas y llenas de reconocimiento: Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría.

Salmo 42

Hazme justicia, oh Dios, y defiende mi causa del hombre sin piedad; de la gente tramposa y depravada líbrame, tú, Señor. Si tú eres el Dios de mi refugio: ¿por qué me desamparas? ¿por qué tengo que andar tan afligido bajo la presión del enemigo?. Envíame tu luz y tu verdad: que ellas sean mi guía y a tu santa montaña me conduzcan, al lugar donde habitas. Al altar de Dios me acercaré, al Dios de mi alegría; jubiloso con arpa cantaré al Señor, mi Dios. ¿Qué tienes alma mía, qué te abate, por qué gimes en mí? Confía en Dios, que aún le cantaré a mi Dios salvador.

En una audiencia general de hace algún tiempo, comentando el Salmo que precede al que acabamos de cantar, decíamos que está íntimamente unido al Salmo sucesivo. Los Salmos 41 y 42 constituyen, de hecho, un único canto, separado en tres partes por la misma antifona: ¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: "Salud de mi rostro, Dios mío". Estas palabras, parecidas a un soliloquio, expresan los sentimientos profundos del Salmista. Se encuentralejos de Sión, punto de referencia de su existencia por ser la sede privilegiada de la presencia divina y del culto de los fieles. Siente, por ello, una soledad hecha de incomprensión e incluso de agresión por parte de los impíos, agravada por el aislamiento y por el silencio por parte de Dios. El Salmista, sin embargo, reacciona ante la tristeza con una invitación a la confianza, que se dirige a sí mismo, y con una bella afirmación de esperanza: confía en poder alabar todavía a Dios, salud de mi rostro. En el Salmo 42, en vez de dirigirse sólo a sí mismo, como en el Salmo precedente, el Salmista se dirige a Dios y le pide que le defienda contra los adversarios. Retomando casi al pie de la letra una invocación anunciada en el otro Salmo, el orante dirige esta vez su grito desolado a Dios: ¿por qué me rechazas?, ¿por qué voy andando sombrío, hostigado por mi enemigo?. Sin embargo, experi-

menta ya que el paréntesis oscuro de la lejanía está a punto de acabar y expresa la certeza del regreso a Sión para volver a encontrar la morada divina. La ciudad santa ya no es la patria perdida, como sucedía en el lamento del Salmo precedente, sino la meta gozosa hacia la que camina. El guía hacia el regreso a Sión será la verdad de Dios y su luz. El mismo Señor será el final último de su viaje. Es invocado como juez y defensor. Tres verbos marcan su llamamiento de imploración: Hazme justicia, defiende mi causa, sálvame. Son como tres estrellas de esperanza que se encienden en el cielo tenebroso de la prueba y señalan la inminente aurora de la salvación. Es significativa la relectura que san Ambrosio hace de esta esperanza del Salmista, aplicándola a Jesús, en la oración de Getsemaní: No quiero que te maravilles si el profeta dice que su alma está convulsionada, pues el mismo Señor Jesús dice: "Ahora, mi alma está turbada". Quien ha cargado con nuestras debilidades, ha asumido también nuestra sensibilidad, y por este motivo siente una tristeza de muerte, pero no por la muerte. No habría podido provocar amargura una muerte voluntaria, de la que dependía la felicidad de todos los hombres. . . Por tanto, estaba triste hasta la muerte, en espera de que la gracia llegara a su cumplimiento. Lo demuestra su mismo testimonio, cuando dice al hablar de su muerte: "Hay un bautismo en el que debo ser bautizado: y ¡qué angustia siento hasta que se cumpla!". Ahora, en el Salmo 42, el Salmista está a punto de descubrir la satisfacción tan suspirada: el regreso al manantial de la vida y de la comunión con Dios. La verdad, es decir, la fidelidad amorosa del Señor, y la luz, es decir, la revelación de su benevolencia, son representadas como mensajeras que Dios mismo enviará desde el cielo para llevar de la mano al fiel y conducirlo hacia la meta deseada. Sumamente elocuente es la secuencia de las etapas de acercamiento a Sión y a su centro espiritual. Primero aparece el monte santo, la colina en la que se eleva el templo y la ciudadela de David. Después se presenta la morada, es decir, el santuario de Sión con todos los edificios que lo componen. Luego viene el altar de Dios, la sede de los sacrificios y del culto oficial de todo el pueblo. La meta última y decisiva es el Dios de la alegría, es el abrazo, la intimidad recuperada con Él, antes lejano y silencioso. En ese momento, todo se convierte en canto, alegría, fiesta. En el original hebreo se habla del Dios que es alegría de mi júbilo. Es una expresión semítica para expresar el superlativo: el Salmista quiere subrayar que el Señor es la raíz de toda felicidad, es la alegría suprema, es la plenitud de la paz. La traducción griega de Los Setenta ha recurrido, según parece, a un término equivalente en arameo que indica la juventud y ha

traducido al Dios que alegra mi juventud, introduciendo así la idea de frescura y de intensidad de la alegría que da el Señor. El salterio latino de la Vulgata, que es una traducción hecha del griego, dice por tanto: *ad Deum qui laetificat juventutem meam*. De este modo, el Salmo era recitado a los pies del altar, en la precedente liturgia eucarística, como invocación introductiva al encuentro con el Señor. El lamento inicial de la antifona de los Salmos 41 y 42 resuena por última vez ya al final. El orante no ha llegado todavía al templo de Dios, está todavía envuelto en la oscuridad de la prueba; pero en ese momento en sus ojos brilla ya la luz del encuentro futuro y sus labios perciben ya la tonalidad del canto de alegría. Al llegar a ese punto, el llamamiento se caracteriza sobre todo por la esperanza. Observa, de hecho, san Agustín al comentar nuestro Salmo: "Espera en Dios", responderá a su alma quien se siente turbado por ella. . . Vive mientras tanto en la esperanza. La esperanza que se ve no es esperanza; pero si esperamos lo que no vemos es gracias a la paciencia de lo que esperamos. El Salmo se convierte, entonces, en la oración de quien peregrina sobre la tierra y se encuentra todavía en contacto con el mal y con el sufrimiento, pero tiene la certeza de que el punto de llegada de la historia no es el abismo, la muerte, sino el encuentro salvífico con Dios. Esta certeza es todavía más fuerte para los cristianos, a quienes la Carta a los Hebreos proclama: Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación, y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel.

Salmo 44

Lleno me siento de palabras bellas, recitaré al rey, yo, mi poema: mi lengua es como un lápiz de escritor. Tú eres el más hermoso entre los hombres, en tus labios la gracia se derrama, así Dios te bendijo para siempre. Cíñete ya la espada, poderoso, con gloria y con honor. anda y cabalga por la causa de la verdad, la piedad y el derecho. Haces proezas con armas en la mano: tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden; los enemigos del rey pierden coraje. Tu trono, oh Dios, es firme para siempre. Cetro de rectitud es el de tu reinado. Amas lo justo y odias lo que es malo; por eso Dios, tu Dios, te dio a ti solo una unción con perfumes de alegría como no se la dio a tus compañeros. Mirra y áloe impregnan tus vestidos, el son del arpa alegra tu casa de marfil.

Hijas de reyes son tus muy amadas, una reina se sienta a tu derecha, oro de Ofir en sus vestiduras luce. Ahora tú, hija, atiéndeme y escucha: olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y tu hermosura al rey conquistará. El es tu Señor: los grandes de Tiro ante él se postrarán. Ahí vienen los ricos del país a rendirte homenaje. La hija del rey, con oro engalanada, es introducida al interior, vestida de brocados al rey es conducida. La siguen sus compañeras vírgenes que te son presentadas. Escoltadas de alegría y júbilo, van entrando al palacio real. En lugar de tus padres tendrás hijos, que en todas partes príncipes serán. Gracias a mí yo quiero que tu nombre viva de una a otra generación y que los pueblos te aclamen para siempre.

Recito mis versos a mi rey: estas palabras del inicio del Salmo 44 orientan al lector sobre el carácter fundamental de este himno. El escriba de la corte que lo compuso nos revela inmediatamente que se trata de un canto en honor del soberano judío. Es más, al recorrer los versículos de la composición, se puede ver que se está en presencia de un epitalamio, es decir, un cántico nupcial. Los estudiosos han tratado de identificar las coordenadas históricas del Salmo, basándose en indicios, como la relación de la reina con la ciudad fenicia de Tiro, pero sin lograr identificar de manera precisa a la pareja real. Es de destacar que habla de un rey judío, pues esto ha permitido a la tradición judía transformar el texto en un canto al rey Mesías, y a la cristiana releer el salmo en clave cristológica y, a causa de la presencia de la reina, también en una perspectiva mariológica. La Liturgia de las Vísperas nos presenta este salmo como oración, dividiéndolo en dos partes. Acabamos de escuchar la primera que, tras la introducción del escriba autor del texto ya evocada, presenta un espléndido retrato del rey que está a punto de celebrar su boda. Por este motivo, el judaísmo ha visto en el Salmo 44 un canto nupcial, que exalta la belleza y la intensidad del don del amor entre los cónyuges. En particular, la mujer puede repetir con el Cantar de los Cantares: Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado. Yo soy para mi amado y mi amado es para mí. Se traza el perfil del esposo real de manera solemne, recurriendo a una escena de corte. Lleva las insignias militares, a las que se añaden suntuosos vestidos perfumados, mientras en el fondo brillan los edificios revestidos de marfil con sus salas grandiosas en las que resuena la música. En el centro, se eleva el trono y se menciona el cetro, dos signos del poder y de la investidura real. Quisiéramos subrayar dos elementos. Ante todo, la belleza del esposo, signo de un esplendor interior y de la bendición divina. Eres el más bello de los hombres (versículo 3). Precisamente en virtud de este

versículo, la tradición cristiana representó a Cristo en forma de hombre perfecto y fascinante. En un mundo, que con frecuencia está marcado por la fealdad y la degradación, esta imagen constituye una invitación a volver a encontrar la vía de la belleza, en la fe, en la teología, y en la vida social para elevarse hacia la belleza divina. Ahora bien, la belleza no es un fin en sí misma. La segunda característica que quisiéramos proponer afecta precisamente al encuentro entre la belleza y la justicia. De hecho, el soberano, su cabalga por la verdad y la justicia; ama la justicia y odia la impiedad, y de rectitud es tu cetro real. Hay que armonizar la belleza con la bondad y la santidad de vida para que resplandezca en el mundo el rostro luminoso de Dios bueno, admirable y justo. En el versículo 7, según los expertos, el apelativo Dios, estaría dirigido al mismo rey, pues era consagrado por el Señor y, por tanto, pertenecía en cierto sentido al área divina: Tu trono, oh Dios, permanece para siempre. O quizá podría ser una invocación al único rey supremo, el Señor, que se inclina sobre el rey Mesías. Lo cierto es que la Carta a los Hebreos, al aplicar este Salmo a Cristo, no duda en atribuir la divinidad plena y no simplemente simbólica al Hijo, que ha entrado en su gloria. Siguiendo esta interpretación cristológica, concluimos haciendo referencia a la voz de los Padres de la Iglesia, que atribuyen a cada uno de los versículos valores espirituales. De este modo, al comentar la frase del Salmo que dice el Señor te bendice eternamente, haciendo referencia al rey Mesías, san Juan Crisóstomo hizo esta aplicación cristológica: El primer Adán fue colmado de una maldición grandísima; el segundo por el contrario de una duradera bendición. Aquél escuchó: "maldito sea el suelo por tu causa", y de nuevo: "Maldito quien haga el trabajo del Señor con dejadez", y "Maldito quien no mantenga las palabras de esta Ley, poniéndolas en práctica" y "Maldito el colgado del madero". ¿Ves cuántas maldiciones? De todas estas maldiciones te ha liberado Cristo, al hacerse maldición: al humillarse para elevarte y al morir para hacerte inmortal, se convirtió en maldición para llenarte de bendiciones. ¿Qué puedes comparar a esta bendición, que por medio de una maldición te imparte una bendición? Él no tenía necesidad de bendición, pero te la entrega. El dulce retrato femenino que se nos ha presentado constituye el segundo pasaje del dístico que compone el Salmo 44, un sereno y gozoso canto nupcial, que nos propone leer la Liturgia de las Vísperas. Después de haber contemplado al rey que está celebrando su boda, nuestros ojos se concentran ahora en la figura de la reina esposa. Esta perspectiva nupcial nos permite dedicar este Salmo a todas las parejas que viven con intensidad y frescura interior su matrimonio, signo de un

gran misterio, como sugiere san Pablo, el del amor del Padre por la humanidad y el de Cristo por su Iglesia. Ahora bien, el Salmo ofrece otro horizonte. En la escena aparece el rey judío en el que la tradición judía sucesiva ha visto el perfil del Mesías davídico, mientras que el cristianismo ha transformado el himno en un canto en honor de Cristo. Nuestra atención se concentra ahora, sin embargo, en el perfil de la reina que el poeta de la corte, autor del Salmo, presenta con gran delicadeza y sentimiento. La indicación de la ciudad fenicia de Tiro permite suponer que se trata de una princesa extranjera. Se entiende así el llamamiento a olvidar al pueblo y a la casa del padre, de los que ha tenido que alejarse la princesa. La vocación nupcial constituye un giro en la vida y cambia la existencia, como ya se puede ver en el libro del Génesis: Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. La esposa reina avanza ahora, con su cortejo nupcial que lleva los regalos hacia el rey prendando de su belleza. Es significativa la insistencia con la que el salmista exalta a la mujer: es bellísima y esta magnificencia es expresada por el vestido de novia, de perlas y brocado. La Biblia ama la belleza como reflejo del esplendor del mismo Dios, incluso los vestidos pueden ser signos de una luz interior resplandeciente, del candor del alma. El pensamiento se dirige paralelamente, por un lado, a las admirables páginas del Cantar de los Cantares y, por otro, al pasaje del Apocalipsis que describe las bodas del Cordero, es decir, de Cristo con la comunidad de los redimidos, en las que se subraya el valor simbólico de los trajes de bodas: han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blanca - el lino son las buenas acciones de los santos. Junto a la belleza, se exalta la alegría que se refleja en el séquito de vírgenes compañeras, las damas que acompañan a la novia entre alegría y algazara. El gozo genuino, mucho más profundo que la simple alegría, es expresión del amor, que participa en el bien de la persona amada con serenidad de corazón. Ahora, según los auspicios conclusivos, se perfila otra realidad radicalmente inherente al matrimonio: la fecundidad. Se habla, de hecho, de hijos y de generaciones. El futuro, no sólo de la dinastía, sino de la humanidad, tiene lugar precisamente porque la pareja ofrece al mundo nuevas criaturas. Se trata de un tema importante y actual en Occidente, a menudo incapaz de asegurar su propia existencia en el futuro a través de la generación y cuidado de las nuevas criaturas que continúen la civilización de los pueblos y realicen la historia de la salvación. Como es sabido, muchos Padres de la Iglesia han aplicado el retrato de la reina a María,

comenzando por el llamamiento inicial: Escucha, hija, mira: inclina el oído.... Así sucede, por ejemplo, en la Homilía sobre la Madre de Dios de Crisipo de Jerusalén, un capadocio que fue en Palestina uno de los monjes iniciadores del monasterio de san Eutimio y que, una vez sacerdote, fue guardián de la santa Cruz en la basílica de la Anástasis en Jerusalén. Te dedico mi discurso -afirma dirigiéndose a María-, esposa del grande soberano; te dedico mi discurso a ti que vas a concebir al Verbo de Dios, del modo que Él sabe. . . "Escucha, hija, mira: inclina el oído"; de hecho, se verifica el grandioso anuncio de la redención del mundo. Inclina tu oído y lo que escucharás levantará tu corazón. . . "Olvida tu pueblo y la casa paterna": no prestes atención a la parentela terrena, pues serás transformada en una reina celeste. Y escucha -dice- para darte cuenta de cómo te ama el Creador y Señor de todo. "Preñado está el rey de tu belleza", dice: el mismo Padre te escogerá por esposa; el Espíritu dispondrá todas las condiciones necesarias para este matrimonio. . . No creas que darás a luz un niño humano, pues "te postrarás ante él, que él es tu señor". Tu creador se ha convertido en tu niño; lo concebirás y lo adorarás junto a los demás como a tu Señor.

Salmo 45

Dios es nuestro refugio y fortaleza, socorro siempre a mano en momentos de angustia. Por eso, si hay temblor no temeremos, o si al fondo del mar caen los montes; aunque sus aguas rujan y se encrespen y los montes a su ímpetu retiemblen: El Señor Sabaot está con nosotros, es nuestro baluarte el Dios de Jacob. Un río, sus brazos regocijan a la ciudad de Dios, santifica las moradas del Altísimo. Dios está en ella, no puede ceder, Dios la socorre al despuntar la aurora. Los pueblos bramaban, los reinos en marcha se ponían ... El eleva su voz y el mundo se hunde. El Señor Sabaot está con nosotros, es nuestro baluarte el Dios de Jacob. Vengan a ver las hazañas del Señor, y los estragos que causó a la tierra. Pone fin a la guerra en todo el país, rompe el arco y en dos parte la lanza y consume los carros en el fuego. Paren y reconozcan que soy Dios, muy por encima de los pueblos y muy alto sobre la tierra. El Señor Sabaot está con nosotros, es nuestro baluarte el Dios de Jacob.

Acabamos de escuchar el primero de los seis himnos a Sión que contiene el Salterio. El Salmo 45, al igual que otras composiciones análogas, es una celebración de la ciudad santa de Jerusalén, la ciudad de Dios, donde el Altísimo consagra su morada, pero expresa sobre todo una confianza inquebrantable en Dios que es nuestro refugio y nues-

tra fuerza, poderoso defensor en el peligro. El Salmo evoca las más tremendas catástrofes para afirmar la fuerza de la intervención victoriosa de Dios, que da plena seguridad. A causa de la presencia de Dios, Jerusalén no vacila; Dios le socorre. Recuerda al oráculo del profeta Sofonías que se dirige a Jerusalén y le dice: ¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! [. . .] El Señor tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta. El Salmo 45 está dividido en dos grandes partes por una especie de antífona, que resuena en los versículos 8 y 12: El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob. El título Señor de los ejércitos es típico del culto hebreo en el templo de Sión y, a pesar de su aspecto marcial, ligado al arca de la alianza, hace referencia al Señorío de Dios en el cosmos y en la historia. Este título es, por tanto, manantial de confianza, porque el mundo entero y todas sus vicisitudes están bajo el supremo gobierno del Señor. Este Señor está, por tanto, con nosotros, como sigue dice la antífona, con una implícita referencia al Emmanuel, el Dios-con-nosotros. La primera parte del himno se centra en el símbolo del agua y tiene un doble significado contrastante. Por un lado, de hecho, se desencadenan las aguas tempestuosas que en el lenguaje bíblico son símbolo de las devastaciones del caos y del mal. Hacen temblar las estructuras del ser y del universo, simbolizadas por montes, azotados por una especie de diluvio destructor. Por otro lado, sin embargo, aparecen las aguas refrescantes de Sión, ciudad colocada sobre áridos montes, pero regada por acequias. El salmista, si bien alude a las fuentes de Jerusalén, como la de Siloé, ve en ella un signo de la vida que prospera en la ciudad santa, de su fecundidad espiritual, de su fuerza regeneradora. Por este motivo, a pesar de las zozobras de la historia que hacen temblar a los pueblos y que sacuden a los reinos, el fiel encuentra en Sión la paz y la serenidad que proceden de la comunión con Dios. La segunda parte del Salmo esboza de este modo un mundo transformado. El mismo Señor desde su trono en Sión interviene con el máximo vigor contra las guerras y establece la paz que todos anhelan. El versículo 10 de nuestro himno -Pone fin a la guerra hasta el extremo del orbe, rompe los arcos, quiebra las lanzas, prende fuego a los escudos- recuerda espontáneamente a Isaías. También el profeta cantó el final de la carrera de armamentos y la transformación de los instrumentos bélicos de muerte en medios para el desarrollo de los pueblos: Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantan

tará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra. La tradición cristiana ha ensalzado con este Salmo a Cristo, nuestra paz y nuestro liberador del mal a través de su muerte y resurrección. Es sugerente el comentario cristológico de san Ambrosio al versículo 6 del Salmo 45, que describe el auxilio ofrecido a la ciudad del Señor al despuntar la aurora. El célebre Padre de la Iglesia percibe en él una alusión profética a la resurrección. De hecho, explica, la resurrección matutina nos procura la ayuda celeste. Habiendo rechazado la noche, nos ha traído el día, como dice la Escritura: Despierta, álzate y sal de entre los muertos! Y resplandecerá en ti la luz de Cristo. ¡Observa el sentido místico! En el atardecer tuvo lugar la pasión de Cristo. . . En la aurora la resurrección. . . En el atardecer del mundo es asesinado, cuando fenece la luz, pues este mundo yacía en tinieblas y hubiera quedado sumergido en el horror de tinieblas todavía más oscuras si no hubiera venido del cielo Cristo, luz de eternidad, para volver a traer la edad de la inocencia al género humano. El Señor Jesús sufrió, por tanto, y con su sangre perdonó nuestros pecados, refulgió la luz con la conciencia más limpia y brilló el día de una gracia espiritual.

Salmo 46

Aplaudan, pueblos todos, aclamen a Dios con voces de alegría. pues el Señor, el altísimo, es terrible, es un gran rey en toda la tierra. Bajo nuestro yugo pone a las naciones y los pueblos a nuestros pies; él eligió para nosotros nuestra herencia, orgullo de Jacob, su muy amado. Dios sube entre fanfarrias, para el Señor resuenan los cuernos; canten, canten a Dios; entonen salmos a nuestro rey; a Dios que es el rey de toda la tierra, cántenle un himno de alabanza. Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su santo trono. Los jefes de los pueblos se han unido con el pueblo del Dios de Abrahán; porque él es el señor de los grandes de la tierra, él es Dios y es muy excelso.

El Señor, Rey del universo. "El Señor es sublime y terrible, emperador de toda la tierra". Esta aclamación inicial es repetida con tonos diferentes en el Salmo 46, que acabamos de escuchar. Se presenta como un himno al señor soberano del universo y de la historia. "Dios es el rey del mundo. . . Dios reina sobre las naciones. Este himno al Señor, rey del mundo y de la humanidad, al igual que otras composiciones semejantes del Salterio, supone una atmósfera de celebración litúrgica. Nos encontramos, por tanto, en el corazón espiritual de la alabanza de Israel, que se eleva al cielo partiendo del templo, el lugar en el que el

Dios infinito y eterno se revela y encuentra a su pueblo. Seguiremos este canto de alabanza gloriosa en sus momentos fundamentales, como dos olas que avanzan hacia la playa del mar. Difieren en la manera de considerar la relación entre Israel y las naciones. En la primera parte del Salmo, la relación es de dominio: Dios "nos somete los pueblos y nos sojuzga las naciones"; en la segunda parte, sin embargo, es de asociación: "Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abraham". Se constata, por tanto, un progreso importante.

Dios sublime... En la primera parte se dice: "Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo". El centro de este aplauso festivo es la figura grandiosa del Señor supremo, a la que se atribuyen títulos gloriosos: "sublime y terrible". Exaltan la transcendencia divina, la primacía absoluta en el ser, la omnipotencia. También Cristo resucitado exclamará: "Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra". En el señorío universal de Dios sobre todos los pueblos de la tierra el orante descubre su presencia particular en Israel, el pueblo de la elección divina, "el predilecto", la herencia más preciosa y querida por el Señor. Israel se siente, por tanto, objeto de un amor particular de Dios que se ha manifestado con la victoria sobre las naciones hostiles. Durante la batalla, la presencia del arca de la alianza entre las tropas de Israel les aseguraba la ayuda de Dios; después de la victoria, el arca se subía al monte Sión y todos proclamaban: "Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas".

. . . **Dios cercano a sus criaturas.** El segundo momento del Salmo se abre con otra ola de alabanza y de canto festivo: "tocad para Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad". También ahora se alaba al Señor, sentado en su trono en la plenitud de su realeza. Este trono es definido "santo", pues es inalcanzable por el hombre limitado y pecador. Pero también es un trono celeste el arca de la alianza, presente en el área más sagrada del templo de Sión. De este modo, el Dios lejano y trascendente, santo e infinito, se acerca a sus criaturas, adaptándose al espacio y al tiempo.

Dios de todos. El Salmo concluye con una nota sorprendente por su apertura universal: "Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abraham". Se remonta a Abraham, el patriarca que se encuentra en el origen no sólo de Israel sino también de otras naciones. Al pueblo elegido, que desciende de él, se le confía la misión de hacer

converger en el Señor todas las gentes y todas las culturas, pues Él es el Dios de toda la humanidad. De oriente a occidente se reunirán entonces en Sión para encontrar a este rey de paz y de amor, de unidad y fraternidad. Como esperaba el profeta Isaías, los pueblos hostiles entre sí recibirán la invitación a tirar las armas y vivir juntos bajo la única soberanía divina, bajo un gobierno regido por la justicia y la paz. Los ojos de todos estarán fijos en la nueva Jerusalén, donde el Señor "asciende" para revelarse en la gloria de su divinidad. Será una "muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas. . . Todos gritarán con fuerte voz: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero". La Carta a los Efesios ve la realización de esta profecía en el misterio de Cristo redentor, cuando afirma, al dirigirse a los cristianos que no provienen del judaísmo: "Así que, recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne. . . estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad". En Cristo, por tanto, la realeza de Dios, cantada por nuestro Salmo, se ha realizado en la tierra en relación con todos los pueblos. Una homilía anónima del siglo VIII comenta así este misterio: "Hasta la venida del Mesías, esperanza de las naciones, los pueblos gentiles no adoraban a Dios y no sabían que Él existía. Hasta que el Mesías no les rescató, Dios no reinaba sobre las naciones por medio de su obediencia y de su culto. Ahora, sin embargo, Dios reina sobre ellos con su palabra y su espíritu, pues les ha salvado del engaño y les ha hecho sus amigos".

Salmo 47

Grande es el Señor y muy digno de alabanzas, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo de hermosa altivez, alegría de toda la tierra. ¡Monte Sión, morada divina, ciudad del Gran Rey!. Dentro de sus torreones está Dios, se ha revelado como su baluarte. Los reyes se habían unido, y juntos avanzaban, hasta que la vieron. . . y quedaron pasmados, presas de pánico, se dieron a la fuga. Allí mismo los agarró un temblor, un escalofrío como de mujer en parto; así es como el viento del oriente estrella a los navíos de Tarsis. Tal como lo oímos, así lo vimos en la ciudad del Señor Sabaot, en la ciudad de nuestro Dios: él la ha asentado para siempre. Oh Dios, recordamos tus favores en los patios

de tu Templo; que iguale, oh Dios, tu alabanza a tu nombre, y alcance los confines de la tierra. Impone tu diestra tu justicia; se alegra el monte Sión; los pueblos de Judá saltan de gozo al presenciar tus juicios. Recorran Sión y den la vuelta, cuenten sus torres y contemplen sus defensas recorran uno a uno sus palacios; y digan a las nuevas generaciones: ¡así es nuestro Dios! Nuestro Dios por los siglos de los siglos, él nos conducirá.

El Salmo que se acaba de proclamar es un canto en honor de Sión, "la ciudad de nuestro Dios", que entonces era sede del templo del Señor y lugar de su presencia en medio de la humanidad. La fe cristiana lo aplica ahora a la "Jerusalén de lo alto", que es "nuestra madre". La tonalidad litúrgica de este himno, la evocación de una procesión festiva, la visión pacífica de Jerusalén, que refleja la salvación divina, hacen del Salmo 47 una oración para comenzar el día y hacer de él un canto de alabanza, aunque haya nubes que oscurezcan el horizonte. Para comprender el sentido del Salmo, nos pueden servir de ayuda tres aclamaciones que aparecen al inicio, en medio y al final, como ofreciéndonos la clave espiritual de la composición e introduciéndonos así en su clima interior. Estas son las tres invocaciones: "Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios"; "Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo"; "Este es el Señor, nuestro Dios. Él nos guiará por siempre jamás". Estas tres aclamaciones, que exaltan al Señor, así como "la ciudad de nuestro Dios", enmarcan dos grandes partes del Salmo. La primera es una gozosa celebración de la ciudad santa, la Sión victoriosa contra los asaltos de los enemigos, serena bajo el manto de la protección divina. Se ofrece una especie de letanía de definiciones de esta ciudad: es una altura admirable que se yergue como un faro de luz, una fuente de alegría para todos los pueblos de la tierra, el único y auténtico "Olimpo" en el que el cielo y la tierra se encuentran. Utilizando una expresión del profeta Ezequiel es la ciudad del Emanuel, pues "Dios está allí", presente en ella. Pero en torno a Jerusalén se están agolpando las tropas de un asedio, casi un símbolo del mal que atenta contra el esplendor de la ciudad. El enfrentamiento tiene un resultado obvio y casi inmediato. Los potentes de la tierra, de hecho, asaltando la ciudad santa, provocan al mismo tiempo a su Rey, el Señor. El salmista muestra cómo se disuelve el orgullo de un ejército potente con la imagen sugerente de los dolores de parto: "Allí los agarró un temblor y dolores como de parto". La arrogancia se transforma en fragilidad y debilidad, la potencia en caída y fracaso. Este mismo concepto es expresado con otra imagen: el ejército atacante es comparado

con una armada naval invencible sobre la que sopla un terrible viento de Oriente. Queda, por tanto, una certeza para quien está bajo la sombra de la protección divina: no es el mal quien tiene la última palabra, sino el bien; Dios triunfa sobre las potencias hostiles, incluso cuando parecen grandiosas e invencibles. Entonces, el fiel celebra precisamente en el templo su acción de gracias a Dios liberador. Eleva un himno al amor misericordioso del Señor, expresado con el término hebreo "hésed", típico de la teología de la alianza. Llegamos así a la segunda parte del Salmo. Tras el gran canto de alabanza al Dios fiel, justo y salvador, tiene lugar una especie de procesión en torno al templo y a la ciudad santa. Se cuentan los torreones, signo de la segura protección de Dios, se observan las fortificaciones, expresión de la estabilidad ofrecida a Sión por su Fundador. Los muros de Jerusalén hablan y sus piedras recuerdan los hechos que deben ser transmitidos "a la próxima generación" con la narración que harán los padres a sus hijos. Sión es el espacio de una cadena ininterrumpida de acciones salvadoras del Señor, que son anunciadas en la catequesis y celebradas en la liturgia, para que los creyentes mantengan la esperanza en la intervención liberadora de Dios. En el versículo conclusivo se presenta una de las más elevadas definiciones del Señor como pastor de su pueblo: "Él nos guiará". El Dios de Sión es el Dios del Éxodo, de la libertad, de la cercanía al pueblo esclavo de Egipto y peregrino en el desierto. Ahora que Israel se ha instalado en la tierra prometida, sabe que el Señor no le abandona: Jerusalén es el signo de su cercanía y el templo es el lugar de su esperanza. Al releer estas expresiones, el cristiano se eleva a la contemplación de Cristo, nuevo y viviente templo de Dios, y se dirige a la Jerusalén celeste, que ya no tiene necesidad de un templo ni de una luz exterior, pues "el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario. . . la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero". San Agustín nos invita a hacer esta relectura "espiritual" convencido de que en los libros de la Biblia "no hay nada que afecte sólo a la ciudad terrena, pues todo lo que se dice de ella simboliza algo que puede ser referido también por alegoría a la Jerusalén celeste". Le hace eco san Paulino de Nola, que precisamente al comentar las palabras de nuestro Salmo exhorta a rezar para que "podamos ser piedras vivas en los muros de la Jerusalén celeste y libre". Y contemplando la firmeza y solidez de esta ciudad, el mismo Padre de la Iglesia sigue diciendo: "De hecho, quien habita esta ciudad se revela como el Uno en tres personas. . . Cristo ha sido constituido no sólo su fundamento, sino también su torreón y puerta. . . Por tanto, si se funda sobre él la casa de nuestra alma

y se eleva sobre él una construcción digna de un fundamento tan grande, entonces la puerta de entrada en su ciudad será para nosotros precisamente Aquel que nos guiará en los siglos y nos colocará en el lugar de su grey".

Salmo 48

Oigan esto, pueblos todos, habitantes del mundo entero, escuchen: gente del pueblo y gente de apellido, ricos y pobres, todos en conjunto. Mi boca va a decir sabiduría y lo que pienso sobre cosas hondas; dejen que me concentre en un refrán, lo explicaré luego al son del arpa. ¿Por qué temer en días de desgracia, cuando me cercan el mal y la traición de los que en su fortuna se confían y hacen prevalecer su gran riqueza?. Mas, comprada su vida nadie tiene, ni a Dios puede, con plata, sobornarlo, pues es muy caro el precio de la vida. ¿Vivir piensa por siempre, o cree que no irá a la fosa un día?. Pues bien, verá que los sabios se mueren, que igual perecen el necio y el estúpido, y dejan para otros su riqueza. Sus tumbas son sus casas para siempre, por siglos y siglos, sus moradas, por más que su nombre a sus tierras hayan puesto. El hombre en los honores no comprende, es igual que el ganado que se mata. Hacia allá van los que en sí confían, ese será el fin de los que les gusta escucharse. Abajo, cual rebaño la muerte los reúne, los pastorea y les impone su ley. Son como un espectro desvaído que a la mañana vuelve a su casa abajo. Pero a mí Dios me rescatará, y me sacará de las garras de la muerte. No temas cuando el hombre se enriquece, cuando aumenta la fama de su casa. Nada podrá llevar él a su muerte, ni su riqueza podrá bajar con él. Su alma, que siempre en vida bendecía: "Te alaban, porque te has tratado bien", irá a unirse con la raza de sus padres, que jamás volverán a ver la luz. El hombre en los honores no comprende, es igual que el ganado que se mata.

Nuestra meditación sobre el Salmo 48 se dividirá en dos etapas, como hace la Liturgia de las Vísperas, que nos lo propone en dos momentos. Comentaremos ahora de manera esencial la primera parte, en la que la reflexión toma pie de una situación difícil, como en el Salmo 72. El justo tiene que afrontar días aciagos, pues le acechan los malvados, que confían en su opulencia. La conclusión a la que llega el justo es formulada como una especie de proverbio, que volverá a aparecer al final del Salmo. Sintetiza nítidamente el mensaje de esta composición poética: El hombre rico e inconsciente es como un animal que perece. En otras palabras, las inmensas riquezas no son una ventaja, sino todo lo contrario. Es mejor ser pobre y estar unido a Dios. El proverbio parece

hacerse eco de la voz austera de un antiguo sabio bíblico, el Eclesiastés o Cohélet, cuando describe el destino aparentemente igual de toda criatura viviente, la muerte, que hace totalmente inútil el apego frenético a los bienes terrenos: Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, como ha venido; y nada podrá sacar de sus fatigas que pueda llevar en la mano. Porque el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra. . . Todos caminan hacia una misma meta. Una profunda ceguera se adueña del hombre cuando cree que evitará la muerte afanándose por acumular bienes materiales: de hecho, el salmista habla de una inconciencia comparable a la de los animales. El tema será explorado también por todas las culturas y todas las espiritualidades y será expresado de manera esencial y definitiva por Jesús, cuando declara: Guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes. Después narra la famosa parábola del rico necio que acumula bienes sin medida sin darse cuenta de que la muerte le está acechando. La primera parte del Salmo está totalmente centrada precisamente en esta ilusión que se apodera del corazón del rico. Está convencido de que puede comprar incluso la muerte, tratando así de corromperla, como ha hecho con todas las demás cosas de las que se ha apoderado: el éxito, el triunfo sobre los demás en el ámbito social y político, la prevaricación impune, la avaricia, la comodidad, los placeres. Pero el salmista no duda en calificar de necia esta ilusión. Recurre a una palabra que tiene un valor incluso financiero, rescate: Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente sin bajar a la fosa. El rico, apegado a sus inmensas fortunas, está convencido de que logrará dominar incluso la muerte, tal y como ha dominado a todo y a todos con el dinero. Pero por más dinero que pueda ofrecer, su destino último será inexorable. Al igual que todos los hombres y mujeres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, un día será llevado a la tumba, tal y como les ha sucedido a los poderosos y tendrá que dejar su tierra y ese oro tan amado, esos bienes materiales tan idolatrados. Jesús insinuará a quienes le escuchaban esta pregunta inquietante: ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?. No se puede cambiar por nada pues la vida es don de Dios, que tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre. Entre los Padres de la Iglesia que han comentado el Salmo 48 merece particular atención san Ambrosio, que amplía su significado gracias a una visión más amplia, a partir de la invitación inicial que hace el salmista: Oíd esto, todas las naciones; escuchadlo, habitantes del orbe. El antiguo obispo de Milán co-

mentaba: Reconocemos aquí, precisamente al inicio, la voz del Señor salvador que llama los pueblos para que vengan a la Iglesia y renuncien al pecado, se conviertan en seguidores de la verdad y reconozcan la ventaja de la fe. De hecho, todos los corazones de las diferentes generaciones han quedado contaminados por el veneno de la serpiente y la conciencia humana, esclava del pecado, no era capaz de desapegarse. Por esto el Señor, por iniciativa suya, promete el perdón con la generosidad de su misericordia, para que el culpable deje de tener miedo y, con plena conciencia, se alegre de poder ofrecerse como siervo al Señor bueno, que ha sabido perdonar los pecados, premiar las virtudes. En estas palabras del Salmo se escucha el eco de la invitación evangélica: Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo. Ambrosio sigue diciendo: Como quien visita a los enfermos, como un médico que viene a curar nuestras dolorosas heridas, así nos prescribe el tratamiento, para que los hombres lo escuchen y todos corran con confianza a recibir el remedio de la curación. . . Llama a todos los pueblos al manantial de la sabiduría y del conocimiento, promete a todos la redención para que nadie viva en la angustia, para que nadie viva en la desesperación. La Liturgia de las Vísperas nos presenta el Salmo 48, de carácter sapiencial, del que se acaba de proclamar la segunda parte. Al igual que en la anterior, en la que ya hemos reflexionado, también esta sección del Salmo condena la ilusión generada por la idolatría de la riqueza. Esta es una de las tentaciones constantes de la humanidad: apegándose al dinero por considerar que está dotado de una fuerza invencible, se cae en la ilusión de poder comprar también la muerte, alejándola de uno mismo. En realidad, la muerte irrumpe con su capacidad para demoler toda ilusión, barriendo todo obstáculo, humillando toda confianza en uno mismo y encaminando a ricos y pobres, soberanos y súbditos, ignorantes y sabios hacia el más allá. Es eficaz la imagen que traza el salmista al presentar la muerte como un pastor que guía con mano firme el rebaño de las criaturas corruptibles. El Salmo 48 nos propone, por tanto, una meditación severa y realista sobre la muerte, fundamental meta ineludible de la existencia humana. Con frecuencia, tratamos de ignorar con todos los medios esta realidad, alejándola del horizonte de nuestro pensamiento. Pero este esfuerzo, además de inútil es inoportuno. La reflexión sobre la muerte, de hecho, es benéfica, pues relativiza muchas realidades secundarias que por desgracia hemos absolutizado, como es el caso precisamente de la riqueza, el éxito, el poder. . . Por este motivo, un sabio del Antiguo Testamento, Sirácida, advierte: En todas tus

acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado. En nuestro Salmo se da un paso decisivo. Si el dinero no logra liberarnos de la muerte, hay uno que puede redimirnos de ese horizonte oscuro y dramático. De hecho, el salmista dice: Pero a mí, Dios me salva, me saca de las garras del abismo. Para el justo se abre un horizonte de esperanza y de inmortalidad. Ante la pregunta planteada al inicio del Salmo - ¿Por qué habré de temer?, versículo 6-, se ofrece ahora la respuesta: No te preocupes si se enriquece un hombre. El justo, pobre y humillado en la historia, cuando llega a la última frontera de la vida, no tiene bienes, no tiene nada que ofrecer como rescate para detener la muerte y liberarse de su gélido abrazo. Pero llega entonces la gran sorpresa: el mismo Dios ofrece un rescate y arranca de las manos de la muerte a su fiel, pues Él es el único que puede vencer a la muerte, inexorable para las criaturas humanas. Por este motivo, el salmista invita a no preocuparse, a no tener envidia del rico que se hace cada vez más arrogante en su gloria, pues, llegada la muerte, será despojado de todo, no podrá llevar consigo ni oro ni plata, ni fama ni éxito. El fiel, por el contrario, no será abandonado por el Señor, que le indicará el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre. Entonces podremos pronunciar, como conclusión de la meditación sapiencial del Salmo 48, las palabras de Jesús que nos describe el verdadero tesoro que desafía a la muerte: No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. Siguiendo las huellas de las palabras de Cristo, san Ambrosio en su Comentario al Salmo 48 confirma de manera clara y firme la inconsistencia de las riquezas: No son más que caducidades y se van más rápidamente de lo que han tardado en venir. Un tesoro de este tipo no es más que un sueño. Te despiertas y ya ha desaparecido, pues el hombre que logre purgar la borrachera de este mundo y apropiarse de la sobriedad de las virtudes, desprecia todo esto y no da valor al dinero. El obispo de Milán invita, por tanto, a no dejarse atraer ingenuamente por las riquezas de la gloria humana: ¡No tengas miedo, ni siquiera cuando te des cuenta de que se a agigantado la gloria de algún linaje! Aprende a mirar a fondo con atención, y te resultará algo vacío si no tiene una brizna de la plenitud de la fe. De hecho, antes de que viniera Cristo, el hombre estaba arruinado y vacío: La desastrosa caída del antiguo Adán nos dejó sin nada, pero hemos sido colmados por la gracia de Cristo. Él se despojó

de sí mismo para llenarnos y para hacer que en la carne del hombre demore la plenitud de la virtud. San Ambrosio concluye diciendo que precisamente por este motivo, podemos exclamar ahora con san Juan: De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia.

Salmo 50

Ten piedad de mí, oh Dios, en tu bondad, por tu gran corazón, borra mi falta. Que mi alma quede limpia de malicia, purifícame tú de mi pecado. Pues mi falta yo bien la conozco y mi pecado está siempre ante mí; contra ti, contra ti sólo pequé, lo que es malo a tus ojos yo lo hice. Por eso en tu sentencia tú eres justo, no hay reproche en el juicio de tus labios. Tú ves que malo soy de nacimiento, pecador desde el seno de mi madre. Mas tú quieres rectitud de corazón, y me enseñas en secreto lo que es sabio. Rocíame con agua, y quedaré limpio; lávame y quedaré más blanco que la nieve. Haz que sienta otra vez júbilo y gozo y que bailen los huesos que moliste. Aparta tu semblante de mis faltas, borra en mí todo rastro de malicia. Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renueva en mi interior un firme espíritu. No me rechaces lejos de tu rostro ni me retires tu espíritu santo. Dame tu salvación que regocija, y que un espíritu noble me dé fuerza. Mostraré tu camino a los que pecan, a ti se volverán los descarriados. Líbrame, oh Dios, de la deuda de sangre, Dios de mi salvación, y aclamará mi lengua tu justicia. Señor, abre mis labios y cantará mi boca tu alabanza. Un sacrificio no te gustaría, ni querrás si te ofrezco, un holocausto. Mi espíritu quebrantado a Dios ofreceré, pues no desdeñas a un corazón contrito. Favorece a Sión en tu bondad: reedifica las murallas de Jerusalén; entonces te gustarán los sacrificios, ofrendas y holocaustos que se te deben; entonces ofrecerán novillos en tu altar.

Miserere (ten piedad). Hemos escuchado el "Miserere", una de las oraciones más célebres del Salterio, el Salmo penitencial más intenso y repetido, el canto del pecado y del perdón, la meditación más profunda sobre la culpa y su gracia. La Liturgia de las Horas nos lo hace repetir en las Laudes de todos los viernes. Desde hace siglos y siglos se eleva hacia el cielo desde muchos corazones de fieles judíos y cristianos como un suspiro de arrepentimiento y de esperanza dirigido a Dios misericordioso. La tradición judía ha puesto el Salmo 50 en labios de David, quien fue invitado a hacer penitencia por las palabras severas del profeta Natán, que le reprochaba el adulterio cometido con Betsabé y el asesinato de su marido Urías. El Salmo, sin embargo, se enriquece

en los siglos sucesivos con la oración de otros muchos pecadores que recuperan los temas del "corazón nuevo" y del "Espíritu" de Dios infundido en el hombre redimido, según la enseñanza de los profetas Jeremías y Ezequiel. El Salmo 50 presenta dos horizontes. Ante todo, aparece la región tenebrosa del pecado, en la que se sitúa el hombre desde el inicio de su existencia: "Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre". Si bien esta declaración no puede ser asumida como una formulación explícita de la doctrina del pecado original tal y como ha sido delineada por la teología cristiana, no cabe duda de que es coherente: expresa de hecho la dimensión profunda de la debilidad moral innata en el hombre. El Salmo se presenta en esta primera parte como un análisis ante Dios del pecado. Utiliza tres términos hebreos para definir esta triste realidad que procede de la libertad humana mal utilizada. El primer vocablo "hattá" significa literalmente "no dar en el blanco": el pecado es una aberración que nos aleja de Dios, meta fundamental de nuestras relaciones, y por consiguiente también nos aleja del prójimo. El segundo término hebreo es "awôn", que hace referencia a la imagen de "torcer", "curvar". El pecado es, por tanto, una desviación tortuosa del camino recto; es la inversión, la distorsión, la deformación del bien y del mal, en el sentido declarado por Isaías: "¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad". Precisamente por este motivo, en la Biblia la conversión es indicada como un "regresar" (en hebreo "shûb") al camino recto, haciendo una corrección de ruta. La tercera palabra con la que el Salmista habla del pecado es "peshá". Expresa la rebelión del súbdito contra su soberano, y por tanto constituye un desafío abierto dirigido a Dios y a su proyecto para la historia humana. Si por el contrario el hombre confiesa su pecado, la justicia salvífica de Dios se demuestra dispuesta a purificarlo radicalmente. De este modo, se pasa a la segunda parte espiritual del Salmo, la luminosa de la gracia. A través de la confesión de las culpas se abre de hecho para el orante un horizonte de luz en el que Dios actúa. El Señor no obra sólo negativamente, eliminando el pecado, sino que vuelve a crear la humanidad pecadora a través de su Espíritu vivificante: infunde en el hombre un "corazón" nuevo y puro, es decir, una conciencia renovada, y le abre la posibilidad de una fe límpida y de un culto agradable a Dios. Orígenes habla en este sentido de una terapia divina, que el Señor realiza a través de su palabra mediante la obra sanadora de Cristo: "Al igual que Dios dispuso los remedios para el cuerpo de las hierbas terapéuticas sabiamente mezcladas, así también preparó para el alma medicinas con las palabras infusas, esparciéndolas en las divinas Escri-

turas. . . Dios dio también otra actividad médica de la que es primer exponente el Salvador, quien dice de sí: "No tienen necesidad de médico los sanos; sino los enfermos". Él es el médico por excelencia capaz de curar toda debilidad, toda enfermedad". La riqueza del Salmo 50 merecería una exégesis detallada en todas sus partes. Es lo que haremos cuando vuelva a resonar en las Laudes de los diferentes viernes. La mirada de conjunto, que ahora hemos dirigido a esta gran súplica bíblica, nos revela ya algunos componentes fundamentales de una espiritualidad que debe reflejarse en la existencia cotidiana de los fieles. Ante todo se da un sentido sumamente vivo del pecado, percibido como una decisión libre, de connotaciones negativas a nivel moral y teológico: "contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces" (versículo 6). No menos vivo es el sentimiento de la posibilidad de conversión que aparece después en el Salmo: el pecador, sinceramente arrepentido, se presenta en toda su miseria y desnudez ante Dios, suplicándole que lo le rechace de su presencia. Por último, en el "Miserere", se da una arraigada convicción del perdón divino que "borra", "lava", "limpia" al pecador y llega incluso a transformarlo en una nueva criatura de espíritu, lengua, labios, corazón transfigurados. "Aunque nuestros pecados fueran negros como la noche -afirmaba santa Faustina Kowalska-, la misericordia divina es más fuerte que nuestra miseria. Sólo hace falta una cosa: que el pecador abra al menos un poco la puerta de su corazón. . . el resto lo hará Dios. . . Todo comienza en tu misericordia y en tu misericordia termina".

Miserere (ten piedad). Cada semana la Liturgia de los Laudes marca el viernes con el Salmo 50, el Miserere, el Salmo penitencial más amado, cantado, y meditado, himno al Dios misericordioso elevado por el pecador arrepentido. Tuvimos ya la oportunidad en una catequesis anterior de presentar el marco general de esta gran oración. Ante todo, se entra en la región tenebrosa del pecado para llevar la luz del arrepentimiento humano y del perdón divino. Se pasa después a exaltar el don de la gracia divina, que transforma y renueva el espíritu y el corazón del pecador arrepentido: es una región luminosa, llena de esperanza y confianza. En nuestra reflexión de hoy, nos detendremos a hacer algunas consideraciones sobre la primera parte del Salmo 50 profundizando alguno de sus aspectos. Para comenzar, sin embargo, propondremos la estupenda proclamación divina del Sinaí, que supone casi el retrato del Dios cantado por el Miserere: el Señor es el Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que

mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación. La invocación inicial se eleva a Dios para alcanzar el don de la purificación de modo que, como decía el profeta Isaías, haga los pecados -que en sí mismos son semejantes a la grana o rojos como el carmesí-, blancos como la nieve y como la lana. El Salmista confiesa su pecado de manera clara y sin dudas: Reconozco mi culpa. . . contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces. Entra, por tanto, en escena la conciencia personal del pecador, que se abre a percibir claramente su mal. Es una experiencia que involucra la libertad y la responsabilidad, y lleva a admitir que ha roto un lazo para construir una opción de vida alternativa a la Palabra divina. La consecuencia es una decisión radical de cambio. Todo esto está comprendido en ese reconocer, un verbo que en hebreo no comprende sólo una adhesión intelectual, sino una opción de vida. Es el paso que, por desgracia, no dan muchos, como advierte Orígenes: Hay algunos que, después de haber pecado, se quedan totalmente tranquilos y no se preocupan por su pecado ni les pasa por la conciencia el mal cometido; por el contrario viven como si no hubiera pasado nada. Éstos no podrían decir: " tengo siempre presente mi pecado". Sin embargo, cuando tras el pecado uno se aflige por su pecado, es atormentado por el remordimiento, se angustia sin tregua y experimenta los asaltos en su interior que se levanta para rebatirlo, y exclama: "no hay paz para mis huesos ante el aspecto de mis pecados". . . Cuando, por tanto, ponemos ante los ojos de nuestro corazón los pecados cometidos, los miramos uno por uno, los reconocemos, sonrojamos y nos arrepentimos por lo que hemos hecho, entonces, conmovidos y aterrados decimos que "no hay paz en nuestros huesos frente al aspecto de nuestros pecados". El reconocimiento y la conciencia del pecado es, por tanto, fruto de una sensibilidad alcanzada gracias a la luz de la Palabra de Dios. En la confesión del Miserere se subraya un aspecto particular: el pecado no es concebido sólo en su dimensión personal y psicológica, sino que es delineado sobre todo en su calidad teológica. Contra ti, contra ti sólo pequé, exclama el pecador, a quien la tradición le dio el rostro de David, consciente de su adulterio con Betsabé, y de la denuncia del profeta Natán contra este crimen y el del asesinato del marido de ella, Urías. El pecado no es, por tanto, una mera cuestión psicológica o social, sino un acontecimiento que afecta a la relación con Dios, violando su ley, rechazando su proyecto en la historia, alterando la jerarquía de valores, cambiando la oscuridad por la luz y la

luz por la oscuridad es decir, llamando al mal bien, y al bien mal. Antes de ser una posible injuria contra el hombre, el pecado es ante todo traición de Dios. Son emblemáticas las palabras que el hijo pródigo de bienes pronuncia ante su padre pródigo de amor: Padre, he pecado contra el cielo -es decir contra Dios- y contra ti. En este momento, el Salmista introduce otro aspecto, ligado más directamente a la realidad humana. Es la frase que ha suscitado muchas interpretaciones y que ha sido relacionada con la doctrina del pecado original: Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. El que reza quiere indicar la presencia del mal en el interior de nuestro ser, como es evidente en la mención de la concepción y del nacimiento, una manera de hacer referencia a toda la existencia, comenzando desde su origen. El Salmista, sin embargo, no relaciona formalmente esta situación con el pecado de Adán y Eva, es decir, no habla explícitamente de pecado original. De todos modos, queda claro que, según el texto del Salmo, el mal se anida en las profundidades mismas del hombre, es inherente a su realidad histórica y por este motivo es decisiva la petición de la intervención de la gracia divina. La potencia del amor de Dios es superior a la del pecado, el río destructor del mal tiene menos fuerza que el agua fecundante del perdón: donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. De este modo, se evocan indirectamente la teología del pecado original y a toda la visión bíblica del hombre pecador con palabras que dejan al mismo tiempo entrever la luz de la gracia y de la salvación. Como tendremos la oportunidad de descubrir en el futuro al volver a meditar sobre este Salmo y sus versículos sucesivos, la confesión de la culpa y la conciencia de la propia misericordia no acaban en el terror o en la pesadilla del juicio, sino más bien en la esperanza de la purificación, de la liberación, de la nueva creación. De hecho, Dios nos salva no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador.

Cada semana la Liturgia de los Laudes presenta el Salmo 50, el famoso Miserere. Nosotros lo hemos meditado ya en otras ocasiones en algunas de sus partes. También ahora nos detendremos de manera particular en una sección de esta grandiosa súplica de perdón: los versículos 12-16. Es significativo, ante todo, constatar que, en el original hebreo, en tres ocasiones resuena la palabra espíritu, invocado por Dios como don y acogido por la criatura arrepentida de su pecado: Renuévame por dentro con espíritu firme. . . No me quites tu santo espíritu. . . Afíanzame con espíritu generoso. Se podría decir -recurriendo a

un término litúrgico- que se trata de una epiclesis, es decir, una triple invocación al Espíritu que, al igual que en la creación aleteaba por encima de las aguas, ahora penetra en el alma del fiel infundiendo una nueva vida e elevándola del reino del pecado al cielo de la gracia. Los Padres de la Iglesia, con el espíritu invocado por el Salmista, ven aquí la presencia eficaz del Espíritu Santo. De este modo, san Ambrosio está convencido de que se trata del único Espíritu Santo que enfervorizó a los profetas, que fue insuflado [por Cristo] a los apóstoles, que quedó unido al Padre y al Hijo en el sacramento del bautismo. La misma convicción es expresada por otros padres, como Dídimo el Ciego de Alejandría de Egipto y Basilio de Cesarea, en sus respectivos tratados sobre el Espíritu Santo. Y san Ambrosio, al observar que el Salmista habla de la alegría que invade al alma una vez que ha recibido el Espíritu generoso y potente de Dios, comenta: El gozo y la alegría son fruto del Espíritu y el Espíritu Soberano es aquello sobre lo que nos cimentamos. Por ello, quien está revigorizado por el Espíritu Soberano no queda sometido a la esclavitud, no es esclavo del pecado, no es indeciso, no vaga por aquí y por allá, no duda en las decisiones, sino que, asentado sobre la roca, está firme y sus pies no vacilan. Con esta triple mención del espíritu, el Salmo 50, después de haber descrito en los versículos precedentes la prisión oscura de la culpa, se abre al horizonte luminoso de la gracia. Es un gran cambio, comparable al de una nueva creación: como en los orígenes Dios había insuflado su espíritu en la materia y había dado origen a la persona humana, de este modo ahora el mismo Espíritu divino recrea, renueva, transfigura y transforma al pecador arrepentido, lo vuelve a abrazar, le hace partícipe de la alegría de la salvación. De este modo, el hombre, animado por el Espíritu divino, se encamina por la senda de la justicia y del amor, como se dice en otro Salmo: Enseñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios. Tú espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana. Una vez experimentado este renacimiento interior, el orante se transforma en testigo; promete a Dios enseñaré a los malvados tus caminos, de modo que puedan, como el hijo pródigo, regresar a la casa del Padre. Del mismo modo, san Agustín, después de haber recorrido los caminos tenebrosos del pecado, había experimentado la necesidad en sus Confesiones de testimoniar la libertad y la alegría de la salvación. Quien ha experimentado el amor misericordioso de Dios se convierte en su testigo ardiente, sobre todo para quienes están todavía atrapados en las redes del pecado. Pensemos en la figura de Pablo, que, fulgurado por Cristo en el camino de Damasco, se convierte en incansable peregrino de la gracia divina. Por último, el

orante mira a su pasado oscuro y grita a Dios: Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío. La sangre a la que se refiere es interpretada de diferentes maneras en la Escritura. La alusión, puesta en labios del rey David, hace referencia al asesinato de Urías, el marido de Betsabé, la mujer que se había convertido en la pasión del soberano. En sentido más genérico, la invocación indica el deseo de purificación del mal, de la violencia, del odio siempre presentes en el corazón humano con fuerza tenebrosa y maléfica. Ahora, sin embargo, los labios del fiel, purificados por el pecado, cantan al Señor. El pasaje del Salmo 50, que hemos comentado, termina precisamente con el compromiso de proclamar la justicia de Dios. El término justicia que, como sucede con frecuencia en el lenguaje bíblico, no designa propiamente la acción de castigo de Dios ante el mal, sino que indica más bien la rehabilitación del pecador, pues Dios manifiesta su justicia haciendo justos a los pecadores. Dios no busca la muerte del malvado, sino que desista de su conducta y viva.

Es la cuarta vez que escuchamos, durante nuestras reflexiones sobre la Liturgia de los Laudes, la proclamación del Salmo 50, el famoso Miserere. De hecho, es presentado todos los viernes de cada semana para que se convierta en un oasis de meditación en cual descubrir el mal que se anida en la conciencia e invocar del Señor purificación y perdón. Como confiesa el Salmista en otra súplica, no es justo ante ti ningún viviente, Señor. En el libro de Job se puede leer: ¿Cómo un hombre será justo ante Dios? ¿cómo puro el nacido de mujer? Si ni la luna misma tiene brillo, ni las estrellas son puras a sus ojos, ¡cuánto menos un hombre, esa gusanera, un hijo de hombre, ese gusano!. Frases fuertes y dramáticas que quieren mostrar con toda seriedad el límite y la fragilidad de la criatura humana, su capacidad perversa para sembrar el mal y la violencia, la impureza y la mentira. Sin embargo, el mensaje de esperanza del Miserere, que el Salterio pone en labios de David, pecador convertido, es éste: Dios borra, lava, limpia la culpa confesada con corazón contrito. Con la voz de Isaías, el Señor dice: Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán. Y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán. En esta ocasión, nos detendremos brevemente en el final del Salmo 50, lleno de esperanza pues el orante es consciente de haber sido perdonado por Dios. Su boca está a punto de proclamar al mundo la alabanza del Señor, atestiguando de este modo la alegría que experimenta el alma purificada del mal y, por ello, liberada del remordimiento. El orante testimonia de manera clara otra convicción, relacionada con la enseñanza reiterada por los profetas: el sacrificio más grato que se eleva hasta el Señor como delicado

perfume no es el holocausto de toros o de corderos, sino más bien el corazón quebrantado y humillado. La Imitación de Cristo, texto sumamente querido por la tradición espiritual cristiana, repite la misma admonición del Salmista: La contrición de los pecados es para ti sacrificio grato, un perfume mucho más delicado que el perfume del incienso. . . En ella se purifica y se lava toda iniquidad. El Salmo concluye de manera inesperada con una perspectiva totalmente diferente, que parece incluso contradictoria. De la última súplica de un pecador se pasa a una oración en la que se pide la reconstrucción de toda la ciudad de Jerusalén, transportándonos de la época de David a la de la destrucción de la ciudad, siglos después. Por otra parte, tras haber expresado en el versículo 18 el rechazo divino de las inmolaciones de los animales, el Salmo anuncia en el versículo 21 que a Dios le agradarán estas mismas inmolaciones. Está claro que este pasaje final es un añadido posterior de tiempos del exilio, que en cierto sentido quiere corregir o al menos completar la perspectiva del Salmo de David. Lo hace en dos aspectos: por una parte, no quiere que el Salmo se reduzca a una oración individual; era necesario pensar también en la situación penosa de toda la ciudad. Por otra parte, quiere redimensionar el rechazo divino de los sacrificios rituales; este rechazo no podía ser completo ni definitivo pues se trataba de un culto prescrito por el mismo Dios en la Torá. Quien completó el Salmo tuvo una válida intuición: comprendió la necesidad en que se encuentran los pecadores, la necesidad de la mediación de un sacrificio. Los pecadores no son capaces de purificarse por sí mismos; no son suficientes los buenos sentimientos. Se necesita una mediación exterior eficaz. El Nuevo Testamento revelará en sentido pleno esta intuición, mostrando que, con la entrega de su vida, Cristo ha realizado una mediación de sacrificio perfecto. En sus Homilías sobre Ezequiel, san Gregorio Magno comprendió bien la diferencia de perspectiva que se da entre los versículos 19 y 21 del Miserere. Propone una interpretación que podemos hacer nuestra, concluyendo así nuestra reflexión. San Gregorio aplica el versículo 19, que habla de espíritu contrito, a la existencia terrena de la Iglesia, mientras que refiere el versículo 21, que habla de Holocausto, a la Iglesia en el cielo. Estas son las palabras de aquel gran pontífice: La santa Iglesia tiene dos vidas: una en el tiempo y otra en la eternidad; una de fatiga en la tierra, otra de recompensa en el cielo; una en la que se gana los méritos, otra en la que goza de los méritos ganados. Tanto en una como en la otra vida ofrece el sacrificio: aquí el sacrificio de la compunción y allá arriba el sacrificio de alabanza. Sobre el primer sacrificio se ha dicho: Mi sacrificio a Dios es un

espíritu quebrantado; sobre el segundo está escrito: entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos... En ambos casos se ofrece la carne, pues aquí la oblación de la carne es la mortificación del cuerpo, mientras que allá arriba la oblación de la carne es la gloria de la resurrección en la alabanza a Dios. Allá arriba se ofrecerá la carne como holocausto, cuando transformada en la incorruptibilidad eterna, ya no se dé ningún conflicto ni haya nada mortal, pues perdurará totalmente encendida de amor por Él, en la alabanza sin fin.

Salmo 61

En Dios sólo descansa el alma mía, de él espero mi salvación. Sólo él es mi roca y mi salvador, si es mi fortaleza, no he de vacilar. ¿Hasta cuándo se lanzan todos contra uno, para juntos demolerlo como se echa abajo un muro, como se derriba una cerca?. Todos sus proyectos son sólo engaños, su placer es mentir; con lo falso en la boca ellos bendicen, y en su interior maldicen. Sólo en Dios tendrás tu descanso, alma mía, pues de él me viene mi esperanza. Sólo él es mi roca y mi salvador, si es mi fortaleza, no he de vacilar. En Dios están mi salvación y mi gloria, él es mi roca y mi fuerza, en él me abrigo. Pueblo mío, confíen siempre en él, abran su corazón delante de él, Dios es nuestro refugio. El vulgo no es más que una pelusa, y de los de arriba no se puede fiar. Si en la balanza se pusieran todos, ni un soplo pesarían. No vayan a contar con la violencia ni se hagan ilusiones con la rapiña; el corazón no apeguen a las riquezas cuando se acrecientan. Una vez Dios habló, dos cosas yo entendí: Que de Dios es la fuerza, y tuya es, oh Señor, también la gracia. Que eres tú quien retribuye a cada cual según sus obras.

Acaban de resonar las dulces palabras del Salmo 61, un canto de confianza, que comienza con una especie de antifona, repetida en la mitad del texto. Es como una jaculatoria fuerte y serena, una invocación que es también un programa de vida: Sólo en Dios descansa mi alma, porque de Él viene mi salvación; sólo Él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. El Salmo, sin embargo, más adelante pone en contraposición dos formas de confianza. Son dos opciones fundamentales, una buena y otra perversa, que comportan dos conductas morales diferentes. Ante todo, está la confianza en Dios, exaltada en la invocación inicial, donde aparece un símbolo de estabilidad y seguridad, la roca, es decir, una fortaleza y un baluarte de protección. El Salmista confirma: De Dios viene mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, Dios es mi refugio. Lo dice tras haber evocado las confabulaciones de sus enemigos que sólo piensan en derribarme de mi altura. Pero está también la

confianza de carácter idólatra, ante la que el orante fija con insistencia su atención crítica. Es una confianza que lleva a buscar la seguridad y la estabilidad en la violencia, en el robo y en la riqueza. Entonces, se hace un llamamiento sumamente claro: No confiéis en la opresión, no pongáis ilusiones en el robo; y aunque crezcan vuestras riquezas, no les deis el corazón. Evoca tres ídolos, proscritos como contrarios a la dignidad del hombre y a la convivencia social. El primer falso dios es la violencia a la que la humanidad sigue recurriendo por desgracia también en nuestros días ensangrentados. A este ídolo le acompaña un inmenso cortejo de guerras, opresiones, prevaricaciones, torturas y asesinatos execrables, cometidos sin remordimiento. El segundo falso dios es el robo, que se manifiesta en la extorsión, en la injusticia social, en la usura, en la corrupción política y económica. Demasiada gente cultiva la ilusión de satisfacer de este modo su propia codicia. Por último, la riqueza es el tercer ídolo al que se apega el corazón del hombre con la esperanza engañosa de poderse salvar de la muerte y asegurarse el prestigio y el poder. Al servir a esta tríada diabólica, el hombre olvida que los ídolos no tienen consistencia, es más, son dañinos. Al confiar en las cosas y en sí mismo, olvida que es un soplo, apariencia, es más, si se pesa en la balanza, sería más leve que un soplo. Si fuéramos más conscientes de nuestra caducidad y de nuestros límites como criaturas, no escogeríamos el camino de la confianza en los ídolos, ni organizaríamos nuestra vida según una jerarquía de pseudo-valores frágiles e inconsistentes. Optaríamos más bien por la otra confianza, la que se centra en el Señor, manantial de eternidad y de paz. Sólo Él tiene el poder; sólo Él es manantial de gracia; sólo Él es plenamente justo, pues paga a cada uno según sus obras. El Concilio Vaticano II dirigió a los sacerdotes la invitación del Salmo 61 a no apegar el corazón a la riqueza. El decreto sobre el ministerio y la vida sacerdotal exhorta: han de evitar siempre toda clase de ambición y abstenerse cuidadosamente de toda especie de comercio. Ahora bien, este llamamiento a rechazar la confianza perversa y a escoger la que nos lleva a Dios es válido para todos y debe convertirse en nuestra estrella polar en el comportamiento cotidiano, en las decisiones morales, en el estilo de vida. Es verdad, es un camino arduo, que comporta incluso pruebas para el justo y opciones valientes, pero siempre caracterizadas por la confianza en Dios. Desde este punto de vista, los Padres de la Iglesia vieron en el orante del Salmo 61 una premonición de Cristo y pusieron en sus labios la invocación inicial de total confianza y adhesión a Dios. En este sentido, en el Comentario al Salmo 61, san Ambrosio argumenta: Nuestro Señor Jesús,

al asumir la carne del hombre para purificarla con su persona, ¿no debería haber cancelado inmediatamente la influencia maléfica del antiguo pecado? Por la desobediencia, es decir, violando los mandamientos divinos, la culpa se había introducido, arrastrándose. Ante todo, por tanto, tuvo que restablecer la obediencia para bloquear el foco del pecado. . . Asumió con su persona la obediencia para transmitírnosla.

Salmo 62

Oh Dios, tú eres mi Dios, a ti te busco, mi alma tiene sed de ti; en pos de ti mi carne languidece cual tierra seca, sedienta, sin agua. Por eso vine a verte en el santuario para admirar tu gloria y tu poder. Pues tu amor es mejor que la vida, mis labios tu gloria cantarán. Quiero bendecirte mientras viva y las manos en alto invocar tu Nombre. Mi alma está repleta, pingüe y blanda, y te alaba mi boca con labios jubilosos. Cuando estoy en mi cama pienso en ti, y durante la noche en ti medito, pues tú fuiste un refugio para mí y salto de gozo a la sombra de tus alas. Mi alma se estrecha a ti con fuerte abrazo y tu diestra me toma de la mano. Los que en vano quieren perderme irán a parar debajo de tierra. Serán muertos al filo de la espada, servirán de festín a los chacales. El rey se sentirá feliz en Dios, y cuantos juran por él se gloriarán: "Por fin se acalló a los mentirosos".

El alma sedienta de Dios. El salmo 62, sobre el que reflexionaremos hoy, es el salmo del amor místico, que celebra la adhesión total a Dios, partiendo de un anhelo casi físico y llegando a su plenitud en un abrazo íntimo y perenne. La oración se hace deseo, sed y hambre, porque implica el alma y el cuerpo. Como escribe santa Teresa de Ávila, "sed me parece a mí quiere decir deseo de una cosa que nos hace tan gran falta que, si nos falta, nos mata". La liturgia nos propone las primeras dos estrofas del salmo, centradas precisamente en los símbolos de la sed y del hambre, mientras la tercera estrofa nos presenta un horizonte oscuro, el del juicio divino sobre el mal, en contraste con la luminosidad y la dulzura del resto del salmo. Así pues, comenzamos nuestra meditación con el primer canto, el de la sed de Dios. Es el alba, el sol está surgiendo en el cielo terso de la Tierra Santa y el orante comienza su jornada dirigiéndose al templo para buscar la luz de Dios. Tiene necesidad de ese encuentro con el Señor de modo casi instintivo, se podría decir "físico". De la misma manera que la tierra árida está muerta, hasta que la riega la lluvia, y a causa de sus grietas parece una boca sedienta y seca, así el fiel anhela a Dios para ser saciado por él y

para poder estar en comunión con él. Ya el profeta Jeremías había proclamado: el Señor es "manantial de aguas vivas", y había reprendido al pueblo por haber construido "cisternas agrietadas, que no retienen el agua". Jesús mismo exclamará en voz alta: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba, el que crea en mí". En pleno mediodía de una jornada soleada y silenciosa, promete a la samaritana: "El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna". Con respecto a este tema, la oración del salmo 62 se entrelaza con el canto de otro estupendo salmo, el 41: "Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo". Ahora bien, en hebreo, la lengua del Antiguo Testamento, "el alma" se expresa con el término nefesh, que en algunos textos designa la "garganta" y en muchos otros se extiende para indicar todo el ser de la persona. El vocablo, entendido en estas dimensiones, ayuda a comprender cuán esencial y profunda es la necesidad de Dios: sin él falta la respiración e incluso la vida. Por eso, el salmista llega a poner en segundo plano la misma existencia física, cuando no hay unión con Dios: "Tu gracia vale más que la vida". También en el salmo 72 el salmista repite al Señor: "Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen: ¡Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre! (. . .) Para mí, mi bien es estar junto a Dios". Después del canto de la sed, las palabras del salmista modulan el canto del hambre. Probablemente, con las imágenes del "gran banquete" y de la saciedad, el orante remite a uno de los sacrificios que se celebraban en el templo de Sión: el llamado "de comunión", o sea, un banquete sagrado en el que los fieles comían la carne de las víctimas inmoladas. Otra necesidad fundamental de la vida se usa aquí como símbolo de la comunión con Dios: el hambre se sacia cuando se escucha la palabra divina y se encuentra al Señor. En efecto, "no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor". Aquí el cristiano piensa en el banquete que Cristo preparó la última noche de su vida terrena y cuyo valor profundo ya había explicado en el discurso de Cafarnaúm: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él". A través del alimento místico de la comunión con Dios "el alma se une a él", como dice el salmista. Una vez más, la palabra "alma" evoca a todo el ser humano. No por nada se habla de un abrazo, de una unión casi física: Dios y el hombre están ya en plena comunión, y en los labios de la criatura no puede menos de brotar la alabanza gozosa y agradecida. Incluso cuan-

do atravesamos una noche oscura, nos sentimos protegidos por las alas de Dios, como el arca de la alianza estaba cubierta por las alas de los querubines. Y entonces florece la expresión estática de la alegría: "A la sombra de tus alas canto con júbilo". El miedo desaparece, el abrazo no encuentra el vacío sino a Dios mismo; nuestra mano se estrecha con la fuerza de su diestra. En una lectura de ese salmo a la luz del misterio pascual, la sed y el hambre que nos impulsan hacia Dios, se sacian en Cristo crucificado y resucitado, del que nos viene, por el don del Espíritu y de los sacramentos, la vida nueva y el alimento que la sostiene. Nos lo recuerda san Juan Crisóstomo, que, comentando las palabras de san Juan: de su costado "salió sangre y agua", afirma: "Esa sangre y esa agua son símbolos del bautismo y de los misterios", es decir, de la Eucaristía. Y concluye: "¿Veis cómo Cristo se unió a su esposa? ¿Veis con qué nos alimenta a todos? Con ese mismo alimento hemos sido formados y crecemos. En efecto, como la mujer alimenta al hijo que ha engendrado con su propia sangre y leche, así también Cristo alimenta continuamente con su sangre a aquel que él mismo ha engendrado".

Salmo 64

En Sión, oh Dios, conviene alabarte y en Jerusalén cumplir nuestras promesas, pues tú has oído la súplica. Todo mortal viene a ti con sus culpas a cuesta; nuestros pecados nos abruman pero tú los perdonas. Feliz tu invitado, tu elegido para hospedarse en tus atrios. Sácianos con los bienes de tu casa, con las cosas sagradas de tu Templo. Tú nos responderás, como es debido, con maravillas, Dios Salvador nuestro, esperanza de las tierras lejanas y de las islas de ultramar, tú que fijas los montes con tu fuerza y que te revistes de poder. Tú calmas el bramido de los mares y el fragor de sus olas; tú calmas el tumulto de los pueblos. Tus prodigios espantan a los pueblos lejanos, pero alegran las puertas por donde el sol nace y se pone. Tú visitas la tierra y le das agua, tú haces que dé sus riquezas. Los arroyos de Dios rebosan de agua para preparar el trigo de los hombres. Preparas la tierra, regando sus surcos, rompiendo sus terrones, las lluvias la ablandan, y bendices sus siembras. Coronas el año de tus bondades, por tus senderos corre la abundancia; las praderas del desierto reverdecen, las colinas se revisten de alegría; sus praderas se visten de rebaños y los valles se cubren de trigales, jellos aclaman, o mejor ellos cantan!

Nuestro viaje por los Salmos de la Liturgia de las Horas nos lleva hoy a meditar en un himno que nos conquista sobre todo por el fascinante paisaje primaveral de su última parte, una escena llena de frescura y

colores, compuesta por voces de alegría. En realidad, el Salmo 64 tiene una estructura más amplia, cruce de dos tonos diferentes: emerge, ante todo, el histórico tema del perdón de los pecados y de la acogida por Dios; después hace referencia al tema cósmico de la acción de Dios con los mares y los montes; desarrolla al final la descripción de la primavera: en el desolado y árido panorama de Oriente Próximo, la lluvia fecunda es la expresión de la fidelidad del Señor a la creación. Para la Biblia la creación es la sede de la humanidad y el pecado es un atentado contra el orden y la perfección del mundo. La conversión y el perdón vuelven a dar, por tanto, integridad y armonía al cosmos. En la primera parte del Salmo, nos encontramos dentro del templo de Sión. Allí llega el pueblo con sus miserias morales para invocar la liberación del mal. Una vez obtenida la absolución de las culpas, los fieles se sienten huéspedes de Dios, cercanos a él, dispuestos a ser admitidos a su mesa y a participar en la fiesta de la intimidad divina. El Señor, que se ensalza en el templo, es representado después con un perfil glorioso y cósmico. Se dice, de hecho, que es la esperanza del confín de la tierra y del océano remoto; afianza los montes con su fuerza. . . reprime el estruendo del mar, el estruendo de las olas y el tumulto. . . Los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante sus signos, desde oriente hasta occidente. En esta celebración de Dios Creador, encontramos un acontecimiento que querría subrayar: el Señor logra dominar y acallar incluso el tumulto de las aguas del mar, que en la Biblia son símbolo del caos, en oposición al orden de la creación. Es una manera de exaltar la victoria divina no sólo sobre la nada, sino incluso sobre el mal: por este motivo, el estruendo del mar y el estruendo de las olas es asociado al tumulto de los pueblos, es decir, la rebelión de los soberbios. San Agustín lo comenta de manera eficaz: El mar es imagen del mundo presente: amargo a causa de la sal, turbado por tempestades, donde los hombres, con sus ambiciones perversas y desordenadas, parecen peces que se devoran unos a otros. ¡Mirad este mar proceloso, este mar amargo, cruel con sus olas! No nos comportemos así, hermanos, pues el Señor es la "esperanza del confín de la tierra". La conclusión que nos sugiere el Salmo es sencilla: ese Dios, que acaba con el caos y el mal del mundo y de la historia, puede vencer y perdonar la malicia y el pecado que el orante lleva en su interior y que presenta en el templo con la certeza de la purificación divina. En este momento, irrumpen en la escena otro tipo de aguas: las de la vida y las de la fecundidad, que en primavera irrigan la tierra y que representan la nueva vida del fiel perdonado. Los versículos finales del Salmo, como decía, son de extraordinaria belleza y signi-

ficado. Dios quita la sed a la tierra agrietada por la aridez y el hielo invernal, con la lluvia. El Señor es como un agricultor, que hace crecer el trigo y las plantas con su trabajo. Prepara el terreno, riega los surcos, iguala los terrones, rocía todas las partes de su campo. El salmista utiliza diez verbos para describir esta amorosa obra del Creador con la tierra, que se transforma en una especie de criatura viviente. De hecho, todo aclama y canta de alegría. En este sentido, son también sugerentes los tres verbos ligados al símbolo de las vestiduras: las colinas se orlan de alegría; las praderas se cubren de rebaños, y los valles se visten de mieses. Es la imagen de un prado salpicado por el candor de las ovejas; las colinas se ciñen con el cinturón de las viñas, signo de la exultación de su producto, el vino, que alegra el corazón del hombre; los valles se visten con la capa dorada de las mieses. El versículo 12 evoca también la corona, que podría hacer pensar en las guirnaldas de los banquetes festivos, colocadas sobre la cabeza de los invitados. Todas las criaturas juntas, como en procesión, se dirigen hacia su Creador y Soberano, danzando y cantando, alabando y rezando. Una vez más la naturaleza se convierte en un signo elocuente de la acción divina; es una página abierta a todos, dispuesta a manifestar el mensaje trazado en ella por el Creador, pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor. Contemplación teológica y abandono poético se funden en este pasaje poético, convirtiéndose en adoración y alabanza. Pero el encuentro más intenso, hacia el que tiende el Salmista con todo su cántico, es el que une creación y redención. Como la tierra resurge en primavera por la acción del Creador, así el hombre resurge de su pecado por la acción del Redentor. Creación e historia están, de este modo, bajo la mirada providente y salvadora del Señor, que vence a las aguas tumultuosas y destructoras y da el agua que purifica, fecunda y quita la sed. El Señor, de hecho, sana a los de roto corazón, y venda sus heridas, pero también cubre de nubes los cielos, prepara lluvia a la tierra prepara, hace germinar en los montes la hierba. El Salmo se convierte así en un canto a la gracia divina. San Agustín vuelve a recordar, al comentar nuestro salmo, este don trascendente y único: El Señor Dios te dice al corazón: yo soy tu riqueza. No hagas caso a lo que promete el mundo, sino a lo que promete el Creador del mundo! Presta atención a lo que Dios promete, si observas la justicia; y desprecia lo que te promete el hombre para alejarte de la justicia. ¡No hagas caso, por tanto, a lo que te promete el mundo! Considera más bien aquello que promete el Creador del mundo.

Salmo 66

¡Que Dios tenga piedad y nos bendiga, nos ponga bajo la luz de su rostro!. Para que conozcan en la tierra tu camino, tu salvación en todas las naciones. Que los pueblos te den gracias, oh Dios, que todos los pueblos te den gracias. Que los poblados se alegren y te canten. Pues tú juzgas los pueblos con justicia, tú riges a los pueblos de la tierra. Que los pueblos te den gracias, oh Dios, que todos los pueblos te den gracias. Ha entregado la tierra su cosecha, Dios, nuestro Dios, nos dio su bendición; que nos bendiga Dios, y sea temido hasta los confines de la tierra.

Acaba de resonar la voz del antiguo salmista que elevó al Señor un gozoso canto de acción de gracias. Es un texto breve y esencial, pero que abarca un inmenso horizonte hasta alcanzar a todos los pueblos de la tierra. Esta apertura universal refleja probablemente el espíritu profético de la época sucesiva al exilio en Babilonia, cuando se auspiciaba el que incluso los extranjeros fueran guiados por Dios a su monte santo para ser colmados de alegría. Sus sacrificios y holocaustos habrían sido gratos, pues el templo del Señor se convertiría en casa de oración para todos los pueblos. También en nuestro Salmo, el 66, el coro universal de las naciones es invitado a asociarse a la alabanza que Israel eleva en el templo de Sión. En dos ocasiones, de hecho, se pronuncia la antífona: Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Incluso los que no pertenecen a la comunidad escogida por Dios reciben de Él una vocación: están llamados a conocer el camino revelado a Israel. El camino es el plan divino de salvación, el reino de luz y de paz, en cuya actuación quedan asociados también los paganos, a quienes se les invita a escuchar la voz de Yahvé. El resultado de esta escucha obediente es el temor del Señor hasta los confines del orbe, expresión que no evoca el miedo sino más bien el respeto adorante del misterio trascendente y glorioso de Dios. Al inicio y en la conclusión del Salmo, se expresa un insistente deseo de bendición divina: El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros. . . Nos bendice el Señor, nuestro Dios. Que Dios nos bendiga. Es fácil escuchar en estas palabras el eco de la famosa bendición sacerdotal enseñada, en nombre de Dios, por Moisés y Aarón a los descendientes de la tribu sacerdotal: Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz. Pues bien, según el Salmista, esta bendición sobre Israel será como una semilla de gracia y de salvación que será enterrada en el mundo entero y en la historia, dispuesta a germinar y a

convertirse en un árbol frondoso. El pensamiento recuerda también la promesa hecha por el Señor a Abraham en el día de su elección: De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. . . Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra. En la tradición bíblica, uno de los efectos de la bendición divina es el don de la vida, de la fecundidad y de la fertilidad. Nuestro Salmo hace referencia explícitamente a esta realidad concreta, preciosa para la existencia: La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios. Esta constatación ha llevado a los expertos a poner en relación el Salmo con el rito de acción de gracias por una abundante cosecha, signo del favor divino y testimonio para los demás pueblos de la cercanía del Señor a Israel. La misma frase llamó la atención de los Padres de la Iglesia, que del horizonte agrícola pasaron a un nivel simbólico. De este modo, Orígenes aplicó el versículo a la Virgen María y a la Eucaristía, es decir, a Cristo que proviene de la flor de la Virgen y se convierte en fruto que puede ser comido. Desde este punto de vista, la tierra es santa María, que procede de nuestra tierra, de nuestra semilla, de este fango, de este barro, de Adán. Esta tierra ha dado su fruto: lo que perdió en el paraíso, lo ha vuelto a encontrar en el Hijo. La tierra ha dado su fruto: primero produjo una flor. . . , después esta flor se convirtió en fruto para que pudiéramos comerlo, para que comiéramos su carne. ¿Queréis saber qué es este fruto? Es el Virgen de la Virgen, el Señor de la esclava, Dios del hombre, el Hijo de la Madre, el fruto de la tierra. Concluimos con las palabras de san Agustín en su comentario al Salmo. Identifica el fruto germinado en la tierra con la novedad provocada en los hombres gracias a la venida de Cristo, una novedad de conversión y un fruto de alabanza a Dios. De hecho, la tierra estaba llena de espinas, explica. Pero se acercó la mano de aquel que quita las raíces, se acercó la voz de su majestad y de su misericordia; y la tierra comenzó a cantar alabanzas. Ahora la tierra ya sólo da frutos. Ciertamente no daría su fruto, si antes no hubiera sido regada por la lluvia, si no hubiera venido antes de lo alto la misericordia de Dios. Pero ahora asistimos a un fruto maduro en la Iglesia gracias a la predicación de los Apóstoles: Enviando la lluvia a través de sus nubes, es decir, a través de los apóstoles que han anunciado la verdad, la tierra ha dado su fruto más copiosamente, y esta mies ha llenado ya al mundo entero. La tierra ha dado su fruto, exclama el Salmo que acabamos de proclamar, el 66, uno de los textos introducidos en la Liturgia de las Vísperas. La frase nos hace pensar en un himno de acción de gracias dirigido al Creador por los dones de la tierra, signo de la bendición divina. Pero este elemento natural está ínti-

mamente ligado al histórico: los frutos de la naturaleza son considerados como una ocasión para pedir repetidamente que Dios bendiga a su pueblo, de modo que todas las naciones de la tierra se vuelvan a Israel, tratando de llegar a través de él al Dios salvador. La composición ofrece, por tanto, una perspectiva universal y misionera, tras las huellas de la promesa divina hecha a Abraham Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra. La bendición divina pedida por Israel se manifiesta concretamente en la fertilidad de los campos y en la fecundidad, es decir, en el don de la vida. Por ello, el Salmo se abre con un versículo, que hace referencia a la famosa bendición sacerdotal del Libro de los Números: El Señor te bendiga y te guarde; ilumine el Señor su rostro sobre ti y te sea propicio; el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz. El eco del tema de la bendición resuena al final del Salmo, donde reaparecen los frutos de la tierra. Ahí aparece este tema universal que confiere a la espiritualidad de todo el himno una sorprendente amplitud de horizontes. Es una apertura que refleja la sensibilidad de un Israel que ya está dispuesto a confrontarse con todos los pueblos de la tierra. La composición del Salmo debe enmarcarse, quizá, tras la experiencia del exilio de Babilonia, cuando el pueblo comenzó a experimentar la Diáspora entre las naciones extranjeras y en nuevas regiones. Gracias a la bendición implorada por Israel, toda la humanidad podrá experimentar la vida y la salvación del Señor, es decir, su proyecto salvífico. A todas las culturas y a todas las sociedades se les revela que Dios juzga y gobierna a los pueblos y a las naciones de todas las partes de la tierra, guiando a cada uno hacia horizontes de justicia y paz. Es el gran ideal hacia el que estamos orientados, es el anuncio más apremiante que surge del Salmo 66 y de muchas páginas proféticas. Esta será también la proclamación cristiana que delinearán san Pablo al recordar que la salvación de todos los pueblos es el centro del misterio, es decir, del designio salvífico divino: los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio. Ahora Israel puede pedir a Dios que todas las naciones participen en su alabanza; será un coro universal: Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben, se repite en el Salmo. El auspicio del Salmo precede al acontecimiento descrito por la Carta a los Efesios, cuando parece hacer alusión al muro que en el templo de Jerusalén separaba a los judíos de los paganos: En Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemis-

tad. . . Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios. Hay aquí un mensaje para nosotros: tenemos que abatir los muros de las divisiones, de la hostilidad y del odio, para que la familia de los hijos de Dios se vuelva a encontrar en armonía en la única mesa, para bendecir y alabar al Creador para los dones que él imparte a todos, sin distinción. La tradición cristiana ha interpretado el Salmo 66 en clave cristológica y mariológica. Para los Padres de la Iglesia, la tierra que ha dado su fruto es la virgen María que da a luz a Jesucristo. De este modo, por ejemplo, san Gregorio Magno, en el Comentario al primer Libro de los Reyes, glosa este versículo, comparándolo a otros muchos pasajes de la Escritura: María es llamada y con razón "monte rico de frutos", pues de ella ha nacido un óptimo fruto, es decir, un hombre nuevo. Y al ver su belleza, adornada en la gloria de su fecundidad, el profeta exclama: "Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará". David, al exultar por el fruto de este monte, dice a Dios: "Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. La tierra ha dado su fruto". Sí, la tierra ha dado su fruto, porque aquel a quien engendró la Virgen no fue concebido por obra de hombre, sino porque el Espíritu Santo extendió sobre ella su sombra. Por este motivo, el Señor dice al rey y profeta David: "El fruto de tu seno asentará en tu trono". De este modo, Isaías afirma: "el germen del Señor será magnífico". De hecho, aquel a quien la Virgen engendró no sólo ha sido un "hombre santo", sino también "Dios poderoso".

Salmo 71

Oh Dios, comunica al rey tu juicio, y tu justicia a ese hijo de rey, para que juzgue a tu pueblo con justicia y a tus pobres en los juicios que reclaman. Que montes y colinas traigan al pueblo la paz y la justicia. Juzgará con justicia al bajo pueblo, salvará a los hijos de los pobres, pues al opresor aplastará. Durará tanto tiempo como el sol, como la luna a lo largo de los siglos. Bajaré como la lluvia sobre el césped, como el chubasco que moja la tierra. Florecerá en sus días la justicia, y una gran paz hasta el fin de las lunas. Pues domina del uno al otro Mar, del Río hasta el confín de las tierras. Ante él se arrodillará su adversario, y el polvo morderán sus enemigos. Los reyes de Tarsis y de las islas le pagarán tributo; los reyes de Arabia y de Etiopía le harán llegar sus cuotas. Ante él se postrarán todos los reyes, y le servirán todas las naciones. Pues libraré al mendigo que le clama, al pequeño, que de nadie tiene apoyo; él se apiada del débil y del pobre, él salvará la vida de los

pobres; de la opresión violenta rescata su vida, y su sangre que es preciosa ante sus ojos. Que él viva, que le den oro de Arabia, y que sin tregua rueguen por él; lo bendecirán el día entero. ¡Abundancia de trigo habrá en la tierra, que cubrirá la cima de los montes; que abunde en fruto como el Líbano, se multiplicarán como hierba de la tierra!. Que su nombre permanezca para siempre, y perdure por siempre bajo el sol. En él serán benditas todas las razas de la tierra, le desearán felicidad todas las naciones. Bendito sea el Señor, Dios de Israel, pues sólo él hace maravillas. Bendito sea por siempre su nombre de gloria, que su gloria llene la tierra entera. ¡Amén, amén!. Aquí terminan las plegarias de David, hijo de Jesé.

La Liturgia de las Vísperas, que estamos siguiendo a través de la serie de sus salmos, nos propone en dos etapas distintas el Salmo 71, un himno real-mesiánico. Después de haber meditado en la primera parte, se nos presenta ahora el segundo movimiento poético y espiritual de este canto dedicado a la figura gloriosa del rey Mesías. Ante todo hay que subrayar que el final de los últimos dos versículos es en realidad un añadido litúrgico sucesivo al Salmo. Se trata, de hecho de una breve, aunque intensa bendición que tenía que sellar el segundo de los cinco libros en los que la tradición judía había dividido la colección de los 150 salmos: este segundo libro comenzaba con el Salmo 41, el de la cierva sedienta, símbolo luminoso de la sed espiritual de Dios. Ahora, este canto de esperanza en una era de paz y justicia concluye esa secuencia de salmos y las palabras de la bendición final son una exaltación de la presencia eficaz del Señor ya sea en la historia de la humanidad, donde hace maravillas, ya sea en el universo creado, lleno de su gloria. Como ya sucedía en la primera parte del Salmo, el elemento decisivo para reconocer la figura del rey mesiánico es sobre todo la justicia y su amor por los pobres. Éstos sólo le tienen a Él como punto de referencia y manantial de esperanza, pues es el representante visible de su único defensor y patrono, Dios. La historia del Antiguo Testamento enseña que los soberanos de Israel, en realidad, desmintieron con demasiada frecuencia este compromiso suyo, prevaricando con los débiles, con los indigentes y los pobres. Por este motivo, ahora la mirada del salmista se dirige hacia un rey justo, perfecto, encarnado por el Mesías, el único soberano dispuesto a rescatar a los oprimidos de la violencia. El verbo hebreo utilizado es el jurídico del protector de los últimos y de las víctimas, aplicado también a Israel, rescatado de la esclavitud cuando estaba oprimido por la potencia del faraón. El Señor es el rescatador-redentor primario que actúa visiblemente a través del rey-Mesías, de-

fendiendo la vida y la sangre de los pobres, sus protegidos. La vida y la sangre son la realidad fundamental de la persona, son la representación de los derechos y de la dignidad de cada uno de los seres humanos, derechos con frecuencia violados por los potentes y por los prepotentes de este mundo. El Salmo 71 concluye, en su redacción original, antes de la antifona final mencionada, con una aclamación en honor del rey-Mesías. Es como una trompeta que acompaña un coro de auspicios y buenos deseos dirigidos al soberano, a su vida, a su bienestar, a su bendición, a la permanencia de su recuerdo en los siglos. Son elementos que pertenecen al estilo de formas de una corte, con su énfasis propio. Pero estas palabras alcanzan su verdad en la acción del rey perfecto, esperado y deseado, el Mesías. Según una característica de los cánticos mesiánicos, toda la naturaleza queda involucrada en una transformación que ante todo es social: el trigo de la mies será tan abundante que se convertirá como en un mar de espigas cuyas olas llegan hasta las cumbres de los montes. Es el signo de la bendición divina que se difunde en plenitud sobre una tierra pacificada y serena. Es más, toda la humanidad, dejando caer y cancelando toda división, convergirá hacia este soberano de justicia, realizando de este modo la gran promesa hecha por el Señor a Abraham: que lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra. En el rostro de este rey-Mesías la tradición cristiana ha intuido el retrato de Jesucristo. En su Comentario al Salmo 71, san Agustín hace una lectura en clave cristológica en la que explica que los indigentes y los pobres a los que Cristo sale en su ayuda son el pueblo de los creyentes en Él. Es más, recordando los reyes mencionados precedentemente por el Salmo, aclara que en este pueblo se incluyen también los reyes que lo adoran. No han desdeñado hacerse indigentes y pobres, es decir, confesar humildemente sus pecados y reconocerse necesitados de la gloria y de la gracia de Dios para que ese rey, hijo del rey, les liberase del potente, es decir, de Satanás, el calumniador, el fuerte. Pero nuestro Salvador humilló al calumniador, y entró en la casa del fuerte, llevándose sus riquezas después de haberle encadenado; él "ha liberado al indigente del potente, y al pobre que no tenía a nadie para ayudarlo". Ninguna potencia creada hubiera podido hacer esto, ni la de cualquier hombre justo, ni siquiera la de un ángel. No había nadie que fuera capaz de salvarnos; por eso vino Él, en persona, y nos salvó.

Salmo 76

En voz alta clamo a Dios, en voz alta para que me escuche. Busqué al Señor, en el momento de la prueba, de noche sin descanso, hacia él

tendí mi mano y mi alma se negó a ser consolada. No me acuerdo de Dios sin que no gima, si medito, una duda acosa mi espíritu. No me permite dormir, me perturbo y me faltan las palabras. Es que pienso en los días de otrora, en los tiempos antiguos. . . Y me acuerdo, y por la noche mi corazón se atormenta, medito y mi espíritu se interroga: ¿Nos rechazará Dios para siempre y no reabrirá el tiempo de sus favores?. ¿Ha clausurado su gracia para siempre, y encerrado su palabra para el futuro?. ¿Se ha olvidado Dios de su compasión o la cólera ha cerrado sus entrañas?. Y me dije: "Lo que me traspasa es que ha cambiado la diestra del Altísimo". Recuerdo las hazañas del Señor, recuerdo tus milagros de otros tiempos,. En tus obras medito, una a una, y pienso en tus hazañas. ¡Oh Dios, en tus obras todo es santo! ¿qué dios es tan grande como nuestro Dios?. Tú eres el Dios que hace maravillas, tú demuestras tu fuerza entre los pueblos. Por tu brazo, a tu pueblo rescataste, a los hijos de Jacob y de José. Oh Dios, las aguas te vieron, te vieron y se estremecieron, y hasta sus honduras enmudecieron. Las nubes descargaron aguaceros, las nubes hicieron oír su voz, mientras tus flechas se arremolinaban. Se oía de tu trueno el retumbar, tus relámpagos el mundo iluminaban, la tierra se asombraba y estremecía. Tu camino cruzaba por el mar, por aguas profundas corrían tus senderos, y nadie supo dar cuenta de tus huellas. Tú guiabas a tu pueblo, a tu rebaño, por la mano de Moisés y de Aarón.

Al poner en los Laudes de una mañana el Salmo 76 que acabamos de proclamar, la Liturgia quiere recordarnos que el inicio de la Jornada no siempre es luminoso. Así como surgen días tenebrosos, en los que el cielo se cubre de nubes y amenaza con la tempestad, así nuestra vida experimenta jornadas densas de lágrimas y miedo. Por eso, ya en la aurora, la oración se convierte en lamento, súplica, invocación de ayuda. Nuestro Salmo es precisamente una súplica que se eleva a Dios con insistencia, animada por la confianza, es más, por la certeza en la intervención divina. Para el Salmista, de hecho, el Señor no es un emperador impasible, alejado en sus cielos luminosos, indiferente a nuestras vicisitudes. De esta impresión, que en ocasiones nos atenaza el corazón, surgen interrogantes tan amargos que ponen en crisis la fe: ¿Ha desmentido Dios su amor y su elección? ¿Ha olvidado el pasado en el que nos apoyaba y hacía felices?. Como veremos, estas preguntas serán disipadas por una renovada confianza en Dios, redentor y salvador. Sigamos, entonces, el desarrollo de esta oración que comienza con un tono dramático, en la angustia, y que después poco a poco se abre a la serenidad y la esperanza. En primer lugar, ante nosotros, se

presenta la lamentación sobre el triste presente y sobre el silencio de Dios. Un grito de ayuda que es lanzado a un cielo aparentemente mudo, las manos se elevan en la súplica, el corazón desfallece por el desaliento. En el insomnio de la noche, entre lágrimas y oraciones, un canto vuelve al corazón, como un refrán desconsolado salta continuamente en lo profundo del alma. Cuando el dolor llega al colmo y se querría alejar el cáliz del sufrimiento, las palabras estallan y se convierten en una pregunta lacerante, como antes decía. Este grito interpela al misterio de Dios y de su silencio. El Salmista se pregunta por qué le rechaza el Señor, por qué ha cambiado su rostro y su actuar, olvidando el amor, la promesa de salvación y la ternura misericordiosa. La diestra del Altísimo, que había hecho los prodigios salvadores del Éxodo parece ahora paralizada. Es un auténtico tormento que pone en crisis la fe de quien reza. Si así fuera, Dios sería irreconocible, se convertiría en un ser cruel o en una presencia como la de los ídolos, que no pueden salvar pues son incapaces, indiferentes, impotentes. En estos versículos de la primera parte del Salmo 76 está todo el programa de la fe en el tiempo de la prueba y del silencio de Dios.

4. Pero hay motivos de esperanza. Es lo que emerge de la segunda parte de la súplica, parecida a un himno destinado confirmar valientemente la propia fe incluso en el día tenebroso del dolor. Es un canto a la salvación actuada en el pasado, que tuvo su epifanía de luz en la creación y en la liberación de la esclavitud de Egipto. El presente amargo se ilumina con la experiencia salvadora del pasado, que es una semilla colocada en la historia: no ha muerto, sólo ha sido enterrada, para germinar después. El Salmista recurre, por tanto, a un importante concepto bíblico, el del memorial que no es sólo una vaga memoria consoladora, sino certeza de una acción divina que no desfallecerá: Recuerdo las proezas del Señor; sí, recuerdo tus antiguos portentos. Profesar la fe en las obras del salvación del pasado lleva a la fe en lo que el Señor es constantemente y, por tanto, también en el presente. Dios mío, tus caminos son santos. . . Tu eres el Dios que hace maravillas. De este modo, el presente que parecía sin salida y sin luz es iluminado por la fe en Dios y se abre a la esperanza. Para apoyar esta fe el Salmista cita probablemente un himno más antiguo, cantado quizá en la liturgia del templo de Sión. Es una estupenda teofanía en la que el Señor entra en el escenario de la historia, trastocando la naturaleza y en particular las aguas, símbolo del caos, del mal y del sufrimiento. Es bellísima la imagen del camino de Dios sobre las aguas, signo de su triunfo sobre las fuerzas negativas: Tú te abriste camino por las aguas, un vado por las

aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas. El pensamiento nos lleva a Cristo que camina sobre las aguas, símbolo elocuente de la victoria sobre el mal. Al recordar al final que Dios guió como a un rebaño a su pueblo por la mano de Moisés y de Aarón, el Salmo nos lleva implícitamente a una certeza: Dios regresará para llevarnos a la salvación. Su mano poderosa e invisible estará con nosotros a través de la mano visible de los pastores y de los guías por él constituidos. El Salmo, que se abrió con un grito de dolor, suscita al final sentimientos de fe y de esperanza en el gran pastor de nuestras almas.

Salmo 79

Escucha, pastor de Israel, que guías a José como un rebaño, tú que te sientas en los querubines resplandece delante de Efraín, Benjamín y Manasés. ¡Despierta tu valentía, ven y sálvanos!. ¡Oh Dios, retómanos en tus manos, haz brillar tu faz y sálvanos!. ¿Hasta cuándo, Señor, Dios de los ejércitos, vas a desconsiderar las oraciones de tu pueblo?. Le diste por comida un pan de lágrimas, han bebido sus lágrimas hasta saciarse. Somos la presa que se arrebatan nuestros vecinos, y nuestros enemigos se burlan de nosotros. ¡Oh Dios de los ejércitos, restablécenos, haz brillar tu faz y sálvanos!. Tenías una viña que arrancaste de Egipto, para plantarla, expulsaste naciones. Delante de ella despejaste el terreno, echó raíces y repletó el país. De su sombra se cubrieron las montañas y de sus pámpanos, los cedros divinos. Extendía sus sarmientos hasta el mar y sus brotes llegaban hasta el río. ¿Por qué has destrozado sus cercos? Cualquier transeúnte saca racimos, el jabalí de los bosques la devasta y los animales salvajes la devoran. ¡Oh Dios Sabaot, es hora de que regreses; mira de lo alto del cielo y contempla, visita esa viña y protégela, ya que tu derecha la plantó!. Los que le prendieron fuego como basura, que perezcan al reproche de tu mirada. Que tu mano apoye al hombre que hace tus obras, al hijo de hombre que has hecho fuerte para ti. Ya no nos apartaremos más de ti, nos harás revivir y tu nombre invocaremos. ¡Señor, Dios Sabaot, restablécenos, haz brillar tu faz y sálvanos!

El Salmo que acabamos de escuchar tiene el tono de una lamentación y de una súplica de todo el pueblo de Israel. La primera parte utiliza un célebre símbolo bíblico, el pastoral. El Señor es invocado como pastor de Israel, el que guía a José como a un rebaño. Desde lo alto del arca de la alianza, sentado sobre querubines, el Señor guía a su rebaño, es decir, su pueblo, y lo protege en los peligros. Así lo había hecho durante la travesía del desierto. Ahora, sin embargo, parece ausente,

como adormecido o indiferente. Al rebaño que debía guiar y alimentar sólo le ofrece un pan amasado con lágrimas. Los enemigos se ríen de este pueblo humillado y ofendido; y sin embargo Dios no parece quedar sorprendido, no se despierta, ni revela su potencia en defensa de las víctimas de la violencia y de la opresión. La repetición de la invocación de la antífona parece como si quisiera sacudir a Dios de su actitud alejada para que vuelva a ser pastor y defienda de su pueblo. En la segunda parte de la oración, cargada de tensión y al mismo tiempo de confianza, encontramos otro símbolo sumamente querido por la Biblia, el de la viña. Es una imagen fácil de entender, pues pertenece al panorama de la tierra prometida y es signo de fecundidad y de alegría. Como enseña el profeta Isaías en una de sus más elevadas páginas poéticas, la viña encarna a Israel. Ilustra dos dimensiones fundamentales: por un lado, dado que es plantada por Dios, la viña representa el don, la gracia, el amor de Dios; por otro lado, requiere el trabajo del campesino, gracias al cual se produce la uva, que después puede dar el vino. Representa así la respuesta humana, el compromiso personal y el fruto de obras justas. A través de la imagen de la viña, el Salmo evoca las etapas principales de la historia judía: sus raíces, la experiencia del éxodo de Egipto, la entrada en la tierra prometida. La viña había alcanzado su nivel más amplio de extensión por toda la región de Palestina y más lejos todavía con el reino de Salomón. Se extendía, de hecho, desde los montes septentrionales del Líbano, con sus cedros, hasta el mar Mediterráneo y casi hasta llegar al gran río Éufrates. Pero el esplendor de este florecimiento se desgarró. El Salmo nos recuerda que sobre la viña de Dios pasó la tempestad, es decir, Israel sufrió una dura prueba, una terrible invasión que devastó la tierra prometida. Dios mismo demolió, como si fuera un invasor, la cerca de la viña, dejando así que en ella irrumpieran los saqueadores, representados por el jabalí, un animal considerado como violento e impuro, según las antiguas costumbres. A la potencia del jabalí se asocian todas las alimañas salvajes, símbolo de una horda enemiga que todo lo devasta. Entonces dirige a Dios un llamamiento apremiante para que vuelva a ponerse en defensa de las víctimas, rompiendo su silencio: Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Dios será entonces el protector de la cepa vital de esta viña sometida a una prueba tan dura, expulsando a todos los que habían tratado de talarla y quemarla. Al llegar a este momento, el Salmo deja espacio a una esperanza de colores mesiánicos. El versículo 18, de hecho, reza así: Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. El pensamiento se dirige ante todo al rey

davídico que con el apoyo del Señor guiará la recuperación de la libertad. De todos modos, aparece implícita la confianza en el futuro Mesías, ese hijo del hombre que será cantado por el profeta Daniel y que Jesús asumirá como título predilecto para definir su obra y su persona mesiánica. Es más, los Padres de la Iglesia indicarán con unanimidad en la viña evocada por el Salmo una representación profética de Cristo auténtica vid y de la Iglesia. Para que el rostro del Señor vuelva a brillar es necesario ciertamente que Israel se convierta en la fidelidad y en la oración al Dios salvador. Lo expresa el Salmista afirmando: No nos alejaremos de ti. El Salmo 79 es, por tanto, un canto intensamente marcado por el sufrimiento, pero también por una inquebrantable confianza. Dios siempre está dispuesto a regresar a su pueblo, pero es necesario que también el pueblo regrese a Él con la fidelidad. Si nos convertimos del pecado, el Señor se convertirá de su intención de castigar: es la convicción del Salmista, que encuentra eco también en nuestros corazones, abriéndolos a la esperanza.

Salmo 80

¡Aviven a Dios, nuestra fuerza, aclamen al Dios de Jacob!. Entonen los salmos y toquen los tambores, la melodiosa cítara y la lira!. Que suene el cuerno para el primero del mes, para la luna llena, el día de nuestra fiesta. Pues es una ley en Israel, una ordenanza del Dios de Jacob; un decreto que impuso a José, cuando salió de la tierra de Egipto. Oyó, entonces, una voz desconocida: "Yo quité la carga de su espalda, sus manos han dejado la canasta. " En la angustia gritaste y te salvé, te respondí en el secreto de la nube, te puse a prueba en las aguas de Meriba: "Escucha, pueblo mío, te lo advierto, ojalá me escucharas, Israel: No tengas en tu casa un dios extraño, ni te prosternes ante un dios de afuera: Yo soy Yavé, tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto. Abre tu boca y te la llenaré". Pero mi pueblo no me quiso oír, e Israel no me obedeció. Los dejé, pues, que siguieran sus caprichos y caminaran según su parecer. "Ah, si mi pueblo me escuchara, si Israel fuera por mis caminos, sometería en un instante a sus enemigos, volvería mi mano contra sus opresores. Los enemigos del Señor le adularían y su espanto jamás terminaría. Pero a él, con flor de trigo lo alimentaría y con miel de la roca lo saciaría".

Tocad la trompeta por la luna nueva, por la luna llena, que es nuestra fiesta. Estas palabras del Salmo 80, que acabamos de proclamar, recuerdan una celebración litúrgica según el calendario lunar del antiguo pueblo de Israel. Es difícil definir con precisión la festividad a la que se

refiere el Salmo; lo cierto es que el calendario litúrgico bíblico, si bien parte del ciclo de las estaciones, y por tanto de la naturaleza, se presenta profundamente anclado en la historia de la salvación, y en particular, en el acontecimiento capital del éxodo de la esclavitud egipcia, ligado a la luna llena del primer mes. Allí, de hecho, se reveló el Dios liberador y salvador. Como dice poéticamente el versículo 7 de nuestro Salmo, Dios mismo quitó de las espaldas del judío esclavo en Egipto el cesterío lleno de ladrillos necesarios para la construcción de las ciudades de Pitom y Ramsés. Dios mismo se había puesto del lado del pueblo oprimido y con su potencia había quitado y cancelado el signo amargo de la esclavitud, la cesta de los ladrillos cocidos al sol, expresión de los trabajos forzados a los que habían sido obligados los hijos de Israel. Veamos ahora la manera en que se desarrolla este canto de la liturgia de Israel. Comienza con una invitación a la fiesta, al canto, a la música: es la convocación oficial de la asamblea litúrgica según el antiguo precepto del culto, establecido ya al salir de Egipto con la celebración de la Pascua. Después de este llamamiento, se eleva la misma voz del Señor a través del oráculo del sacerdote en el templo de Sión y sus palabras divinas conformarán el resto del Salmo. El discurso es sencillo y gira en torno a dos polos. Por un lado, aparece el don divino de la libertad, que se ofrece a Israel, oprimido e infeliz: Clamaste en la aflicción, y te libré. Se hace referencia también al apoyo que el Señor ofreció a Israel, cuando caminaba por el desierto, es decir, el don del agua de Meribá, en un contexto de dificultad y de prueba. Por otro lado, junto al don divino, el salmista introduce otro elemento significativo. La religión bíblica no es un monólogo solitario de Dios, una acción inerte. Es, más bien, un diálogo, una palabra seguida por una respuesta, un gesto de amor que pide adhesión. Por eso se reserva amplio espacio a las invitaciones dirigidas por Dios a Israel. El Señor le invita, ante todo, a observar fielmente el primer mandamiento, apoyo de todo el Decálogo, es decir, la fe en el único Señor y Salvador, y el rechazo de los ídolos. El ritmo del discurso del sacerdote, en nombre de Dios, está marcado por el verbo escuchar, muy querido por el libro del Deuteronomio, que expresa la adhesión obediente a la Ley del Sinaí y es signo de la respuesta de Israel al don de la libertad. De hecho, en nuestro Salmo se repite: Escucha, pueblo mío. . . ¡Ojalá me escuchases Israel!. . . Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer. . . ¡Ojalá me escuchase mi pueblo!. . . El pueblo sólo puede recibir plenamente los dones del Señor a través de la fidelidad a la escucha y a la obediencia. Por desgracia, Dios tiene que constatar con amargura las numerosas infidelidades de Israel. El

camino en el desierto, al que alude el Salmo, está lleno de estos actos de rebelión y de idolatría, que alcanzan su culmen en la representación del becerro de oro. La última parte del Salmo tiene un tono melancólico. Dios, de hecho, expresa un deseo que hasta ahora no ha sido satisfecho: ¡Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino!. Esta melancolía, sin embargo, está inspirada en el amor y ligada a un vivo deseo de colmar de bienes al pueblo elegido. Si Israel caminara por los caminos del Señor, Él podría darle inmediatamente la victoria sobre sus enemigos, y alimentarlo con flor de harina y saciarlo con miel silvestre. Sería un banquete gozoso de pan fresquísimo, acompañado por miel que parece manar de las rocas de la tierra prometida, representando así la prosperidad y el bienestar pleno, como con frecuencia se repite en la Biblia. Al ofrecer esta perspectiva maravillosa, el Señor trata evidentemente de obtener la conversión de su pueblo, una respuesta de amor sincero y efectivo a su amor generoso. En la relectura cristiana, la ofrenda divina revela su amplitud. Orígenes nos ofrece esta interpretación: el Señor les ha hecho entrar en la tierra prometida, no les ha alimentado con el maná del desierto, sino con el trigo caído en tierra, que ha resucitado... Cristo es el trigo; es también la roca que en el desierto ha saciado con agua la sed del pueblo de Israel. En sentido espiritual, le ha saciado con miel y con agua para que todos los que crean y reciban este alimento sientan miel en su boca. Como siempre sucede en la historia de la salvación, la última palabra en el contraste entre Dios y el pueblo pecador no es nunca el juicio y el castigo, sino el amor y el perdón. Dios no desea juzgar y condenar, sino salvar y liberar a la humanidad del mal. Sigue repitiéndonos las palabras que leemos en el libro del profeta Ezequiel: ¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? . . . ¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, palabra del Señor. Convertíos y viviréis. La liturgia se convierte en el lugar privilegiado en el que se puede escuchar el llamamiento divino a la conversión y a regresar al abrazo de Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad.

Salmo 83

Qué amables son tus moradas, Señor Sabaoth!. Mi alma suspira y hasta languidece por los atrios del Señor; mi corazón y mi carne gritan de alegría al Dios que vive. Hasta el pajarillo encuentra casa, y la alondra un nido, donde dejar sus polluelos: cerca de tus altares, Señor Sa-

baot, ¡oh mi Rey y mi Dios!. Felices los que habitan en tu casa, se quedarán allí para alabarte. Dichosos los hombres cuya fuerza eres tú y que gustan de subir hasta ti. Al pasar por el valle de los Sauces, beben allí de la fuente ya bendita por las primeras lluvias; pasan por las murallas una a una, hasta presentarse a Dios en Sión. ¡Oh Señor, Dios Sabaot, escucha mi plegaria, oye con atención, Dios de Jacob!. Mira, oh Dios, nuestro escudo, contempla la cara de tu ungido. Vale por mil un día en tus atrios, y prefiero quedarme en el umbral, delante de la casa de mi Dios antes que compartir la casa del malvado. El Señor es un baluarte y un escudo, el Señor dará la gracia y la gloria a los que marchan rectamente: ninguna bendición les negará. ¡Oh Señor Sabaot, feliz el que confía en ti!

Continúa nuestro itinerario a través de los Salmos de la liturgia de Laudes. Ahora hemos escuchado el Salmo 83, atribuido por la tradición judaica a "los hijos de Coré", una familia sacerdotal que se ocupaba del servicio litúrgico y custodiaba el umbral de la tienda del arca de la Alianza. Se trata de un canto dulcísimo, penetrado de un anhelo místico hacia el Señor de la vida, al que se celebra repetidamente con el título de "Señor de los ejércitos", es decir, Señor de las multitudes estelares y, por tanto, del cosmos. Por otra parte, este título estaba relacionado de modo especial con el arca conservada en el templo, llamada "el arca del Señor de los ejércitos, que está sobre los querubines". En efecto, se la consideraba como el signo de la tutela divina en los días de peligro y de guerra. El fondo de todo el Salmo está representado por el templo, hacia el que se dirige la peregrinación de los fieles. La estación parece ser el otoño, porque se habla de la "lluvia temprana" que aplaca el calor del verano. Por tanto, se podría pensar en la peregrinación a Sión con ocasión de la tercera fiesta principal del año judío, la de las Tiendas, memoria de la peregrinación de Israel a través del desierto. El templo está presente con todo su encanto al inicio y al final del Salmo. En la apertura encontramos la admirable y delicada imagen de los pájaros que han hecho sus nidos en el santuario, privilegio envidiable. Esta es una representación de la felicidad de cuantos, como los sacerdotes del templo, tienen una morada fija en la Casa de Dios, gozando de su intimidad y de su paz. En efecto, todo el ser del creyente tiende al Señor, impulsado por un deseo casi físico e instintivo: "Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo". El templo aparece nuevamente también al final del Salmo. El peregrino expresa su gran felicidad por estar un tiempo en los atrios de la casa de Dios, y contrapone esta felicidad espiritual a la ilusión idolátrica, que im-

pulsa hacia "las tiendas del impío", o sea, hacia los templos infames de la injusticia y la perversión. Sólo en el santuario del Dios vivo hay luz, vida y alegría, y es "dichoso el que confía" en el Señor, eligiendo la senda de la rectitud. La imagen del camino nos lleva al núcleo del Salmo, donde se desarrolla otra peregrinación más significativa. Si es dichoso el que vive en el templo de modo estable, más dichoso aún es quien decide emprender una peregrinación de fe a Jerusalén. También los Padres de la Iglesia, en sus comentarios al Salmo 83, dan particular relieve al versículo 6: "Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación". Las antiguas traducciones del Salterio hablaban de la decisión de realizar las "subidas" a la Ciudad santa. Por eso, para los Padres la peregrinación a Sión era el símbolo del avance continuo de los justos hacia las "eternas moradas", donde Dios acoge a sus amigos en la alegría plena. Quisiéramos reflexionar un momento sobre esta "subida" mística, de la que la peregrinación terrena es imagen y signo. Y lo haremos con las palabras de un escritor cristiano del siglo VII, abad del monasterio del Sinaí. Se trata de san Juan Clímaco, que dedicó un tratado entero --La escala del Paraíso-- a ilustrar los innumerables peldaños por los que asciende la vida espiritual. Al final de su obra, cede la palabra a la caridad, colocada en la cima de la escala del progreso espiritual. Ella invita y exhorta, proponiendo sentimientos y actitudes ya sugeridos por nuestro Salmo: "Subid, hermanos, ascended. Cultivad, hermanos, en vuestro corazón el ardiente deseo de subir siempre. Escuchad la Escritura, que invita: "Venid, subamos al monte del Señor y a la casa de nuestro Dios", que ha hecho nuestros pies ágiles como los del ciervo y nos ha dado como meta un lugar sublime, para que, siguiendo sus caminos, venciéramos. Así pues, apresurémonos, como está escrito, hasta que encontremos todos en la unidad de la fe el rostro de Dios y, reconociéndolo, lleguemos a ser el hombre perfecto en la madurez de la plenitud de Cristo". El salmista piensa, ante todo, en la peregrinación concreta que conduce a Sión desde las diferentes localidades de la Tierra Santa. La lluvia que está cayendo le parece una anticipación de las gozosas bendiciones que lo cubrirán como un manto cuando esté delante del Señor en el templo. La cansada peregrinación a través de "áridos valles" se transfigura por la certeza de que la meta es Dios, el que da vigor, escucha la súplica del fiel y se convierte en su "escudo" protector. Precisamente desde esta perspectiva la peregrinación concreta se transforma, como habían intuido los Padres, en una parábola de la vida entera, en tensión entre la lejanía y la intimidad con Dios, entre el misterio y la revelación. También en el desierto de la exis-

tencia diaria, los seis días laborables son fecundados, iluminados y santificados por el encuentro con Dios en el séptimo día, a través de la liturgia y la oración en el encuentro dominical. Caminemos, pues, también cuando estemos en "áridos valles", manteniendo la mirada fija en esa meta luminosa de paz y comunión. También nosotros repetimos en nuestro corazón la bienaventuranza final, semejante a una antifona que concluye el Salmo: "¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre que confía en ti!".

Salmo 84

Señor, has sido bueno con tu tierra: hiciste volver a los cautivos de Jacob. Suprimiste la deuda de tu pueblo, perdonaste totalmente su pecado. Deposiste todo tu furor, y volviste del ardor de tu cólera. Restablécenos, Dios, salvador nuestro, pon fin a tu resentimiento con nosotros. ¿Estarás siempre irritado con nosotros, de edad en edad proseguirá tu cólera?. ¿No volverás, acaso, a darnos vida para que tu pueblo en ti se regocije?. ¡Haz, Señor, que veamos tu bondad y danos tu salvación!. Quiero escuchar lo que dice el Señor, pues Dios habla de paz a su pueblo y a sus servidores, con tal que en su locura no recaigan. "Cerca está su salvación de los que le temen y habitará su Gloria en nuestra tierra. La Gracia y la Verdad se han encontrado, la Justicia y la Paz se han abrazado; de la tierra está brotando la verdad, y del cielo se asoma la justicia. El Señor mismo dará la felicidad, y dará sus frutos nuestra tierra. La rectitud andará delante de él, la paz irá siguiendo sus pisadas. "

El Salmo 84 que acabamos de proclamar es un canto gozoso y lleno de esperanza en el futuro de la salvación. Refleja el momento entusiasmante del regreso de Israel del exilio de Babilonia en la tierra de los padres. La vida nacional vuelve a comenzar en aquel amado hogar, que había sido destruido en la conquista de Jerusalén por parte de los ejércitos del rey Nabucodonosor, en el año 596 a. c. De hecho, en el original hebreo del Salmo, se siente resonar repetidamente el verbo *shûb*, que indica el regreso de los deportados, pero significa también el regreso espiritual, es decir, la conversión. El renacimiento, por tanto, no afecta sólo a la nación, sino también a la comunidad de los fieles, que habían sentido el exilio como un castigo por los pecados cometidos y que veían ahora la repatriación y la nueva libertad como una bendición divina por la conversión que habían experimentado. Puede seguirse el salmo en su desarrollo según dos etapas fundamentales. La primera, salpicada por el tema del regreso con todos los significados que mencionábamos. Se celebra, ante todo, el regreso físico de Israel: Señor. . . , has

restaurado la suerte de Jacob; restáuranos, Dios Salvador nuestro. . . ; ¿No vas a devolvernos la vida?. Este es un precioso don de Dios, que se preocupa de liberar a sus hijos de la opresión y se empeña por su prosperidad. Él, de hecho, ama a todos los seres. . . , Mas tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor que amas la vida. Junto a este regreso, que concretamente unifica a los dispersos, hay otro regreso más interior y espiritual. El Salmista le da amplio espacio, atribuyéndole una particular importancia, que es válida no sólo para el antiguo Israel, sino también para los fieles de todos los tiempos. En este regreso el Señor actúa eficazmente, revelando su amor a la hora de perdonar la iniquidad de su pueblo, de cancelar todos sus pecados, de deponer todo su desaire y de poner fin a su ira. Precisamente la liberación del mal, el perdón de las culpas, la purificación de los pecados, crean el nuevo pueblo de Dios. Esto ha sido expresado a través de una invocación que ha entrado también en la liturgia cristiana: Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Pero a este regreso de Dios que perdona le debe corresponder el regreso, es decir, la conversión del hombre que se arrepiente. De hecho, el Salmo declara que la paz y la salvación son ofrecidas a los que se convierten de corazón. Quien se pone decididamente en el camino de la santidad, recibe los dones de la alegría, de la libertad y de la paz. Es sabido que con frecuencia los términos bíblicos sobre el pecado evocan un error en el camino, un fracaso a la hora de llegar a la meta, una desviación del recorrido recto. La conversión es precisamente un regreso al camino derecho que lleva a la casa del Padre, quien nos espera para abrazarnos, perdonarnos, y hacernos felices. Llegamos así a la segunda parte del Salmo, tan querida por la tradición cristiana. Se describe un mundo nuevo, en el que el amor de Dios y su fidelidad, como si fueran personas, se abrazan; del mismo modo también la justicia y la paz se besan al encontrarse. La verdad germina en una nueva primavera y la justicia, que para la Biblia es también salvación y santidad, se asoma desde el cielo para comenzar su camino en medio de la humanidad. Todas las virtudes antes expulsadas de la tierra a causa del pecado vuelven a entrar ahora en la historia y, al cruzarse, dibujan el mapa de un mundo de paz. Misericordia, verdad, justicia y paz se convierten como en los cuatro puntos cardinales de esta geografía del espíritu. Isaías canta también: Destilad, cielos, como rocío de lo alto, derramad, nubes, la victoria. Ábrase la tierra y produzca salvación, y germine juntamente la justicia. Yo, el Señor, lo he creado. Las palabras del salmista, fueron leídas ya en el siglo II por san Ireneo de Lyon como el anuncio de la gestación de Cristo por la

Virgen. La venida de Cristo es, de hecho, el manantial de la misericordia, el retoño de la verdad, el florecimiento de la justicia, el esplendor de la paz. Por este motivo, el salmo, sobre todo en su parte final, es releído en clave navideña por la tradición cristiana. Así lo interpreta san Agustín, en su discurso de Navidad. Dejemos que concluya él nuestra reflexión: "La verdad ha surgido de la tierra": Cristo dice: "Yo soy la verdad" ha nacido de una Virgen. "Y la justicia se ha asomado desde el cielo": quien cree en Él que ha nacido no se justifica por sí mismo, sino que es justificado por Dios. "La verdad ha surgido de la tierra": porque "el Verbo se ha hecho carne". "Y la justicia se ha asomado desde el cielo": porque "toda gracia excelente y todo don perfecto descienden de lo alto". "La verdad ha surgido de la tierra", es decir, ha tomado cuerpo de María. "Y la justicia se ha asomado desde el cielo": porque "el hombre no puede recibir nada si no le viene dado del cielo".

Salmo 85

Escúchame, Señor, y respóndeme, pues soy pobre y desamparado; si soy tu fiel, vela por mi vida, salva a tu servidor que en ti confía. Tú eres mi Dios; piedad de mí, Señor, que a ti clamo todo el día. Regocija el alma de tu siervo, pues a ti, Señor, elevo mi alma. Tú eres, Señor, bueno e indulgente, lleno de amor con los que te invocan. Señor, escucha mi plegaria, pon atención a la voz de mis súplicas. A ti clamo en el día de mi angustia, y tú me responderás. Nadie como tú, Señor, entre los dioses y nada que a tus obras se asemeje. Todos los paganos vendrán para adorarte y darán, Señor, gloria a tu nombre. Porque eres grande y haces maravillas, tú solo eres Dios. Tus caminos enséñame, Señor, para que así ande en tu verdad; unifica mi corazón con el temor a tu nombre. Señor, mi Dios, de todo corazón te daré gracias y por siempre a tu nombre daré gloria, por el favor tan grande que me has hecho: pues libraste mi vida del abismo. Oh Dios, me echan la culpa los soberbios, una banda de locos busca mi muerte, y son gente que no piensan en ti. Mas tú, Señor, Dios tierno y compasivo, lento para enojarte, lleno de amor y lealtad, vuélvete a mí y ten piedad de mí, otórgale tu fuerza a tu servidor y salva al hijo de tu sierva, y para mi bien haz un milagro. Humillados verán mis enemigos que tú, Señor, me has ayudado y consolado.

El Salmo 85, que acabamos de proclamar y que será el motivo de nuestra reflexión, nos ofrece una sugerente definición del orante. Se presenta ante Dios con estas palabras: soy tu siervo e hijo de tu esclava. La expresión puede pertenecer ciertamente al lenguaje ceremonial

de la corte, pero se usaba también para indicar al siervo adoptado como hijo por el jefe de una familia o tribu. En este sentido, el Salmista, que se define también como fiel del Señor, siente que está ligado a Dios no sólo por un vínculo de obediencia, sino también de familiaridad y de comunión. Por este motivo, su súplica está llena de abandono confiado y esperanza. Profundicemos en esta oración que la Liturgia de los Laudes nos propone al inicio de una jornada que probablemente traerá consigo no sólo compromisos y cansancio, sino también incompresiones y dificultades. El Salmo comienza con un llamamiento intenso que dirige el que ora al Señor confiando en su amor. Al final, expresa nuevamente la certeza de que el Señor es un Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad, leal. Estas afirmaciones reiteradas y llenas de confianza revelan una fe intacta y pura, que se abandona en el Señor bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. En medio del Salmo se eleva un himno, que mezcla sentimientos de acción de gracias con una profesión de fe en las obras de la salvación que Dios realiza ante los pueblos. Contra toda tentación de idolatría, el orante proclama la unidad absoluta de Dios. Después expresa la audaz esperanza de que un día todos los pueblos adorarán al Dios de Israel. Esta perspectiva maravillosa encuentra su cumplimiento en la Iglesia de Cristo, pues Él ha invitado a sus apóstoles a enseñar a todos los pueblos. Sólo Dios puede ofrecer la liberación plena, pues de él dependen todos como criaturas y ante él es necesario dirigirse en actitud de adoración. Él, de hecho, manifiesta en el cosmos y en la historia sus obras admirables, que testimonian su señorío absoluto. Al llegar a este momento, el Salmista se presenta ante Dios con una petición intensa y pura: Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad; mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre. Es realmente bella esta petición de poder conocer la voluntad de Dios, así como la invocación para alcanzar el don de un corazón entero, como el de un niño, que sin doblez ni cálculos confía plenamente en el Padre para adentrarse en el camino de la vida. Sale entonces de los labios del fiel la alabanza al Dios misericordioso, que no le deja caer en la desesperación y la muerte, en el mal y en el pecado. El Salmo 85 es un texto sumamente querido por el judaísmo, que lo ha introducido en la liturgia de una de las solemnidades más importantes, el Yom Kippur o día de la expiación. El libro del Apocalipsis, a su vez, cita un versículo, colocándolo en la gloriosa liturgia celeste dentro del cántico de Moisés, siervo de Dios, y del cántico del Cordero: Todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, y el Apocalipsis añade: porque han quedado manifiestos tus justos desig-

nios. San Agustín ha dedicado a nuestro Salmo un largo y apasionado comentario en sus Comentarios sobre los Salmos, transformándolo en un canto de Cristo y del cristiano. La traducción latina, en el versículo 2, conforme a la versión griega de los Setenta, en lugar de fiel, utiliza el término santo. Custódiame porque soy santo. En realidad, sólo Cristo es santo. Sin embargo, explica san Agustín, también el cristiano puede aplicarse estas palabras: Soy santo, porque tú me has santificado; porque lo he recibido [este título], y no porque lo tuviera por mí mismo; porque tú me lo has dado, y no porque me lo haya merecido. Por tanto, que lo diga cada cristiano, o mejor, que todo el Cuerpo de Cristo lo grite por doquier, mientras soporta las tribulaciones, las diferentes tentaciones, los innumerables escándalos: "¡Guarda mi alma porque soy santo! Salva a tu siervo, Dios mío, pues espera en ti". Mira, este santo no es soberbio, pues espera en el Señor. El cristiano santo se abre a la universalidad de la Iglesia y reza con el Salmista: Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor. Y Agustín comenta: Todas las gentes en el único Señor son una sola persona y constituyen la unidad. Al igual que está la Iglesia y las iglesias, y las iglesias son la Iglesia, así ese "pueblo" es el mismo que los pueblos. Antes eran pueblos varios, gentes numerosas; ahora es un solo pueblo. ¿Por qué es un solo pueblo? Porque sólo tiene una fe, una esperanza, una caridad, una expectativa. Por último, ¿por que no debería ser un sólo pueblo, si sólo hay una patria? La patria es el cielo, la patria es Jerusalén. Y este pueblo se extiende de Oriente a Occidente, del norte hasta el mar, por las cuatro partes del mundo. Desde el punto de vista de esta luz universal, nuestra oración litúrgica se transforma en un gesto de alabanza y en un canto de gloria al Señor, en nombre de todas las criaturas.

Salmo 86

La ciudad que fundó en los montes santos, las puertas de Sión, ama el Señor más que todas las moradas de Jacob. De ti se dicen cosas admirables, ciudad de Dios. Hablamos entre amigos de Egipto y Babilonia, luego, de Tiro, Filistea y Etiopía: tal y cual han nacido aquí o allá. Mas de Sión se dirá: "Es la madre, porque en ella todos han nacido y quien la fundó es el Altísimo". El Señor inscribe a los pueblos en el registro: "Este en ella nació, éste también". Mientras tanto en ti todos se alegran con cantos y con bailes.

El canto de Jerusalén, ciudad de la paz y madre universal, que ahora hemos escuchado, está por desgracia en contraste con la experiencia histórica que está viviendo la ciudad. Pero la oración tiene por tarea

sembrar confianza y generar esperanza. La perspectiva universal del Salmo 86 puede recordar el himno del Libro de Isaías, en el que se ve cómo convergen hacia Sión todos los pueblos para escuchar la Palabra del Señor y redescubrir la belleza de la paz, forjando de las espadas azadones y de las lanzas podaderas. En realidad, el Salmo se presenta en una perspectiva muy diferente, la de un movimiento que, en vez de converger hacia Sión, sale de Sión; el salmista ve en Sión el origen de todos los pueblos. Después de haber declarado el primado de la ciudad santa no por méritos históricos o culturales sino sólo por el amor de Dios por ella, el Salmo celebra precisamente esta universalidad que hermana a todos los pueblos. Sión es cantada como madre de toda la humanidad y no sólo de Israel. Una afirmación así es de una audacia extraordinaria. El Salmista es consciente y lo subraya: Glorias se dicen de ti, ciudad de Dios. ¿Cómo es posible que la modesta capital de una pequeña nación pueda ser presentada como el origen de pueblos mucho más potentes? ¿Cómo puede tener Sión esta inmensa pretensión? La respuesta se ofrece en la misma frase: Sión es madre de toda la humanidad, pues es la ciudad de Dios; está por tanto en la base del proyecto de Dios. Todos los puntos cardinales de la tierra se encuentran en relación con esta Madre: Ráhab, es decir, Egipto, el gran estado Occidental; Babilonia, la conocida potencia oriental; Tiro, que personifica al pueblo comercial del norte; mientras que Etiopía representa al profundo sur; y Palestina, el área central, también es hija de Sión. En el registro espiritual de Jerusalén aparecen todos los pueblos de la tierra: tres veces se repite la fórmula uno por uno todos han nacido en ella. Es la expresión jurídica oficial con la que entonces se declaraba que una persona era originaria de una determinada ciudad y, como tal, gozaba de la plenitud de los derechos civiles de aquel pueblo. Es sugerente observar cómo incluso las naciones consideradas hostiles a Israel suben a Jerusalén y son acogidas no como extranjeras sino como familiares. Es más, el salmista transforma la procesión de estos pueblos hacia Sión en un canto coral y en una danza gozosa: ellos vuelven a encontrar sus manantiales en la ciudad de Dios de la que mana una corriente de agua viva que fecunda a todo el mundo, como proclamaban los profetas. Todos vienen a Jerusalén a descubrir sus raíces espirituales, a sentirse en su patria, a volver a encontrarse como miembros de la misma familia, a abrazarse como hermanos, de regreso a casa. Página de auténtico diálogo interreligioso, el Salmo 86 recoge la herencia universalista de los profetas y anticipa la tradición cristiana que aplica este Salmo a la Jerusalén de arriba de la que san Pablo proclama que es libre y es nuestra

madre y tiene más hijos que la Jerusalén terrena. Del mismo modo habla el Apocalipsis cuando ensalza la Jerusalén que bajaba del Cielo, de junto a Dios. Siguiendo la línea del Salmo 86, también el Concilio Vaticano II ve en la Iglesia universal el lugar en el que se reúnen todos los justos descendientes de Adán, desde Abel el justo hasta el último elegido. Tendrá su cumplimiento glorioso al fin de los tiempos. Esta lectura eclesial del Salmo se abre, en la tradición cristiana, a una relectura en clave mariológica. Jerusalén era para el Salmista una auténtica metrópolis, es decir, una ciudad-madre, en cuyo interior estaba presente el mismo Señor. Desde esta perspectiva el cristianismo canta a María como la Sión viviente, en cuyo seno fue engendrado el Verbo encarnado y, por consecuencia, fueron engendrados los hijos de Dios. Los Padres de la Iglesia --desde san Ambrosio de Milán hasta Atanasio de Alejandría, desde Máximo el Confesor hasta Juan Damasceno, desde Cromacio de Aquileia a Germán de Constantinopla-- concuerdan en esta relectura cristiana del Salmo 86. Nosotros nos ponemos ahora en escucha de un maestro de la tradición armenia, Gregorio de Narek (950?-1010), quien en su Discurso panegírico a la beatísima Virgen María se dirige así a la Virgen: Refugiándonos bajo tu dignísima y poderosa intercesión, quedamos protegidos, o santa Progenitora de Dios, encontrando alivio y descanso bajo la sombra de tu protección como si estuviéramos resguardados por un muro bien fortificado: muro adornado, un muro con brillantes purísimos engarzados; muro envuelto de fuego, y por tanto, inexpugnable por los ladrones; un muro llameante, centelleante, inalcanzable e inaccesible para los crueles traidores; un muro rodeado por todas las partes, según David, cuyos cimientos fueron puestos por el Altísimo; muro imponente de la ciudad suprema, según Pablo, donde acogiste a todos como habitantes para que a través del nacimiento corporal de Dios hicieras hijos de la Jerusalén de arriba a los hijos de la Jerusalén terrena. Por ello sus labios bendicen tu seno virginal y todos te proclaman casa y templo de Aquél que es de la misma esencia del Padre. Por tanto, con razón te es apropiado lo que dijo el profeta: "Fuiste para nosotros refugio y fortaleza, un socorro en la angustia".

Salmo 89

Señor, tú has sido para nosotros un refugio a lo largo de los siglos. Antes que nacieran las montañas y aparecieran la tierra y el mundo, tú ya eras Dios y lo eres para siempre, tú que devuelves al polvo a los mortales, y les dices: "¡Váyanse, hijos de Adán!". Mil años para ti son como un día, un ayer, un momento de la noche. Tú los siembras, cada

cual a su turno, y al amanecer despunta la hierba; en la mañana viene la flor y se abre y en la tarde se marchita y se seca. Por tu cólera somos consumidos, tu furor nos deja anonadados. Pusiste nuestras culpas frente a ti, nuestros secretos bajo la luz de tu rostro. Hizo correr tu cólera nuestros días, y en un suspiro se fueron nuestros años. El tiempo de nuestros años es de setenta, y de ochenta si somos robustos. La mayoría son de pena y decepción, transcurren muy pronto y nos llevan volando. ¿Quién conoce la fuerza de tu cólera y quién ha sondeado el fondo de tu furor?. Enséñanos lo que valen nuestros días, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? . . . Compádecete de tus servidores. Cólmanos de tus favores por la mañana, que tengamos siempre risa y alegría. Haz que nuestra alegría dure lo que la prueba y los años en que vimos la desdicha. Muestra tu acción a tus servidores y a sus hijos, tu esplendor. Que la dulzura del Señor nos cubra y que él confirme la obra de nuestras manos.

Los versículos que acaban de resonar en nuestros oídos y en nuestro corazón constituyen una meditación sapiencial que tiene, sin embargo, el tono de una súplica. El orante del Salmo 89 pone en el centro de su oración uno de los temas más explorados por la filosofía, más cantados por la poesía, más sentidos por la experiencia de la humanidad de todos los tiempos y de todas las regiones de nuestro planeta: la caducidad humana y el devenir del tiempo. Basta pensar en ciertas páginas inolvidables del Libro de Job en las que se presenta nuestra fragilidad. Somos como los que habitan en casas de arcilla, que hunden sus cimientos en el polvo y a los que se les aplasta como a una polilla. De la noche a la mañana quedan pulverizados. Para siempre perecen sin advertirlo nadie. Nuestra vida sobre la tierra es como una sombra. Y Job sigue confesando: Mis días han sido más raudos que un correo, se han ido sin ver la dicha. Se han deslizado lo mismo que canoas de junco, como águila que cae sobre la presa. Al inicio de su canto, parecido a una elegía, el salmista opone con insistencia la eternidad de Dios al tiempo efímero del hombre. Esta es su declaración más explícita: Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna. Como consecuencia del pecado original, el hombre vuelve a caer por orden divina en el polvo del que había sido tomado, como se afirma en la narración del Génesis: ¡Eres polvo y al polvo tornarás. El creador, que plasma en toda su belleza y complejidad la creatura humana, es también el que reduce el hombre a polvo. Y polvo, en el lenguaje bíblico, es también la expresión simbólica de la muerte, de los infiernos, del silencio sepulcral. En esta súplica es intenso el sentimiento del límite hu-

mano. Nuestra existencia tiene la fragilidad de la hierba que despunta al alba; enseguida oye el silbido de la hoz que la convierte en un haz de heno. A la frescura de la vida muy pronto le sigue la aridez de la muerte. Como sucede con frecuencia en el Antiguo Testamento, a esta debilidad radical, el Salmista asocia el pecado: en nosotros se da la finitud, y también la culpabilidad. Por este motivo nuestra existencia parece que tiene que vérselas también con la cólera y el juicio del Señor: ¡Cómo nos ha consumido tu cólera y nos ha trastornado tu indignación! Pusiste nuestras culpas ante ti. . . y todos nuestros días pasaron bajo tu cólera. Al comenzar el nuevo día, la Liturgia de los Laudes sacude con este Salmo nuestras ilusiones y nuestro orgullo. La vida humana es limitada, aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, afirma el salmista. Además, el pasar de las horas, de los días y de los meses está salpicado por la fatiga y dolor y los mismos años se parecen a un soplo. Esta es la gran lección: el Señor nos enseña a contar nuestros días para que, aceptándolos con sano realismo, entre la sabiduría en nuestro corazón. Pero el salmista pide a Dios algo más: que su gracia sostenga y alegre nuestros días, aun frágiles y marcados por la prueba. Que nos haga gustar el sabor de la esperanza, aunque la ola del tiempo parezca arrastrarnos. Sólo la gracia del Señor puede dar consistencia y perennidad a nuestras acciones cotidianas: Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. Con la oración pedimos a Dios que un reflejo de la eternidad penetre en nuestra breve vida y en nuestro actuar. Con la presencia de la gracia divina en nosotros, una luz brillará sobre el devenir de los días, la miseria se convertirá en gloria, lo que parece no tener sentido adquirirá significado. Concluimos nuestra reflexión sobre el Salmo 89 dejando la palabra a la antigua tradición cristiana, que comenta el Salterio manteniendo en el fondo la figura gloriosa de Cristo. De este modo, para el escritor cristiano Orígenes, en su Tratado sobre los Salmos, que nos ha llegado en la traducción latina de san Jerónimo, la resurrección de Cristo nos da la posibilidad bosquejada por el salmista de que toda nuestra vida sea alegría y júbilo. Porque la Pascua de Cristo es el manantial de nuestra vida más allá de la muerte: Después de haber recibido la dicha de la resurrección de nuestro Señor, por la que creemos que hemos sido redimidos y de resurgir también un día, ahora, transcurriendo en la alegría los días que nos quedan de nuestra vida, exultamos por esta confianza, y con himnos y cánticos espirituales alabamos a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor.

Salmo 91

Es bueno dar gracias al Señor y celebrar tu nombre, Dios Altísimo, proclamar tu amor por la mañana y tu fidelidad durante la noche, con liras de diez cuerdas y cítara y un suave acompañamiento de arpa. Pues me alegras, Señor, con tus acciones; yo exclamo al ver las obras de tus manos:"¡Cuán grandes son tus obras, oh Señor, y cuán profundos son tus pensamientos!". El de corazón torpe de esto nada sabe y el insensato nada de esto entiende. Si brotan como hierba los impíos o florecen aquellos que obran mal, es para que sean por siempre destruidos. Mas tú, Señor, dominas para siempre. ¡Mira cómo perecen tus contrarios, cómo mueren, Señor, tus enemigos, y se dispersan todos los que hacen el mal!. Levantas mi cornamenta como levanta el búfalo la suya, me haces masajes con aceite fresco; miro con desprecio a los que me espían y oigo, sin temor, a esos criminales. "El justo crecerá como palmera, se alzará como cedro del Líbano. Los plantados en la casa del Señor darán flores en los patios de nuestro Dios. Aún en la vejez tendrán sus frutos pues aún están verdes y floridos, para anunciar cuán justo es el Señor: El es mi Roca, en él no existe falla".

La antigua tradición judía reserva un puesto particular al Salmo 91, que acabamos de escuchar, como canto del hombre justo a Dios creador. El título que se le ha dado al Salmo indica, de hecho, que está destinado a entonarse el sábado. Es, por tanto, el himno que se eleva al Señor eterno y excelso cuando, en el ocaso del viernes, se entra en el día santo de la oración, de la contemplación, de la tranquilidad serena del cuerpo y del espíritu.

Dios. En el centro del Salmo se eleva, solemne y grandiosa, la figura del Dios altísimo, en cuyo alrededor se delinea un mundo armónico y lleno de paz. Ante él se presenta la persona del justo que, según una concepción muy utilizada por el Antiguo Testamento, es colmado de bienestar, alegría y larga vida, como consecuencia natural de su existencia honesta y fiel. Se trata de la así llamada teoría de la retribución, según la cual, todo delito tiene ya un castigo en la tierra y toda acción buena una recompensa. Si bien en esta visión hay un elemento de verdad, sin embargo -como intuirá Job y como confirmará Jesús- la realidad del dolor humano es mucho más compleja y no puede ser tan fácilmente simplificada. El sufrimiento humano, de hecho, debe ser considerado en la perspectiva de la eternidad.

Pero examinemos ahora este himno sapiencial con aspectos litúrgicos. Está constituido por un intenso llamamiento a la alabanza, al gozoso canto de acción de gracias, a la fiesta de la música tocada por el ar-

pa de diez cuerdas, por el laúd y por la cítara. El amor y la fidelidad del Señor deben ser celebrados a través del canto litúrgico con arte. Esta invitación es válida también para nuestras celebraciones, para que recuperen esplendor no sólo en las palabras y ritos, sino también en las melodías que las animan.

El impío. Después de este llamamiento a no apagar nunca el hilo interior y exterior de la oración, auténtico aliento constante de la humanidad fiel, el Salmo 91 propone como en dos retratos el perfil del impío y del justo. El impío aparece frente al Señor, excelso por los siglos, que hará perecer a sus enemigos y dispersará a todos los malhechores. Sólo se puede comprender en profundidad bajo la luz divina el bien y el mal, la justicia y la perversión. La figura del pecador es delineada con una imagen vegetal: germinan como hierba los malvados y florecen los malhechores 8). Pero este florecer está destinado a secarse y desaparecer. El Salmista, de hecho, multiplica los verbos y los términos que describen la destrucción: serán destruidos para siempre. . . tus enemigos, Señor, perecerán, los malhechores serán dispersados. En el origen de este final catastrófico se encuentra el mal profundo que se apodera de la mente y del corazón del perverso: El ignorante no lo entiende ni el necio se da cuenta. Los adjetivos utilizados pertenecen al lenguaje sapiencial y denotan la brutalidad, la ceguera, la cerrazón de quien cree obrar el mal en la faz de la tierra sin que tenga consecuencias morales, pensando que Dios está ausente o es indiferente. El que ora, sin embargo, tiene la certeza de que el Señor aparecerá antes o después en el horizonte para hacer justicia y doblegar la arrogancia del insensato.

El justo. Aparece después la figura del justo, trazada como en un cuadro con muchos y densos colores. También en este caso recurre a una fresca y verde imagen vegetal. A diferencia del impío, que es como la hierba de los campos lozana pero efímera, el justo se eleva hacia el cielo, sólido y majestuoso, como una palmera, como un cedro del Líbano. Los justos son plantados en la casa del Señor, es decir, tienen una relación sumamente sólida y estable con el templo y, por tanto, con el Señor, que en él ha establecido su morada. La tradición cristiana jugará también con el doble significado de la palabra griega phoinix, utilizada para traducir el término hebreo palmera. Phoinix es el nombre griego de la palmera, pero también del ave que llamamos fénix. Es sabido que el ave fénix era el símbolo de inmortalidad, pues se imaginaba que renacía de sus cenizas. El cristiano hace una experiencia parecida

gracias a su participación en la muerte de Cristo, manantial de nueva vida. Dios. . . estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo dice la Carta a los Efesios, y con él nos resucitó. Hay otra imagen tomada del mundo animal para representar al justo que tiene por objetivo ensalzar la fuerza que Dios otorga, incluso cuando llega la vejez: me das la fuerza de un búfalo y me unges con aceite nuevo. Por un lado, el don de la potencia divina hace triunfar y da seguridad; por otro, la frente gloriosa del justo es consagrada con aceite que irradia una energía y una bendición protectora. El Salmo 91 es por tanto un himno optimista, potenciado también por la música y el canto. Celebra la confianza en Dios que es manantial de serenidad y de paz, incluso cuando se asiste al aparente éxito del impío. Una paz que permanece intacta en la vejez, estación vivida todavía en la fecundidad y en la seguridad. Concluimos con las palabras de Orígenes, traducidas por san Jerónimo, que hacen hincapié en la frase del Salmista que dice a Dios: me unges con aceite nuevo. Orígenes comenta: Nuestra vejez tiene necesidad del aceite de Dios. Al igual que nuestros cuerpos cansados recobran vigor ungiéndolos con aceite, al igual que la llama de la lámpara se extingue si no se le añade aceite, así también la llama de mi vejez necesita el aceite de la misericordia de Dios. También los apóstoles subieron al monte de los Olivos para recibir luz del aceite del Señor, pues estaban cansados y sus lámparas necesitaban el aceite del Señor. . . Por ello, pidamos al Señor que nuestra vejez, nuestro cansancio, y todas nuestras tinieblas sean iluminadas por el aceite del Señor. Se nos acaba de proponer el cántico de un hombre fiel al Dios santo. Se trata del Salmo 91, que como sugiere el antiguo título de la composición, era utilizado por la tradición judía para el día del sábado. El himno comienza con un llamamiento generalizado a celebrar y alabar al Señor con el canto y la música. Es un filón de oración que parece no interrumpirse nunca, pues el amor divino debe ser exaltado en la mañana, cuando inicia la jornada, pero debe ser proclamado también durante el día y durante el largo transcurrir de las horas nocturnas. Precisamente la referencia a los instrumentos musicales, que hace el Salmista en la invitación de la introducción, provocó en san Agustín esta meditación, que aparece dentro de su Exposición sobre el Salmo 91: ¿Qué significa, hermanos, entonar himnos con la cítara? La cítara es un instrumento musical de cuerdas. Nuestro salterio es nuestro obrar. Aquel que realiza obras buenas con las manos eleva himnos a Dios con la cítara. Quien confiesa con la boca, canta a Dios. ¡Canta con la boca! ¡Pronuncia salmos con las obras!. . . Pero, entonces, ¿quiénes cantan? Quienes reali-

zan el bien con alegría. El canto, de hecho, es signo de alegría. ¿Qué dice el apóstol? "Dios ama al que da con alegría". Hagas lo que hagas, hazlo con alegría. Entonces haces el bien y lo haces bien. Si, por el contrario, actúas con tristeza, aunque a través tuyo se obre el bien, no eres tú quien lo realiza. A través de las palabras de san Agustín, podemos entrar en el corazón de nuestra reflexión y afrontar el tema fundamental del Salmo: el del bien y el mal. Tanto el uno como el otro son sopesados por el Dios justo y santo, excelso por los siglos, el que es eterno e infinito, a quien no se le escapa ninguna de las acciones del hombre. Se confrontan, de este modo, de manera reiterada, dos comportamientos opuestos. La conducta del fiel está dedicada a celebrar las obras divinas, a penetrar en la profundidad de los pensamientos del Señor y por este camino su vida irradia luz y alegría. Por el contrario, el hombre perverso es descrito en su cerrazón, incapaz de comprender el sentido escondido de las vicisitudes humanas. La fortuna momentánea le hace ser temerario, pero en realidad es íntimamente frágil y tras el efímero éxito se encamina hacia el fracaso y la ruina. El salmista, siguiendo el modelo de interpretación frecuente en el Antiguo Testamento, el de la retribución, está convencido de que Dios recompensará a los justos ya en esta vida, dándoles una vejez feliz y pronto castigará a los malvados. En realidad, como afirmará Job y enseñará Jesús, la historia no se puede interpretar de una manera tan lineal. La visión del Salmista se convierte, por tanto, en una súplica al Dios justo y excelso para que entre en los acontecimientos humanos para juzgarlos, haciendo resplandecer el bien. El contraste entre el justo y el malvado es retomado de nuevo por el que ora. Por un lado, presenta a los enemigos del Señor, los malhechores, una vez más destinados a la dispersión y al fracaso. Por otro lado aparecen en todo su esplendor los fieles, encarnados por el Salmista, que se describe a sí mismo con imágenes pintorescas, tomadas de la simbología oriental. El justo tiene la fuerza irresistible de un búfalo y está dispuesto a desafiar toda adversidad; su frente es consagrada con el aceite de la protección divina, que se convierte en una especie de escudo, que defiende al elegido dándole seguridad. Desde lo alto de su potencia y seguridad, el que ora ve cómo los inicuos se precipitan en el abismo de su ruina. El Salmo 91 rezuma, por tanto, felicidad, confianza, optimismo: dones que tenemos que pedir a Dios precisamente en nuestro tiempo, en el que se insinúa con facilidad la tentación de la desconfianza e incluso de la desesperación. Nuestro himno, en la estela de la profunda serenidad que lo atraviesa, echa al final una mirada a los días de la vejez de los justo y los prevé también serenos.

Cuando lleguen esos días, el espíritu del que ora seguirá siendo vivaz, alegre y operante. Se siente como las palmeras o los cedros, que han sido plantados en los patios del templo de Sión. Las raíces del justo se hunden en el mismo Dios de quien recibe la savia de la gracia divina. La vida del Señor lo alimenta y lo transforma, haciéndolo floreciente y fecundo, es decir, capaz de darse a los demás y de testimoniar la propia fe. Las últimas palabras del salmista, en esta descripción de una existencia justa y operante y de una vejez intensa y activa, están ligadas al anuncio de la perenne fidelidad del Señor. Podemos concluir, por tanto, con la proclamación del canto que se eleva al Dios glorioso en el último Libro de la Biblia, el Apocalipsis: un libro de lucha terrible entre el bien y el mal, pero también de esperanza en la victoria final de Cristo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh Rey de las naciones!. . . Porque sólo tú eres santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios.

Salmo 92

Reina el Señor, vestido de grandeza, el Señor se revistió de poder, lo ciñó a su cintura, el mundo está ahora firme e inamovible. Tu trono está erigido desde siempre, pues tú eres, Señor, desde la eternidad. Los ríos levantan, Señor, los ríos levantan su voz, los ríos levantan su fragor. Pero más que el fragor de las aguas, más grandioso que el oleaje de la mar es el Señor, grandioso en las alturas. Nada hay más seguro que tus palabras, tu casa es el lugar de la santidad, oh Señor, día tras día y para siempre.

El contenido esencial del Salmo 92, en el que hoy nos detenemos, queda expresado sugestivamente por algunos versículos del Himno que la Liturgia de las Horas propone para las Vísperas del lunes: Creador inmenso, que marcaste el curso y el límite del curso de las aguas con la armonía del cosmos, diste a la áspera soledad de la tierra sedienta el refrigerio de torrentes y mares. Antes de entrar en el meollo del Salmo, dominado por la imagen de las aguas, percibamos su tono de fondo, su género literario. Al igual que los Salmos sucesivos, nuestro Salmo es definido por los expertos en la Biblia como el canto del Señor rey. Exalta ese Reino de Dios, manantial de paz, de verdad y de amor, que nosotros invocamos en el Padrenuestro, cuando imploramos ¡Venga a nosotros tu Reino!. De hecho, el Salmo 92 comienza precisamente con una exclamación de júbilo que suena así: El Señor reina. El Salmista celebra la realeza activa de Dios, es decir, su acción eficaz y salvadora,

creadora del mundo y redentora del hombre. El Señor no es un emperador impasible, relagado en su cielo alejado, sino que está presente en medio de su pueblo como Salvador potente y grande en el amor. En la primera parte del himno de alabanza aparece el Señor rey. Como un soberano, se sienta en un trono de gloria, un trono que no puede derribarse y que es eterno. Su manto es el esplendor de la trascendencia, el cinturón de su túnica es la omnipotencia. La realeza omnipotente de Dios se revela en el corazón del Salmo, caracterizado por una imagen impresionante, la de las aguas tumultuosas. El Salmista hace referencia en particular a la voz de los ríos, es decir, al estruendo de sus aguas. En efecto, el fragor de grandes cascadas produce, en quien siente su ruido ensordecedor y experimenta en todo el cuerpo su escalofrío, una sensación de tremenda fuerza. El Salmo 41 evoca esta sensación, cuando dice: Una sima grita a otra sima con voz de cascadas: tus torrentes y tus olas me han arrollado. Ante esta fuerza de la naturaleza, el ser humano se siente pequeño. El Salmista, sin embargo, la utiliza como un trampolín para exaltar la potencia del Señor, que es aún más grande. Ante la repetición en tres ocasiones de la expresión Levantan los ríos su voz, responde repitiendo tres veces la afirmación de la potencia superior de Dios. A los Padres de la Iglesia les gustaba comentar este Salmo aplicándolo a Cristo, Señor y Salvador. Orígenes, según la traducción al latín de san Jerónimo, afirma: El Señor ha reinado, se ha revestido de belleza. Es decir, quien antes había temblado en la miseria de la carne, ahora resplandece en la majestad de la divinidad. Para Orígenes, los ríos y las aguas que elevan sus voces, representan las aguas de los profetas y de los apóstoles, que proclaman la alabanza y la gloria del Señor, anuncian su juicio por todo el mundo. San Agustín desarrolla aún más ampliamente el símbolo de los torrentes y de los mares. Como ríos caudalosos de agua, es decir, llenos de Espíritu Santo, los apóstoles ya no tienen miedo y alzan finalmente su voz. Pero, cuando Cristo comenzó a ser anunciado por tantas voces, el mar comenzó a agitarse. En la consternación del mar del mundo -escribe Agustín- la nave de la Iglesia parecía ondear con miedo, enfrentada a amenazas y persecuciones, pero el Señor es admirable, ha caminado sobre el mar y ha aplacado las aguas. Dios, soberano de todo, omnipotente e invencible está siempre cerca de su pueblo, al que le ofrece sus enseñanzas. Esta es la idea que el Salmo 92 ofrece en su último versículo: al trono de los cielos le sucede el trono del arca del templo de Jerusalén; a la potencia de su voz cósmica le sigue la dulzura de su palabra santa e infalible: Tus mandatos son fieles y seguros; la santidad

es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término. Concluye así un himno breve pero lleno de sentido de oración. Es una oración que genera confianza y esperanza en los fieles, que con frecuencia se sienten turbados, ante el miedo de ser arrollados por las tempestades de la historia y golpeados por fuerzas oscuras. Un eco de este Salmo se puede percibir en el Apocalipsis de Juan, cuando el autor inspirado, al describir la gran asamblea celeste que celebra la caída de la Babilonia opresora, afirma: Y oí el ruido de una muchedumbre inmensa, como el ruido de grandes aguas, como el fragor de fuertes truenos. Y decían: "¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso". Concluimos nuestra reflexión sobre el Salmo 92 dejando la palabra a san Gregorio Nazianceno, el teólogo por excelencia entre los Padres de la Iglesia. Lo hacemos con un bello canto en el que la alabanza a Dios, soberano y creador, asume un aspecto trinitario. Tú, [Padre,] has creado el universo, le has dado a todo el puesto que le compete y le mantienes en virtud de tu providencia. . . Tu Verbo es Dios-Hijo: es consubstancial al Padre, igual a él en honor. Él ha armonizado el universo para reinar sobre todo. Y, al abrazarlo todo, el Espíritu Santo, Dios, cuida y tutela todo. Te proclamaré, Trinidad viviente, único soberano. . . fuerza perdurable que rige los cielos, mirada inaccesible a la vista, pero que contempla todo el universo y conoce toda la profundidad secreta de la tierra hasta los abismos. Padre, sé benigno conmigo: . . . que yo pueda encontrar misericordia y gracia, pues tuya es la gloria y la gracia hasta la edad sin fin.

Salmo 95

¡Canten al Señor un canto nuevo, canten al Señor toda la tierra! Canten al Señor, bendigan su nombre, su salvación anuncien día a día. Cuenten su gloria a las naciones y a todos los pueblos sus maravillas. Porque el Señor es grande y muy digno de alabanza, más temible que todos los dioses. Pues son nada esos dioses de los pueblos, mas el Señor es quien hizo los cielos. Honor y Majestad van precediéndole, y en su santuario están Fuerza y Esplendor. Ríndanle al Señor tribus y pueblos, ríndanle al Señor gloria y poder, ríndanle al Señor la gloria de su nombre. Traigan la ofrenda y entren en su templo, adoren al Señor en el atrio sagrado, tiemblen ante él, pueblos de toda la tierra. "El Señor reina", anuncien a los pueblos, él fijó el universo inamovible, él juzgará a los pueblos con justicia. ¡Gozo en los cielos, júbilo en la tierra, bramido del mar y del mundo marino!. Muestran su júbilo el campo y todos sus frutos, lancen vivas los árboles del bosque. delante del Señor, por-

que ya viene, porque ya viene a juzgar a la tierra. Al mundo con justicia juzgará, y a los pueblos, según su verdad.

Decid a los pueblos: "el Señor es rey". Esta exhortación del Salmo 95, que acabamos de proclamar, presenta por así decir el tono con el que se modula todo el himno. Se trata de uno de los así llamados Salmos del Señor rey, que comprenden los Salmos 95 a 98, además del 46 y el 92. En el pasado, ya tuvimos la oportunidad de comentar el Salmo 92, y sabemos que estos cánticos se centran en la grandiosa figura de Dios, que rige todo el universo y gobierna la historia de la humanidad. También el Salmo 95 exalta tanto al Creador de los seres, como al Salvador de los pueblos: Dios afianzó el orbe, y no se moverá; juzga a los pueblos rectamente. Es más, en el original hebreo el verbo traducido por juzgar significa, en realidad, gobernar: de este modo se tiene la certeza de que no quedamos abandonados a las oscuras fuerzas del caos o de la casualidad, sino que estamos siempre en manos de un Soberano justo y misericordioso. El Salmo comienza con una invitación festiva a alabar a Dios, invitación que se abre inmediatamente a una perspectiva universal: Cantad al Señor, toda la tierra. Los fieles son invitados a contar la gloria de Dios a los pueblos y después a dirigirse a todas las naciones para proclamar sus maravillas. Es más, el salmista interpela directamente a las familias de los pueblos para invitar a dar gloria al Señor. Por último, pide a los fieles que digan a los pueblos: el Señor es rey, y precisa que el Señor juzga a los pueblos. Es muy significativa esta apertura universal por parte de un pueblo pequeño aplastado entre grandes imperios. Este pueblo sabe que su Señor es el Dios del universo y que los dioses de los gentiles son apariencias. El Salmo está encuadrado por dos panoramas. El primero comprende una solemne epifanía del Señor en su santuario, es decir, el templo de Sión. Esta precedida y seguida por los cantos y los ritos de sacrificio de la asamblea de los fieles. Discurre apremiante el flujo de la alabanza frente a la majestad divina: Cantad al Señor un cántico nuevo. . . cantad. . . cantad. . . bendicid. . . proclamad su victoria. . . . contad su gloria. . . sus maravillas. . . aclamad su gloria. . . entrad en sus atrios trayéndole ofrendas. . . postraos. El gesto fundamental frente al Señor rey, que manifiesta su gloria en la historia de la salvación es, por tanto, el canto de adoración, de alabanza y de bendición. Estas actitudes deberían estar presentes también en nuestra liturgia cotidiana y en nuestra oración personal. En el centro de este canto coral, nos encontramos ante una declaración contra la idolatría. La oración se convierte, así, en un camino para alcanzar al pureza de la fe, según la conocida máxima *lex*

orandi, lex credendi: la norma de la verdadera oración es también norma de fe, es una lección sobre la verdad divina. Ésta, de hecho, puede descubrirse precisamente a través de la íntima comunión con Dios alcanzada en la oración. El Salmista proclama: Grande es el Señor, y muy digno de alabanza, más temible que todos los dioses. Pues los dioses de los gentiles son apariencia, mientras que el Señor ha hecho el cielo. A través de la liturgia y la oración, se purifica la fe de toda degeneración, se abandonan aquellos ídolos a los que sacrificamos con facilidad algo de nosotros mismos durante la vida cotidiana, se pasa del miedo ante la trascendente justicia de Dios a la experiencia viva de su amor. Llegamos así al segundo panorama abierto por el salmo, que comienza con la proclamación de la realeza del Señor. Ahora se dirige al universo, incluso en sus elementos más misteriosos y oscuros, como el mar según la antigua concepción bíblica: Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra. Como dirá san Pablo, incluso la naturaleza, junto con el hombre espera impacientemente. . . ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Al llegar a este momento, quisiéramos dejar espacio a la relectura cristiana de este Salmo, realizada por los Padres de la Iglesia, que en él han visto una prefiguración de la Encarnación y de la Crucifixión, signo de la paradójica realeza de Cristo. De este modo, al inicio del discurso pronunciado en Constantinopla en la Navidad del año 379 o del año 380, san Gregorio Nacianceno retoma algunas expresiones del Salmo 95: Cristo nace, ¡glorificadle! Cristo baja del cielo, ¡salid a recibirle! Cristo está sobre la tierra, ¡lavaos! "Cantad al Señor, toda la tierra", y para unir los dos conceptos, "que se alegre el cielo y exulte la tierra" con aquél que es celestial, pero que se ha hecho terrestre. De este modo, el misterio de la realeza divina se manifiesta en la Encarnación. Es más, aquel que reina, haciéndose terrestre, reina precisamente en la humillación de la Cruz. Es significativo el que muchos en tiempos antiguos leyeran el versículo 10 de este Salmo con una sugerente asociación cristológica: El Señor reinó desde el madero. Por este motivo, ya la Carta de Bernabé enseñaba que el reino de Jesús está sobre el madero y el mártir san Justino, citando casi íntegramente el Salmo en su Primera Apología, concluía invitando a todos los pueblos a exultar porque el Señor reinó desde el madero de la Cruz. En este ambiente floreció el himno del poeta cristiano Venancio Fortunato, *Vexilla regis*, en el que exalta a Cristo que reina desde lo alto de la Cruz, trono de amor, no de

dominio: Regnavit a ligno Deus. Jesús, de hecho, en su existencia terrena ya había advertido: El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.

Salmo 96

La luz, la alegría y la paz, que en el tiempo pascual inundan a la comunidad de los discípulos de Cristo y se difunden en la creación entera, impregnan este encuentro nuestro, que tiene lugar en el clima intenso de la octava de Pascua. En estos días celebramos el triunfo de Cristo sobre el mal y la muerte. Con su muerte y resurrección se instaure definitivamente el reino de justicia y amor querido por Dios. Precisamente en torno al tema del reino de Dios gira esta catequesis, dedicada a la reflexión sobre el salmo 96. El Salmo comienza con una solemne proclamación: "El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables" y se puede definir una celebración del Rey divino, Señor del cosmos y de la historia. Así pues, podríamos decir que nos encontramos en presencia de un salmo pascual. Sabemos la importancia que tenía en la predicación de Jesús el anuncio del reino de Dios. No sólo es el reconocimiento de la dependencia del ser creado con respecto al Creador; también es la convicción de que dentro de la historia se insertan un proyecto, un designio, una trama de armonías y de bienes queridos por Dios. Todo ello se realizó plenamente en la Pascua de la muerte y la resurrección de Jesús. Recorramos ahora el texto de este salmo, que la liturgia nos propone en la celebración de las Laudes. Inmediatamente después de la aclamación al Señor rey, que resuena como un toque de trompeta, se presenta ante el orante una grandiosa epifanía divina. Recurriendo al uso de citas o alusiones a otros pasajes de los salmos o de los profetas, sobre todo de Isaías, el salmista describe cómo irrumpen en la escena del mundo el gran Rey, que aparece rodeado de una serie de ministros o asistentes cósmicos: las nubes, las tinieblas, el fuego, los relámpagos. Además de estos, otra serie de ministros personifica su acción histórica: la justicia, el derecho, la gloria. Su entrada en escena hace que se estremezca toda la creación. La tierra exulta en todos los lugares, incluidas las islas, consideradas como el área más remota. El mundo entero es iluminado por fulgores de luz y es sacudido por un terremoto. Los montes, que encarnan las realidades más antiguas y sólidas según la cosmología bíblica, se derriten como cera, como ya cantaba el profeta Miqueas: "He aquí que el Señor sale de su morada (. . .).

Debajo de él los montes se derriten, y los valles se hienden, como la cera al fuego". En los cielos resuenan himnos angélicos que exaltan la justicia, es decir, la obra de salvación realizada por el Señor en favor de los justos. Por último, la humanidad entera contempla la manifestación de la gloria divina, o sea, de la realidad misteriosa de Dios, mientras los "enemigos", es decir, los malvados y los injustos, ceden ante la fuerza irresistible del juicio del Señor. Después de la teofanía del Señor del universo, este salmo describe dos tipos de reacción ante el gran Rey y su entrada en la historia. Por un lado, los ídólatras y los ídolos caen por tierra, confundidos y derrotados; y, por otro, los fieles, reunidos en Sión para la celebración litúrgica en honor del Señor, cantan alegres un himno de alabanza. La escena de "los que adoran estatuas" es esencial: los ídolos se postran ante el único Dios y sus seguidores se cubren de vergüenza. Los justos asisten jubilosos al juicio divino que elimina la mentira y la falsa religiosidad, fuentes de miseria moral y de esclavitud. Entonan una profesión de fe luminosa: "tú eres, Señor, altísimo sobre toda la tierra, encumbrado sobre todos los dioses". Al cuadro que describe la victoria sobre los ídolos y sus adoradores se opone una escena que podríamos llamar la espléndida jornada de los fieles. En efecto, se habla de una luz que amanece para el justo: es como si despuntara una aurora de alegría, de fiesta, de esperanza, entre otras razones porque, como se sabe, la luz es símbolo de Dios. El profeta Malaquías declaraba: "Para vosotros, los que teméis mi nombre, brillará el sol de justicia". A la luz se asocia la felicidad: "Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre". El reino de Dios es fuente de paz y de serenidad, y destruye el imperio de las tinieblas. Una comunidad judía contemporánea de Jesús cantaba: "La impiedad retrocede ante la justicia, como las tinieblas retroceden ante la luz; la impiedad se disipará para siempre, y la justicia, como el sol, se manifestará principio de orden del mundo". Antes de dejar el salmo 96, es importante volver a encontrar en él, además del rostro del Señor rey, también el del fiel. Está descrito con siete rasgos, signo de perfección y plenitud. Los que esperan la venida del gran Rey divino aborrecen el mal, aman al Señor, son los "hasîdîm", es decir, los fieles, caminan por la senda de la justicia, son rectos de corazón, se alegran ante las obras de Dios y dan gracias al santo nombre del Señor. Pidamos al Señor que estos rasgos espirituales brillen también en nuestro rostro.

Salmo 97

Entonen al Señor un canto nuevo, pues ha hecho maravillas, la salvación provino de su diestra, de su brazo de santidad. El Señor dio a conocer su salvación, les hizo ver a los paganos su justicia, se acordó de su amor y fidelidad en favor de la casa de Israel. Todos, hasta los confines del mundo, han visto la salvación de nuestro Dios. ¡Aclamen al Señor, toda la tierra, estallen en gritos de alegría!. ¡Canten con la cítara al Señor, con la cítara y al son de la salmodía, al son de la trompeta y del cuerno aclamen el paso del Rey, el Señor!. ¡Rujan el mar y todo lo que contiene, el mundo y todos los que lo habitan!. Aplaudan los ríos y los montes griten de alegría delante del Señor, porque ya viene, porque ya viene a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos según su derecho.

El Salmo 97 que acabamos de proclamar pertenece a un género de himnos con el que ya nos hemos encontrado durante el itinerario espiritual que estamos realizando a la luz del Salterio. Se trata de un himno al Señor, rey del universo y de la historia. Es definido como un cántico nuevo, que en el lenguaje bíblico significa un cántico perfecto, rebosante, solemne, acompañado por música festiva. Además del canto del coro, de hecho, se evoca el sonido melodioso de la cítara, la trompeta y el son del cuerno, así como una especie de aplauso cósmico. Además, incesantemente resuena el nombre del Señor (seis veces), invocado como nuestro Dios. Dios, por tanto, está en el centro del escenario en toda su majestad, mientras realiza la salvación en la historia y es esperado para juzgar al mundo y los pueblos. El verbo hebreo que indica el juicio significa también gobernar: hace referencia por tanto a la acción eficaz del Soberano de toda la tierra, que traerá paz y justicia. El Salmo se abre con la proclamación de la intervención divina dentro de la historia de Israel. Las imágenes de la diestra y del brazo santo se refieren al Éxodo, a la liberación de la esclavitud de Egipto. La alianza con el pueblo de la elección es recordada a través de dos grandes perfecciones divinas: amor y fidelidad. Estos signos de salvación son revelados a las naciones y a los confines de la tierra para que toda la humanidad sea atraída por Dios salvador y se abra a su palabra y a su obra salvadora. La acogida reservada al Señor que interviene en la historia está marcada por una alabanza común: además de la orquesta y de los cantos del templo de Sión, participa también el universo, que constituye una especie de templo cósmico. Los cantores de este inmenso coro de alabanza son cuatro. El primero es el mar con su fragor, que parece un contrabajo de este grandioso acto de alabanza. Le siguen la tierra y el mundo

con todos sus habitantes, unidos en una armonía solemne. La tercera personificación es la de los ríos que, al ser considerados como brazos del mar, parecen batir palmas con su flujo rítmico. Por último, aparecen las montañas que parecen bailar de alegría ante el Señor, a pesar de ser las criaturas más macizas e imponentes. Un coro colosal, por tanto, que tiene un único objetivo: exaltar al Señor, rey y juez justo. El final del Salmo, como se decía, presenta de hecho a Dios que llega para regir (juzgar) la tierra. . . con justicia y los pueblos con rectitud. Esta es nuestra gran esperanza y nuestra invocación: ¡Venga tu reino!, un reino de paz, de justicia y de serenidad, que restablezca la armonía originaria de la creación. En este Salmo, el apóstol Pablo reconoció con profunda alegría una profecía de la obra del misterio de Cristo. Pablo se sirvió del versículo 2 para expresar el tema de su gran carta a los Romanos: en el Evangelio la justicia de Dios se ha revelado, se ha manifestado. La interpretación de Pablo confiere al Salmo una mayor plenitud de sentido. Leído en la perspectiva del Antiguo Testamento, el Salmo proclama que Dios salva a su pueblo y que todas las naciones, al verlo, quedan admiradas. Sin embargo, en la perspectiva cristiana, Dios realiza la salvación en Cristo, hijo de Israel; todas las naciones lo ven y son invitadas a aprovecharse de esta salvación, dado que el Evangelio es potencia de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego, es decir el pagano. Ahora los confines de la tierra no sólo han contemplado la victoria de nuestro Dios, sino que la han recibido. En esta perspectiva, Orígenes, escritor cristiano del siglo 3, en un texto citado después por san Jerónimo, interpreta el cántico nuevo del Salmo como una celebración anticipada de la novedad cristiana del Redentor crucificado. Escuchemos entonces su comentario que mezcla el canto del salmista con el anuncio evangélico. Cántico nuevo es el Hijo de Dios que fue crucificado -algo que nunca antes se había escuchado-. A una nueva realidad le debe corresponder un cántico nuevo. “Cantad al Señor un cántico nuevo. Quien sufrió la pasión en realidad es un hombre; pero vosotros cantáis al Señor. Sufrió la pasión como hombre, pero redimió como Dios”. Orígenes continúa: Cristo “hizo milagros en medio de los judíos: curó a paralíticos, purificó a leprosos, resucitó muertos. Pero también lo hicieron otros profetas. Multiplicó los panes en gran número y dio de comer a un innumerable pueblo. Pero también lo hizo Eliseo. Entonces, ¿qué es lo que hizo de nuevo para merecer un cántico nuevo? ¿Queréis saber lo que hizo de nuevo? Dios murió como hombre para que los hombres tuvieran la vida; el Hijo de Dios fue crucificado para elevarnos hasta el cielo.

Salmo 98

El Señor reina, tiemblan los pueblos; monta en querubines, la tierra se estremece. En Sión el Señor es muy grande, exaltado por encima de todos los pueblos. Que celebran tu nombre grande y terrible: "¡El es Santo!". Rey poderoso, amante de la justicia, tú has establecido la rectitud, tú ejerces en Jacob el derecho y la sentencia justa. Ensalcen al Señor, nuestro Dios, póstrense ante la tarima de sus pies: ¡El es Santo!. Moisés y Aarón eran sus sacerdotes, Samuel también invocaba su nombre: invocaban al Señor y él les respondía. De la columna de nube les hablaba, guardaban sus órdenes, las leyes que les dio. Oh Señor, nuestro Dios, tú les respondías, tú eras para ellos un Dios tolerante, pero no les dejabas pasar nada. Ensalcen al Señor, nuestro Dios, póstrense ante su santo monte: ¡Santo es el Señor nuestro Dios!

El Señor reina. Esta aclamación, inicio del Salmo 98 que acabamos de escuchar, revela su tema fundamental y su género literario característico. Se trata de un canto del pueblo de Dios al Señor, que gobierna el mundo y la historia como soberano trascendente y supremo. Se relaciona con otros himnos análogos -los Salmos 95-97-, sobre los que ya hemos reflexionado, que la Liturgia de los Laudes presenta como oración ideal para la mañana. De hecho, al comenzar el día, el fiel sabe que no está abandonado a la merced de la casualidad ciega y oscura, ni abocado a la incertidumbre de su libertad, ni dependiente de las decisiones de otro, ni dominado por las vicisitudes de la historia. Sabe que, por encima de toda realidad terrena, está el Creador y Salvador en su grandeza, santidad y misericordia. Los expertos presentan varias hipótesis sobre el uso que se hacía de este Salmo en la liturgia del templo de Sión. De todos modos, tiene el sabor de una alabanza contemplativa que se eleva hacia el Señor, sentado en su gloria celeste ante los pueblos y la tierra. Y, sin embargo, Dios se hace presente en un espacio y en medio de una comunidad, es decir, en Jerusalén, mostrando que es Dios-con-nosotros. El salmista atribuye a Dios siete títulos solemnes en los primeros versículos: es rey, grande, encumbrado, terrible, santo, poderoso, justo. A continuación, Dios es presentado también con el calificativo de paciente. Se subraya la santidad de Dios: en tres ocasiones se repite -como en forma de antifona- que es santo. El término indica, en el lenguaje bíblico, sobretodo la trascendencia divina. Dios es superior a nosotros, y está infinitamente por encima de cualquier otra criatura. Esta trascendencia, sin embargo, no hace de él un soberano impasible y extraño: cuando es invocado, responde. Dios es aquel que puede

salvar, el único que puede liberar a la humanidad del mal y de la muerte. De hecho, administra la justicia y ejerce el derecho en Jacob. Los Padres de la Iglesia han reflexionado mucho sobre la santidad de Dios, ensalzando la inaccesibilidad divina. Sin embargo, este Dios trascendente y santo se ha hecho cercano al hombre. Es más, como dice san Ireneo, se acostumbró al hombre en el Antiguo Testamento, manifestándose con apariciones y hablando por medio de los profetas, mientras que el hombre se acostumbraba a Dios aprendiendo a seguirle y obedecerle. Es más, san Efrén en uno de sus himnos subraya que a través de la encarnación el Santo puso su morada en el vientre [de María] de manera corporal / ahora toma su morada en la mente de manera espiritual. Además, por el don de la Eucaristía, en analogía con la encarnación, la Medicina de Vida ha bajado de lo alto/ para morar en aquellos que son dignos.

Después ha entrado,
ha tomado su morada en nosotros,
de este modo nos santificamos a nosotros mismos dentro de él.

Este profundo lazo entre santidad y cercanía de Dios es desarrollado también en el Salmo 98. De hecho, después de haber contemplado la perfección absoluta del Señor, el Salmista recuerda que Dios estaba en contacto continuo con su pueblo a través de Moisés y Aarón, sus mediadores, así como con Samuel, su profeta. Hablaba y era escuchado, castigaba los delitos pero también perdonaba. El signo de esta presencia en medio del pueblo era el estrado de sus pies, es decir, el trono del arca del templo de Sión. El Dios santo e invisible se hacía, por tanto, disponible a su pueblo a través de Moisés el legislador, Aarón el sacerdote, Samuel el profeta. Se revelaba en palabras y hechos de salvación y de juicio, y estaba presente en Sión a través del culto celebrado en el templo. Se podría decir, entonces, que el Salmo 98 se realiza hoy en la Iglesia, sede de la presencia del Dios santo y trascendente. El Señor no se ha retirado en el espacio inaccesible de su misterio, indiferente a nuestra historia y a nuestras expectativas. Viene a juzgar la tierra. Juzgará el orbe con justicia y a los pueblos con equidad. Dios se ha hecho presente entre nosotros sobretodo en su Hijo, hecho uno de nosotros para infundir en nosotros su vida y santidad. Por este motivo, ahora no nos acercamos a Dios con terror, sino con confianza. Tenemos en Cristo al sumo sacerdote santo, inocente, sin mancha. Puede salvar perfectamente a los que por él llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder a su favor. Nuestro canto, entonces, se llena de serenidad y de alegría: exalta al Señor rey, que mora entre nosotros, enjugando las

lágrimas de nuestros ojos.

Salmo 99

¡Aclame al Señor la tierra entera, sirvan al Señor con alegría, lleguen a él, con cánticos de gozo!. Sepan que el Señor es Dios, él nos hizo y nosotros somos suyos, su pueblo y el rebaño de su pradera. ¡Entren por sus puertas dando gracias, en sus atrios canten su alabanza. Denle gracias y bendigan su nombre!. "Sí, el Señor es bueno, su amor dura por siempre, y su fidelidad por todas las edades".

La tradición de Israel ha dado al himno de alabanza que acabamos de proclamar el título de Salmo para la todáh, es decir, para la acción de gracias en el canto litúrgico, por lo que se presta muy bien a ser entonado en las Laudes matutinas. En los pocos versículos de este gozoso himno se pueden identificar tres elementos significativos, capaces de hacer fructuosa su recitación por parte de la comunidad cristiana orante. Ante todo aparece el intenso llamamiento a la oración, claramente descrita en dimensión litúrgica. Basta hacer la lista de los verbos en imperativo que salpican el Salmo y que aparecen acompañados por indicaciones de carácter ritual: Aclamad. . . , servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios. . . Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre. Una serie de invitaciones no sólo a penetrar en el área sagrada del templo a través de las puertas y los patios, sino también a ensalzar a Dios de manera festiva. Es una especie de hilo conductor de alabanza que no se rompe nunca, expresándose en una continua profesión de fe y de amor. Una alabanza que desde la tierra se eleva hacia Dios, pero que al mismo tiempo alimenta el espíritu del creyente. Quisiera hacer una segunda y breve observación sobre el inicio mismo del canto, en el que el Salmista hace un llamamiento a toda la tierra a aclamar al Señor. Ciertamente el Salmo centrará después su atención en el pueblo elegido, pero el horizonte abarcado por la alabanza es universal, como con frecuencia sucede en el Salterio, en particular en los así llamados himnos al Señor rey. El mundo y la historia no están en manos del azar, del caos, o de una necesidad ciega. Son gobernados por un Dios misterioso, sí, pero al mismo tiempo es un Dios que desea que la humanidad viva establemente según relaciones justas y auténticas. Él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente. . . regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad. Por este motivo, todos estamos en las manos de Dios, Señor y Rey, y todos le alabamos, con la confianza de que no nos dejará caer

de sus manos de Creador y Padre. Desde esta perspectiva, se puede apreciar mejor el tercer elemento significativo del Salmo. En el centro de la alabanza que el Salmista pone en nuestros labios se encuentra de hecho una especie de profesión de fe, expresada a través de una serie de atributos que definen la realidad íntima de Dios. Este credo esencial contiene las siguientes afirmaciones: el Señor es Dios: el Señor es nuestro creador, nosotros somos su pueblo, el Señor es bueno, su amor es eterno, su fidelidad no tiene límites. Ante todo nos encontramos frente a una renovada confesión de fe en el único Dios, como pide el primer mandamiento del Decálogo: Yo soy el Señor, tu Dios. . . No habrá para ti otros dioses delante de mí. Y, como se repite con frecuencia en la Biblia: Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Se proclama después la fe en el Dios creador, manantial del ser y de la vida. Sigue después la afirmación expresada a través de la así llamada fórmula de la alianza, de la certeza que tiene Israel de la elección divina: somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. Es una certeza que hacen propia los fieles del nuevo Pueblo de Dios, con la conciencia de constituir el rebaño que el Pastor supremo de las almas las lleva a los prados eternos del cielo. Después de la proclamación del Dios único, creador y fuente de la alianza, el retrato del Señor ensalzado por nuestro Salmo continúa con la meditación en tres cualidades divinas con frecuencia exaltadas en el Salterio: la bondad, el amor misericordioso (hésed), la fidelidad. Son las tres virtudes que caracterizan la alianza de Dios con su pueblo; expresan un lazo que no se romperá nunca, a través de las generaciones y a pesar del río fangoso de pecado, de rebelión y de infidelidad humanas. Con serena confianza en el amor divino que no desfallecerá nunca, el pueblo de Dios se encamina en la historia con sus tentaciones y debilidades diarias. Y esta confianza se convierte en un canto que no siempre puede expresarse con palabras, como observa san Agustín: Cuanto más aumente la caridad, más te darás cuenta de lo que decías y no decías. De hecho, antes de saborear ciertas cosas, creías que podías utilizar palabras para hablar de Dios; sin embargo, cuando has comenzado a sentir su gusto, te das cuenta de que no eres capaz de explicar adecuadamente lo que experimentas. Pero si te das cuenta de que no sabes expresar con palabras lo que sientes, ¿tendrás por eso que callarte y no cantar sus alabanzas?. . . Por ningún motivo. No seas tan ingrato. A Él se le debe el honor, el respeto, y la alabanza más grande. . . Escucha el Salmo: "¡Aclama al Señor, tierra entera!". Comprenderás la exultación de toda la tierra si tú mismo exul-

tas con el Señor. En el clima de alegría y de fiesta, que se prolonga en esta última semana del tiempo navideño, queremos retomar nuestra meditación sobre la Liturgia de los Laudes. Nos detenemos hoy en el Salmo 99, recién proclamado, que constituye una gozosa invitación a alabar al Señor, pastor de su pueblo. Siete imperativos salpican toda la composición y llevan a la comunidad fiel a celebrar, en el culto, al Dios del amor y de la alianza: aclamad, servid, presentaos, sabed, entrad por sus puertas, dadle gracias bendecid. Hace pensar en una procesión litúrgica que está a punto de entrar en el templo de Sión para realizar un rito en honor del Señor. En el Salmo se entrecruzan algunas palabras características para exaltar el lazo de alianza que existe entre Dios e Israel. Aparece ante todo la afirmación de una plena pertenencia a Dios: somos suyos, su pueblo, afirmación llena de orgullo y al mismo tiempo de humildad, pues Israel se presenta como ovejas de su rebaño. En otros textos, encontramos expresiones de esta relación: El Señor es nuestro Dios. Encontramos, después, expresiones de la relación de amor, la misericordia y fidelidad, unidas a la bondad, que en el original hebreo se formulan precisamente con los términos típicos del pacto que une a Israel con su Dios. Pasa revista también a las coordenadas del espacio y del tiempo. Por un lado, se presenta ante nosotros toda la tierra, involucrada con sus habitantes en la alabanza a Dios; después el horizonte se reduce al área sagrada del templo de Jerusalén con sus atrios y sus puertas, donde se recoge la comunidad en oración. Por otro lado, se hace referencia al tiempo en sus tres dimensiones fundamentales: el pasado de la creación, el presente de la alianza y del culto y, por último, el futuro en el que la fidelidad misericordiosa del Señor se extiende por todas las edades, haciéndose eterna. Detengámonos ahora brevemente en los siete imperativos que constituyen la larga invitación a alabar a Dios y que abarcan casi todo el Salmo antes de encontrar, en el último versículo, su motivación en la exaltación de Dios, contemplado en su identidad íntima y profunda. El primer llamamiento consiste en la aclamación festiva que involucra a toda la tierra en el canto de alabanza al Creador. Cuando rezamos, tenemos que sentirnos en sintonía con todos los que rezan, quienes en idiomas y formas diferentes, exaltan al único Señor. Pues -como dice el profeta Malaquías- desde el sol levante hasta el poniente, grande es mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi Nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice el Señor de los Ejércitos. Vienen después unos llamamientos de carácter litúrgico y ritual: servir, presentarse y cruzar las puertas del templo. Son verbos

que, aludiendo también a las audiencias reales, describen los diferentes gestos que los fieles realizan cuando entran en el santuario de Sión para participar en la oración comunitaria. Después del canto cósmico, celebra la liturgia el pueblo de Dios, ovejas de su rebaño, su propiedad personal entre todos los pueblos. La invitación a entrar por sus puertas con acción de gracias y con himnos nos recuerda un pasaje de Los misterios de san Ambrosio, donde se describen a los bautizados acercándose al altar: El pueblo purificado se acerca a los altares de Cristo diciendo: "Llegaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría". Desprendido de los restos del error inveterado, el pueblo renovado en su juventud como un águila se dispone a participar en este convite celeste. Llega y al ver el altar sacrosanto convenientemente preparado, exclama: "El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce". Los demás imperativos, que salpican el Salmo, vuelven a presentar actitudes religiosas fundamentales de quien ora: saber, alabar, bendecir. El verbo saber expresa el contenido de la profesión de fe en el único Dios. De hecho, tenemos que proclamar que sólo el Señor es Dios, combatiendo toda idolatría y toda soberbia y potencia humana contrapuesta. El objetivo de los demás verbos, es decir, alabar y bendecir es también el nombre del Señor, es decir, su persona, su presencia eficaz y salvadora. Desde esta perspectiva el Salmo concluye con una solemne exaltación de Dios, una especie de profesión de fe: el Señor es bueno y su fidelidad no nos abandona nunca, pues siempre está dispuesto a apoyarnos con su amor misericordioso. Con esta confianza, el que ora se abandona en el abrazo de su Dios: Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el hombre que se cobija en él, dice el Salmista en otro lugar.

Salmo 100

Quiero cantar lo que es bueno y justo; para ti, Señor, será mi salmo. Me entrenaré en el camino perfecto; pero tú, ¿vendrás a mí? No tendré más que rectas intenciones para actuar en mi casa. Nada tendré en vista que pueda ser malvado. Odio el proceder de los extraviados, no permitiré que se me pegue. Lejos de mí el corazón perverso, desconozco al malvado. Al que denigra en secreto a su prójimo yo lo haré callar; al de ojos altaneros y corazón engreído no lo soportaré. Buscaré a los leales del país para que vivan conmigo; al que sigue el camino perfecto lo pondré a mi servicio. No morará en mi casa el que trama el engaño; el que anda con mentiras no comparezca en mi presencia. Cada mañana acabaré con todos los malvados del país, para suprimir de la ciudad del

Señor a todos los que hacen el mal.

Propósitos de un príncipe justo. Después de las dos catequesis dedicadas al significado de las celebraciones pascuales, reanudamos nuestra reflexión sobre la liturgia de las Laudes. Para el martes de la cuarta semana nos propone el salmo 100, que acabamos de escuchar. Es una meditación que pinta el retrato del político ideal, cuyo modelo de vida debería ser el actuar divino en el gobierno del mundo: un actuar regido por una perfecta integridad moral y por un enérgico compromiso contra las injusticias. Ese texto se vuelve a proponer ahora como programa de vida para el fiel que comienza su día de trabajo y de relación con el prójimo. Es un programa de "amor y justicia", que se articula en dos grandes líneas morales. La primera se llama "senda de la inocencia" y está orientada a exaltar las opciones personales de vida, realizadas "con rectitud de corazón", es decir, con conciencia totalmente recta. Por una parte, se habla de modo positivo de las grandes virtudes morales que hacen luminosa la "casa", es decir, la familia del justo: la sabiduría, que ayuda a comprender y juzgar bien; la inocencia, que es pureza de corazón y de vida; y, por último, la integridad de la conciencia, que no tolera componendas con el mal. Por otra parte, el salmista introduce un compromiso negativo. Se trata de la lucha contra toda forma de maldad e injusticia, para mantener lejos de su casa y de sus opciones cualquier perversión del orden moral. Como escribe san Basilio, gran Padre de la Iglesia de Oriente, en su obra El bautismo, "ni siquiera el placer de un instante que contamina el pensamiento debe turbar a quien se ha configurado con Cristo en una muerte semejante a la suya". La segunda línea se desarrolla en la parte final del salmo y precisa la importancia de las cualidades más típicamente públicas y sociales. También en este caso se enumeran los puntos esenciales de una vida que quiere rechazar el mal con rigor y firmeza. Ante todo, la lucha contra la calumnia y la difamación secreta, un compromiso fundamental en una sociedad de tradición oral, que atribuía gran importancia a la función de la palabra en las relaciones interpersonales. El rey, que ejerce también la función de juez, anuncia que en esta lucha empleará la más rigurosa severidad: hará que perezca el calumniador. Asimismo, se rechaza toda arrogancia y soberbia; se evita la compañía y el consejo de quienes actúan siempre con engaño y mentiras. Por último, el rey declara el modo como quiere elegir a sus "servidores", es decir, a sus ministros. Los escoge entre "los que son leales". Quiere rodearse de gente íntegra y evitar el contacto con "quien comete fraudes". El último versículo del salmo es

particularmente enérgico. Puede resultar chocante al lector cristiano, porque anuncia un exterminio: "Cada mañana haré callar a los hombres malvados, para excluir de la ciudad del Señor a todos los malhechores". Sin embargo, es importante recordar que quien habla así no es una persona cualquiera, sino el rey, responsable supremo de la justicia en el país. Con esta frase expresa de modo hiperbólico su implacable compromiso de lucha contra la criminalidad, un compromiso necesario, que comparte con todos los que tienen responsabilidades en la gestión de la administración pública. Evidentemente, esta tarea de justiciero no compete a cada ciudadano. Por eso, si los fieles quieren aplicarse a sí mismos la frase del salmo, lo deben hacer en sentido analógico, es decir, decidiendo extirpar cada mañana de su propio corazón y de su propia conducta la hierba mala de la corrupción y de la violencia, de la perversión y de la maldad, así como cualquier forma de egoísmo e injusticia. Concluamos nuestra meditación volviendo al versículo inicial del salmo: "Voy a cantar el amor y la justicia. . . ". Un antiguo escritor cristiano, Eusebio de Cesarea, en sus Comentarios a los Salmos, subraya la primacía del amor sobre la justicia, aunque esta sea también necesaria: "Voy a cantar tu misericordia y tu juicio, mostrando cómo actúas habitualmente: no juzgas primero y luego tienes misericordia, sino que primero tienes misericordia y luego juzgas, y con clemencia y misericordia emites sentencia. Por eso, yo mismo, ejerciendo misericordia y juicio con respecto a mi prójimo, me atrevo a cantar y entonar salmos en tu honor. Así pues, consciente de que es preciso actuar así, conservo inmaculadas e inocentes mis sendas, convencido de que de este modo te agradarán mis cantos y salmos por mis obras buenas".

Salmo 107

¡Oh Dios, listo está mi corazón, quiero cantar, quiero tocar para ti con todo mi corazón!. Despierten, arpa y cítara, despertaré a la aurora. Te alabaré, Señor, entre los pueblos, tocaré para ti en las provincias, pues tu amor va más allá de los cielos y tu verdad alcanza hasta las nubes. Oh Dios, muéstrate por encima de los cielos, que brille tu gloria sobre toda la tierra. ¡Que sean liberados tus muy amados. Sálvanos con tu diestra y respóndenos!. Dios habló desde su santuario: "Estoy en forma, repartiré Siquem, y lotearé el valle de Sucot. Mío es Galaad, mío Manasés, Efraín es el casco para mi cabeza, y Judá, mi bastón de mando. Moab es la vasija en que me lavo, sobre Edom arrojo mi sandalia, contra Filistea lanzo el grito de victoria". ¿Quién me llevará a la ciudad fuerte, quién me guiará hasta Edom?. Sólo tú, oh Dios; pero nos has recha-

zado y ya no sales más con nuestras tropas. Danos tu ayuda contra el opresor, pues la ayuda humana es ilusoria. ¡Con Dios maravillas obtendremos y él pisoteará a nuestros adversarios!

El Salmo 107, que nos acaban de recitar, forma parte de la secuencia de los Salmos de la Liturgia de los Laudes, objeto de nuestras catequesis. Presenta una característica sorprendente a primera vista. La composición está formada por la fusión de dos fragmentos de Salmos preexistentes, uno tomado del Salmo 56 y el otro del Salmo 59. El primer fragmento tiene el tono de un himno, el segundo tiene el carácter de una súplica pero contiene un oráculo divino que infunde en el que ora serenidad y confianza. Esta fusión da origen a una nueva oración y este hecho se convierte en un ejemplo para nosotros. En realidad, la liturgia cristiana también funde con frecuencia pasajes bíblicos diferentes transformándolos en un nuevo texto, destinado a iluminar situaciones inéditas. Permanece, sin embargo, el nexos con la base original. De hecho, el Salmo 107 (aunque no es el único, basta pensar por ejemplo en otro testimonio, el Salmo 143) muestra cómo Israel, en el Antiguo Testamento, volvía a utilizar y actualizaba la Palabra de Dios revelada. El Salmo que resulta de esta combinación es, por tanto, algo más que una simple suma o yuxtaposición de dos pasajes preexistentes. En vez de comenzar con una humilde súplica, como el Salmo 56, Misericordia, Dios mío, misericordia, el nuevo Salmo comienza con un anuncio decidido de alabanza a Dios: Dios mío, mi corazón está firme, para ti cantaré. Esta alabanza toma el lugar del lamento que conformaba el inicio del otro Salmo, y se convierte así en la base del oráculo divino sucesivo y de la súplica que lo circunda. Esperanza y pesadilla se funden y se convierten en materia de la nueva oración, totalmente orientada a sembrar confianza en el tiempo de la prueba vivida por toda la comunidad. El Salmo se abre, por tanto, con un himno gozoso de alabanza. Es un canto matutino acompañado por el arpa y la cítara. El mensaje es claro y está centrado en la bondad y en la fidelidad divina: en hebreo *hésed* y *emèt*, son términos típicos para definir la fidelidad amorosa del Señor hacia la alianza con su pueblo. En virtud de esta fidelidad, el pueblo está seguro de que no será abandonado nunca por Dios en el abismo de la nada o de la desesperación. La relectura cristiana interpreta este Salmo de manera particularmente sugerente. En el versículo 6, el Salmista celebra la gloria trascendente de Dios: Elévate sobre el cielo (es decir, sé exaltado), Dios mío, y llene la tierra tu gloria. Al comentar este Salmo, Orígenes, el célebre escritor cristiano del siglo III, hace referencia a la frase de Jesús: Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos ha-

cia mí, aludiendo a la crucifixión. Ésta tiene como resultado la afirmación del versículo sucesivo: para que se salven tus predilectos. Entonces, Orígenes concluye: ¡Qué significado tan estupendo! El motivo por el que el Señor es crucificado y exaltado consiste en que sus amados sean liberados. . . Lo que hemos pedido se ha cumplido: Él ha sido exaltado y nosotros hemos sido liberados. Pasemos ahora a la segunda parte del Salmo 107, cita parcial del Salmo 59, como decíamos. En la angustia de Israel, que siente que Dios está ausente y distante, se eleva la voz del oráculo del Señor que resuena en el templo. En esta revelación, Dios se presenta como Árbitro y Señor de toda la tierra santa, desde la ciudad de Siquén hasta el valle transjordánico de Sucot, desde las regiones orientales de Galaad y Manasés, pasando por las centro-meridionales de Efraín y Judá, hasta llegar también a los territorios vasallos pero extranjeros de Moab, Edom y Filistea. Con imágenes coloridas de tono militar o de carácter jurídico se proclama el señorío divino sobre la tierra prometida. Si el Señor reina, no hay que tener miedo: no nos sacuden las fuerzas oscuras del hado o del caos. En todo momento, incluso en los momentos tenebrosos, siempre hay un proyecto superior que rige la historia. Esta fe enciende la llama de la esperanza. Dios indicará de todos modos una salida, es decir, una ciudad fortificada colocada en la región de Edom. Esto quiere decir que, a pesar de la prueba y del silencio, Dios volverá a revelarse, a sostener y guiar a su pueblo. Sólo de Él puede venir la ayuda decisiva y no de las alianzas militares externas, es decir, de la fuerza de las armas. Sólo con él se alcanzará la libertad y se harán proezas. Con san Jerónimo recordamos la última lección del Salmista, interpretada en clave cristiana: Nadie debe desesperarse por esta vida. Tienes a Cristo y, ¿tienes miedo? Él será nuestra fuerza, Él será nuestro pan, Él será nuestro guía.

Salmo 109

Palabra del Señor a mi señor: "¡Siéntate a mi derecha y ve cómo hago de tus enemigos la tarima de tus pies!". Desde Sión extenderá el Señor el cetro de tu mando: domina en medio de tus enemigos. "Tuyo es el principado desde el día de tu nacimiento; de mí en el monte sagrado tú has nacido; como nace el rocío de la aurora". Juró el Señor y no ha de retractarse: "Tú eres para siempre sacerdote a la manera de Melquisedec". A tu diestra está el Señor, aplasta a los reyes en el día de su cólera; juzga a las naciones: está lleno de cadáveres, y de cabezas rotas a lo ancho de la tierra. El bebe del torrente, en el camino, por eso levanta su cabeza.

Tras las huellas de una antigua tradición, el Salmo 109, que acabamos de proclamar, constituye el componente primario de las Vísperas dominicales. Aparece en cada una de las cuatro semanas en las que se articula la Liturgia de las Horas. Su brevedad, acentuada por la exclusión en el uso litúrgico cristiano del versículo 6, de carácter imprecatorio, no implica una ausencia de dificultades exegéticas e interpretativas. El texto se presenta como un salmo real, ligado a la dinastía de David, y probablemente hace referencia al rito de entronización del soberano. Sin embargo, la tradición judía y cristiana ha visto en el rey consagrado el perfil del Consagrado por excelencia, el Mesías, el Cristo. Desde esta perspectiva, el Salmo se convierte en un canto luminoso elevado por la Liturgia cristiana al Resucitado en el día festivo, memoria de la Pascua del Señor. El Salmo 109 tiene dos partes, ambas caracterizadas por la presencia de un oráculo divino. El primer oráculo está dirigido al soberano en el día de su entronización solemne a la derecha de Dios, es decir, junto al Arca de la Alianza en el templo de Jerusalén. La memoria de la generación divina del rey formaba parte del protocolo oficial de su coronación y tenía para el rey un valor simbólico de investidura y de tutela, al ser el rey lugarteniente de Dios en la defensa de la justicia 3). En la relectura cristiana, esta generación se hace real al presentar a Jesucristo como auténtico Hijo de Dios. Así sucedió en el uso cristiano de otro famoso salmo regio-mesiánico, el segundo del Salterio, en el que se lee este oráculo divino: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. El segundo oráculo del Salmo 109 tiene, por el contrario, un contenido sacerdotal. El rey también desempeñaba antiguamente funciones de culto, no según la línea del sacerdocio levítico, sino según otra relación: la del sacerdocio de Melquisedec, el rey-sacerdote de Salem, Jerusalén preisraelita. En la perspectiva cristiana, el Mesías se convierte en el modelo de un sacerdocio perfecto y supremo. La Carta a los Hebreos, en su parte central, exaltarán este ministerio sacerdotal a semejanza de Melquisedec, viéndolo encarnado en plenitud en la persona de Cristo. El primer oráculo es citado en varias ocasiones por el Nuevo Testamento para celebrar el carácter mesiánico de Jesús. El mismo Cristo ante el sumo sacerdote y ante el Sanedrín judío retomará explícitamente este Salmo, proclamando que se sentará a la diestra del Poder divino, como se dice en el Salmo 109. En nuestro itinerario por los textos de la Liturgia de las Horas volveremos a comentar este salmo. Para concluir nuestra breve presentación de este himno mesiánico queremos subrayar su interpretación cristológica. Lo hacemos con una síntesis de san Agustín. En el Comentario al Salmo 109, pronunciado en la Cuaresma

del año 412, presentaba el Salmo como una auténtica profecía de las promesas divinas sobre Cristo. El famoso padre de la Iglesia decía: Era necesario conocer al único Hijo de Dios, que vendría entre los hombres para asumir al hombre y para convertirse en hombre a través de la naturaleza asumida: moriría, resucitaría, ascendería al cielo, se sentaría a la derecha del Padre y cumpliría entre las gentes lo que había prometido ... Todo esto debía ser profetizado y preanunciado para que no atemorizara a nadie si acontecía de repente, sino que, siendo objeto de nuestra fe, lo fuese también de una ardiente esperanza. En el ámbito de estas promesas se enmarca este Salmo, que profetiza en términos particularmente seguros y explícitos a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en quien no podemos dudar ni siquiera un momento que haya sido anunciado el Cristo. Dirigimos ahora nuestra invocación al Padre de Jesucristo, único rey y sacerdote perfecto y eterno, para que haga de nosotros un pueblo de sacerdotes y de profetas de paz y de amor, un pueblo que cante a Cristo rey y sacerdote, quien se inmoló para reconciliar consigo, en un solo cuerpo, a toda la humanidad, creando al hombre nuevo.

Salmo 114

¡Aleluya! Amo al Señor porque escucha el clamor de mi plegaria; Inclínó hacia mí su oído el día en que lo llamé. Me envolvían los lazos de la muerte, estaba preso en las redes fatales, me ahogaban la angustia y el pesar, pero invoqué el nombre del Señor: "¡Ay, Señor, salva mi vida!" El Señor es muy bueno y justo, nuestro Dios es compasivo; El Señor cuida de los pequeños, estaba débil y me salvó. Alma mía, vuelve a tu descanso, que el Señor cuida de ti. Ha librado mi alma de la muerte, de lágrimas mis ojos y mis pies de dar un paso en falso. Caminaré en presencia del Señor en la tierra de los vivos. Tenía fe, aun cuando me decía: "Realmente yo soy un desdichado". Pensaba en medio de mi confusión: "¡Todo hombre decepciona!" ¿Cómo le devolveré al Señor todo el bien que me ha hecho?. Alzaré la copa por una salvación e invocaré el nombre del Señor, cumpliré mis promesas al Señor en presencia de todo su pueblo. Tiene un precio a los ojos del Señor la muerte de sus fieles: "¡Mira, Señor, que soy tu servidor, tu servidor y el hijo de tu esclava: tú has roto mis cadenas!" Te ofreceré el sacrificio de acción de gracias e invocaré el nombre del Señor. Cumpliré mis promesas al Señor en presencia de todo su pueblo, en los atrios de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén.

En el Salmo 114, que se acaba de proclamar, la voz del salmista ex-

presa su amor agradecido al Señor, después de que escuchara una intensa súplica: Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. Tras esta declaración, se ofrece una sentida descripción de la pesadilla mortal que ha atenazado la vida del orante. Se representa el drama con los símbolos habituales de los salmos. Las redes que enredan la existencia son las de la muerte, los lazos que la angustian son la espiral del infierno, que quiere atraer a su interior a los vivientes sin nunca saciarse. Es la imagen de una presa caída en la trampa de un inexorable cazador. La muerte es como un mordisco que aprieta. El orante ha dejado a sus espaldas el riesgo de la muerte, acompañado por una experiencia psíquica dolorosa: caí en tristeza y angustia. Pero desde ese abismo trágico lanza un grito hacia el único que puede tender la mano y sacar al orante angustiado de este ovillo imposible de deshacer: Señor, salva mi vida. Es una oración breve pero intensa del hombre que, encontrándose en una situación desesperada, se agarra a la única tabla de salvación. Del mismo modo gritaron en el Evangelio los discípulos en la tormenta, del mismo modo imploró Pedro cuando, al caminar sobre las aguas, comenzaba a hundirse. Una vez salvado, el orante proclama que el Señor es benigno y justo, es más, misericordioso. Este último adjetivo, en el original hebreo, hace referencia a la ternura de la madre, evocando sus vísceras. La confianza auténtica siempre experimenta a Dios como amor, a pesar de que en ocasiones sea difícil intuir el recorrido de su acción. Queda claro que el Señor guarda a los sencillos. Por tanto, en la miseria y en el abandono, se puede contar con él, padre de los huérfanos y tutor de las viudas. Comienza después un diálogo entre el salmista y su alma, que continuará en el sucesivo Salmo 115, que debe considerarse como parte integrante del que estamos meditando. Es lo que ha hecho la tradición judía, dando origen al único Salmo 116, según la numeración hebrea del Salterio. El salmista invita a su alma a recuperar la paz serena tras la pesadilla mortal. Invocado con fe, el Señor ha tendido la mano, ha roto las redes que rodeaban al orante, ha secado las lágrimas de sus ojos, ha detenido su descenso precipitado en el abismo infernal. El cambio es claro y el canto concluye con una escena de luz: el orante regresa al país de la vida, es decir, a las sendas del mundo para caminar en presencia del Señor. Se une a la oración comunitaria del templo, anticipación de esa comunión con Dios que le esperará al final de su existencia. Al concluir, retomemos los pasajes más importantes del Salmo, dejándonos guiar por un gran escritor del siglo 3, Orígenes, cuyo comentario al Salmo 114 nos ha llegado en la versión latina de san Je-

rónimo. Al leer que el Señor inclina su oído hacia mí, afirma: nos damos cuenta de que somos pequeños, no podemos levantarnos, por esto el Señor inclina su oído y se digna escucharnos. Al fin y al cabo, dado que somos hombres y que no podemos convertirnos en dioses, Dios se hizo hombre y se inclinó, según está escrito: "Él inclinó los cielos y bajó". De hecho, sigue diciendo poco después el Salmo, el Señor guarda a los sencillos: Si uno es grande, si se exalta y es soberbio, el Señor no le protege; si uno se cree grande, el Señor no tiene misericordia de él; pero si uno se abaja, el Señor tiene misericordia de él y le protege. Hasta el punto de que llega a decir: "aquí estamos yo y los hijos que me ha dado". Y también: "Me humillé y Él me salvó". De este modo, quien es pequeño y miserable puede recuperar la paz, el descanso, como dice el Salmo y como comenta el mismo Orígenes: cuando se dice: "Vuelve a tu descanso", es señal de que antes había un descanso que después se ha perdido... Dios nos ha creado y nos ha hecho árbitros de nuestras decisiones, y nos ha puesto a todos en el paraíso, junto a Adán. Pero, dado que por nuestra libre decisión perdimos esa beatitud, terminando en este valle de lágrimas, el justo exhorta a su alma a regresar allí donde cayó... "Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo". Si tú, alma, regresas al paraíso, no es porque eres digna, sino porque eres obra de la misericordia de Dios. Si saliste del paraíso, fue por tu culpa; sin embargo, el regresar es obra de la misericordia del Señor. Digamos también nosotros a nuestra alma: "Recobra tu calma". Nuestra calma es Cristo, nuestro Dios.

Salmo 116

¡Aleluya!. ¡Alaben al Señor en todas las naciones, y festéjenlo todos los pueblos!. Pues su amor hacia nosotros es muy grande, y la lealtad del Señor es para siempre.

1. Este Salmo, el más breve de todos, está compuesto en el original hebreo por tan sólo diecisiete palabras, de las cuales nueve son particularmente relevantes. Se trata de una pequeña doxología, es decir, un canto esencial de alabanza, que podría servir como broche final para himnos de oración más amplios. Así se hacía, de hecho, en algunas ocasiones en la liturgia, como acontece con nuestro Gloria al Padre, que pronunciamos al concluir la recitación de cada Salmo. En verdad, estas pocas palabras de oración se revelan significativas y profundas para exaltar la alianza entre el Señor y su pueblo, dentro de una perspectiva universal. Desde este punto de vista, el primer versículo del Salmo es utilizado por el apóstol Pablo para invitar a todos los pueblos del

mundo a glorificar a Dios. Escribe a los cristianos de Roma: Los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, como dice la Escritura: "Alabad, gentiles todos, al Señor y cántenle himnos todos los pueblos". El breve himno que estamos meditando comienza, por tanto, como sucede con frecuencia con este tipo de Salmos, con una invitación a la alabanza, que no es dirigida sólo a Israel, sino a todos los pueblos de la tierra. Un aleluya debe surgir de los corazones de todos los justos que buscan y aman a Dios con corazón sincero. Una vez más, el Salterio refleja una visión de amplios horizontes, alimentada probablemente por la experiencia vivida por Israel durante el exilio en Babilonia en el siglo VI a. C. El pueblo judío encontró entonces otras naciones y culturas y experimentó la necesidad de anunciar su propia fe a aquéllos entre los que vivía. En el Salterio se da la consciencia de que el bien florece en muchos terrenos y puede ser orientado hacia el único Señor y Creador. Podemos, por eso, hablar de un ecumenismo de la oración, que abarca en un abrazo a pueblos diferentes por su origen, historia y cultura. Nos encontramos en misma línea de la gran visión de Isaías que describe al final de los días la afluencia de todas las gentes hacia el monte del templo del Señor. Caerán, entonces, de las manos las espadas y las lanzas; es más, se convertirán en arados y hoces, para que la humanidad viva en paz, cantando su alabanza al único Señor de todos, escuchando su palabra y observando su ley. Israel, el pueblo de la elección, tiene en este horizonte universal una misión que cumplir. Tiene que proclamar dos grandes virtudes divinas, que ha experimentado viviendo la alianza con el Señor. Estas dos virtudes, que son como los rasgos fundamentales del rostro divino, el binomio de Dios, como decía San Gregorio de Niza, se expresan con términos hebreos que, en las traducciones, no logran brillar con toda la riqueza de su significado. El primero es *hésed*, un término utilizado en varias ocasiones en el Salterio sobre el que ya me detuve en otra ocasión. Indica la trama de los sentimientos profundos que tienen lugar entre dos personas, ligadas por un vínculo auténtico y constante. Abarca, por tanto, valores como el amor, la fidelidad, la misericordia, la bondad, la ternura. Entre nosotros y Dios se da, por tanto, una relación que no es fría, como la que tiene lugar entre un emperador y su súbdito, sino palpitante, como la que se da entre dos amigos, entre dos esposos, o entre padres e hijos. El segundo término es *'emét* y es casi sinónimo del primero. También es sumamente privilegiado por el Salterio, que lo repite casi la mitad de las veces en las que resuena en el resto del Antiguo Testamento. El término de por sí expresa la verdad, es decir, el carácter genuino de una relación, su autentici-

dad y lealtad, que se mantiene a pesar de los obstáculos las pruebas; es la fidelidad pura y gozosa que no conoce doblez. No por casualidad el Salmista declara que dura por siempre. El amor fiel de Dios no desfallecerá y no nos abandonará a nosotros mismos, a la oscuridad de la falta de sentido, de un destino ciego, del vacío y de la muerte. Dios nos ama con un amor incondicional, que no conoce cansancio ni se apaga nunca. Este es el mensaje de nuestro Salmo, tan breve casi como una jaculatoria, pero intenso como un gran cántico. Las palabras que nos sugiere son como un eco del cántico que resuena en la Jerusalén celestial, donde una muchedumbre inmensa de toda lengua, pueblo y nación, canta la gloria divina ante el trono de Dios y ante el Cordero. La Iglesia peregrina se une a este cántico con infinitas expresiones de alabanza, moduladas con frecuencia por el genio poético y el arte musical. Pensemos, por poner un ejemplo, en el Te Deum del que generaciones enteras de cristianos se han servido a través de los siglos para cantar alabanzas y acción de gracias: Te Deum laudamus, te Dominum confitemur, te aeternum Patrem omnis terra veneratur. Por su parte, el pequeño Salmo que hoy estamos meditando es una eficaz síntesis de la perenne liturgia de alabanza de la que se hace eco la Iglesia en el mundo, uniéndose a la alabanza perfecta que Cristo mismo dirige al Padre. ¡Alabemos, por tanto, al Señor! Alabémosle sin cansarnos. Pero antes de expresar nuestra alabanza con palabras, debe manifestarse con la vida. Seremos muy poco creíbles si invitáramos a los pueblos a dar gloria al Señor con nuestro salmo y no tomáramos en serio la advertencia de Jesús: Brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. Cantando el Salmo 116, como sucede con todos los Salmos que aclaman al Señor, la Iglesia, Pueblo de Dios, se esfuerza por convertirse ella misma en un cántico de alabanza.

Continuando con nuestra meditación sobre los textos de la Liturgia de los Laudes, volvemos a considerar un Salmo ya propuesto, el más breve del Salterio. Es el Salmo 116, recién escuchado, una especie de pequeño himno, o de jaculatoria que se convierte en una alabanza universal al Señor. Expresa lo que quiere proclamar con dos palabras fundamentales amor y fidelidad. Con estos términos, el Salmista ilustra sintéticamente la alianza entre Dios e Israel, subrayando la relación profunda, leal y confiada que existe entre el Señor y su pueblo. Escuchamos aquí el eco de las palabras que el mismo Dios había pronunciado en el Sinaí, al presentarse a Moisés: Señor, Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad. A pesar de su

carácter breve y esencial, el Salmo 116 penetra en el corazón de la oración, que consiste en el encuentro y en el diálogo vivo y personal con Dios. En este acontecimiento, el misterio de la divinidad se revela como fidelidad y amor. El Salmista añade un aspecto particular de la oración: la experiencia de oración debe irradiarse en el mundo, transformándose en testimonio para quien no comparte nuestra fe. De hecho, al inicio, el horizonte se amplía a todas las naciones y todos los pueblos, para que ante la belleza y la alegría de la fe se dejen también conquistar por el deseo de conocer, encontrar y alabar a Dios. En un mundo tecnológico minado por un eclipse de lo sagrado, en una sociedad que se complace en una cierta autosuficiencia, el testimonio de quien ora es como un rayo de luz en la oscuridad. En un primer momento, puede despertar curiosidad, después puede inducir a la persona reflexiva a plantearse el sentido de la oración y, por último, puede suscitar un creciente deseo de hacer la experiencia. Por este motivo, la oración no es nunca un acontecimiento solitario, sino que tiende a dilatarse hasta involucrar al mundo entero. Acompañamos ahora el Salmo 116 con las palabras de un gran Padre de la Iglesia de Oriente, san Efrén el Sirio, quien vivió en el siglo 4. En uno de sus Himnos sobre la fe, el decimocuarto, expresa el deseo de no dejar de alabar nunca a Dios, involucrando también a todos aquellos que comprenden la verdad divina. Este es su testimonio: ¿Cómo puede dejar de alabarte mi arpa, Señor? ¿Cómo podría enseñar a mi lengua la infidelidad? Tu amor ha dado confianza a mis dudas, pero mi voluntad es todavía ingrata. Es justo que el hombre reconozca tu divinidad, es justo que los seres celestes alaben tu humanidad; los seres celestes se sorprendieron al ver que te habías aniquilado, y los de la tierra al ver hasta qué punto te has exaltado. En otro himno, san Efrén confirma su compromiso de alabanza incesante, y explica el motivo en el amor y en la compasión de Dios por nosotros, precisamente como sugiere nuestro Salmo. Que en ti, Señor, mi boca te alabe desde silencio. Que nuestras bocas no dejen de pronunciar tu alabanza, que nuestros labios no dejen de profesarte; que tu alabanza pueda vibrar en nosotros!. Dado que la raíz de nuestra fe está hundida en nuestro Señor;/ a pesar de que está lejos, está cerca en la fusión del amor. / Que las raíces de nuestro amor se unan a él,/ que la plenitud de su compasión se difunda sobre nosotros.

Salmo 117

Den gracias al Señor, pues él es bueno, pues su bondad perdura para siempre. Que lo diga Israel: ¡su bondad es para siempre!. Que lo diga

la casa de Aarón: ¡su bondad es para siempre!. Que lo digan los que temen al Señor: ¡su bondad es para siempre!. Al Señor, en mi angustia, le clamé, y me respondió sacándome de apuros. Si el Señor está conmigo, no temo, ¿qué podrá hacerme el hombre?. Cuento al Señor entre los que me ayudan, y veré a mis enemigos a mis pies. Más vale refugiarse en el Señor que confiar en los poderosos. Todos los paganos me rodeaban, pero en el nombre del Señor los humillé. Me rodeaban, me tenían cercado, pero en el nombre del Señor los humillé. Me rodeaban como avispas, cayeron como zarza que se quema, pues en nombre del Señor los humillé. Me empujaron con fuerza para botarme, pero acudió el Señor a socorrerme. El Señor es mi fuerza, el motivo de mi canto, ha sido para mí la salvación. Clamores de alegría y de triunfo resuenan en las tiendas de los justos: "¡La diestra del Señor hizo proezas, la diestra del Señor lo ha enaltecido, la diestra del Señor hizo proezas!". No, no moriré sino que viviré y contaré las obras del Señor. El Señor me corrigió mucho, pero no me entregó a la muerte. "¡Ábrame las puertas de justicia para entrar a dar gracias al Señor!". "Esta es la puerta que lleva al Señor, por ella entran los justos". ¡Te agradezco que me hayas escuchado, tú has sido para mí la salvación!. La piedra rechazada por los maestros pasó a ser la piedra principal; ésta fue la obra del Señor, no podían creerlo nuestros ojos. ¡Este es el día que ha hecho el Señor, gocemos y alegrémonos en él!. ¡Danos, oh Señor, la salvación, danos, oh Señor, la victoria!. "¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! desde la casa del Señor los bendecimos: el Señor es Dios, él nos ilumina". Formen la procesión con ramos en la mano hasta los cuernos del altar. Tú eres mi Dios, te doy gracias; ¡Dios mío, te digo que eres grande!. Den gracias al Señor, pues él es bueno, pues su bondad perdura para siempre.

Quando el cristiano, en sintonía con la voz orante de Israel, canta el Salmo 117, que acabamos de escuchar, siente en su interior un particular estremecimiento. En este himno, descubre dos frases de intenso carácter litúrgico cuyo eco se escucha en el Nuevo Testamento con una nueva tonalidad. La primera aparece en el versículo 22: La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Esta frase es citada por Jesús, quien la aplica a su misión de muerte y de gloria, después de haber narrado la parábola de los viñadores asesinos. La frase es evocada también por Pedro en los Hechos de los Apóstoles: Jesús es la piedra que vosotros los constructores habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos. Co-

menta Cirilo de Jerusalén: Decimos que uno solo es el Señor Jesucristo pues su filiación es única; uno solo para que tú no creas que hay otro. . De hecho, es llamado piedra, pero no una piedra tallada por manos humanas, sino una piedra angular, para que quien crea en él no quede decepcionado. La segunda frase que el Nuevo Testamento toma del Salmo 117 es proclamada por la muchedumbre en la solemne entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!. La aclamación queda enmarcada por un Hosanna, hoshiac na', deh, ¡sálvanos!. Este espléndido himno bíblico se enmarca en la pequeña serie de Salmos, del 112 al 117, llamada el Hallel pasquale, es decir, la alabanza salmódica utilizada en el culto judío para la Pascua y las principales solemnidades del año litúrgico. El rito de procesión puede ser considerado como el hilo conductor del Salmo 117, salpicado quizá por cantos para solista y para coro, con la ciudad santa y su templo como telón de fondo. Una bella antífona abre y cierra el texto: Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. La palabra misericordia traduce la palabra judía hesed, que designa la fidelidad generosa de Dios hacia su pueblo aliado y amigo. Tres categorías de personas son involucradas en el cántico de esta alabanza: todo Israel, la casa de Aarón, es decir, los sacerdotes, y quien teme a Dios, una locución que indica a los fieles y sucesivamente también a los prosélitos, es decir, los miembros de otras naciones que desean adherir a la ley del Señor. La procesión parece avanzar por las calles de Jerusalén, pues se habla de las tiendas de los justos. De todos modos, se eleva un himno de acción de gracias, cuyo mensaje esencial es: incluso en la angustia es necesario conservar la llama de la confianza, pues la mano potente del Señor lleva a su fiel a la victoria sobre el mal y a la salvación. El poeta sagrado utiliza imágenes fuertes y vivas: los adversarios crueles son comparados a un enjambre de avispas o a una columna de fuego que avanza dejando todo hecho cenizas 12). Pero la reacción del justo, apoyado por el Señor, es vehemente: en tres ocasiones repite: en el nombre del Señor los rechacé y el verbo hebreo pone de manifiesto una intervención destructiva del mal. En el origen, de hecho, está la diestra poderosa de Dios, es decir, su obra eficaz, y no precisamente la mano débil e incierta del hombre. Por este motivo la alegría por la victoria sobre el mal deja lugar a una profesión de fe muy sugerente: el Señor es mi fuerza y mi energía, Él es mi salvación. La procesión parece llegar al templo, a las puertas del triunfo, es decir, a la puerta santa de Sión. Aquí se entona un segundo canto de acción de gracias, que comienza con un diálogo entre la asamblea y los sacerdo-

tes para ser admitidos al culto. Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor, dice el solista en nombre de la asamblea en procesión. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella, responden otros, probablemente los sacerdotes. Una vez atravesada la puerta, comienza el himno de acción de gracias al Señor, que en el templo se ofrece como piedra estable y segura sobre la que se edifica la casa de la vida. Una bendición sacerdotal desciende sobre los fieles, que han entrado en el templo para expresar su fe, elevar su oración y celebrar el culto. La última escena que se abre ante nuestros ojos está constituida por un rito gozoso de danzas sagradas, acompañadas por un festivo agitar de palmas: Ordenad una procesión con ramos hasta los ángulos del altar. La liturgia es alegría, encuentro de fiesta, expresión de toda la existencia que alaba al Señor. El rito de los ramos recuerda la solemnidad judía de las Chozas, memoria de la peregrinación de Israel en el desierto, solemnidad en la que se realizaba una procesión con ramas de palmera, arrayán y sauce. Este mismo rito, evocado por el Salmo, se vuelve a proponer en la entrada de Jesús en Jerusalén, celebrada en la liturgia del Domingo de Ramos. Cristo es ensalzado como hijo de David por la muchedumbre que había llegado para la fiesta. . . y tomando ramos de palmera salió a su encuentro gritando: "Hosanna. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor y rey de Israel!. En aquella celebración festiva, que sin embargo es el preludio de la pasión y muerte de Jesús, se aplica en sentido pleno el símbolo de la piedra angular, propuesto al inicio, alcanzando un valor glorioso y pascual. El Salmo 117 alienta a los cristianos a reconocer en el acontecimiento de la Pascua de Jesús el día en que actuó el Señor, en el que La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Con el salmo pueden cantar llenos de gratitud: Mi fuerza y mi canto es el Señor, Él es mi salvación; Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

En todas las festividades más significativas y gozosas del antiguo judaísmo -en particular en la celebración de la Pascua- se cantaba la secuencia de los Salmos que va desde el 112 al 117. Esta serie de himnos de alabanza y de acción de gracias a Dios era llamada el Hallel egipcio, pues en uno de ellos, el Salmo 113 A, se evocaba de manera poética y casi visiva el éxodo de Israel de la tierra de la opresión, el Egipto de los faraones, y el maravilloso don de la alianza. Pues bien, el último Salmo que sigla este Hallel egipcio es precisamente el 117, que acabamos de proclamar, y que ya habíamos meditado en un comentario precedente. Este canto revela claramente su uso litúrgico dentro del

templo de Jerusalén. En su trama, de hecho, parece desarrollarse una procesión, que comienza en las tiendas de los justos, es decir, en las casas de los fieles. Éstos exaltan la protección de la mano divina, capaz de tutelar a quien es recto y confía incluso cuando irrumpen los adversarios crueles. La imagen utilizada por el Salmista es expresiva: me rodeaban como avispas, ardiendo como fuego en las zarzas, en el nombre del Señor los rechacé. Ante este peligro superado, el pueblo de Dios estalla en cantos de victoria en honor de la diestra del Señor que es poderosa. Se da, por tanto, la conciencia de no estar nunca solos, a merced de la tormenta desencadenada por los malvados. La última palabra, en verdad, es siempre la de Dios que, si bien permite la prueba a su fiel, sin embargo no le entrega a la muerte. Al llegar a este punto, parece que la procesión llega a la meta evocada por el Salmista a través de la imagen de las puertas del triunfo, es decir, la puerta santa del templo de Sión. La procesión acompaña al héroe a quien Dios ha dado la victoria. Pide que se le abran las puertas para que pueda dar gracias al Señor. Con él los vencedores entran por ella. Para expresar la dura prueba que ha superado y la glorificación que de ella resulta, se compara a sí mismo con la piedra desechada por los arquitectos convertida ahora en la piedra angular. Cristo asumirá precisamente esta imagen y este versículo, al final de la parábola de los viñadores homicidas para anunciar su pasión y su glorificación. Al aplicarse a sí mismo este Salmo, Cristo abre el camino a la interpretación cristiana de este himno de confianza y de gratitud al Señor por su hesed, es decir, por su fidelidad amorosa, de la que se hace eco todo el Salmo. Los símbolos adoptados por los Padres de la Iglesia son dos. Ante todo, el de la puerta del triunfo, que san Clemente Romano en su Carta a los Corintios comentaba de este modo: Muchas son las puertas abiertas, pero la de del triunfo está en Cristo. Bienaventurados todos los que entran por ella y dirigen su camino en la santidad y en la justicia, cumpliendo tranquilamente con todo. Otro símbolo, unido al precedente, es precisamente el de la piedra. Nos dejaremos guiar ahora en nuestra meditación por san Ambrosio en su Exposición sobre el Evangelio según Lucas. Comentando la profesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo, recuerda que Cristo es la piedra y que Cristo tampoco negó este bello nombre a su discípulo, de modo que también él sea Pedro, para que en la piedra tenga la firmeza de la perseverancia, la inquebrantabilidad de la fe. Ambrosio introduce entonces la exhortación: Esfuérzate tú también por ser una piedra. Pero para esto, no busques la piedra fuera de ti, sino dentro de ti. Tu piedra son tus acciones, tu piedra es tu pensamiento. Sobre esta

pedra se edifica tu casa para que no sea flagelada por ninguna tempestad de los espíritus del mal. Si eres una piedra, estarás dentro de la Iglesia, pues la Iglesia está sobre la piedra. Si estás dentro de la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ti.

Salmo 118

Dichosos los que sin yerro andan el camino y caminan según la Ley del Señor. Dichosos los que observan sus testimonios y lo buscan de todo corazón, que sin cometer injusticia caminan por sus sendas. Tú eres quien promulgó tus ordenanzas para que las observen totalmente. Ojalá sea firme mi conducta en cumplir con tus preceptos. Entonces no tendré vergüenza alguna en respetar todos tus mandamientos. Te daré gracias con rectitud de corazón cuando vaya aprendiendo tus juicios justos. Tus preceptos, yo los quiero guardar, no me abandones, pues, completamente. ¿Cómo un joven purifica su camino? Basta con que observe tus palabras. ¡Con todo mi corazón te he buscado, no me desvíes de tus mandamientos!. En mi corazón escondí tu palabra para no pecar contra ti. ¡Bendito seas, Señor, enséñame tus preceptos!. Con mis labios he enumerado todos los juicios de tu boca. Me he complacido en seguir tus testimonios más que en tener toda una fortuna. Quiero meditar en tus ordenanzas y tener ante mis ojos tus senderos. En tus preceptos me deleitaré, jamás me olvidaré de tus palabras. Sé bueno con tu servidor y viviré, pues yo quisiera guardar tu palabra. Abre mis ojos para que yo vea las maravillas de tu Ley. En la tierra soy sólo un pasajero, no me ocultes pues tus mandamientos. Mi alma se consume deseando tus juicios en todo tiempo. Tú amenazas a los arrogantes malditos, que desertan de tus mandamientos. Ahórrame el desprecio y la vergüenza pues tus testimonios he guardado. Aunque príncipes sessionen en mi contra, tu servidor meditará en tus maravillas. Tus testimonios son también mis delicias, tus preceptos son mis consejeros. Mi alma está adherida al polvo, vivifícame conforme a tu palabra. Te expuse mis proyectos y me respondiste: enséñame tus preceptos. Haz que tome el camino de tus ordenanzas para que medite en tus maravillas. Mi alma está deprimida de pesar, levántame de acuerdo a tu palabra. Aleja de mí el camino engañoso, y dame la gracia de tu Ley. He elegido el camino de la verdad, y tus juicios he deseado. Me he apegado, Señor, a tus testimonios, que no me decepcione. Corro por el camino de tus mandamientos, ahí me ensanchas el corazón. Señor, enséñame el camino de tus preceptos, que los quiero seguir hasta el final. Dame la inteligencia para guardar tu Ley, y que la observe de todo corazón. Guíame

por la senda de tus mandamientos, pues en ésa me complazco. Inclina mi corazón hacia tus testimonios y no hacia la ganancia. Guarda mis ojos de mirar cosas vanas, me darás vida en tus caminos. Cumple con tu siervo tu promesa dirigida a aquellos que te temen. Aparta de mí el desprecio que temo pues tus juicios son para mi bien. Mira cómo deseo tus ordenanzas, tú que eres justo, vivifícame. Que venga a mí, Señor, tu gracia y tu salvación, conforme a tu palabra. Entonces responderé a los que se burlan, que puedo confiar en tus palabras. Que no se me olvide la palabra de verdad, pues espero en tus juicios. Quiero observar tu Ley constantemente, por siempre jamás. Estaré a mis anchas en todos mis caminos, pues tus ordenanzas he buscado. Ante reyes hablaré de tus testimonios y no tendré vergüenza. Me he deleitado en tus mandamientos a los que amaba mucho. Alzaré mis manos hacia ti y meditaré en tus preceptos. Recuerda tu palabra a tu servidor, ella ha mantenido mi esperanza. Este es mi consuelo en mi miseria que tu palabra me vivificará. Los soberbios se burlaban mucho de mí, pero no me he movido de tu Ley. Me acuerdo de tus juicios de otros tiempos y eso, Señor, me da aliento. Al ver a los impíos me da rabia: ¿por qué abandonan tu Ley?. Tus preceptos son salmodias para mí en la casa donde me reciben. Por la noche me acuerdo de tu nombre, oh Señor, y observo tu Ley. Por lo menos esto me quedará, haber guardado tus ordenanzas. Lo que escojo, Señor, yo lo he dicho, es observar tus palabras. Con todo mi corazón he procurado que tu rostro se enternezca, ten piedad de mí según tu palabra. He reflexionado en mis caminos, a tus testimonios readecuaré mis pasos. Me he apresurado, no me he retardado en obedecer tus mandamientos. Los pecadores intentaron seducirme, pero no me olvidado de tu Ley. A medianoche me levanto, te doy gracias por tus justos juicios. Me he aliado con todos los que te temen y que observan tus ordenanzas. De tu bondad, Señor, está llena la tierra, enséñame tus preceptos. Has sido bueno con tu servidor, Señor, de acuerdo a tu palabra. Enséñame el buen sentido y el saber pues tengo fe en tus mandamientos. Antes de ser humillado me había alejado pero ahora yo observo tu palabra. , Tú que eres bueno y bienhechor, enséñame tus preceptos. Los soberbios me recubren de mentira, mas, con todo el corazón, guardo tus ordenanzas. Su corazón está obstruido como de grasa, pero para mí tu Ley es mi delicia. Fue bueno para mí que me humillaras para que así aprendiera tus preceptos. La ley de tu boca vale más para mí que millones de oro y plata. Tus manos me han hecho y organizado, dame la inteligencia para aprender tus mandatos. Se alegrarán los que te temen al ver que he esperado en tu palabra. Sé, Señor, que tus jui-

cios son justos y que con razón me has afligido. Que tu gracia me asista y me consuele, conforme a tu palabra dada a tu siervo. Que venga a mí tu ternura y me dé vida, porque mis delicias son tu Ley. Confunde a los soberbios que me calumnian, mientras yo medito en tus ordenanzas. Que se vuelvan a mí los que te temen y que saben de tus testimonios. Que cumpla mi corazón sin falla tus preceptos para que no quede avergonzado. Mi alma se desgastó anhelando tu salvación, espero en tu palabra. Mis ojos se cansaron por tu palabra, ¿cuándo vendrás a confortarme?. Aunque parezco un cuero ahumado, no he olvidado tus preceptos. ¿Cuál será la suerte de tu servidor? ¿cuándo harás justicia con mis perseguidores?. Los soberbios me han cavado trampas, lo que estaba en contra de tu Ley. Todos tus mandamientos son verdad: me persiguen sin razón, ¡ayúdame!. Por poco no me dejaban en el suelo, pero yo no abandoné tus ordenanzas. Por tu bondad dame vida, para que observe el testimonio de tu boca. Tu palabra, Señor, es para siempre, inmutable en los cielos. De generación en generación tu verdad; igual que la tierra que tú fundaste y que se mantiene por tu decisión, pues el universo es tu servidor. Si en tu Ley no hubiera puesto mis delicias habría perecido en mi miseria. Jamás olvidaré tus ordenanzas pues por ellas me haces revivir. Tuyo soy, sálvame, ya que he buscado tus ordenanzas. Los malvados me espían para perderme, pero estoy atento a tus testimonios. He visto el fin de todo lo perfecto, ¡cuánto más amplio es tu mandamiento! . ¡Cuánto amo tu Ley! En ella medito todo el día. Me haces más sabio que mis enemigos por tu mandamiento que es siempre mío. Soy más agudo que todos mis maestros, merced a tus testimonios que medito. Superé a los ancianos en saber pues guardo tus ordenanzas. Aparté mis pasos de todo mal camino, pues quería ser fiel a tu palabra. De tus juicios no me he apartado, pues tú me los enseñas. ¡A mi paladar son dulces tus palabras, más que la miel para mi boca!. Tus ordenanzas me han dado la inteligencia, por eso odio cualquier ruta mentirosa. Para mis pasos tu palabra es una lámpara, una luz en mi sendero. He hecho un juramento y lo mantendré de guardar tus justos juicios. He sido hasta el colmo afligido vivifícame, Señor, según tu palabra. Acepta, Señor, la ofrenda de mi boca, y enséñame tus juicios. Expongo mi vida a cada instante, pero jamás me olvido de tu ley. Los malvados me han tendido una celada pero no me alejé de tus ordenanzas. Tus testimonios han sido siempre mi herencia, son la alegría de mi corazón. Incliné mi corazón a cumplir tus preceptos, siempre y totalmente. Odio los corazones repartidos y amo tu Ley. Tú eres mi refugio y mi escudo, he puesto en tu palabra mi esperanza. Apártense de mí,

agentes del mal, para que guarde los mandamientos de mi Dios. Sostenme según tu palabra, y viviré que no sea en vano mi esperanza. Sé mi apoyo y estaré salvado, que tus preceptos sean siempre mis delicias.

Desprecias a los que abandonan tus preceptos, sus proyectos no son más que mentira. Los malos del país son para ti la escoria, por eso yo amo tus testimonios. Ante ti mi carne tiembla de miedo, tus juicios me llenan de temor. He actuado con derecho y con justicia, no me entregues a mis opresores. Defiende la causa de tu servidor, no dejes que me opriman los soberbios. Por tu salvación mis ojos languidecen, y por tu justa palabra. Según tu amor actúa con tu siervo, y enséñame tus preceptos. Soy tu servidor, dame la inteligencia para que conozca tus testimonios. Señor, es tiempo de que actúes, pues se viola tu Ley, al verlo amo más tus mandamientos, los aprecio más que el oro fino. Me regulo por todos tus preceptos y odio cualquier camino de mentira. Maravillosos son tus testimonios por eso mi alma los guarda. Exponer tus palabras es dar luz y abrir la inteligencia de los sencillos. Abro una boca grande para aspirar pues estoy ávido de tus mandamientos. Vuélvete a mí y ten de mí piedad, como los que aman tu nombre lo merecen. Afirma con tu palabra mis pasos, no dejes que me domine algún mal. Líbrame de la opresión del hombre, para que pueda observar tus ordenanzas. Haz brillar tu faz sobre tu siervo y enséñame tus preceptos. De mis ojos han brotado ríos de lágrimas al ver que no se observa tu Ley. Tú eres justo, Señor, y rectos son tus juicios. Has dictado tus testimonios con justicia, y con toda verdad. Me consumo de indignación pues mis adversarios olvidan tus palabras. Tu palabra está totalmente comprobada por eso tu servidor la ama. Aunque soy poca cosa y despreciable, no me olvido de tus ordenanzas. Tu justicia es justicia eternamente y tu Ley es verdad. Si me asaltan la angustia y la ansiedad, tus mandamientos aún son mis delicias. Tus testimonios son justicia eterna, dame la inteligencia y viviré. Te invoco, Señor, con todo el corazón, respóndeme, pues quiero observar tus preceptos. Yo a ti clamo, sálvame, pues quiero guardar tus testimonios. Me adelanto a la aurora para clamarte, espero en tus palabras. Mis ojos se adelantaron a las horas y volví a meditar en tu palabra. Por tu amor, Señor, oye mi voz, hazme vivir según tus juicios. Mis perseguidores se adhieren al crimen, pero se alejan de tu Ley. Tú estás cerca, Señor, y todos tus mandamientos son verdad. Lo que hace tiempo sé de tus testimonios es que los fundaste para siempre. Mira mi miseria y líbrame, pues no me he olvidado de tu Ley. Defiende mi causa y líbrame, que me vivifique tu palabra. La salvación

está lejos de los impíos, pues no se interesan en tus preceptos. Frecuentes son, Señor, tus misericordias, hazme vivir según tus juicios. Mis perseguidores y mis enemigos son sin cuento, pero no me aparté de tus testimonios. Vi a los traidores y me dieron asco, pues no respetan tu palabra. Mira cuánto amo tus ordenanzas, Señor, hazme vivir según tu gracia. El principio de tu palabra es la verdad, tus juicios son justos para siempre. Si bien los príncipes me perseguían sin razón, mi corazón temía más a tus palabras. Tu palabra me llena de gozo como quien encuentra un gran tesoro. Detesto la mentira, la aborrezco, pero eso sí que amo tu Ley. Siete veces al día yo te alabo por tus juicios que son justos. Una paz grande para los que aman tu Ley, nada podrá hacerlos tropezar. Espero, Señor, tu salvación, y pongo en práctica tus mandamientos. Mi alma toma en cuenta tus testimonios, los amo totalmente. Observo tus ordenanzas, tus testimonios, a tu vista están todos mis caminos. ¡Que mi grito se acerque a tu faz, Señor, según tu palabra, dame la inteligencia!. ¡Que mi súplica llegue hasta tu presencia, líbrame de acuerdo a tu palabra! . ¡Que mis labios publiquen tu alabanza, pues tú me enseñas tus preceptos!. ¡Que mi lengua celebre tu palabra, pues son justos todos tus mandamientos!. ¡Que tu mano venga a socorrerme, pues yo elegí tus ordenanzas! . He ansiado, Señor, tu salvación, y tu Ley ha sido mi delicia. ¡Que mi alma viva para alabarte, y tus juicios vendrán en mi ayuda!. Iba errante como oveja perdida, ven a buscar a tu servidor, pues bien sabes que no olvidé tus mandamientos.

La liturgia de las Laudes nos propone en el sábado de la primera semana una sola estrofa tomada del Salmo 118, una monumental oración de 22 estrofas, que corresponden al número de letras del alfabeto hebreo. Cada estrofa se caracteriza por una letra del alfabeto, con la que comienzan cada uno de los versículos. El orden de las estrofas sigue el del alfabeto. La que acabamos de proclamar es la estrofa número 19, que corresponde a la letra Coph. Esta premisa, algo exterior, nos permite comprender mejor el significado de este canto en honor de la Ley divina. Es semejante a una música oriental, cuyas modulaciones sonoras no parecen acabar nunca y subir al cielo con una repetición que se apodera de la mente y los sentidos, del espíritu y el cuerpo del que ora. En una secuencia que va de la Aleph a la Tau, es decir, de la primera a la última letra del alfabeto, de la a a la zeta diríamos con nuestro alfabeto, el orante se entrega a la alabanza de la Ley de Dios, que usa como lámpara para sus pasos en el camino con frecuencia oscuro de la vida. Se dice que el gran filósofo y científico Blaise Pascal recitaba diariamente este Salmo, que es el más amplio de todos; mientras que el teó-

logo Dietrich Bonhoeffer, asesinado por los nazis en 1945, lo convertía en oración viva y actual escribiendo: Indudablemente el Salmo 118 es largo y monótono, pero nosotros tenemos que ir palabra por palabra, frase por frase, lenta y pacientemente. Descubriremos entonces que las aparentes repeticiones son en realidad aspectos nuevos de una misma realidad: el amor por la Palabra de Dios. Como este amor no puede tener nunca fin, tampoco tienen fin las palabras que lo confiesan. Pueden acompañarnos por toda nuestra vida. En su sencillez se convierten en la oración del niño, del hombre, del anciano. El hecho de repetir, además de ayudar la memoria con el canto coral, se convierte en un camino para estimular la adhesión interior y el abandono confiado entre los brazos de Dios invocado y amado. De las repeticiones del Salmo 118 queremos señalar una que es sumamente significativa. Cada uno de los 176 versículos que conforman esta alabanza de la Torá, es decir de la Ley y la Palabra divina, contiene al menos una de las ocho palabras con las que se define la Torá misma: ley, palabra, testimonio, juicio, dicho, decreto, precepto, orden. Se celebra así la Revelación divina, que es revelación del misterio de Dios, así como guía moral para la existencia del fiel. Dios y el hombre están, de este modo, unidos en un diálogo compuesto de palabras y de obras, de enseñanzas, de escucha, de verdad y de vida. Pasemos ahora a nuestra estrofa, que se adapta muy bien a la atmósfera de las Laudes matutinas. De hecho, la escena que aparece en el centro de estos ocho versículos es nocturna, pero abierta al nuevo día. Después de una larga noche de espera y de vigilia en oración en el templo, cuando aparece en el horizonte la aurora y comienza la liturgia, el fiel está seguro de que el Señor escuchará a quien ha pasado la noche rezando, esperando, y meditando en la Palabra divina. Consolado por esta convicción, frente al día que se abre ante él, ya no teme los peligros. Sabe que no será arrollado por sus perseguidores que traicionándole le asedian, porque el Señor está a su lado. La estrofa expresa una intensa oración: Te invoco de todo corazón: respóndeme. . . me adelanto a la aurora pidiendo auxilio, esperando tus palabras. . . . En el Libro de las Lamentaciones se lee esta invitación: En pie, lanza un grito en la noche, cuando comienza la ronda [del centinela]; como agua tu corazón derrama ante el rostro del Señor, alza tus manos hacia él. San Ambrosio repetía: ¿No sabes, hombre, que tienes que ofrecer todos los días a Dios las primicias de tu corazón y de tu voz? Apresúrate para llevar a la iglesia al alba las primicias de tu piedad. Al mismo tiempo, nuestra estrofa es también la exaltación de una certeza: no estamos solos, pues Dios escucha e interviene. Lo dice el

orante: Tú, Señor, estás cerca. Lo confirman otros Salmos: Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos; El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos.

En nuestro ya largo recorrido por los Salmos que propone la Liturgia de los Laudes, llegamos a una estrofa -exactamente la decimonona- de la oración más amplia del Salterio, el Salmo 118. Se trata de una parte del inmenso cántico alfabético: el Salmista distribuye su obra en veintidós estrofas que corresponden a la sucesión de veintidós palabras hebreas que comienzan todas con una misma letra del alfabeto. La estrofa que acabamos de escuchar está caracterizada por la letra hebrea Coph, y representa al orante presentando a Dios su intensa vida de fe y de oración. La invocación al Señor no conoce descanso, pues es una respuesta continua a la propuesta permanente de la Palabra de Dios. Por un lado, se multiplican los verbos de la oración: Te invoco, a ti grito, pido auxilio, escucha mi voz. Por otro lado, se exalta la palabra del Señor, que propone leyes, decretos, palabras, promesas, la voluntad, mandamientos, preceptos y testimonios de Dios. Juntos forman una constelación que es como la estrella polar de la fe y de la confianza del Salmista. La oración se revela, por ello, como un diálogo que se abre cuando ya es de noche y cuando la aurora no ha salido y continúa durante todo el día, en particular en las dificultades de la vida. De hecho, el horizonte es en ocasiones oscuro y tempestuoso: ya se acercan mis inicuos perseguidores, están lejos de tu voluntad. Pero el que ora tiene una certeza inquebrantable, la cercanía de Dios con su palabra y su gracia: Pero Tú, Señor, estás cerca. Dios no abandona al justo en las manos de los que le persiguen. Una vez delineado el sencillo pero incisivo mensaje de la estrofa del Salmo 118 -mensaje apto para el inicio de una jornada-, nos apoyaremos en nuestra meditación en un gran Padre de la Iglesia, san Ambrosio, quien en su Comentario al Salmo 118 dedica 44 párrafos a explicar precisamente la estrofa que acabamos de escuchar. Retomando la invitación a cantar la alabanza divina desde las primeras horas de la jornada, se detiene en particular en los versículos 147-148: Me adelanto a la aurora pidiendo auxilio. . . Mis ojos se adelantan a las vigili-
as de la noche. En esta declaración del Salmista, Ambrosio intuye la idea de una oración constante, que abraza todo momento: Quien clama al Señor, tiene que actuar como si no conociera la existencia de un momento particular dedicado a las súplicas al Señor; por el contrario, debe permanecer siempre en actitud de súplica. ¡Ya sea que comamos, ya sea que bebamos, anunciamos a Cristo, rezamos a Cristo, pensamos en Cristo, hablamos de Cristo! ¡Que Cristo esté siempre en nuestro co-

razón y en nuestra boca!. Haciendo referencia después a los versículos que hablan del momento específico de la mañana, y aludiendo también a la expresión del libro de la Sabiduría que prescribe adelantarse al sol para dar gracias a Dios (16, 28), Ambrosio comenta: Sería grave el que los rayos del sol naciente te sorprendieran desperezándote en la cama con descaro y si una luz más fuerte te hiriera los ojos soñolientos, sumidos todavía por la galbana. Para nosotros es una vergüenza pasar tanto tiempo sin la más mínima práctica de piedad y sin ofrecer un sacrificio espiritual en una noche sin nada qué hacer. Después, san Ambrosio, al contemplar el sol que sale -como había hecho en otro himno famoso durante el canto del gallo, el *Aeterne rerum conditor*, que ha pasado a formar parte de la Liturgia de las Horas-, nos interpela con estas palabras: ¿Acaso no sabes, hombre, que todos los días estás en deuda con Dios por las primicias de tu corazón y de tu voz? La mies madura todos los días; todos los días madura el fruto. Corre por tanto al encuentro del sol que sale. . . El sol de justicia quiere ser anticipado y no espera otra cosa. . . Si te adelantas a la salida de este sol, recibirás como luz a Cristo. Será Él precisamente la primera luz que brillará en lo secreto de tu corazón. Será Él precisamente quien. . . hará resplandecer para ti la luz de la mañana en las horas de la noche, si meditas en las palabras de Dios. Mientras meditas, sale la luz. . . A primera hora de la mañana, vete rápidamente a la iglesia y lleva como homenaje las primicias de tu devoción. Y después, si el compromiso del mundo te llama, nadie te impedirá decir: " Mis ojos se adelantan a las vigiliass, meditando tu promesa", y con la conciencia tranquila te dedicarás a tus asuntos. ¡Qué bello es comenzar el día con los himnos y los cantos, con las Bienaventuranzas que lees en el Evangelio! ¡Qué provechoso es el que descienda para bendecirte la palabra del Señor; que tú, mientras repites cantando la bendición del Señor, se apodere de ti el compromiso de realizar alguna virtud, si quieres encontrar en tu interior algo que te haga sentirte merecedor de esa bendición divina! (ibídem, op. cit. , pp. 303. 309. 311. 313). Acojamos también nosotros el llamamiento de san Ambrosio y que todas las mañanas abramos la mirada sobre la vida cotidiana, con sus alegrías y pesadillas, invocando a Dios para que esté cerca de nosotros y nos guíe con su palabra, que infunde serenidad y gracia

Promesa de cumplir los mandamientos de Dios. Después de la pausa con ocasión de mi estancia en el Valle de Aosta, reanudamos ahora, en esta audiencia general, nuestro itinerario a lo largo de los salmos que nos propone la liturgia de las Vísperas. Hoy reflexionamos so-

bre la decimocuarta de las veintidós estrofas que componen el salmo 118, grandioso himno a la ley de Dios, expresión de su voluntad. El número de las estrofas corresponde a las letras del alfabeto hebreo e indica plenitud; cada una de ellas se compone de ocho versículos y de palabras que comienzan con la correspondiente letra del alfabeto en sucesión. En la estrofa que hemos escuchado, las palabras iniciales de los versículos comienzan con la letra hebrea nun. Esta estrofa se encuentra iluminada por la brillante imagen de su primer versículo: "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero". El hombre se adentra en el itinerario a menudo oscuro de la vida, pero repentinamente el esplendor de la palabra de Dios disipa las tinieblas. También el salmo 18 compara la ley de Dios con el sol, cuando afirma que "la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos". En el libro de los Proverbios se reafirma que "el mandato es una lámpara y la lección una luz". Precisamente con esa imagen Cristo mismo presentará su persona como revelación definitiva: "Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida". El salmista continúa su oración evocando los sufrimientos y los peligros de la vida que debe llevar y que necesita ser iluminada y sostenida: "¡Estoy tan afligido, Señor! Dame vida según tu promesa. (. . .) Mi vida está en peligro; pero no olvido tu voluntad".

Toda la estrofa está marcada por un sentimiento de angustia: "Los malvados me tendieron un lazo", confiesa el orante, recurriendo a una imagen del ámbito de la caza, frecuente en el Salterio. El fiel sabe que avanza por las sendas del mundo en medio de peligros, afanes y persecuciones. Sabe que las pruebas siempre están al acecho. El cristiano, por su parte, sabe que cada día debe llevar la cruz a lo largo de la subida a su Calvario. A pesar de todo, el justo conserva intacta su fidelidad: "Lo juro y lo cumpliré: guardaré tus justos mandamientos (. . .). No olvido tu voluntad (. . .). No me desvié de tus decretos". La paz de la conciencia es la fuerza del creyente; su constancia en cumplir los mandamientos divinos es la fuente de la serenidad. Por tanto, es coherente la declaración final: "Tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón". Esta es la realidad más valiosa, la "herencia", la "recompensa", que el salmista conserva con gran esmero y amor ardiente: las enseñanzas y los mandamientos del Señor. Quiere ser totalmente fiel a la voluntad de su Dios. Por esta senda encontrará la paz del alma y logrará atravesar el túnel oscuro de las pruebas, llegando a la alegría verdadera. A este respecto, son muy iluminadoras las palabras de san Agustín, el cual, comentando precisamente el salmo 118,

desarrolla al comienzo el tema de la alegría que brota del cumplimiento de la ley del Señor. "Este larguísimo salmo, desde el inicio, nos invita a la felicidad, la cual, como es sabido, constituye la esperanza de todo hombre. En efecto, ¿puede haber alguien que no desee ser feliz? ¿ha habido o habrá alguien que no lo desee? Pero si esto es verdad, ¿qué necesidad hay de invitaciones para alcanzar una meta a la que el corazón humano tiende espontáneamente? (. . .) ¿No será tal vez porque, aunque todos aspiramos a la felicidad, la mayoría ignora el modo como se consigue? Sí, precisamente esta es la lección de aquel que dice: "Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor". "Al parecer, quiere decir: Sé lo que quieres; sé que buscas la felicidad. Pues bien, si quieres ser feliz, lleva una vida intachable. Lo primero lo buscan todos; pero son pocos los que se preocupan de lo segundo, sin lo cual no se puede conseguir aquello que es la aspiración común. ¿Cómo llevar una vida intachable si no es caminando en la voluntad del Señor? Por tanto, dichosos los que con vida intachable caminan en la voluntad del Señor. Esta exhortación no es superflua, sino necesaria para nuestro espíritu". Hagamos nuestra la conclusión del gran obispo de Hipona, que reafirma la permanente actualidad de la felicidad prometida a quienes se esfuerzan por cumplir fielmente la voluntad de Dios.

Salmo 134

¡Aleluya! Alaben el nombre del Señor, alábenlo, servidores del Señor, que sirven en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Alaben al Señor porque él es bueno, cántenle a su nombre porque es delicioso. Porque el Señor se escogió a Jacob, a Israel, para que fuera su propiedad. Yo sé que el Señor es grande, que nuestro Señor supera a todos los dioses. Todo lo que quiere, lo hace el Señor, en los cielos y en la tierra, en los océanos y en todos los mares. Del confín de la tierra hace subir las nubes, produce con relámpagos la lluvia, saca de sus depósitos el viento. Hirió a los primogénitos de Egipto, a los hombres igual que a los ganados. Envío señales y prodigios en medio de ti, Egipto, en contra del Faraón y de todos sus siervos. A numerosas naciones les pegó y dio muerte a reyes poderosos: a Sijón, rey de los amorreos, a Og, rey de Basán, y a todos los reyes de Canaán. Y su tierra la entregó en herencia, en herencia a su pueblo de Israel. Señor, tu nombre dura para siempre, Señor, y tu recuerdo por generaciones. Pues el Señor hará justicia a su pueblo, y se apiadará de sus servidores. De oro y plata son los ídolos de las naciones, obra de las manos de los hombres, tienen boca y no hablan, ojos, pero no ven; tienen orejas,

pero no oyen, ni siquiera un suspiro hay en su boca. Que sean como ellos sus autores y todos los que en ellos se confían. Casa de Israel, bendigan al Señor, casa de Aarón, bendigan al Señor, casa de Leví, bendigan al Señor, los que temen al Señor, que lo bendigan. Bendito sea el Señor desde Sión, él, que reside en Jerusalén. ¡Aleluya!

La Liturgia de los Laudes, que estamos siguiendo en su desarrollo a través de nuestras catequesis, nos propone la primera parte del Salmo 134, que acaba de resonar en el canto del coro. El texto presenta una serie de alusiones a otros pasajes bíblicos y la atmósfera que lo envuelve parece ser la de Pascua. De hecho, la tradición judía ha unido nuestro Salmo al sucesivo, el 135, considerando el conjunto como el gran Hallel, es decir, la alabanza solemne y festiva que se eleva al Señor con motivo de la Pascua. El Salmo destaca con fuerza el Éxodo, con la mención de las plagas de Egipto y con la evocación de la entrada en la tierra prometida. Pero sigamos ahora las etapas sucesivas que el Salmo 134 muestra en el desarrollo de los primeros 12 versículos: es una reflexión que queremos transformar en oración. En la apertura nos encontramos con la característica invitación a la alabanza, elemento típico de los himnos dirigidos al Señor en el Salterio. El llamamiento a cantar el aleluya está dirigido a los siervos del Señor, que en el original hebreo son presentados como los erguidos en el espacio sagrado del templo, es decir, en la actitud ritual de la oración. Quedan involucrados en la alabanza ante todo los ministros de culto, sacerdotes y levitas, que viven y trabajan en los atrios de la casa de nuestro Dios. Sin embargo, a estos siervos del Señor se les asocian idealmente todos los fieles. De hecho, inmediatamente después se menciona la elección de todo Israel para ser aliado y testigo del amor del Señor: Porque él se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya. En esta perspectiva, se celebran dos cualidades fundamentales de Dios: es bueno y es amable. El lazo que existe entre nosotros y el Señor está marcado por el amor, la intimidad, la adhesión gozosa. Tras la invitación a la alabanza, el Salmista continúa con una solemne profesión de fe, comenzada por la típica expresión: Yo sé, es decir, yo reconozco, yo creo. Un solista, en nombre de todo el pueblo reunido en asamblea litúrgica, proclama dos artículos de fe. Ante todo, se exalta la acción de Dios en todo el universo: Él es por excelencia el Señor del cosmos: El Señor todo lo que quiere lo hace: en el cielo y en la tierra. Domina incluso a los mares y océanos que son el emblema del caos, de las energías negativas, del límite y de la nada. El Señor forma las nubes, los relámpagos, la lluvia, los vientos recurriendo a sus silos. El antiguo hombre de Oriente Próximo imaginaba, de hecho,

que los agentes climáticos estaban custodiados en unas reservas, como cofres celestes de los que Dios se servía para diseminarlos por la tierra. La otra parte de la profesión de fe afecta a la historia de la salvación. El Dios creador es reconocido ahora como el Señor redentor, evocando los acontecimientos fundamentales de la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. El Salmista cita, ante todo, la plaga de los primogénitos, que resume todos los signos y prodigios realizados por el Dios liberador durante la epopeya del Éxodo. Inmediatamente después se recuerdan las clamorosas victorias que permitieron a Israel superar las dificultades y los obstáculos que encontró en su camino. Por último, se perfila en el horizonte la tierra prometida, que Israel recibe en herencia del Señor. Pues bien, todos estos signos de alianza que serán más ampliamente profesados en el Salmo sucesivo, el 135, atestiguan la verdad fundamental, proclamada en el primer mandamiento del Decálogo. Dios es único y es una persona que actúa y habla, ama y salva: Grande es el Señor, nuestro Dios más que todos los dioses. En la estela de esta profesión de fe, también nosotros elevamos nuestra alabanza a Dios. El Papa san Clemente I, en su Carta a los Corintios nos dirige esta invitación: Dirijamos la mirada hacia el Padre y Creador de todo el universo. Aferrémonos a los dones y beneficios de la paz, magníficos y sublimes.

¡Contemplémoslo con el pensamiento y miremos con los ojos del alma su gran voluntad! Consideremos cómo es ecuánime con toda criatura. Los cielos que se mueven según el orden que les ha dado le obedecen en la armonía. El día y la noche cumplen el curso que les ha establecido y no se entorpecen mutuamente. El sol y la luna y los coros de las estrellas, según su dirección, giran en armonía, sin desviación para las órbitas que se les han asignado. La tierra, fecunda por su voluntad, produce alimentación abundante para los hombres, para las fieras y para todos los animales que viven de ella, sin ofrecer resistencia, y sin cambiar su propio ordenamiento.

Clemente I concluye observando: El Creador y Señor del universo dispuso que todas estas cosas fueran benéficas en la paz y en la concordia para todo y particularmente para nosotros que recurrimos a su piedad por medio de nuestro Señor Jesucristo. A Él la gloria y majestad por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 135

¡Den gracias al Señor, porque él es bueno, porque su amor perdura para siempre!. Den gracias al que es Dios de los dioses, porque su

amor perdura para siempre. Den gracias al Señor de los señores, porque su amor perdura para siempre al único que ha hecho maravillas, porque su amor perdura para siempre al que con sabiduría hizo los cielos, porque su amor perdura para siempre al que puso la tierra sobre las aguas, porque su amor perdura para siempre al que creó las grandes luminarias, porque su amor perdura para siempre al sol para que gobierne el día, porque su amor perdura para siempre la luna y las estrellas para que manden la noche, porque su amor perdura para siempre al que hirió a Egipto en sus primogénitos, porque su amor perdura para siempre y a Israel lo sacó de en medio de ellos, porque su amor perdura para siempre con mano fuerte y brazo levantado, porque su amor perdura para siempre al que separó en dos el Mar de Juncos, porque su amor perdura para siempre y condujo a Israel por medio de él, porque su amor perdura para siempre allí tumbó a Faraón y a su ejército, porque su amor perdura para siempre al que guió a su pueblo en el desierto, porque su amor perdura para siempre al que aplastó a reyes poderosos, porque su amor perdura para siempre y dio muerte a monarcas respetables, porque su amor perdura para siempre a Sijón, rey de los Amorreos, porque su amor perdura para siempre y a Og, rey de Basán, porque su amor perdura para siempre y traspasó sus tierras como herencia, porque su amor perdura para siempre como herencia a Israel, su servidor, porque su amor perdura para siempre. Se acordó de nosotros en nuestro abatimiento, porque su amor perdura para siempre y nos libró de nuestros opresores, porque su amor perdura para siempre. El da su pan a todo ser carnal, porque su amor perdura para siempre. Den gracias al que es Dios de los cielos, porque su amor perdura para siempre.

En estos días de la octava de Pascua es grande el júbilo de la Iglesia por la resurrección de Cristo. Después de sufrir la pasión y la muerte en cruz, ahora vive para siempre, y la muerte ya no tiene ningún poder sobre él. La comunidad de los fieles, en todas las partes del mundo, eleva al cielo un cántico de alabanza y acción de gracias a Aquel que ha librado al hombre de la esclavitud del mal y del pecado mediante la redención realizada por el Verbo encarnado. Es lo que expresa el Salmo 135 que se acaba de proclamar y que constituye un espléndido himno a la bondad del Señor. El amor misericordioso de Dios se revela de forma plena y definitiva en el Misterio pascual. Después de su resurrección, el Señor se apareció en repetidas ocasiones a los discípulos y se encontró muchas veces con ellos. Los evangelistas refieren varios episodios, que ponen de manifiesto el asombro y la alegría de los testigos de aconteci-

mientos tan prodigiosos. San Juan, en particular, destaca las primeras palabras dirigidas por el Maestro resucitado a los discípulos. ¡Paz a vosotros!, dice al entrar en el Cenáculo, y repite tres veces este saludo. Podemos decir que la expresión: ¡Paz a vosotros!, en hebreo shalom, contiene y sintetiza, en cierto modo, todo el mensaje pascual. La paz es el don que el Señor resucitado ofrece a los hombres, y es el fruto de la vida nueva inaugurada por su resurrección. Por lo tanto, la paz se identifica como novedad introducida en la historia por la Pascua de Cristo. Nace de una profunda renovación del corazón del hombre. Así pues, no es el resultado de esfuerzos humanos, ni se puede conseguir sólo gracias a acuerdos entre personas e instituciones. Más bien, es un don que hay que acoger con generosidad, conservar con esmero y hacer fructificar con madurez y responsabilidad. Por más complicadas que sean las situaciones y por más fuertes que sean las tensiones y los conflictos, nada puede resistir a la eficaz renovación traída por Cristo resucitado. Él es nuestra paz. Como leemos en la carta de san Pablo a los Efesios, él con su cruz derribó la enemistad haciendo las paces, para crear, en él, un solo hombre nuevo. La octava de Pascua, impregnada de luz y alegría, se concluirá el domingo próximo con el domingo in Albis, llamado también domingo de la “Misericordia divina”. La Pascua es manifestación perfecta de esta misericordia de Dios, que se compadece de sus siervos. Con la muerte en cruz, Cristo nos ha reconciliado con Dios y ha puesto en el mundo las bases de una convivencia fraterna de todos. En Cristo el ser humano frágil, y que anhela la felicidad, ha sido rescatado de la esclavitud del maligno y de la muerte, que engendra tristeza y dolor. La sangre del Redentor ha lavado nuestros pecados. Así hemos experimentado la fuerza renovadora de su perdón. La misericordia divina abre el corazón al perdón de los hermanos, y con el perdón ofrecido y recibido es como se construye la paz en las familias y en todos los demás ambientes de vida. Renuevo de buen grado mi más cordial felicitación pascual a todos vosotros, a la vez que os encomiendo, juntamente con vuestras familias y vuestras comunidades, a la protección celestial de María, Madre de la Misericordia y Reina de la paz.

Salmo 140

En las catequesis precedentes, hemos hecho un repaso de la estructura y del valor de la Liturgia de las Vísperas, la gran oración eclesial del anochecer. Ahora nos adentramos en su interior. Será como peregrinar por esa especie de tierra santa que constituyen los Salmos y los Cánticos. Nos detendremos cada vez ante cada una de las oraciones

poéticas, que Dios ha sellado con su inspiración. El mismo Señor desea que se le dirijan estas invocaciones. Le gusta escucharlas, sintiendo vibrar en ellas el corazón de sus hijos amados. Comenzaremos con el Salmo 140, con el que comienzan las Vísperas del domingo de la primera de las cuatro semanas con las que, tras el Concilio, ha quedado articulada la oración del anochecer de la Iglesia.

Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde. El versículo 2 de este Salmo puede considerarse como el signo distintivo de todo el canto y la justificación evidente del motivo por el que ha sido colocado dentro de la Liturgia de las Vísperas. La idea expresada refleja el espíritu de la teología profética que une íntimamente el culto con la vida, la oración con la existencia. La misma oración, hecha con corazón puro y sincero, se convierte en un sacrificio ofrecido a Dios. Todo el ser de la persona que reza se convierte en un acto de sacrificio, anticipándose a lo que sugerirá san Pablo, cuando invitará a los cristianos a ofrecer sus cuerpos como sacrificio vivo, santo, grato a Dios: este es el sacrificio espiritual que él acepta. Las manos alzadas en la oración son un puente de comunicación con Dios, como el humo que se eleva de la víctima con su olor suave durante el rito de sacrificio vespertino. El Salmo continúa con el tono de una súplica, que nos ha llegado a través de un texto que en su original hebreo presenta muchas dificultades y obscuridades interpretativas. De todos modos, es posible identificar su sentido general y transformarlo en meditación y oración. Ante todo, el orante pide al Señor que impida que sus labios y los sentimientos de su corazón sean atraídos e inducidos a cometer crímenes y delitos. Palabras y obras son, de hecho, la expresión de la opción moral de la persona. Es fácil que el mal ejerza una atracción tal que lleve incluso al fiel a participar en banquetes que ofrecen los pecadores, sentándose en su mesa, es decir, participando en sus acciones perversas. De este modo, el Salmo adquiere por así decir el sabor de un examen de conciencia, al que le sigue el compromiso de escoger siempre los caminos de Dios. Al llegar a este momento, el orante experimenta un vuelco que le hace pronunciar una apasionada declaración de rechazo de toda complicidad con el impío: no quiere ser de ningún modo huésped del impío ni permitir que el aceite perfumado reservado a los comensales de honor testimonie su connivencia con quien hace el mal. Para expresar con mayor vehemencia su radical disociación del malvado, el salmista proclama después una condena indignada, expresada con el colorido recurso a imágenes de un juicio vehemente. Se trata de una de las típicas imprecaciones del Salterio,

que tienen por objetivo afirmar de manera plástica e incluso pintoresca la hostilidad ante el mal, la opción por el bien y la certeza de que Dios interviene en la historia con su juicio de severa condena de la injusticia. El Salmo concluye con una última invocación confiada: es un canto de fe, de gratitud y de alegría, en la certeza de que el fiel no quedará involucrado por el odio que sienten por él los perversos y de que no caerá en la trampa que le tienden, tras comprobar su decidida opción por el bien. De este modo, el justo podrá superar indemne todo engaño, como dice otro Salmo: hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador: la trampa se rompió, y escapamos. Concluyamos nuestra lectura del Salmo 140 regresando a la imagen del inicio, la de la oración del anochecer, sacrificio grato a Dios. Un gran maestro espiritual, que vivió entre el siglo 4 y 5, Juan Casiano -procedía de Oriente y transcurrió en Galia centro-oriental la última parte de su vida-, interpretaba estas palabras en clave cristológica: En ellas, de hecho, se puede percibir de manera espiritual la alusión al sacrificio del anochecer, realizado por el Señor y Salvador durante su última cena, y entregado a los apóstoles, cuando sancionaba el inicio de los santos misterios de la Iglesia, o también (se puede percibir una alusión) a ese mismo sacrificio que él, al día siguiente, ofreció en la noche, al ofrecerse a sí mismo, elevando las propias manos, sacrificio que durará hasta el final de los siglos para la salvación de todo el mundo.

Salmo 141

La noche del 3 de octubre de 1226 san Francisco de Asís estaba falleciendo: su última oración fue precisamente el Salmo 141, que acabamos de escuchar. San Buenaventura recuerda que Francisco exclamó con el Salmo: "A voz en grito clamó al Señor, a voz en grito suplico al Señor" y lo rezó hasta el versículo final: "Me rodearán los justos cuando me devuelvas tu favor". El Salmo es una súplica intensa, salpicada por una serie de verbos de imploración al Señor: clamó al Señor, suplico al Señor, desahogo ante Él mis afanes, expongo ante Él mi angustia. En la parte central del Salmo destaca la confianza en Dios que no es indiferente al sufrimiento del fiel. Con esta actitud, Francisco se encaminó hacia la muerte. Se dirige a Dios con un Tú, como quien se dirige a una persona que da seguridad: Tú eres mi refugio. Tú conoces mi vida, es decir, el itinerario de mi vida, un recorrido marcado por la opción por la justicia. En este camino, sin embargo, los impíos han tendido una trampa: es la típica imagen tomada de las escenas de caza, frecuente en las súplicas de los Salmos, para indicar los peligros y las insidias a las que

es sometido el justo. Ante esta pesadilla, el Salmista lanza una señal de alarma para que Dios se dé cuenta de su situación e intervenga: Mira a la derecha, fíjate. Según la costumbre oriental, a la derecha de una persona estaba su defensor o el testigo favorable en un tribunal; o en la guerra, el guardia de cuerpo. El fiel, por tanto, está solo y abandonado, nadie me hace caso. Por este motivo expresa una constatación angustiosa: No tengo adónde huir, nadie mira por mi vida. Inmediatamente después, un grito revela la esperanza del corazón del que ora. En esa situación, la única protección y la única cercanía eficaz es la de Dios: Tú eres mi refugio y mi lote en el país de la vida. El lote, en el lenguaje bíblico, es el don de la tierra prometida, signo de amor divino por el pueblo. El Señor se convierte en el último y único fundamento sobre el que se puede apoyar, la única posibilidad de vida, la suprema esperanza. El salmista lo invoca con insistencia, pues estoy agotado. Le suplica que intervenga para romper las cadenas de su cárcel de la soledad y de la hostilidad y sacarle del abismo de la prueba. Al igual que en otros salmos de súplica, la perspectiva final es la de la acción de gracias que se ofrecerá a Dios por haberle escuchado: Sácame de la prisión, y daré gracias a tu nombre. Cuando sea salvado, el fiel irá a dar gracias al Señor en la asamblea litúrgica. Le rodearán los justos, que experimentarán la salvación del hermano como un don que también se les ha hecho a ellos. Esta atmósfera debe darse también en las celebraciones cristianas. El dolor de cada uno debe encontrar eco en el corazón de todos; al mismo tiempo, la alegría de cada uno debe ser vivida por toda la comunidad en oración. De hecho, Qué bueno, qué dulce es habitar los hermanos todos juntos y el Señor Jesús dijo: Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. La tradición cristiana ha aplicado el Salmo 141 a Cristo perseguido y sufriente. En esta perspectiva, la meta luminosa de la súplica del Salmo se transfigura en un signo pascual, que se basa en el final glorioso de la vida de Cristo y de nuestro destino de resurrección con él. Así lo afirma san Hilario de Poitiers, famoso doctor de la Iglesia del siglo IV, en su Tratado sobre los Salmos. Comenta la traducción latina del último versículo del Salmo, que habla de recompensa para el que ora y de la espera de estar junto a los justos: *Me expectant iusti, donec retribuas mihi*. San Hilario explica: El apóstol nos muestra cuál es la recompensa que le dio el Padre a Cristo: "Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda a lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre". Esta es la recompensa: al

cuerpo se le da la eternidad de la gloria del Padre. "Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo". Los justos, de hecho, le esperan para que los recompense, haciéndoles conformes a la gloria de su cuerpo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 142

Señor, escucha mi oración, atiende a mis plegarias, respóndeme tú que eres fiel y justo. No llares a juicio a tu siervo pues no hay quien sea justo en tu presencia. El enemigo corre tras mi vida, me aplasta contra el suelo, y me manda de vuelta a las tinieblas junto a los muertos sin edad ni tiempo. Mi espíritu en mí desfallece, mi corazón se asusta en mi interior. Me acuerdo de los días de otro tiempo, medito en todas tus acciones, en la obra de tus manos reflexiono. Alargo a ti mis manos, mi alma es una tierra sedienta de ti. Apresúrate, Señor, en responderme, porque me estoy quedando sin resuello, no me escondas tu cara, que no sea de los que bajan a la fosa. Hazme sentir tu amor desde la mañana, pues en ti yo confío; haz que sepa el camino que he de seguir, pues levanto a ti mi alma. Líbrame, Señor, de mis enemigos, pues me escondí cerca de ti. Enséñame a que haga tu voluntad ya que tú eres mi Dios; que tu buen espíritu me guíe por un terreno plano. Por el honor de tu nombre, Señor, haz que yo viva, tú que eres justo, sácame del aprieto. Por tu amor aniquila a mis contrarios, y destruye a mis opresores, pues yo soy tu servidor.

Se acaba de proclamar el Salmo 142, el último de los llamados Salmos penitenciales, que forman parte de las siete súplicas distribuidas en el Salterio. La tradición cristiana los utiliza para invocar del Señor el perdón de los pecados. A san Pablo le gustaba particularmente el texto en el que hoy queremos profundizar, pues había llegado a la deducción de una radical pecaminosidad de toda creatura humana: ningún hombre vivo es inocente frente a ti, Señor. Esta frase es tomada por el apóstol como fundamento de su enseñanza sobre el pecado y sobre la gracia. La Liturgia de los Laudes nos propone esta súplica como propósito de fidelidad e imploración de la ayuda divina al comenzar la jornada. El Salmo, de hecho, nos hace decir a Dios: En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti. El Salmo comienza con una intensa e insistente invocación dirigida a Dios, fiel a las promesas de salvación ofrecidas al pueblo. El orante reconoce que no tiene méritos que hacer valer y por tanto pide humildemente a Dios que no asuma la actitud de

un juez. Después describe la situación dramática, como la de una pesadilla mortal, en la que se debate: el enemigo, que es la representación del mal en la historia y el mundo, le ha llevado hasta el umbral de la muerte. Ahí está, postrado en el polvo de la tierra, que es una imagen del sepulcro; presenta las tinieblas, que son la negación de la luz, signo divino de vida; y menciona, por último los muertos ya olvidados, entre los cuales le parece que ha quedado relegado. La misma existencia del Salmista queda devastada: le falta la respiración y siente el corazón como un pedazo de hielo, incapaz de seguir latiendo. Al fiel, aterrado y pisoteado, sólo le quedan el movimiento de las manos, que se levantan al cielo en un gesto que es al mismo tiempo de imploración de ayuda y de búsqueda de apoyo. El pensamiento se dirige al pasado, en el que Dios realizó prodigios. Esta chispa de esperanza calienta el hielo del sufrimiento y de la prueba en la que el orante se siente sumergido y a punto de quedar arrastrado. Si bien la tensión sigue siendo fuerte; un rayo de luz parece perfilarse en el horizonte. Pasamos así a la segunda parte del Salmo. Comienza con una nueva, apremiante invocación. El fiel, sintiendo que se le escapa la vida, lanza su grito a Dios: Escúchame en seguida, Señor, que me falta el aliento. Es más, tiene miedo de que Dios haya escondido su rostro y se aleje, abandonando y dejando sola a su criatura. La desaparición del rostro divino hace que el hombre se hunda en la desolación, es más, en la misma muerte, pues el Señor es el manantial de la vida. Precisamente en esta especie de última frontera florece la confianza en el Dios que no abandona. El orante multiplica sus invocaciones y las apoya con declaraciones de confianza en el Señor: confío en ti. . . levanto mi alma a ti. . . me refugio en ti. . . tú eres mi Dios. . . . Pide ser librado de sus enemigos y liberado de la angustia, pero repite otra petición que manifiesta una profunda aspiración espiritual: Enséñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios. Tenemos que asumir esta admirable petición. Tenemos que comprender que nuestro bien más grande es la unión de nuestra voluntad con la voluntad de nuestro Padre celestial, pues sólo así podemos recibir todo su amor, que nos lleva a la salvación y a la plenitud de la vida. Si no es acompañada por un intenso deseo de docilidad a Dios, la confianza en Él no es auténtica. El orante es consciente y expresa por tanto este deseo. Eleva una auténtica profesión de confianza en Dios salvador, que arranca de la angustia y vuelve a dar gusto de la vida, en nombre de su justicia, es decir, de su fidelidad amorosa y salvadora. Surgida de una situación particularmente angustiada, la oración desemboca en la esperanza, en la alegría y en la luz, gracias a una sincera adhesión a Dios y

a su voluntad, que es una voluntad de amor. Esta es la potencia de la oración, regeneradora de vida y de salvación. Fijando la mirada en la luz de la mañana de la gracia san Gregorio Magno, en su comentario a los siete Salmos penitenciales, describe así el alba de la esperanza y de la alegría: Es el día iluminado por ese auténtico sol que no se pone, al que las nubes no pueden hacer tenebroso y que no es oscurecido por la niebla. . . Cuando aparezca Cristo -nuestra vida- y comencemos a ver a Dios con el rostro descubierto, entonces desaparecerá toda ofuscación de las tinieblas, se disipará el humo de la ignorancia, se levantará la niebla de toda tentación. . . Será el día más luminoso y resplandeciente, preparado para todos los elegidos por aquel que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y nos ha llevado al reino de su Hijo amado. La mañana de ese día es la resurrección futura. . . En esa mañana brillará la felicidad de los justos, aparecerá la gloria, será la exultación al ver a Dios enjugando toda lágrima de los ojos de los santos, cuando quedará destruida la muerte, cuando los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre. En esa mañana, el Señor hará experimentar su misericordia. . . diciendo: Venid a mí, benditos de mi Padre. Entonces se manifestará la misericordia de Dios, imposible de concebir por la mente humana. De hecho, el Señor ha preparado para aquellos que le aman lo que el ojo no puede ver, ni el oído escuchar, ni lo que puede entrar en el corazón del hombre.

Salmo 143

Bendito sea el Señor, Roca mía, que mis manos adiestra para el combate y mis dedos para la batalla, él es mi refugio y mi baluarte, mi fortaleza y mi libertador, mi escudo en que me amparo, él humilla los pueblos a mis pies. Señor, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes? ¿qué es el hijo de Adán para que en él pienses?. El hombre es como un soplo, sus días como la sombra que pasa. Señor, inclina tus cielos y descende, toca los montes para que echen humo. Envía tus relámpagos, dispérsalos, tira tus flechas y cáusales estragos. Desde lo alto tiéndeme tus manos, sálvame sacándome de las aguas profundas y de manos de los hijos de extranjeros, cuya boca dice falsedades y su diestra es una diestra de perjurio. Oh Dios, quiero cantarte un canto nuevo, y tocar para ti en la lira de diez cuerdas, a ti que das a los reyes la victoria, que salvas a David, tu servidor de la espada que mata. Aquí están nuestros hijos como plantas que van creciendo desde su niñez, nuestras hijas son columnas angulares esculpidas en el frontis de un palacio. Están nuestros graneros muy repletos, rebosantes de toda cla-

se de cosechas; nuestras ovejas se cuentan por miles, por millares se ven en nuestros campos; nuestras bestias viajan muy cargadas. No hay hoyos en los muros ni rendiciones, ni gritos de lamento en nuestras plazas. Dichoso el pueblo que esta suerte tiene, dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor.

Acabamos de escuchar la primera parte del Salmo 143. Tiene las características de un himno real, entretnejido por otros textos bíblicos, que dan vida a una nueva oración. Quien habla en primera persona es el mismo Rey David, que reconoce el origen divino de sus éxitos. El Señor es representado con imágenes marciales, según el antiguo uso simbólico: aparece, de hecho, como instructor militar, fortaleza inexpugnable, escudo protector, triunfador. De este modo, se quiere exaltar la personalidad de Dios, que se compromete contra el mal en la historia: no es una potencia oscura o una especie de hado, ni un soberano impasible e indiferente ante las vicisitudes humanas. Las citas y el tono de esta celebración divina están influenciadas por el himno de David conservado en el Salmo 17, y en el capítulo 22 del Segundo Libro de Samuel. Ante la potencia divina, el rey judío reconoce su fragilidad y debilidad, propias de todas las criaturas humanas. Para expresar esta sensación, el rey orante recurre a dos frases presentes en los Salmos 8 y 38, y las entrecruza dándoles una nueva y más intensa eficacia: Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos? El hombre es igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa. Emerge aquí la firme convicción de que somos frágiles, como el soplo del viento, si el Creador no nos conserva en vida, Él - como dice Job- tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre. Sólo con la ayuda divina podemos superar los peligros y las dificultades que salpican todos los días de nuestra vida. Sólo si contamos con la ayuda del Cielo podemos comprometernos, como el antiguo rey de Israel, a caminar hacia la libertad de toda opresión. La intervención divina es presentada con las tradicionales imágenes cósmicas e históricas con el objetivo de ilustrar el señorío divino sobre el universo y sobre las vicisitudes humanas. Entonces aparecen los montes que echan humo en imprevistas erupciones volcánicas. Aparecen los rayos como saetas lanzadas por el Señor y dispuestas a aniquilar el mal. Aparecen, por último, las aguas caudalosas que, en el lenguaje bíblico, son símbolo del caos, del mal y de la nada, en una palabra, de las fuerzas negativas en la historia. A estas imágenes cósmicas se asocian otras de carácter histórico: son los enemigos, los extranjeros, los mentirosos, los que juran en falso, es decir, los ídólatras. Es una

manera muy concreta y oriental de representar la malicia, las perversiones, la opresión y las injusticia: realidades tremendas de las que nos libera el Señor, mientras nos adentramos en el mundo. El Salmo 143, que nos propone la Liturgia de los Laudes, concluye con un breve himno de acción de gracias. Surge de una certeza: Dios no nos abandonará en la lucha contra el mal. Por este motivo, el orante entona una melodía acompañándola con su arpa de diez cuerdas, convencido de que el Señor da la victoria a su consagrado, y salva a David, su siervo. La palabra consagrado en hebreo es mesías: nos encontramos, por tanto, ante un Salmo real que se transforma, en el uso litúrgico del antiguo Israel, en un canto mesiánico. Nosotros los cristianos lo repetimos poniendo la mirada en Cristo, que nos libera de todo mal y nos sostiene en la batalla. Ésta, de hecho, no se combate contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas. Concluyamos con una consideración que nos sugiere San Juan Cassiano, monje del siglo 4 - 5, que vivió en Galia. En su obra, La Encarnación del Señor, basándose en el versículo 5 de nuestro Salmo, Señor, inclina tu cielo y desciende, ve en estas palabras la espera de la entrada de Cristo en el mundo. Y sigue así: El salmista suplicaba que [. . .] el Señor se manifestara en la carne, apareciera visiblemente en el mundo, entrara visiblemente en la historia y que finalmente los santos pudieran ver, con los ojos del cuerpo, todo lo que había sido previsto espiritualmente por ellos. Precisamente esto es lo que testimonia todo bautizado en la alegría de la fe.

Salmo 145

¡Aleluya! ¡Alaba al Señor, alma mía!. Mientras viva yo quiero alabar al Señor, quiero salmodiar para el Señor mientras exista. No pongas tu confianza en los que mandan, ni en el mortal, que no puede salvarte; no bien se le va el alma, vuelve al polvo, y ese día se acaban sus proyectos. Dichoso aquel que al Dios de Jacob tiene de ayuda y pone su esperanza en el Señor, su Dios, en el que hizo los cielos y la tierra, el mar y todo cuanto ellos encierran. El su lealtad conserva siempre, y su justicia da a los oprimidos, proporciona su pan a los hambrientos. El Señor deja libres a los presos el Señor da la vista a los ciegos, el Señor endereza a los encorvados, el Señor ama a los justos; da el Señor protección al forastero, y reanima al huérfano y a la viuda, mas desvía el camino de los malvados. El Señor reina para siempre, tu Dios, Sión, de generación en generación. ¡Aleluya!

El Salmo 145, que acabamos de escuchar, es un aleluya, el primero de los cinco Salmos que cierran el Salterio. La tradición litúrgica judía ya utilizaba este himno como canto de alabanza para la mañana: alcanza su culmen en la proclamación de la soberanía de Dios sobre la historia humana. Al final del Salmo se declara, de hecho, que El Señor reina eternamente. De ahí se deriva una verdad consoladora: no estamos abandonados a nosotros mismos, las vicisitudes de nuestros días no están dominadas por el caos o el hado, los acontecimientos no representan una mera sucesión de actos sin sentido y meta. A partir de esta convicción se desarrolla una auténtica profesión de fe en Dios, exaltado con una especie de letanía en la que se proclaman las atribuciones de amor y de bondad que le son propias. Dios es el creador del cielo y de la tierra, es el custodio fiel del pacto que lo une a su pueblo, es el que hace justicia a los oprimidos, da el pan a los hambrientos y libera a los cautivos. Abre los ojos a los ciegos, levanta a los caídos, ama a los justos, protege al extranjero, sustenta al huérfano y a la viuda. Trastorna el camino de los malvados y reina soberano sobre todos los seres y sobre todos los tiempos. Se trata de doce afirmaciones teológicas que -con su número perfecto- quieren expresar la plenitud y la perfección de la acción divina. El Señor no es un soberano alejado de sus criaturas, sino que queda involucrado en su historia, luchando por la justicia, poniéndose de parte de los últimos, de las víctimas, de los oprimidos, de los infelices. El hombre se encuentra, entonces, frente a una opción radical entre dos posibilidades opuestas: por un lado, está la tentación de confiar en los potentes, adoptando sus mismos criterios inspirados en la malicia, en el egoísmo, y en el orgullo. En realidad, se trata de un camino resbaladizo y que conduce al fracaso, son senderos tortuosos y llenos de revueltas, que tiene como meta la desesperación. De hecho, el salmista nos recuerda que el hombre es un ser frágil y mortal, como lo expresa el mismo nombre Adán que en hebreo hace referencia a la tierra, a la materia, al polvo. El hombre, repite con frecuencia la Biblia, es como una casa que se derrumba, como una tela de araña que desgarrar el viento, como la hierba verde en la mañana que se seca en la noche. Cuando la muerte cae sobre él, todos sus proyectos se deshacen y vuelve a convertirse en polvo: exhala el espíritu y vuelve al polvo, ese día perecen sus planes. Sin embargo, el hombre tiene otra posibilidad ante sí, exaltada por el Salmista con una bienaventuranza: Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios. Este es el camino de la confianza en el Dios eterno y fiel. El amén, verbo hebreo de la fe, significa precisamente basarse en la solidez inquebrantable.

ble del Señor, en su eternidad, en su potencia infinita. Pero significa sobre todo compartir sus opciones, ilustradas por la profesión de fe y de alabanza antes descrita. Es necesario vivir en la adhesión a la voluntad divina, ofrecer el pan a los hambrientos, visitar a los prisioneros, apoyar y consolar a los enfermos, defender y acoger a los extranjeros, dedicarse a los pobres y míseros. En la práctica, es el mismo espíritu de las Bienaventuranzas: decidirse por esa propuesta de amor que nos salva ya en esta vida y que después será objeto de nuestro examen en el juicio final, que sellará la historia. Entonces seremos juzgados por la opción de servir a Cristo en el hambriento, en el sediento, en el forastero, en el desnudo, en el enfermo, en el encarcelado. Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis, dirá entonces el Señor. Concluyamos nuestra meditación sobre el Salmo 145 con una reflexión que nos ha ofrecido la tradición cristiana sucesiva. Orígenes, gran escritor del siglo 3, al comentar el versículo 7 de este Salmo, en el que se dice: el Señor da pan a los hambrientos. . . , liberta a los cautivos, percibe una referencia implícita a la Eucaristía: Tenemos hambre de Cristo, y Él mismo nos dará el pan del cielo. "Danos hoy nuestro pan de cada día". Quienes dicen esto están hambrientos; quienes sienten la necesidad del pan, están hambrientos. Este hambre es plenamente saciada por el Sacramento eucarístico, en el que el hombre se alimenta del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Salmo 146

Alaben al Señor porque él es bueno, canten a nuestro Dios porque es amable, porque a él le conviene la alabanza. Reconstruye el Señor Jerusalén, reúne a los exiliados de Israel, sana los corazones destrozados y venda sus heridas. El cuenta las estrellas una a una y llama a cada una por su nombre. Grande es nuestro Señor, todo lo puede, no se puede medir su inteligencia. Reanima el Señor a los humildes, pero humilla hasta el polvo a los malvados. Entonen al Señor la acción de gracias, para nuestro Dios toquen en sus arpas. Porque él cubre de nubes los cielos, y prepara las lluvias de la tierra, hace brotar la hierba en las colinas y las plantas que el hombre ha de cultivar; él entrega a las bestias su alimento y a las crías del cuervo cuando graznan. No le atraen los bríos del caballo, ni un hombre por sus músculos le agrada; se complace el Señor en los que le temen, en los que esperan en su amor. ¡Glorifica al Señor, Jerusalén, a tu Dios alaba, oh Sión!. El refuerza las trancas de tus puertas y bendice a tus hijos en tu seno; guarda en paz tus fronteras, te da del mejor trigo en abundancia. Si a la tierra envía su

mensaje, su palabra corre rápidamente; esparce la nieve como lana y derrama la escarcha cual ceniza. En trocitos arroja su granizo, ¿a su frío quién puede resistir?. Envía su palabra y los derrite, sopla su viento y corren las aguas. A Jacob le revela su palabra, sus leyes y sus juicios a Israel. Con ningún otro pueblo ha actuado así, ni les dio a conocer sus decisiones. ¡Aleluya!

El Salmo que se acaba de entonar es la primera parte de una composición que comprende también el Salmo sucesivo, el 147, que el original hebreo mantiene en su unidad. Las antiguas versiones griega y latina dividieron el canto en dos Salmos distintos. El Salmo comienza con una invitación a alabar a Dios y después enumera una larga serie de motivos de alabanza, expresados todos en presente. Se trata de obras de Dios consideradas como características y siempre actuales; sin embargo son de naturaleza muy diferente: algunas afectan a las intervenciones de Dios en la existencia humana y en particular a favor de Jerusalén y de Israel; otras afectan al universo creado y de manera especial a la tierra con su vegetación y animales. Describiendo a aquel en quien se complace el Señor, el Salmo nos invita a una doble actitud: de temor religioso y de confianza. No estamos abandonados a nosotros mismos o a las energías cósmicas; estamos siempre en las manos del Señor, según su proyecto de salvación. Después de la invitación festiva a la alabanza, el Salmo se desarrolla en dos movimientos poéticos y espirituales. En el primero se introduce ante todo en la acción histórica de Dios, presentado con la imagen de un constructor que está reedificando Jerusalén, que ha vuelto a la vida tras el exilio de Babilonia. Pero este gran artífice, el Señor, se revela también como un padre que se inclina sobre las heridas interiores y físicas, presentes en su pueblo humillado y oprimido. San Agustín, en la Exposición del Salmo 146, pronunciada en Cartago, en el año 412, comentaba así esta frase: El señor cura al que tiene el corazón roto. Quien no tiene el corazón roto no puede ser curado. . . ¿Quiénes tienen el corazón roto? Los humildes. Y, ¿quiénes son los que no lo tienen? Los soberbios. El corazón roto es curado; el corazón lleno de orgullo es abatido. Es más, con probabilidad, si se abate es precisamente para que, una vez roto, pueda ser enderezado, pueda ser curado. . . "Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas". . . Es decir, cura a los humildes de corazón, a los que se confiesan, a los que expían, a los que se juzgan con severidad para poder experimentar su misericordia. A ése le cura. Sin embargo la salud perfecta sólo se podrá alcanzar al final del estado mortal presente, cuando nuestro ser corruptible se revista de incorruptibilidad y nuestro ser mor-

tal se revista de inmortalidad. Pero la obra de Dios no se manifiesta sólo cuando cura al pueblo de los sufrimientos. Él, que rodea de ternura y cariño a los pobres, es juez severo de los impíos. El Señor de la historia no es indiferente ante los prepotentes que creen ser los únicos árbitros de las vicisitudes humanas: Dios hunde en el polvo de la tierra a quienes desafían el cielo con su soberbia. La acción de Dios, sin embargo, no se agota en su señorío sobre la historia; es también el rey de la creación, todo el universo responde a su llamamiento de creador. No sólo es capaz de contar toda la incontable serie de las estrellas, sino que puede atribuirles a cada una un nombre, definiendo por tanto su naturaleza y características. El profeta Isaías cantaba: Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha hecho esto? El que hace salir por orden al ejército celeste, y a cada estrella por su nombre llama. Los ejércitos del Señor son las estrellas. El profeta Baruc añadía: brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría, los llama él y dicen: ¡Aquí estamos!, y brillan alegres para su Hacedor. Después de una nueva invitación gozosa a la alabanza, comienza el segundo movimiento del Salmo 146. En la escena vuelve a aparecer la acción creadora de Dios en el cosmos. En un paisaje con frecuencia árido, como el oriental, el primer signo del amor divino es la lluvia que fecunda la tierra. De este modo, el Creador prepara la mesa para los animales. Es más, se preocupa de dar de comer a los seres vivientes más pequeños, como las crías de cuervo que graznan de hambre. Jesús nos invitará a mirar las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. Pero una vez más, la atención se dirige a la creación de la existencia humana. De este modo el Salmo se concluye mostrando al Señor que se inclina sobre el que es justo y humilde, como ya se había declarado en la primera parte del himno. A través de dos símbolos de potencia, el caballo y los jarretes del hombre, se presenta la actitud divina que no se deja conquistar ni atemorizar por la fuerza. Una vez más la lógica del Señor ignora el orgullo y la arrogancia del poder, poniéndose más bien de parte de quien es fiel y confía en su misericordia, es decir, quien se abandona a la guía de Dios, en su actuar y pensar, en sus planes y en su vida cotidiana. Entre éstos tiene que colocarse también el orante, fundando su esperanza en la gracia del Señor, seguro de estar envuelto por el manto del amor divino: Los ojos del Señor están sobre quienes le temen, sobre los que esperan en su amor, para librar su alma de la muerte, y sostener su vida en la penuria. . . En él se alegra nuestro corazón, y en su santo nombre confiamos.

Salmo 147

El Lauda Jerusalén que acabamos de proclamar es particularmente querido por la liturgia cristiana. Con frecuencia entona el Salmo 147 para referirse a la Palabra de Dios, que corre veloz sobre la faz de la tierra, pero también a la Eucaristía, auténtica flor de harina donada por Dios para saciar el hambre del hombre. Orígenes, en una de sus homilías, traducidas y difundidas en Occidente por san Jerónimo, al comentar este Salmo, ponía precisamente en relación la Palabra de Dios con la Eucaristía: Nosotros leemos las sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las sagradas escrituras son sus enseñanzas. Y cuando dice: "Quien no coma de mi carne y beba de mi sangre", si bien puede referirse también al Misterio [eucarístico]; sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es verdaderamente la palabra de la Escritura, y la enseñanza de Dios. Si al recibir el Misterio eucarístico dejamos caer una brizna, nos sentimos perdidos. Y al escuchar la Palabra de Dios, cuando nuestros oídos perciben la Palabra de Dios y la carne de Cristo y su sangre, ¿en qué peligro tan grande caeríamos si nos ponemos a pensar en otras cosas?. Los expertos señalan que este Salmo está relacionado con el precedente, constituyendo una composición única, como sucede precisamente en el original hebreo. Es, de hecho, un sólo y coherente cántico en honor de la creación y de la redención realizadas por el Señor. Se abre con un gozoso llamamiento a la alabanza: Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa. Si prestamos atención al pasaje que acabamos de escuchar, podemos descubrir tres momentos de alabanza, introducidos por una invitación a la ciudad santa, Jerusalén, a glorificar y alabar a su Señor.

Dios actúa en la historia. En un primer momento entra en escena la acción histórica de Dios. Es descrita a través de una serie de símbolos que representan la obra de protección y de apoyo del Señor a la ciudad de Sión y a sus hijos. Ante todo, hace referencia a los cerrojos que refuerzan y hacen infranqueables las puertas de Jerusalén. El Salmista se refiere probablemente a Nehemías que fortificó la ciudad santa, reconstruida después de la experiencia amarga del exilio de Babilonia. Entre otras cosas, la puerta es un signo que indica a toda la ciudad en su compacidad y tranquilidad. En su interior, representado como un seno seguro, los hijos de Sión, es decir, los ciudadanos, gozan de paz y serenidad, envueltos en el manto protector de la bendición divina. La imagen de la ciudad gozosa y tranquila es exaltada por el don altísimo y

precioso de la paz que hace seguros los confines. Pero precisamente porque para la Biblia la paz-shalôm no es un concepto negativo, evocador de la ausencia de la guerra, sino un dato positivo de bienestar y prosperidad, el Salmista habla de saciedad al mencionar la flor de harina, es decir, el excelente trigo de espigas repletas de granos. El Señor, por tanto, ha reforzado las murallas de Jerusalén, ha ofrecido su bendición, extendiéndola a todo el país, ha donado la paz, ha saciado a sus hijos.

Dios crea. En la segunda parte del Salmo, Dios se presenta sobre todo como creador. En dos ocasiones se relaciona la obra creadora con la palabra que había dado origen al ser: Dijo Dios: "Haya luz" y hubo luz. . . Manda su mensaje a la tierra. . . Manda una orden. Por indicación de la Palabra divina irrumpen y se establecen las dos estaciones fundamentales. Por un lado, la orden del Señor hace descender sobre la tierra el invierno, representado por la nieve blanca como la lana, por la escarcha parecida a la ceniza, por el granizo comparado a las migajas de pan y por el hielo que todo lo bloquea. Por otro lado, otra orden divina hace soplar el viento caliente que trae el verano y que derrite el hielo: las aguas de la lluvia y de los torrentes pueden discurrir libres e irrigar la tierra, fecundándola. La Palabra de Dios está, por tanto, en la raíz del frío y del calor, del ciclo de las estaciones y del flujo de la vida de la naturaleza. Se invita a la humanidad a reconocer y dar gracias al Creador por el don fundamental del universo, que la circunda, y permite respirar, la alimenta y la sostiene.

Dios ofrece su Revelación. Se pasa entonces al tercer y último momento de nuestro himno de alabanza. Se vuelve a hacer mención del Señor de la historia con quien se había comenzado. La Palabra divina lleva a Israel un don todavía más elevado y precioso, el de la Ley, la Revelación. Un don específico: con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. La Biblia es, por tanto, el tesoro del pueblo elegido al que hay que acudir con amor y adhesión fiel. Es lo que dice, en el Deuteronomio, Moisés a los judíos: Y ¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?. Así como se constatan dos acciones gloriosas de Dios en la creación y en la historia, así existen también dos revelaciones: una escrita en la naturaleza misma y abierta a todos; la otra ha sido donada al pueblo elegido, que tendrá que testimoniarla y comunicarla a toda la humanidad y que está comprendida en la Sagrada Escritura. Dos reve-

laciones distintas, pero Dios es único como única es su Palabra. Todo se ha hecho por medio de la Palabra -dirá el prólogo del Evangelio de Juan- y sin ella nada de lo que existe ha sido hecho. La Palabra, sin embargo, también se hizo carne, es decir, entró en la historia, y puso su morada entre nosotros.

El Salmo que se acaba de proponer a nuestra meditación constituye la segunda parte del precedente Salmo 146. Las antiguas traducciones griega y latina, seguidas por la Liturgia, lo han considerado, sin embargo, como un canto independiente, pues su inicio lo distingue claramente de la parte anterior. Este inicio se ha hecho famoso en parte por haber sido llevado con frecuencia a la música en latín: *Lauda, Jerusalén, Dominum*. Estas palabras iniciales constituyen la típica invitación de los himnos de los salmos a alabar al Señor: Jerusalén, personificación del pueblo, es interpelada para que exalte y glorifique a su Dios. Ante todo se menciona el motivo por el que la comunidad orante debe elevar al Señor su alabanza. Es de carácter histórico: ha sido Él, el Liberador de Israel del exilio de Babilonia, quien ha dado seguridad a su pueblo, reforzando los cerrojos de las puertas de la ciudad. Cuando Jerusalén se derrumbó ante el asalto del ejército del rey Nabucodonosor en el año 586 a. c. , el libro de las Lamentaciones presentó al mismo Señor como juez del pecado de Israel, mientras decidió destruir la muralla de la hija de Sión. . . Él deshizo y rompió sus cerrojos. Ahora, el Señor vuelve a construir la ciudad santa; en el templo resurgido vuelve a bendecir a sus hijos. Se menciona así la obra realizada por Nehemías, quien restableció los muros de Jerusalén para que volviera a ser oasis de serenidad y paz. De hecho, la paz, *shalom* es evocada inmediatamente, pues es contenida simbólicamente en el mismo nombre de Jerusalén. El profeta Isaías ya había prometido a la ciudad: Te pondré como gobernantes la paz, y por gobierno la justicia. Pero, además de reconstruir los muros de la ciudad, de bendecirla y de pacificarla en la seguridad, Dios ofrece a Israel otros dones fundamentales: así lo describe el final del Salmo. Se recuerdan los dones de la Revelación, de la Ley de las prescripciones divinas: Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. De este modo, se celebra la elección de Israel y su misión única entre los pueblos: proclamar al mundo la Palabra de Dios. Es una misión profética y sacerdotal, pues ¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?. A través de Israel y, por tanto, también a través de la comunidad cristiana, es decir, la Iglesia, la Palabra de Dios puede resonar en el mundo y

convertirse en norma y luz de vida para todos los pueblos. Hasta este momento hemos descrito el primer motivo de la alabanza que hay que elevar al Señor: es una motivación histórica, ligada a la acción liberadora y reveladora de Dios con su pueblo. Hay, además, otra razón para exultar y alabar: es de carácter cósmico, es decir, ligada a la acción creadora de Dios. La Palabra divina irrumpe para dar vida al ser. Como un mensajero, recorre los espacios inmensos de la tierra. E inmediatamente hace florecer maravillas. De este modo, llega el invierno, presentado en sus fenómenos atmosféricos con un toque de poesía: la nieve es como lana por su candor, la escarcha recuerda al polvo del desierto, el granizo se parece a las migajas de pan echadas al suelo, el hielo congela la tierra y bloquea la vegetación. Es un cuadro invernal que invita a descubrir las maravillas de la creación y que será retomado en una página sumamente pintoresca por otro libro bíblico, el Eclesiástico. Ahora bien, la acción de la Palabra divina también hace reaparecer la primavera: el hielo se deshace, el viento caluroso sopla y hace discurrir las aguas, repitiendo así el perenne ciclo de las estaciones y, por tanto, la misma posibilidad de vida para hombres y mujeres. Naturalmente no han faltado lecturas metafóricas de estos dones divinos: La flor de harina ha hecho pensar en el don del pan eucarístico. Es más, el gran escritor cristiano del siglo III, Orígenes, vio en esa harina un signo del mismo Cristo, y en particular, de la Sagrada Escritura. Este es su comentario: Nuestro Señor es el grano de trigo que cae a tierra y se multiplicó por nosotros. Pero este grano de trigo es superlativamente copioso. La Palabra de Dios es superlativamente copiosa, recoge en sí misma todas las delicias. Todo lo que quieres, proviene de la Palabra de Dios, como narran los judíos: cuando comían el maná sentían en su boca el sabor de lo que cada quien deseaba. Lo mismo sucede con la carne de Cristo, palabra de la enseñanza, es decir, la comprensión de las santas Escrituras: cuanto más grande es nuestro deseo, más grande es el alimento que recibimos. Si eres santo, encuentras refrigerio; si eres pecador, tormento. Por tanto, el señor actúa con su Palabra no sólo en la creación, sino también en la historia. Se revela con el lenguaje mudo de la naturaleza, pero se expresa de manera explícita a través de la Biblia y a través de su comunicación personal por medio de los profetas y en plenitud por medio del Hijo. Son dos dones de su amor diferentes, pero convergentes. Por este motivo todos los días debe elevarse hacia el cielo nuestra alabanza. Es nuestro gracias, que florece desde la aurora en la oración de Laudes para bendecir al Señor de la vida y de la libertad, de la existencia y de la fe, de la creación y de la redención.

Salmo 148

¡Aleluya! Alaben al Señor desde los cielos, alábenlo en las alturas, alábenlo todos sus ángeles, alábenlo todos sus ejércitos. Alábenlo el sol y la luna, alábenlo todos los astros de luz; alábenlo cielos de los cielos y las aguas por encima de los cielos. Alaben el nombre del Señor, pues lo ordenó y fueron creados; los puso por los siglos de los siglos bajo una ley que nunca cambiará. Alaben al Señor desde la tierra, monstruos del mar y todos sus abismos, fuego y granizo, nieve y neblina, huracán que ejecuta su palabra, las montañas y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros, animales salvajes y domésticos, reptiles y aves que vuelan, reyes de la tierra, todas las naciones, príncipes y los que gobiernan la tierra, jóvenes y muchachas, ancianos con los niños. Alaben el nombre del Señor pues su Nombre es el único sublime, su majestad excede tierra y cielo. Levantó la cornamenta de su pueblo, causa de orgullo para todos sus amigos, para Israel, el pueblo que a él se acerca.

El Salmo 148, que se acaba de elevar a Dios, constituye un auténtico cántico de las criaturas, una especie de Tedeum del Antiguo Testamento, un aleluya cósmico que involucra todo y a todos en la alabanza divina. Así lo comenta un exégeta contemporáneo: El salmista, al llamarlos por su nombre, pone en orden los seres: en lo más alto del cielo, dos astros según los tiempos, y aparte las estrellas; a un lado los árboles frutales, al otro los cedros; a otro nivel los reptiles y los pájaros; aquí los príncipes y allá los pueblos; en dos filas, quizá dándose la mano, jóvenes y muchachas ... Dios los ha creado dándoles un lugar y una función; el hombre los acoge, dándoles un lugar en el lenguaje; y así los presenta en la celebración litúrgica. El hombre es el "pastor del ser" o el liturgista de la creación. Unámonos también nosotros a este coro universal que resuena en el ábside del cielo y que tiene por templo todo el cosmos. Dejémonos conquistar por la respiración de la alabanza que todas las criaturas elevan a su Creador. En el cielo, nos encontramos con los cantores del universo estelar: los astros más lejanos, los ejércitos de los ángeles, el sol y la luna, las estrellas lucientes, los espacios celestes, las aguas superiores que el hombre de la Biblia imagina conservadas en recipientes antes de caer como lluvia sobre la tierra. El aleluya, es decir, la invitación a alabar al Señor, se deja oír al menos ocho veces y tiene como meta el orden y la armonía de los seres celestes: Les dio consistencia perpetua y una ley que no pasará. La mirada se dirige, después, al horizonte terrestre, donde aparece una procesión de cantores, al menos veintidós, es decir, una especie de alfabeto de ala-

banza, diseminado sobre nuestro planeta. Se presentan entonces los monstruos marinos y los abismos, símbolos del caos de las aguas sobre el que se cimienta la tierra según la concepción cosmológica de los antiguos semitas. El padre de la Iglesia san Basilio observaba: Ni siquiera el abismo fue considerado como despreciable por el salmista, que lo ha colocado en el coro general de la creación, es más, con su lenguaje particular completa también de manera armoniosa el himno al Creador. La procesión continúa con las criaturas de la atmósfera: los rayos, el granizo, la nieve, la niebla y el viento tempestuoso, considerado como un veloz mensajero de Dios. Aparecen después los montes y las colinas, vistos como las criaturas más antiguas de la tierra. El reino vegetal es representado por los árboles frutales y por los cedros. El mundo animal, por el contrario, es personificado por las fieras, los animales domésticos, los reptiles y los pájaros. Por último, aparece el hombre, que preside la liturgia de la creación. Está representado según todas las edades y distinciones: niños, jóvenes y ancianos, príncipes, reyes y pueblos del orbe. Dejemos ahora a san Juan Crisóstomo la tarea de echar una mirada de conjunto sobre este inmenso coro. Lo hace con palabras que hacen referencia también al Cántico de los tres jóvenes en el horno ardiente, que meditamos en la pasada catequesis. El gran Padre de la Iglesia y Patriarca de Constantinopla afirma: Por su gran rectitud de espíritu los santos, cuando van a dar gracias a Dios, tienen la costumbre de convocar a muchos para que participen en su alabanza, exhortándoles a participar junto a ellos en esta bella liturgia. Es lo que hicieron también los tres muchachos en el horno, cuando exhortaron a toda la creación a alabar por el beneficio recibido y a cantar himnos a Dios. Este Salmo hace lo mismo al convocar a las dos partes del mundo, la que está arriba y la que está abajo, la sensible y la inteligente. Isaías hizo lo mismo, cuando dijo: "¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpan los montes en gritos de alegría, pues el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido". El Salterio vuelve a expresarse así: Cuando Israel salió de Egipto, la casa de Jacob de un pueblo bárbaro. . . , los montes brincaron igual que carneros, las colinas como corderillos. E Isaías, en otro pasaje, afirma: Derramad, nubes, la victoria. Ábrase la tierra y produzca salvación, y germine juntamente la justicia. De hecho, los santos, considerando que no se bastan para alabar al Señor, se dirigen a todas partes involucrando a todos en un himno común. De este modo, nosotros también somos invitados a asociarnos a este inmenso coro, convirtiéndonos en voz explícita de toda criatura y alabando a Dios en las dos dimensiones fundamentales de su

misterio. Por un lado tenemos que adorar su grandeza trascendente, porque sólo su nombre es sublime; su majestad resplandece sobre el cielo y la tierra, como dice nuestro Salmo. Por otro lado, reconocemos su bondad condescendiente, pues Dios está cerca de sus criaturas y sale especialmente en ayuda de su pueblo: él acrece el vigor de su pueblo. . . , su pueblo escogido, como sigue diciendo el Salmista. Frente al Creador omnipotente y misericordioso, acojamos, entonces, la invitación de san Agustín a alabarle, ensalzarle y festejarle a través de sus obras: Cuando observas estas criaturas, te regocijas, y te elevas al Artífice de todo y a partir de lo creado, gracias a la inteligencia, contemplas sus atributos invisibles, entonces se eleva una confesión sobre la tierra y en el cielo. . . Si las criaturas son bellas, ¿cuánto más bello será el Creador?.

Salmo 149

¡Aleluya! Canten al Señor un canto nuevo: su alabanza en la asamblea de los santos. Alégrese Israel de quien lo hizo, festejen a su rey, hijos de Sión. Su nombre alaben en medio de danzas, el arpa y el tambor toquen para él. Pues el Señor se siente bien con su pueblo, con su salvación reviste a los humildes. De júbilo triunfante rebosan sus fieles, de sus esteras gritan de alegría; en su garganta están los elogios de Dios y en su mano, la espada de dos filos, para ejercer venganza entre los pueblos y dar a las naciones el castigo, para atar con cadenas a sus reyes y con grillos de hierro a sus notables, para aplicarles la sentencia escrita: eso es un honor para todos los suyos.

Fiesta de los amigos de Dios. "Que los fieles festejen su gloria, y canten jubilosos en filas". Esta invitación del salmo 149, que se acaba de proclamar, remite a un alba que está a punto de despuntar y encuentra a los fieles dispuestos a entonar su alabanza matutina. El salmo, con una expresión significativa, define esa alabanza "un cántico nuevo", es decir, un himno solemne y perfecto, adecuado para los últimos días, en los que el Señor reunirá a los justos en un mundo renovado. Todo el salmo está impregnado de un clima de fiesta, inaugurado ya con el Aleluya inicial y acompasado luego con cantos, alabanzas, alegría, danzas y el son de tímpanos y cítaras. La oración que este salmo inspira es la acción de gracias de un corazón lleno de júbilo religioso. En el original hebreo del himno, a los protagonistas del salmo se les llama con dos términos característicos de la espiritualidad del Antiguo Testamento. Tres veces se les define ante todo como hasidim, es decir, "los piado-

sos, los fieles", los que responden con fidelidad y amor (hesed) al amor paternal del Señor. La segunda parte del salmo resulta sorprendente, porque abunda en expresiones bélicas. Resulta extraño que, en un mismo versículo, el salmo ponga juntamente "vítores a Dios en la boca" y "espadas de dos filos en las manos". Reflexionando, podemos comprender el porqué: el salmo fue compuesto para "fieles" que militaban en una guerra de liberación; combatían para librar a su pueblo oprimido y devolverle la posibilidad de servir a Dios. Durante la época de los Macabeos, en el siglo 2 a. C. , los que combatían por la libertad y por la fe, sometidos a dura represión por parte del poder helenístico, se llamaban precisamente hasidim, "los fieles" a la palabra de Dios y a las tradiciones de los padres. Desde la perspectiva actual de nuestra oración, esta simbología bélica resulta una imagen de nuestro compromiso de creyentes que, después de cantar a Dios la alabanza matutina, andamos por los caminos del mundo, en medio del mal y de la injusticia. Por desgracia, las fuerzas que se oponen al reino de Dios son formidables: el salmista habla de "pueblos, naciones, reyes y nobles". A pesar de todo, mantiene la confianza, porque sabe que a su lado está el Señor, que es el auténtico Rey de la historia. Por consiguiente, su victoria sobre el mal es segura y será el triunfo del amor. En esta lucha participan todos los hasidim, todos los fieles y los justos, que, con la fuerza del Espíritu, llevan a término la obra admirable llamada reino de Dios. San Agustín, tomando como punto de partida el hecho de que el salmo habla de "coro" y de "tímpanos y cítaras", comenta: "¿Qué es lo que constituye un coro? (. . .) El coro es un conjunto de personas que cantan juntas. Si cantamos en coro debemos cantar con armonía. Cuando se canta en coro, incluso una sola voz desentonada molesta al que oye y crea confusión en el coro mismo". Luego, refiriéndose a los instrumentos utilizados por el salmista, se pregunta: "¿Por qué el salmista usa el tímpano y el salterio?". Responde: "Para que no sólo la voz alabe al Señor, sino también las obras. Cuando se utilizan el tímpano y el salterio, las manos se armonizan con la voz. Eso es lo que debes hacer tú. Cuando cantes el aleluya, debes dar pan al hambriento, vestir al desnudo y acoger al peregrino. Si lo haces, no sólo canta la voz, sino que también las manos se armonizan con la voz, pues las palabras concuerdan con las obras". Hay un segundo vocablo con el que se definen los orantes de este salmo: son los anawim, es decir, "los pobres, los humildes". Esta expresión es muy frecuente en el Salterio y no sólo indica a los oprimidos, a los pobres y a los perseguidos por la justicia, sino también a los que, siendo fieles a los compromisos morales de la alianza con Dios, son margi-

nados por los que escogen la violencia, la riqueza y la prepotencia. Desde esta perspectiva se comprende que los "pobres" no sólo constituyen una clase social, sino también una opción espiritual. Este es el sentido de la célebre primera bienaventuranza: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Ya el profeta Sofonías se dirigía así a los anawim: "Buscad al Señor, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontraréis cobijo el día de la cólera del Señor". Ahora bien, el "día de la cólera del Señor" es precisamente el que se describe en la segunda parte del salmo, cuando los "pobres" se ponen de parte de Dios para luchar contra el mal. Por sí mismos, no tienen la fuerza suficiente, ni los medios, ni las estrategias necesarias para oponerse a la irrupción del mal. Sin embargo, la frase del salmista es categórica: "El Señor ama a su pueblo, y adorna con la victoria a los humildes (anawim)". Se cumple idealmente lo que el apóstol san Pablo declara a los Corintios: "Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es". Con esta confianza "los hijos de Sión", hasidim y anawim, es decir, los fieles y los pobres, se disponen a vivir su testimonio en el mundo y en la historia. El canto de María recogido en el evangelio de san Lucas -el Magnificat- es el eco de los mejores sentimientos de los "hijos de Sión": alabanza jubilosa a Dios Salvador, acción de gracias por las obras grandes que ha hecho por ella el Todopoderoso, lucha contra las fuerzas del mal, solidaridad con los pobres y fidelidad al Dios de la alianza.

Salmo 150

¡Aleluya! ¡Alaben a Dios en su santuario, alábenlo en el firmamento de su poder!. Alábenlo por sus hechos portentosos, alábenlo por toda su grandeza!. ¡Alábenlo con el fragor del cuerno, alábenlo con arpas y con cítaras, alábenlo con danzas y tamboriles, alábenlo con mandolinas y flautas, alábenlo con platillos sonoros, alábenlo con platillos triunfales!. ¡Alabe al Señor todo ser que respira! ¡Aleluya!

El himno que acaba de servir de apoyo para nuestra oración es el último canto del Salterio, el Salmo 150. La palabra final que resuena en el libro de la oración de Israel es el aleluya, es decir, la alabanza pura a Dios, y por este motivo el Salmo es propuesto en dos ocasiones por la Liturgia de los Laudes, en el segundo y en el cuarto domingo. El breve texto está salpicado por la sucesión de diez imperativos que repiten la misma palabra hallelû, ¡alabad!. Como música y canto perenne, parecen no apagarse nunca, como sucederá también en el célebre aleluya

del Mesías de Händel. La alabanza a Dios se convierte en una especie de respiración del alma sin pausa. Como se ha escrito, esta es una de las recompensas del ser humano: la tranquila exaltación, la capacidad de celebrar. Está bien expresada en una frase que el rabino Akiba dirigió a sus discípulos: "Un canto cada día / un canto para cada día". El Salmo 150 parece desarrollarse en tres momentos. Al comenzar, en los primeros dos versículos, la mirada se fija en el Señor, en su templo, en su fuerte firmamento, en sus obras magníficas, en su grandeza. En un segundo momento -como si se tratara de un auténtico movimiento musical-, en la alabanza queda involucrada la orquesta del templo de Sión, que acompaña el canto y la danza sagrada. Al final, en el último versículo del Salmo aparece el universo, representado por todo viviente o, recalcando el original hebreo, todo ser que alienta. La vida misma se hace alabanza, una alabanza que sube desde las criaturas hacia el Creador. Nosotros, ahora, en nuestro primer encuentro con el Salmo 150, nos conformaremos con detenernos en el primer y último momento del himno. Sirven de marco para el segundo momento, corazón de la composición, y que examinaremos en el futuro, cuando la Liturgia de los Laudes vuelva a proponer este Salmo. La primera sede en la que se desarrolla el canto musical y de oración es el templo. El original hebreo habla de área sacra, pura y transcendente en la que habita Dios. Hace referencia, por tanto, al horizonte celeste y paradisiaco donde, como precisará el libro del Apocalipsis, se celebra la eterna y perfecta liturgia del Cordero. El misterio de Dios, en el que los santos son acogidos para participar en una comunión plena, es un ámbito de luz y de alegría, de revelación y de amor. No por casualidad, si bien con cierta libertad, la antigua traducción griega de los Setenta y la misma traducción latina de la Vulgata propusieron, en vez de templo, la palabra santos: Alabad al Señor entre sus santos. Del cielo, el pensamiento pasa implícitamente a la tierra, subrayando las obras magníficas de Dios, que manifiestan su inmensa grandeza. Estos prodigios son descritos en el Salmo 104, en donde se invita a los israelitas a meditar en todos los prodigios de Dios, a recordar las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca; el salmista recuerda entonces la alianza sellada con Abraham, la extraordinaria historia de José, los prodigios de la liberación de Egipto y la travesía del desierto y, por último el don de la tierra. Otro Salmo habla de situaciones angustiosas de las que el Señor libera a quienes le gritan; las personas liberadas son invitadas repetidas veces a dar gracias por los prodigios realizados por Dios: Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres. Se puede

entender así, en nuestro Salmo, la referencia a las obras fuertes, como dice el original hebreo, es decir, los prodigios poderosos, que Dios diseña en la historia de la salvación. La alabanza se convierte en profesión de fe en Dios Creador y Redentor, celebración festiva del amor divino, que se despliega creando y salvando, dando la vida y la liberación. Llegamos así al último versículo del Salmo 150. El término hebreo utilizado para indicar a los vivientes que alaban a Dios hace referencia a la respiración, como antes decía, pero también a algo íntimo y profundo, innato en el hombre. Si bien se puede pensar que toda la vida de lo creado es un himno de alabanza al Creador, es más preciso, sin embargo, considerar que una posición de primacía en este coro es reservada a la criatura humana. A través del ser humano, portavoz de toda la creación, todos los vivientes alaban al Señor. Nuestra respiración de vida, que quiere decir también autoconciencia, consciencia y libertad, se convierte en canto y oración de toda la vida que palpita en el universo. Por ello, recitemos entre nosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantando y salmodiando al Señor de todo corazón. Al transcribir los versículos del Salmo 150, los manuscritos hebreos reproducen con frecuencia la Menorah, el famoso candelabro de siete brazos, colocado en el Santo de los Santos del templo de Jerusalén. Sugieren así una bella interpretación de este Salmo, que desde siempre ha sido un auténtico Amén a la oración de nuestros hermanos mayores: todo hombre, con todos los instrumentos que su ingenio ha inventado trompetas, arpas, cítaras, tambores, danzas, trompas, flautas, platillos sonoros, como dice el Salmo, pero al mismo tiempo también todo viviente es invitado a arder como la Menorah frente al Santo de los Santos, en constante oración de alabanza y de acción de gracias. Unidos con el Hijo, voz perfecta de todo el mundo por Él creado, convirtámonos también nosotros en oración incesante ante el trono de Dios.

Resuena por segunda vez en la Liturgia de los Laudes el Salmo 150, que acabamos de proclamar: un himno festivo, un aleluya a ritmo de música. Es el sello ideal de todo el Salterio, el libro de la alabanza, del canto, de la liturgia de Israel. El texto es de una sencillez y transparencia admirables. Sólo tenemos que dejarnos atraer por el insistente llamamiento a alabar al Señor: Alabad al Señor. . . , alabadlo. . . alabadlo. Al inicio, se presenta a Dios en dos aspectos fundamentales de su misterio. Es sin duda trascendente, misterioso, sobrepasa nuestro horizonte: su morada real es el santuario celeste, el fuerte firmamento, fortaleza inaccesible para el hombre. Al mismo tiempo, está cerca de nosotros: está presente en el templo de Sión y actúa en la historia a través

de sus obras magníficas que revelan y permiten experimentar su inmensa grandeza. Entre la tierra y el cielo se entabla, por tanto, una especie de canal de comunicación en el que se encuentran la acción del Señor y el canto de alabanza de los fieles. La Liturgia une los dos santuarios, el templo terreno y el cielo infinito, Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad. Durante la oración, realizamos una especie de ascensión hacia la luz divina y al mismo tiempo experimentamos un descenso de Dios que se adapta a nuestro límite para escucharnos y hablarnos, para encontrarnos y salvarnos. El salmista nos ofrece inmediatamente una ayuda para este encuentro de oración: el recurso a los instrumentos musicales de la orquesta del templo, como la trompetas, las arpas, las cítaras, los tambores, las flautas, y los platillos sonoros. El movimiento de la procesión también formaba parte del ritual de Jerusalén. Del mismo llamamiento se hace eco el Salmo 46, 8: tocad con maestría. Es necesario, por tanto, descubrir y vivir constantemente la belleza de la oración y de la liturgia. Es necesario rezar a Dios no sólo con fórmulas teológicamente exactas, sino también de manera bella y digna. En este sentido, la comunidad cristiana debe hacer un examen de conciencia para que vuelva cada vez más a la liturgia la belleza de la música y del canto. Es necesario purificar el culto de deformaciones, de formas descuidadas de expresión, de música y textos mal preparados, y poco adecuados a las grandeza del acto que se celebra. Es significativo, en este sentido, el llamamiento de la Carta a los Efesios a evitar la falta de moderación para dejar espacio a la pureza de la alabanza litúrgica: No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo. El salmista termina invitando a la alabanza a todo viviente, literalmente a todo respiro, expresión que en hebreo quiere decir todo ser que alienta, especialmente todo ser humano vivo. En la alabanza divina queda involucrada, por tanto, la criatura humana con su voz y su corazón. Con ella son convocados idealmente todos los seres vivientes, todas las criaturas en las que hay un aliento de vida, para que eleven su himno de acción de gracias al Creador por el don de la existencia. San Francisco seguirá esta invitación universal con su sugerente Cántico del Hermano Sol, en el que invita a alabar y bendecir al Señor por todas las criaturas, reflejo de su belleza y de su bondad. En este canto deben participar de manera especial todos los fieles, como sugiere la Carta a los Colosenses: La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; ins-

truíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos, himnos y cánticos inspirados. En este sentido, san Agustín, en sus Comentarios a los Salmos, ve un símbolo de los santos que alaban a Dios en los instrumentos musicales: Vosotros, santos, sed la trompeta, el arpa, la cítara, el coro, los instrumentos de cuerdas, y el órgano, los timbales de júbilo que emiten bellos sonidos, es decir, que tocan armoniosamente. Vosotros sois todo esto. Al escuchar el salmo no hay que pensar en cosas de poco valor, en cosas pasajeras, ni en instrumentos teatrales. En realidad, voz de canto a Dios es todo espíritu que alaba al Señor. La música más elevada, por tanto, es la que se eleva de nuestros corazones. Dios quiere escuchar precisamente esta armonía en nuestras liturgias.